TAINE

HISTORIA
DE LA
LITERATURA
INGLESA

4

PR93
T28
v.4

820.5
T134h

1020028649

Núm. Cnc. 820,9
Núm. Autor T134h
Núm. Adq. 28556
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó madla

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

M. Rodriguez
1939

HISTORIA
DE LA
LITERATURA INGLESA

CAPILLA ALFONSINA
U.A.N.L.
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
28356

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE FILOSOFIA PUBLICADAS

por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta Santo Domingo, 16, Madrid.

AMIEL.—Diario íntimo, 9 pesetas.
CARO.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza. 3 pesetas.
COLLINS.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
EMERSON.—La ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos. 4 pesetas.
FICHTE.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
FOUILLÉE.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
GUYAU.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución. 12 pesetas.
HEINE.—Alemania, 6 pesetas.
LUBBOCK.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pesetas.
NIETZSCHE.—Así hablaba Zaratustra. 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—La Genealogía de la moral, 4 pesetas.
SCHOPENHAÜER.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
SPENCER.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).—La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general. 8 pesetas.—Ética de las prisiones. 10 pesetas.
STAHL. Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
TAINE.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Obras de Taine publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Historia de la literatura inglesa: Los orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—La Edad Clásica, 6 pesetas.—La Edad Moderna, 7 pesetas.—Los contemporáneos, 7 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—Roma (tomo I), 3 pesetas.—Roma (tomo II), 3 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA

DE LA

LITERATURA INGLESA

POR

HIPÓLITO TAINE

De la Academia francesa

TOMO IV

LA EDAD MODERNA

Swift.—Los novelistas.—Los poetas.—Byron.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
100686

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cuesta Sto. Domingo, 16.

820.9
T.
PR93
T28
V.4

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
U. A. N. L.

4720.—AVRIAL, impresor, San Bernardo, 92.—Teléf. 3.022

HISTORIA DE LA LITERATURA INGLESA

LIBRO III

LA EDAD CLÁSICA

(Continuación.)

CAPÍTULO V

Swift.

I. Los comienzos de Swift.—Su carácter.—Su orgullo.—Su sensibilidad.—Su vida en casa de sir W. Temple.—En casa de lord Berkeley.—Su papel político.—Su importancia.—Su adversa suerte.—Su vida privada.—Sus amores.—Su desesperación y su locura.

II. Su inteligencia.—Su poder y sus límites.—El espíritu prosaico y positivista.—Cómo está situado entre la vulgaridad y el genio.—Por qué es destructor.

III. El polemista.—Cómo en este momento la literatura penetra en la política.—Diferencia de los partidos en Francia y en Inglaterra.—Diferencia de las disertaciones y controversias en ambos países.—Condiciones del razonamiento literario.—Condiciones del razonamiento eficaz.—El *Examiner*.—Las *Cartas del Pañero*.—El *Retrato de Lord Wharton*.—*Argumento contra la abolición del Cristianismo*.—La invectiva política.—La difamación personal.—El buen sentido incisivo.—La ironía grave.

V. El poeta.—Comparación de Swift y Voltaire.—Seriedad y dureza de sus burlas.—*Bickerstaff*.—Rudeza de su galantería.—*Cadenus y Vanessa*.—Su poesía prosaica y realista.—*La Gran cuestión debatida*.—Energía y tristeza de sus pequeños

poemas.—Versos *sobre su propia muerte*.—A qué excesos llega.

V. El narrador y el filósofo.—El *Cuento del Tonel*.—Su juicio sobre la religión, la ciencia, la filosofía y la razón.—Cómo difama á la inteligencia humana.—*Los Viajes de Gulliver*.—Su juicio sobre la sociedad, el gobierno, las condiciones y las profesiones. Cómo difama á la naturaleza humana.—Construcción de su carácter y de su genio.

En 1685, en el salón de la Universidad de Dublín, los profesores ocupados en conferir grados de bachiller tuvieron un espectáculo singular: un pobre estudiante, de facha rara y desgarbilada, de ojos azules y duros, huérfano, sin amigos, mantenido míseramente por la caridad de un tío, cuyo estudiante había sido reprobado ya por su ignorancia en lógica, se presentaba por segunda vez sin haberse dignado leer la lógica. En vano le llevaba su *tutor* los mamotretos más respetables: Smeglesius, Heckermannus, Burgersdicius. Ojeaba tres páginas, y los cerraba corriendo. Cuando llegó la argumentación, el *proctor* tuvo que ponerle en forma sus argumentos. Le preguntaban cómo podría razonar bien sin las reglas; él contestó que razonaba muy bien sin las reglas. Tamaña herejía escandalizó á todo el mundo; pero, en fin, le aprobaron, aunque con gran esfuerzo—*speciali gratia*, dice el registro,—y los profesores se marcharon, sonriendo compasivamente sin duda, llenos de conmiseración por la pobreza de seso de Jonatán Swift.

I

He ahí su primera humillación y su primera rebeldía. A imagen de ese momento, toda su vida fué

un tejido de dolores y de odios. Hasta dónde llegaron esos odios y esos dolores, sólo su retrato y su historia pueden decirlo. Tuvo un orgullo desmedido y terrible, ante el cual hizo que se doblegase la soberbia de los omnipotentes ministros y de los primeros señores. Simple publicista, sin más fortuna que un pequeño beneficio de Irlanda, trató con ellos de igual á igual. Como el primer ministro Mr. Harley le hubiese enviado un billete de banco por sus primeros artículos, se ofendió de que le tomaran por un hombre asalariado, devolvió el dinero, exigió satisfacciones, las tuvo, y escribió en su diario: «He vuelto á mi gracia á mister Harley». Otra vez, viendo que Saint-John, el secretario de Estado, le recibía fríamente, le puso de oro y azul. «Le advertí que no quería ser tratado como un chiquillo de escuela, que todos los grandes ministros que me honraban con su intimidad, si oían ó veían en mí alguna cosa censurable, debían manifestármelo claramente, y no obligarme á adivinarlo por la variación ó la frialdad de su cara ó de su actitud; que esa era una cosa que apenas soportaría yo de una testa coronada, pero que no me parecía que valía tal precio el favor de un súbdito; que pensaba hacer las mismas manifestaciones al guardasellos y á Mr. Harley, para que ajustasen á ellas su conducta conmigo.» Saint-John se justificó: dijo que había pasado varias noches trabajando, una noche bebiendo, y que su fatiga había podido parecer mal humor. En el salón de recepción Swift se ponía á conversar con algún hombre oscuro, y obligaba á los lores á ir á saludarle y hablarle. «El secretario de Estado me dijo que el duque de Buckingham deseaba tratarme; yo respondí que no era posible, que él no había hecho bastantes insinuaciones. El duque de Shrewsbury manifestó entonces

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que creía que el duque no tenía la costumbre de hacer insinuaciones. Contesté que yo no podía pasar por otro punto, que esperaba siempre insinuaciones en proporción á la calidad de las personas, y más de parte de un duque que de parte de otro hombre.» Se pavoneaba arrogantemente, y decía con una alegría contenida y henchida de venganza: «Se pasa allí una media hora bastante agradable.» Llegaba hasta la brutalidad y la tiranía; escribía á la duquesa de Queensbury: «Celebro mucho que sepáis vuestro deber, porque es una regla conocida y establecida desde hace más de veinte años en Inglaterra, que todas las damas que aspiraban á tratarme me han hecho constantemente las primeras insinuaciones, y cuanta mayor era su calidad, mayores eran sus instancias.» El glorioso general Webb, con su muleta y su bastón, subía cojeando los dos pisos de la casa para felicitarle é invitarle; Swift aceptaba, y una hora después rompía el compromiso, prefiriendo comer en otra parte. Resentido una vez con Addison, y otra con lady Giffard, una amiga de veinte años, se negó á reanudar amistades con ellos, si no le pedían perdón. Al saber que lord Lansdowne, ministro de la Guerra, se había dolido de una expresión estampada en el *Examiner*, «me irritó sobremanera (dice Swift) que se hubiese quejado de mí antes de haberme hablado. No volveré á dirigirle la palabra mientras no me pida perdón». Trató al arte como á los hombres, escribiendo de primera intención, desdeñando «la ingrata tarea de releerse,» no firmando ninguno de sus libros, dejando á cada escrito hacer su camino por sí solo, sin la ayuda de los demás, sin el patrocinio de su nombre, sin la recomendación de nadie. Alma de dictador, sedienta de poder, decía abiertamente «que todos sus

esfuerzos por distinguirse procedían del deseo de ser tratado como un lord (1)». «Tenga yo ó no razón, no hace al caso. La fama de talento ó de gran saber equivale á una cinta azul ó un coche de seis caballos.» Pero ese rango y ese poder se los creía debidos; no pedía, esperaba. «Yo no solicitaré nunca para mí, aunque lo haga á menudo para los demás.» Quería el imperio, y obraba como si le hubiese tenido. El odio y la desgracia encuentran su suelo natal en estos espíritus despóticos. Viven como reyes destronados, siempre insultantes y heridos, con todas las miserias del orgullo y sin ninguno de sus consuelos, incapaces de gustar ni la sociedad ni la soledad, demasiado ambiciosos para contentarse con el silencio, demasiado altaneros para servirse de la gente, nacidos para la rebelión y la derrota, destinados por su pasión y su impotencia á la desesperación y al talento.

Aquí, la sensibilidad exasperaba las llagas del orgullo. Bajo esa flema del rostro y del estilo hervían pasiones furiosas. Había en él una tempestad incesante de cóleras y de deseos. «Una persona que ocupaba alto rango en Irlanda y se dignaba descender á mirar mi espíritu, solía decir que este espíritu era como un demonio conjurado, que lo arruinaría todo si yo no le daba ocupación.» El resentimiento era en él más profundo y abrasador que en los restantes hombres. Hay que oír el hondo suspiro de odiosa alegría con que contempla á sus pies á sus enemigos. «Todos los whigs se extasiaban al verme; se ahogaban y querrían asirse á mí como á una rama; todos sus grandes hombres me dirigían torpes elogios. Es bueno ver la lamentable confesión que hacen de su injusticia.» Y poco después: «¡Que revienten y se pudran esos perros de

(1) Carta á Bolingbroke.

ingratos! Antes de marchar de aquí los haré arrepentirse de su conducta... Yo me he creado veinte enemigos por dos amigos, pero al menos he tenido mi venganza.» Se ha saciado, y, como un lobo y un león, no se preocupa ya de nada.

Esa fogosidad le arrastraba á todas las temeridades y á todas las violencias. Sus *Cartas del Pañero* habían levantado á Irlanda contra el gobierno, y el gobierno acababa de publicar una proclama, prometiendo una recompensa á quien denunciase al *pañero*. Swift entra bruscamente en el salón de recepción, separa los grupos, llega ante el lord lugarteniente con la cara inflamada, y con voz tonante le increpa: «Muy bien, milord, es una gloriosa hazaña vuestra proclama de ayer contra un pobre mercader cuyo gran delito es haber querido salvar á su país.» Y se deshizo en invectivas en medio del silencio y el estupor. El lord, hombre de inteligencia, le respondió con afabilidad. Ante semejante torrente la gente se apartaba. Ese corazón trastornado y devorado no comprendía la calma de sus amigos; les preguntaba «si las corrupciones y las maldades de los hombres del poder no les consumían la carne y les secaban la sangre». La resignación le sublevaba. Sus acciones, bruscas, extrañas, surgían de en medio de su silencio como relámpagos. Era raro y violento en todo, en sus bromas, en sus asuntos privados, con sus amigos, con los desconocidos; á menudo se le creyó demente. Addison y sus amigos venían viendo hacía días en su café un eclesiástico singular, que ponía el sombrero sobre la mesa, se paseaba precipitadamente durante una hora, pagaba y se iba sin haber mirado nada ni dicho una palabra. Le llamaron el *cura loco*. Una noche ese cura divisa un caballero recién llegado, se va derecho á él y le pregunta sin

saludarle: «Decidme, señor, ¿recordáis algún día de buen tiempo en este mundo?» El otro, asombrado, responde después de algunos instantes, que recuerda muchos. «No puedo yo decir otro tanto; yo no recuerdo ningún tiempo que no haya sido demasiado cálido ó demasiado frío, demasiado húmedo ó demasiado seco; pero, á pesar de todo, el Señor se las arregla de manera que al fin del año todo vaya muy bien.» Tras este sarcasmo vuelve las espaldas y desaparece: era Swift. Otro día que acababa de comer con el conde de Burlington, al levantarse de la mesa, dice á la dueña de la casa: «Lady Burlington, sé que cantáis. Cantadme alguna cosa.» La señora se niega irritada. «Cantará ó la obligaré yo. ¡Vamos, señora! Supongo que me tomáis por uno de tantos curas. Cantad cuando yo os lo mando.» Habiéndose echado á reir el conde, la dama lloró y se retiró. Cuando Swift volvió á verla, la preguntó á guisa de saludo: «Decidme, señora, ¿tenéis hoy tanto orgullo y tan mal carácter como la última vez?» La gente se asombraba ó se divertía con esas salidas de tono; yo veo en ellas sollozos y gritos, explosiones de largas meditaciones altivas ó amargas: son los arranques de un alma indómita que se estremece, se encabrita, rompe las barreras, se hiere y aplasta ó magulla á las que encuentra ó quieren detenerla. Acabó por la locura, la veía acercarse; la ha descrito horriblemente: saboreó sus heces de antemano; la llevaba en su cara trágica, en sus terribles y extraviados ojos. He ahí el potente y doloroso genio que la naturaleza entregaba como presa á la sociedad y á la vida; la sociedad y la vida derramaron en él todos sus venenos.

Desde la edad en que se abre la inteligencia, en la edad en que late arrogantemente el corazón (1), Swift,

(1) Había bosquejado en esa época el *Cuento del Tonel*.

sostenido á duras penas por las menguadas limosnas de su familia, sufrió pobreza y desdenes, sombrío y sin esperanza, sintiendo su fuerza y los peligros de su fuerza. Secretario de sir William Temple á los veintiún años, percibió veinte libras anuales de sueldo; comió en la mesa de los primeros criados, escribió odas pindáricas en honor de su señor; devoró durante diez años las humillaciones de la servidumbre y la familiaridad de la gente de librea, teniendo que adular á un cortesano gotoso y sufrir á milady su mujer y á milady su hermana, viéndose agitado por mil angustias «en cuanto notaba un poco de frialdad» en los ojos de sir William; acariciando vanas esperanzas y acabando por volver á embutirse la librea que le ahogaba, tras un ensayo de independencia. «¡Pobres de nosotros! Segundones del cielo, indignos de sus cuidados, debemos darnos por satisfechos con recoger las sobras y desperdicios de la mesa.» «Por eso, cuando veis que pasan los años sin esperanza de colocación, os aconsejo que os lancéis á los caminos, único puesto de honor que se os deja; allí encontraréis muchos antiguos compañeros, y disfrutaréis de una vida breve y buena.» Siguen consejos sobre la conducta que deben observar cuando los lleven á la horca. Tales eran sus instrucciones á los criados; contaba así lo que había sufrido. A los treinta y un años, esperando una plaza del rey Guillermo III, editó las obras de su patrón, las dedicó al soberano, le entregó un memorial, no obtuvo nada, y se quedó de secretario con lord Berkeley, siendo á la vez capellán de la familia, con todos los sinsabores que tenía entonces para un hombre de corazón ese papel de criado eclesiástico. «Yo venero la sotana (dice la criada Harris (1); quiero

(1) *Mistress Harris's petition.*

ser mujer de un cura. Denme Vuestras Excelencias una carta con una orden para el capellán.» Las excelencias, que le habían prometido el deanato de Derry se le dieron á otro. Acogiéndose á la política, escribió un folleto vhig, las *Disensiones de Atenas y de Roma*, recibió de lord Halifax y de los jefes del partido grandes promesas, y se quedó plantado. Veinte años de insultos sin venganza y de humillaciones sin tregua, el tumulto interior de tantas esperanzas frustradas, ilusiones violentas y magníficas marchitadas súbitamente por el peso de un oficio maquinal, el hábito de sufrir y aborrecer, la necesidad de ocultar su odio y su sufrimiento, la conciencia de su superioridad, el aislamiento del genio y del orgullo, la acritud de la cólera acumulada y del desdén contenido: he ahí los aguijones que le hicieron embestir como un toro. Más de mil libelos en cuatro años vinieron á aumentar su irritación, prodigándole los nombres de *renegado*, de *traidor* y de *ateo*. Los aplastó á todos, saboreando lentamente el placer de la victoria. Si hubo algún alma que se hartase del goce de desgarrar, de ultrajar y de destruir, fué la suya. El desbordamiento del desprecio, la ironía implacable, la lógica abrumadora, la cruel sonrisa del combatiente que marca de antemano el sitio mortal en que va á herir á su enemigo, que le pisotea y le atormenta á su sabor, con saña y deleite, esos fueron los sentimientos que se posesionaron de su alma, y que, estallando fuera de él con violencia, le cerraron todos los caminos (1), hasta el punto de que, de tantos altos puestos hacia los cuales alargaba la mano, no le quedó más que una plaza de deán en la mísera Irlanda. Allí le desterró el advenimiento de

(1) El *Cuento del Tonel*, cerca del clero, y *La Profecía de Windsor*, cerca de la reina.

Jorge I; allí le confinó el advenimiento de Jorge II, con quien contaba; allí se revolvió, primero contra el odio popular, después contra el ministerio vencedor, luego contra la humanidad entera, lanzando sangrientos libelos y sátiras desesperadas; allí saboreó una vez más el placer de combatir y de herir (1); allí sufrió hasta lo último, torturado por el avance de la edad, por el espectáculo de la opresión y de la miseria, por el sentimiento de su impotencia, por la ira «de vivir entre esclavos», encadenado y vencido. «Cada año (dice), ó mejor, cada mes, me siento más dispuesto al odio y la venganza, y mi furia es tan innoble que hasta llega á ofenderme la locura y la cobardía del pueblo esclavo con quien vivo. «Este grito es el resumen de su vida pública; esos sentimientos son los materiales que la vida pública suministró á su talento.

Los experimentaba también más violenta é íntimamente en la vida privada. Había criado y amado puramente á una joven encantadora, instruída, honrada, Ester Johnson, que desde su infancia le quiso y veneró. Habitaba con él; era la confidente. Desde Londres, durante sus combates políticos, la enviaba el diario completo de sus menores acciones; escribía para ella dos veces al día con una familiaridad extrema, con el mayor abandono, con todas las bromas, todas las vivezas, todos los nombres de cariño de la más tierna expansión. Entre tanto, otra joven, bella y rica, miss Vanhomrigh, se prendaba de él, le declaraba su amor, recibía varias pruebas del suyo, y le seguía á Irlanda, ya celosa, ya sumisa, pero tan apasionada, tan desgraciada, que sus cartas hubieran ablandado el corazón más duro. «Si seguís tratándo-

(1) *Cartas del Pañero*, *Gulliver*, *Rapsodia sobre la poesía*, *Proposición modesta*, diversos folletos sobre Irlanda.

me como lo hacéis, no tendré que molestaros mucho tiempo... Creo que yo hubiese soportado mejor la tortora que esas mortales palabras que me habéis dicho... ¡Oh! ¡si os quedase siquiera el bastante interés por mí para que pudiese moveros á compasión esta queja!» Languideció y murió. Ester Johnson, que durante tanto tiempo había poseído el corazon de Swift, sufría más aún. Todo había cambiado en la casa de Swift. «A mi llegada (dice) creí que me moría de pena, y todo el tiempo que se tardó en instalarme estuve horriblemente triste.» Lágrimas, desconfianza, resentimiento, un silencio glacial: he ahí lo que encontraba, en vez de familiaridad y ternuras. Se casó con ella por deber, pero en secreto, y á condición de que no sería su mujer más que de nombre. Durante doce años Ester vivió consumiéndose; Swift se marchaba á Inglaterra lo más á menudo que podía. La casa era para él un infierno. Se sospecha que en la cuestión de sus amores y de su matrimonio andaba de por medio un achaque físico. Un día Delang, su biógrafo, habiéndole encontrado hablando con el arzobispo King, vió llorar al arzobispo y huir á Swift, con la cara trastornada. «Acabáis de ver (dijo el prelado) *al hombre más desgraciado de la tierra;* pero sobre la causa de su desgracia jamás debéis hacer la menor pregunta.» Ester Johnson murió. Cuáles fueron las angustias de Swift, qué espectros le asediaron, en qué horrores le sumió el recuerdo de dos mujeres lentamente minadas y muertas por su culpa, sólo su fin puede decirlo. «Llegó la hora de acabar con el mundo...; pero moriré aquí rabiando, como una rata envenenada en su agujero.» El exceso del trabajo y de las emociones le había puesto enfermo desde su juventud: padecía vértigos; no oía ya.

Presentía hacía tiempo que le abandonaría su razón. Un día se le había visto detenerse delante de un olmo desmochado, contemplarle atentamente, y decir: «Yo seré como este árbol: empezaré á morir por la cabeza.» Perdía la memoria; recibía las atenciones de los demás con disgusto, á veces con furor. Vivía solo, taciturno, sin poder ya leer. Se dice que pasó un año sin pronunciar una palabra, mirando con horror la presencia del hombre, andando diez horas al día, maníaco, y, por fin, idiota. Un tumor en un ojo le tuvo un mes sin dormir, y se necesitaron cinco personas para impedirle que se arrancase el ojo con las uñas. Una de sus últimas expresiones fué: «Yo estoy loco.» Abierto su testamento, se vió que legaba toda su fortuna para edificar un hospital de locos.

II

Se han necesitado esas pasiones y esas miserias para inspirar los *Viajes de Gulliver* y el *Cuento del Tonel*.

Se ha necesitado además una inteligencia extraña y poderosa, tan inglesa como el orgullo y las pasiones del autor. Tiene el estilo de un cirujano y de un juez, estilo frío, grave, sin adornos, ni viveza, ni pasión, completamente práctico y viril. No quiere agradar, ni recrear, ni atraer, ni conmover; jamás se da el caso de que vacile, se inflame ó se esfuerce. Expresa su pensamiento en tono sencillo, en términos exactos, precisos, frecuentemente crudos, con comparaciones familiares, poniéndolo todo al alcance de la mano, hasta las cosas más altas, sobre todo las cosas

más altas, con una flema brutal y siempre altiva. Sabe la vida como un banquero sus cuentas; y, una vez hecha su adición, desdeña ó aplasta á los charlatanes que disputan sobre ella en torno suyo.

Juntamente con el total, conoce las partes. No sólo abarca familiar y vigorosamente cada objeto, sino que le descompone y posee el inventario de sus pormenores. Tiene una imaginación tan minuciosa como enérgica. Puede darnos sobre cada hecho y sobre cada objeto un sumario de circunstancias secas, tan bien coordinado y tan verosímil que nos hará la ilusión de la realidad. Los viajes de su Gulliver parecerán un diario de á bordo. Las predicciones de su Bickerstaff serán tomadas al pie de la letra por la inquisición de Portugal. El relato de su *M. du Baudrier* parecerá una traducción auténtica. Dará á la novela extravagante visos de historia comprobada. Merced á esa ciencia detallada y sólida, importa á la literatura el espíritu positivo de los hombres de negocios. No le hay más fuerte, ni más limitado, ni más desgraciado; porque no le hay más destructor. No hay grandeza, verdadera ó falsa, que se sostenga ante él; las cosas sondeadas y manoseadas pierden al instante su prestigio y su valor. Descomponiéndolas, pone de manifiesto su fealdad real, y las despoja de esa belleza ficticia. Colocándolas al nivel de los objetos vulgares, las arrebata su belleza real y les imprime una fealdad ficticia. Presenta todas sus particularidades groseras, y no presenta más que sus particularidades groseras. Mirad, como él, los detalles físicos de la ciencia, de la religión, del Estado; reducid, como él, la ciencia, la religión y el Estado á la bajeza de los acontecimientos corrientes, y veréis, como él, aquí, un Bedlam de ilusos apergaminados, cerebros estre-

chos y quiméricos, ocupados en contradecirse, en recopilar en libracos ranciosos frases vacías, en inventar conjeturas que pregonan como verdades; allí, una gavilla de idólatras murmurando frases que no entienden, adorando figuras de estilos á guisa de misterios, cifrando la santidad ó la impiedad en el hábito ó en posturas, gastando en persecuciones y en genuflexiones el exceso de locura servil y feroz de que el azar maléfico ha colmado sus cerebros; allá, rebaños de idiotas que entregan su sangre y su hacienda á los caprichos y á los cálculos de un señor de carroza, por respeto á la carroza de que le han provisto. ¿Qué parte de la naturaleza ó de la vida humana puede conservarse grande y bella ante un espíritu que, penetrando en todos los detalles, ve al hombre en la mesa, en la cama, en el vestuario, en todas sus acciones ordinarias ó bajas, y que pone todas las cosas al nivel de los sucesos vulgares, de las circunstancias más mezquinas de la vida diaria? Y no le basta al espíritu positivo ver la tramoya, las candilejas y todo lo feo de la ópera á que asiste; por remate la afea, llamándola farsa. No le basta no ignorar nada, sino que quiera además no admirar nada. Trata las cosas como utensilios domésticos; después de haber desmenuzado sus materiales, les impone un nombre innoble; para él la naturaleza no es más que una marmita donde se cuecen ingredientes cuya proporción y número conoce. En esa fuerza y en esa flaqueza se ven de antemano la misantropía de Swift y su talento.

Es que no hay más que dos maneras de amoldarse al mundo: la pobreza y la superioridad de inteligencia. La una para uso del público y de los necios; la otra para uso de los artistas y de los filósofos; una que

consiste en no ver nada; otra que consiste en verlo todo. Respetaréis las cosas respetadas si no miráis más que su superficie; si las tomáis tales y como se ofrecen, si os dejáis engañar por la bella apariencia que nunca dejan de revestir. Saludaréis en vuestros amos el dorado uniforme en que se embuten, y jamás pensaréis en sondear las manchas que el bordado oculta. Os impresionarán las nobles expresiones que repiten con un tono sublime, y jamás percibiréis en su bolsillo el manual hereditario de donde las toman. Les ofreceréis piadosamente vuestro dinero y vuestros servicios; la costumbre os parecerá justicia y aceptaréis la doctrina gansuna de que un ganso tiene por deber ser un asado. Mas, por otra parte, toleraréis y hasta amaréis el mundo, si penetrando en su naturaleza tratáis de explicar ó de imitar su mecanismo. Os interesaréis en las pasiones por la simpatía del artista ó la comprensión del filósofo; las juzgaréis naturales al sentir su fuerza, ó las juzgaréis necesarias al calcular su trabazón; dejaréis de indignaros contra poderes que producen espectáculos bellos, ó dejaréis de irritaros contra efectos que la geometría de las causas había predicho; admiraréis el mundo como un drama grandioso ó como una evolución invencible, y la imaginación ó la lógica os preservarán de la denigración ó del hastío. Desentrañaréis en la religión las altas verdades que los dogmas ofuscan y los generosos instintos que la superstición encubre. Percibiréis en el Estado los infinitos beneficios que ninguna tiranía anula y las inclinaciones sociables que ninguna maldad desarraiga. Distinguiréis en la ciencia las doctrinas sólidas que no conmueve ya la discusión, las ideas amplias que el choque de los sistemas purifica y despliega, los horizontes magníficos que los progresos

presentes abren á la ambición del porvenir. Cabe así librarse del odio por la nulidad de la perspectiva ó por la grandeza de la perspectiva, por la incapacidad de descubrir los contrastes ó por el poder de descubrir el acuerdo de los contrastes. Apto Swift para lo uno, mas no para lo otro; viendo el mal y el desorden, pero ignorando el bien y la armonía; privado del amor y de la calma, entregado á la indignación y á la amargura, no encuentra ni una causa en que poder interesarse ni una doctrina que poder afirmar; emplea toda la fuerza de la inteligencia mejor armada y del carácter mejor templado en difamar y en destruir; todas sus obras son libelos.

III

En este momento y en sus manos alcanzó el periódico en Inglaterra su carácter propio y su mayor fuerza. La literatura penetraba en la política. Para comprender lo que llegó á ser la una, hay que comprender lo que era la otra; el arte se supeditó á los negocios, y el espíritu de los partidos creó el espíritu de los escritores.

En Francia aparece una teoría elocuente, bien coordinada y generosa; los jóvenes se prendan de ella y entonan canciones en su honor; por la noche, durante la digestión, la leen con complacencia los burgueses; varios de imaginación acalorada la aceptan, y se prueban á sí propios la fuerza de su entendimiento burlándose de los retrógados. Inversamente: las personas de arraigo, prudentes y temerosas, desconfían; como se encuentran bien, les parece que todo está bien, y

piden que las cosas sigan como están. He ahí nuestros dos partidos, muy antiguos como todo el mundo sabe, muy poco graves como todo el mundo ve. Nosotros tenemos necesidad de hablar, de entusiasmarnos, de discurrir sobre opiniones especulativas, todo eso muy ligeramente, cosa de una hora al día, sin consagrar á esa afición más que la superficie de nuestro ser, y hallándonos tan bien nivelados que, en el fondo, todos pensamos de la misma manera, y bien miradas las cosas, no se encontrarán en nuestro país más que dos partidos: el de los hombres de veinte años y el de los hombres de cuarenta. Al revés: los partidos ingleses fueron siempre cuerpos compactos y vivos, cuerpos unidos por intereses de dinero, de rango y de conciencia, que no tomaban las teorías más que por bandera; especies de Estados secundarios que, como en otro tiempo los dos órdenes de Roma, trataban de monopolizar legalmente el Estado. De análogo modo la Constitución inglesa no fué nunca más que una transacción entre potencias distintas, obligadas á tolerarse unas á otras, dispuestas á dominarse unas á otras, ocupadas en tratar unas con otras. La política es para ellos un interés doméstico; para nosotros una ocupación del espíritu. Los ingleses hacen de ella un negocio; nosotros la reducimos á una discusión.

Por eso sus escritos políticos, y especialmente los de Swift, no nos parecen literarios más que á medias. Para que un razonamiento sea literario, es menester que no se dirija á tal interés ó á cual facción, sino al espíritu puro, que se funde en verdades universales, que se apoye en la justicia absoluta, que pueda impresionar á todas las razones humanas; de otro modo, siendo local, no es más que útil; sólo es bello lo que es general. Hace falta asimismo que se

presentes abren á la ambición del porvenir. Cabe así librarse del odio por la nulidad de la perspectiva ó por la grandeza de la perspectiva, por la incapacidad de descubrir los contrastes ó por el poder de descubrir el acuerdo de los contrastes. Apto Swift para lo uno, mas no para lo otro; viendo el mal y el desorden, pero ignorando el bien y la armonía; privado del amor y de la calma, entregado á la indignación y á la amargura, no encuentra ni una causa en que poder interesarse ni una doctrina que poder afirmar; emplea toda la fuerza de la inteligencia mejor armada y del carácter mejor templado en difamar y en destruir; todas sus obras son libelos.

III

En este momento y en sus manos alcanzó el periódico en Inglaterra su carácter propio y su mayor fuerza. La literatura penetraba en la política. Para comprender lo que llegó á ser la una, hay que comprender lo que era la otra; el arte se supeditó á los negocios, y el espíritu de los partidos creó el espíritu de los escritores.

En Francia aparece una teoría elocuente, bien coordinada y generosa; los jóvenes se prendan de ella y entonan canciones en su honor; por la noche, durante la digestión, la leen con complacencia los burgueses; varios de imaginación acalorada la aceptan, y se prueban á sí propios la fuerza de su entendimiento burlándose de los retrógados. Inversamente: las personas de arraigo, prudentes y temerosas, desconfían; como se encuentran bien, les parece que todo está bien, y

piden que las cosas sigan como están. He ahí nuestros dos partidos, muy antiguos como todo el mundo sabe, muy poco graves como todo el mundo ve. Nosotros tenemos necesidad de hablar, de entusiasmarnos, de discurrir sobre opiniones especulativas, todo eso muy ligeramente, cosa de una hora al día, sin consagrar á esa afición más que la superficie de nuestro ser, y hallándonos tan bien nivelados que, en el fondo, todos pensamos de la misma manera, y bien miradas las cosas, no se encontrarán en nuestro país más que dos partidos: el de los hombres de veinte años y el de los hombres de cuarenta. Al revés: los partidos ingleses fueron siempre cuerpos compactos y vivos, cuerpos unidos por intereses de dinero, de rango y de conciencia, que no tomaban las teorías más que por bandera; especies de Estados secundarios que, como en otro tiempo los dos órdenes de Roma, trataban de monopolizar legalmente el Estado. De análogo modo la Constitución inglesa no fué nunca más que una transacción entre potencias distintas, obligadas á tolerarse unas á otras, dispuestas á dominarse unas á otras, ocupadas en tratar unas con otras. La política es para ellos un interés doméstico; para nosotros una ocupación del espíritu. Los ingleses hacen de ella un negocio; nosotros la reducimos á una discusión.

Por eso sus escritos políticos, y especialmente los de Swift, no nos parecen literarios más que á medias. Para que un razonamiento sea literario, es menester que no se dirija á tal interés ó á cual facción, sino al espíritu puro, que se funde en verdades universales, que se apoye en la justicia absoluta, que pueda impresionar á todas las razones humanas; de otro modo, siendo local, no es más que útil; sólo es bello lo que es general. Hace falta asimismo que se

desarrolle regularmente mediante análisis y con divisiones exactas, que su distribución ofrezca una imagen de la pura razón, que el orden de las ideas sea inviolable, que todo espíritu pueda sacar de allí fácilmente una convicción completa, que el método, como los principios, sea racional en todos los lugares y en todos los tiempos. Hace falta, en fin, que al arte de probar se una la pasión de probar, que el orador anuncie su prueba, que la recuerde, que la presente bajo todas sus fases, que quiera penetrar en los espíritus, que los persiga con insistencia en todos sus efugios, pero al mismo tiempo, que trate á sus oyentes como hombres dignos de comprender y de aplicar las verdades generales, y que su discurso tenga la viveza, la nobleza, la cortesía y el ardimiento que conviene á tales asuntos y á tales espíritus. Por todo eso es por lo que son elocuentes la prosa antigua y la prosa francesa, y por todo eso ha habido disertaciones de política ó controversias de religión que son modelos de arte.

El espíritu positivo carece de ese buen gusto y de esa filosofía; quiere alcanzar, no la belleza eterna, sino el éxito actual. Swift no se dirige al hombre en general, sino á ciertos hombres. No habla á razonadores, sino á un partido; no trata de enseñar una verdad, sino de producir una impresión; no tiene por objeto ilustrar á esa parte aislada del hombre que se llama el espíritu, sino remover esa masa de sentimientos y de prejuicios que constituye el hombre real. Mientras escribe, no pierde de vista su público: *squires* gordinflones, atiborrados de Porto y de carnes, acostumbrados á desgañitarse después de las comidas, voceando lealmente en pro de la iglesia y del rey; hidalgos rurales agriados contra el lujo de Londres y la nueva

importancia de los comerciantes; eclesiásticos con la cabeza llena de sermones pedantescos y el corazón henchido de odio contra los disidentes y los papistas. Esa gente no tendrá bastante inteligencia para seguir una bella deducción ó para oir un principio abstracto. Hay que calcular los hechos que sabe, las ideas que ha recibido, los intereses que la mueven, y no recordar más que esos hechos, no partir más que de esas ideas, no agitar más que esos intereses. Así habla Swift, sin desarrollos de pensamiento, sin aparato de lógica, sin efectos de estilo, pero con un vigor y un éxito extraordinarios, mediante sentencias que los contemporáneos comprendían y aceptaban al punto, porque no hacian más que decirles á las claras y en alta voz lo que ellos balbuceaban oscuramente por lo bajo. Tal fué el poder del *Examiner*, que cambió en un año la opinión de tres reinos, y sobre todo el del *Pañero*, que hizo cejar á un gobierno.

Faltaba en Irlanda la moneda menuda, y los ministros ingleses habían dado á William Wood una patente para acuñar 108.000 libras esterlinas de cobre. Una comisión, de que era miembro Newton, examinó las monedas fabricadas, las dió por buenas, y varios jueces competentes opinan hoy que la medida era tan leal como útil al país. Swift amotinó contra ella al pueblo, hablándole su lenguaje, y triunfó del buen sentido y del Estado (1). «Hermanos, amigos, compatriotas y compañeros, lo que voy á deciros ahora es, después de vuestro deber para con Dios y del cuidado de vuestra salvación, del mayor interés para vosotros

(1) A pesar de cuanto se ha dicho, yo no creo que procediese entonces de mala fe. Cabía creer en una jugada ministerial, y Swift podía creerlo más que nadie. En el fondo, Swift me parece hombre honrado.

mismos y para vuestros hijos; vuestro pan, vuestro vestido, todas las necesidades de la vida dependen de ello. Por lo mismo, os exhorto muy vivamente como hombres, como cristianos, como padres, como amigos de vuestro país, á que leáis ó procuréis que os lean este impreso con la mayor atención. Para que podáis hacerlo con menos gasto, he mandado al impresor que le venda á precio ínfimo.» Desde la primera ojeada se está viendo nacer la inquietud popular; ese estilo es el que impresiona á los campesinos y á los obreros; hace falta esa sencillez, esos pormenores, para ganar su ánimo. El autor parece un pañero, y ellos no tienen confianza más que en la gente de su condición. Swift continúa y difama á Wood, asegurando que sus monedas de cobre no valen la octava parte de su ley. De pruebas ni rastro; no se necesitan pruebas para convencer al pueblo; basta repetir varias veces la misma injuria, menudear ejemplos sensibles, impresionar sus ojos y sus oídos. Una vez en juego su imaginación, irá gritando, convenciéndose con sus propios gritos, sin escuchar razones. «Vuestro párrafo (dice Swift á sus adversarios) añade que sir Isaac Newton ha dado cuenta de un ensayo, hecho en la Torre, del metal de Wood, de cuyo ensayo resulta que Wood ha cumplido plenamente su contrato. ¿Su contrato? ¿Con quién? ¿Es con el Parlamento ó con el pueblo de Irlanda? ¿No son ellos los que han de ser los compradores? Pues ellos le detestan, le aborrecen y le rechazan como cosa corrompida y fraudulenta.» Y poco después añade: «Mr. Wood ofrece no acuñar más (que 40.000 libras), á menos que *las exigencias del comercio lo requieran*, aunque su patente le autoriza á acuñar una cantidad mucho mayor, á lo cual, si yo hubiese de responder, contestaría lo siguiente: que mister Wood y su cuadrilla de fundidores y caldereros acuñen hasta que no quede en el reino una caldera vieja; que acuñen cuero viejo, barro de pipas de fumar ó lodo de las calles, y den á su amasijo el nombre que quieran, guinea ó blanca; á nosotros no nos importa saber en qué se ocupan Mr. Wood y sus cómplices; pero espero y confío en que todos, hasta el último hombre, estamos resueltos á no tener nada que ver con él ni con su mercancía.» Swift se irrita; no responde. En efecto: esa es la mejor manera de responder. Para impresionar á tales oyentes, hay que poner en movimiento su sangre y sus nervios; entonces, tenderos y labriegos se remangarán, aprestarán los puños, y las buenas razones de su enemigo no servirán sino para aumentar las ganas que tienen de acogotarle.

Véase ahora cómo un cúmulo de ejemplos sensibles da visos de verdad á un aserto gratuito. «Vuestro diario dice que se ha ensayado la moneda. ¡Qué descoco tan insoportable! Wood tiene buen cuidado de acuñar una ó dos docenas de medios peniques de buena ley; los envía á la Torre; se aprueban; y esos medios peniques deben responder de todos los que ha acuñado ya ó acuñe en el porvenir. Cierto que á menudo un *gentleman* manda á mi tienda por una muestra de tela; yo la corto lealmente de la pieza; y si la muestra le gusta, viene ó envía á alguien, compara el retazo con la pieza entera, y probablemente nos arreglamos. Pero, si yo quisiera comprar cien carneros, y el ganadero, después de haberme traído uno gordo y de buena lana á manera de muestra, me quisiera hacer pagar el mismo precio por todos, sin permitirme verlos antes de pagar, ó sin darme seguridades de devolverme mi dinero por los que estuviesen flacos, es-

quilados ó sarnosos, yo no querría ser uno de sus parroquianos. Me han contado el caso de un hombre que quería vender su casa, y al efecto llevaba en el bolsillo un trozo de ladrillo, y le enseñaba como muestra para animar á los compradores; he ahí, ni más ni menos, lo que son los ensayos de Mr. Wood.» Estallaba una carcajada; los carniceros y los albañiles estaban ganados. Para acabar, Swift les indicaba un expediente práctico, proporcionado á su inteligencia y á su condición. «El soldado raso, cuando vaya al mercado ó á la taberna, ofrecerá esa moneda; si se la rechazan, echará pestes, amenazará con pegar al carnicero ó á la tabernera, ó cogerá á viva fuerza las mercancías, y les arrojará la moneda falsa. En este caso, y en todos los semejantes, el tendero, el carnicero ó cualquier otro comerciante no tiene más que hacer que pedir diez veces el precio de su mercancía, si se la quiere pagar en moneda de Wood—v. gr.: veinte peniques de esa moneda por dos pintas de cerveza, y así en todas las demás cosas,—y no soltar jamás su mercancía hasta tener el dinero.» El clamor público venció al gobierno inglés, que retiró su moneda, y pagó á Wood una crecida indemnización. Tal es el mérito de los razonamientos de Swift: son buenos instrumentos, cortantes y manejables, sin ninguna elegancia ni brillo, pero que prueban su valor por sus resultados.

Toda la belleza de esos escritos está en el acento. No tienen ni el ardor generoso de Pascal, ni la alegría aturdidora de Beaumarchais, ni la finura cincelada de Courier, sino un aire de superioridad abrumadora y una acerbidad de rencor terrible. La pasión y el orgullo enorme, como hace poco el espíritu positivo, han asestado todos los golpes. Hay que leer su *Espíritu público de los Whigs* contra Steele. Página tras página tritura á Steele con una calma y un desdén que nadie igualó. Procede en esa obra imperturbablemente, sin dejar ninguna parte sana, infiriendo herida sobre herida, seguro de todos sus golpes, sabiendo de antemano su alcance y profundidad. El pobre Steele, vanidoso huero, parece en sus manos lo que Gulliver entre los gigantes; da compasión ver una lucha tan desigual y tan despiadada: Swift le aplasta con la misma facilidad que si fuera un gusano. El infeliz, antiguo oficial, empleaba torpemente los términos constitucionales. «Contra este escollo viene á estrellarse perpetuamente, siempre que se arriesga á salir de los estrechos límites de su literatura. Ha conservado un recuerdo confuso de los términos desde que salió de la Universidad, pero ha olvidado la mitad de su sentido, y los junta sin otra razón que su cadencia, como aquel criado que clavaba mapas en el despacho de un *gentleman*, unos de lado, otros al revés, para ajustarlos mejor á los recuadros.»

Cuando juzga, es peor que cuando prueba. Testimonio: su *retrato de lord Wharton*. Con las fórmulas de cortesía oficial, le traspasa; sólo un inglés es capaz de tal lema y de tal altanería.

«He tenido ocasión (dice) de conversar mucho con su señoría, y estoy perfectamente convencido de que es tan indiferente á los aplausos como insensible á las censuras. Está desprovisto del sentido de la gloria y de la vergüenza, como algunos hombres están desprovistos del sentido del olfato. Por eso, una buena reputación es para él tan poca cosa como lo sería para ellos un perfume precioso. Cuando un hombre se pone á describir, en interés del público, la naturaleza de una serpiente, de un lobo, de un cocodrilo ó de un zo-

rro, debe entenderse que lo hace sin ninguna especie de amor ni de odio personal hacia esos animales. De igual suerte, su excelencia es una de las personas á quienes yo no quiero ni odio personalmente. Le veo en la corte, en su casa y á veces en la mía, porque tengo el honor de recibir su visita; y cuando este escrito sea público, es probable que me diga, como lo ha hecho ya en una circunstancia semejante, «que acaban de deslomarle endiabladamente», y después, con la transición más sencilla del mundo, me hablará del tiempo que hace ó de la hora que es. Emprendo, pues, este trabajo tranquilamente, seguro de no indignarle ni de herir en lo más mínimo su reputación: colmo de felicidad y de seguridad que pertenece á su excelencia, y que ningún filósofo ha podido alcanzar antes de él.— Thomas, conde de Wharton, lord teniente de Irlanda, merced al vigor asombroso de su constitución, ha pasado hace algunos años de la edad crítica, sin que la vejez haya impreso huellas visibles en su cuerpo ni en su espíritu, á pesar de haberse prostituido toda la vida en los vicios que gastan ordinariamente el uno y el otro. Ora se pasee, ó silbe, ó jure, ó diga obscenidades, ó grite injurias, todo eso lo hace mejor que un estudiante de tercer año. Con la misma gracia y el mismo estilo echará pestes contra su cochero en plena calle, en el reino en que es gobernador, y todo ello sin consecuencias, porque la cosa está en su naturaleza, y se la espera todo el mundo. Cuando triunfa es, más que por el arte, por el número de sus mentiras, mentiras descubiertas á veces en una hora, frecuentemente en un día, siempre en una semana. Jura solemnemente que os quiere y que desea serviros; y, en cuanto volvéis la espalda, dice á los presentes que sois un perro y un bribón. Asiste asiduamente á las oraciones, según la etiqueta de su puesto, y profiere obscenidades y blasfemias á la puerta de la capilla. En política, es presbiteriano; en religión, ateo; pero en este instante tiene por concubina una papista. En su comercio con los hombres, su regla general es tratar de embaucarlos, valiéndose de juramentos y de mentiras. Jamás se ha sabido que haya negado ni cumplido una promesa. Y recuerdo que él mismo se lo confesaba á una señora, aunque exceptuando la promesa que la hacía á ella en aquel momento, que era procurarla una pensión. Sin embargo, faltó á esa misma promesa, y, lo confieso, nos engañó á ella y á mí. Pero bueno es hacer distinción entre una promesa y un trato, porque el trato le cumplirá, siempre que él resulte favorecido. Con esto basta para el retrato de su excelencia.»

Sigue una lista detallada de acciones por vía de ejemplos. «No he podido ordenarlas convenientemente, como hubiese querido, porque creo útil, por diversas razones, que el mundo conozca, lo más pronto posible, los méritos de su excelencia. Tal y como van, podrán servir de materiales á toda persona que desee escribir memorias sobre la vida de su excelencia». En todo este pasaje la voz de Swift ha permanecido tranquila; no se ha movido un músculo de su cara; ni una media sonrisa, ni un fulgor de los ojos, ni un ademán; ha hablado como una estatua; pero su cólera crece por la represión y arde más, por lo mismo que no estalla.

Por eso su estilo ordinario es la ironía grave, arma del orgullo, de la meditación y de la fuerza. El hombre que la emplea se contiene en lo más recio de la tempestad interior; es demasiado orgulloso para ofrecer el espectáculo de sus pasiones; no toma por confi-

dente á su público; le daría vergüenza entregarse; quiere y sabe conservar la absoluta posesión de sí. Concentrado de tal suerte, comprende mejor y sufre más; ningún transporte viene á aliviar su cólera ni á disipar su atención; siente todas las asperezas y penetra en el fondo de la opinión que aborrece; multiplica su dolor y su conocimiento, y no se ahorra herida ni reflexión. En esa actitud hay que ver á Swift, impasible en apariencia, pero con los músculos contraídos y el corazón ardiendo en odio, cuando escribe con una sonrisa terrible folletos como éste (1):

«No es quizá ni muy seguro ni muy prudente discurrir contra la abolición del cristianismo en un momento en que todos los partidos se hallan tan unánimente acordes sobre este punto. Sin embargo, sea por afectación de singularidad, sea perversidad de la naturaleza humana, yo soy tan desgraciado que no puedo participar enteramente de esa opinión. Más aún: aunque estuviese seguro de que el *attorney* general iba á expedir una orden para que se me persiguiera inmediatamente, confesaría todavía que, en el estado actual de nuestros asuntos, así interiores como exteriores, no veo la necesidad absoluta de extirpar entre nosotros la religión cristiana. Acaso esto parezca una paradoja demasiado grande, aun en nuestra docta y paradójica edad; por lo mismo, la expondré con toda la reserva posible y con la mayor deferencia hacia esa grande é ilustrada mayoría que es de otro parecer... Creo, por supuesto, que ningún lector me supondrá tan negado que intente defender el cristianismo real, que, en los tiempos primitivos, tenía, según

(1) *Argumento contra la abolición del cristianismo.* Se trata de increpar á los whigs, amigos de los librepensadores.

se dice, algún influjo sobre la conciencia y los actos de los hombres. Ese sería, en efecto, un proyecto insensato: se destruiría así de un golpe la mitad de la ciencia y todo el entendimiento del reino. El lector de buena fe comprenderá fácilmente que mi discurso no tiene otro objeto que defender el cristianismo nominal, ya que el otro se arrinconó hace algún tiempo por acuerdo general como enteramente incompatible con nuestros proyectos actuales de riqueza y de poder.»

Examinemos, pues, las ventajas que podría tener esa abolición del título y nombre de cristiano. Por ejemplo:

«Se objeta que hay en este reino más de diez mil sacerdotes, cuyas rentas, unidas á las de los señores obispos, bastarían para mantener, por lo menos, doscientos caballeritos de chispa y de humor, librepensadores, enemigos de la clerigalla, de los principios estrechos, de la pedantería y de los prejuicios, y que podrían ser el ornato de la ciudad y de la corte. Se aduce también como una gran ventaja para el público que, si se prescinde de golpe de la institución del Evangelio, toda religión quedará, naturalmente, proscrita para siempre, y acabarán con ella todos los lamentables prejuicios de la educación que, bajo los nombres de virtud, conciencia, honor, justicia y otros semejantes, no sirven más que para turbar la paz del espíritu humano.»

Después concluye duplicando el insulto:

«Habiendo considerado las objeciones más poderosas que se formulan contra el cristianismo y las principales ventajas que se espera obtener aboliéndole, ahora, con no menos deferencia y sumisión hacia juicios más sabios, voy á mencionar algunos inconve-

nientes que podrían nacer de la destrucción del Evangelio, y que quizá no han examinado bastante los inventores. Desde luego comprendo muy bien que las personas de talento y de gusto se sientan heridas y murmuren á la vista de tantos sacerdotes cascarriosos como se cruzan en su camino y ofenden sus ojos; pero esos sabios reformadores no consideran á la vez qué ventaja y qué felicidad es para grandes espíritus tener siempre á la mano objetos de menosprecio para poder ejercitar y acrecentar sus talentos, y para impedir que su mal humor se vuelva contra ellos mismos ó sus semejantes, particularmente cuando todo eso puede hacerse sin el menor peligro para sus personas. Y para aducir otro argumento de naturaleza análoga: si se aboliese el cristianismo, ¿cómo podrían encontrar los librepensadores, los grandes dialécticos, los hombres de ciencia profunda, un asunto tan á propósito en todos sentidos para poder desplegar su talento? ¿De qué maravillosas producciones del espíritu no nos veríamos privados, si perdiésemos las de los hombres cuyo genio, por una práctica constante, se cifra enteramente en burlas é invectivas contra la religión, y que serían incapaces de brillar ni distinguirse en ningún otro asunto? ¡Nos quejamos diariamente de la gran decadencia de ingenio entre nosotros, y querríamos suprimir la mayor, quizá la única fuente que le queda!—Pero he aquí la más poderosa de las razones, la razón completamente invencible. Me temo mucho que á los seis meses de aprobarse el acta aboliendo el Evangelio, los fondos del Banco y de las Indias Orientales bajen 1 por 100, cuando menos. Y puesto que eso es cincuenta veces más que lo que la sabiduría de nuestra edad ha juzgado conveniente arriesgar por la salvación del cristianismo, no

hay ninguna razón para exponerse á tan gran pérdida por el solo placer de destruirle.»

Swift no es más que un combatiente, lo concedo; pero cuando se abarca de una ojeada ese buen sentido y ese orgullo, ese imperio sobre las pasiones de los demás y ese imperio sobre sí, esa fuerza de odio y ese empleo del odio, hay que convenir en que apenas ha habido combatientes semejantes. Es polemista como Aníbal fué *condottiere*.

IV

Por lo común, la noche de la batalla es noche de expansión: se bromea, se ríe, se habla en prosa y en verso; pero esa noche es continuación del día, y el espíritu que ha dejado su huella en los trabajos deja su huella en las diversiones.

¿Qué más alegre que las veladas de Voltaire? Se burla; pero ¿advertís en su burla una intención dañina? Se indigna; pero ¿advertís en sus cóleras una índole rencorosa y aviesa? Todo es amable en él. En un instante, por necesidad de acción, pega, acaricia, cambia cien veces de tono y de semblante, con bruscos movimientos, con impetuosos repentes; á veces parece un niño; siempre es hombre de mundo, de gusto y de conversación. Quiere festejarme; por distraerse y distraerme, me lleva en un momento al través de mil ideas, sin esfuerzo ninguno. ¡Seductor amo de casa, que quiere agradar, que sabe agradar, que no tiene horror más que al tedio, que no desconfía de mí, que no se violenta, que es siempre él mismo, que derrama á raudales las ideas, la afabilidad y la joviali-

nientes que podrían nacer de la destrucción del Evangelio, y que quizá no han examinado bastante los inventores. Desde luego comprendo muy bien que las personas de talento y de gusto se sientan heridas y murmuren á la vista de tantos sacerdotes cascarriosos como se cruzan en su camino y ofenden sus ojos; pero esos sabios reformadores no consideran á la vez qué ventaja y qué felicidad es para grandes espíritus tener siempre á la mano objetos de menosprecio para poder ejercitar y acrecentar sus talentos, y para impedir que su mal humor se vuelva contra ellos mismos ó sus semejantes, particularmente cuando todo eso puede hacerse sin el menor peligro para sus personas. Y para aducir otro argumento de naturaleza análoga: si se aboliese el cristianismo, ¿cómo podrían encontrar los librepensadores, los grandes dialécticos, los hombres de ciencia profunda, un asunto tan á propósito en todos sentidos para poder desplegar su talento? ¿De qué maravillosas producciones del espíritu no nos veríamos privados, si perdiésemos las de los hombres cuyo genio, por una práctica constante, se cifra enteramente en burlas é invectivas contra la religión, y que serían incapaces de brillar ni distinguirse en ningún otro asunto? ¡Nos quejamos diariamente de la gran decadencia de ingenio entre nosotros, y querríamos suprimir la mayor, quizá la única fuente que le queda!—Pero he aquí la más poderosa de las razones, la razón completamente invencible. Me temo mucho que á los seis meses de aprobarse el acta aboliendo el Evangelio, los fondos del Banco y de las Indias Orientales bajen 1 por 100, cuando menos. Y puesto que eso es cincuenta veces más que lo que la sabiduría de nuestra edad ha juzgado conveniente arriesgar por la salvación del cristianismo, no

hay ninguna razón para exponerse á tan gran pérdida por el solo placer de destruirle.»

Swift no es más que un combatiente, lo concedo; pero cuando se abarca de una ojeada ese buen sentido y ese orgullo, ese imperio sobre las pasiones de los demás y ese imperio sobre sí, esa fuerza de odio y ese empleo del odio, hay que convenir en que apenas ha habido combatientes semejantes. Es polemista como Aníbal fué *condottiere*.

IV

Por lo común, la noche de la batalla es noche de expansión: se bromea, se ríe, se habla en prosa y en verso; pero esa noche es continuación del día, y el espíritu que ha dejado su huella en los trabajos deja su huella en las diversiones.

¿Qué más alegre que las veladas de Voltaire? Se burla; pero ¿advertís en su burla una intención dañina? Se indigna; pero ¿advertís en sus cóleras una índole rencorosa y aviesa? Todo es amable en él. En un instante, por necesidad de acción, pega, acaricia, cambia cien veces de tono y de semblante, con bruscos movimientos, con impetuosos repentes; á veces parece un niño; siempre es hombre de mundo, de gusto y de conversación. Quiere festejarme; por distraerse y distraerme, me lleva en un momento al través de mil ideas, sin esfuerzo ninguno. ¡Seductor amo de casa, que quiere agradar, que sabe agradar, que no tiene horror más que al tedio, que no desconfía de mí, que no se violenta, que es siempre él mismo, que derrama á raudales las ideas, la afabilidad y la joviali-

dad! Si yo estuviese con él, y se burlase de mí, no me enfadaría; me pondría al unísono con él, me reiría de mí mismo; comprendería que su único deseo es pasar una hora agradable, que me trata como igual y como convidado, que brotan de él las bromas como las chispas de un fuego de invierno, y que no por eso es menos atractivo, ni menos saludable, ni menos animador.

¡Haga Dios que Swift no se burle nunca á mi costa! El espíritu positivo es demasiado sesudo y demasiado seco para ser amable y alegre. Cuando tropieza con lo ridículo, no se entretiene en desflorarlo; lo estudia; penetra en el caso gravemente, lo posee á fondo, conoce todas las subdivisiones y todas las pruebas. Ese conocimiento profundo no puede producir más que una burla abrumadora. La de Swift, en el fondo, no es más que una refutación por el absurdo, enteramente científica. Por ejemplo: el *Arte de mentir en política* es un tratado didáctico, cuyo plan podría servir de modelo. «En el primer capítulo de ese excelente tratado, el autor examina filosóficamente la naturaleza del alma humana y las cualidades que la hacen capaz de mentir. Supone que el alma se asemeja á un espejo plano-cilíndrico, en que la faz plana representa las cosas según son; y la faz cilíndrica, según las reglas de la catóptrica, debe representar las cosas verdaderas como falsas y las cosas falsas como verdaderas. En el segundo capítulo trata de la naturaleza de la mentira política; en el tercero, de la legitimidad de la mentira política. El cuarto se consagra casi todo á resolver esta cuestión: si el derecho de fraguar mentiras políticas pertenece únicamente al gobierno?» En otra parte, nada más vigoroso, más digno de una Academia de las inscripciones, que el razonamiento con

que presenta un juguete de Pope (1), como un libelo insidioso contra la religión y el Estado.

Sus pasiones, como su ingenie, son demasiado fuertes. Por arañar desgarra; su burla es fúnebre; en son de broma hace saborear al lector todo lo ingrato de la enfermedad y la muerte. Habiéndose hecho astrólogo un antiguo zapatero, llamado Partridge, Swift, con una flema imperturbable, toma un nombre de astrólogo, compone consideraciones sobre los deberes del oficio, y, para infundir confianza al lector, se pone á predecir á su vez. «Mi primera predicción no es más que una bagatela; sin embargo, la menciono para demostrar hasta qué punto son ignorantes en sus propias cosas esos vanos aspirantes á astrólogos. Se refiere á Partridge, el fabricante de almanaques. He consultado según mis reglas la estrella de su natividad, y veo que morirá infaliblemente el 29 de Marzo próximo, hacia las once de la noche, de un tabardillo; se lo advierto para que deje arreglados todos sus asuntos.» Pasado el 29 de Marzo, refiere que el empresario de la funeraria ha ido á vestir de negro el aposento de Partridge; luego ha ido Ned el sepultero, preguntando si la fosa se ha de revestir ó no de ladrillo; después Mr. White el carpintero, para poner tornillos al ataúd; después el marmolista, con la cuenta. En fin, un sucesor ha ido á establecerse en los alrededores, «diciendo en sus prospectos que habita en la casa del difunto Mr. John Partridge, gran inteligente en cueros, en medicina y en astrología». Oís de antemano las reclamaciones del pobre Partridge. Swift, en su contestación, le prueba que está muerto, y se asombra de sus injurias. «Llamar á un hombre bribón, vi-

(1) *El Rizo robado*.

llano é insolente, porque difiere de él en una cuestión *puramente especulativa*, es, en mi sentir, un estilo muy inconveniente para una persona de la educación de Mr. Partridge. Apelo al mismo Mr. Partridge: ¿es concebible que yo haya sido bastante indiscreto para empezar mis predicciones con la única falsedad que se ha pretendido encontrar en ellas», sobre un asunto doméstico tan próximo, donde debía ser tan fácil el descubrimiento de la impostura? Mr. Partridge se engaña, ó engaña al público, ó quiere defraudar á sus herederos.—En otra parte la broma lúgubre llega á ser más lúgubre. Swift supone que su enemigo el librero Curl acaba de ser envenenado, y refiere su agonía. Un practicante del Hôtel-Dieu, no escribiría más fríamente un diario más repulsivo. Los pormenores son de una minuciosidad admirable, pero atroz. Los leemos riendo, ó, mejor, con una sonrisa falsa y con el corazón oprimido, como si presenciásemos las extravagancias de un loco de hospital. Swift es siempre trágico en su alegría; nada desarruga su ceño; hasta cuando os sirve, os hiere. En su mismo diario á Stella hay una especie de austeridad imperiosa; sus complacencias son las de un maestro con un niño. Ni la gracia, ni la dicha de una joven de diez y seis años logran ablandarle (1). Esa joven acaba de casarse, y él la dice que el amor es una niñería ridícula; luego añade con una brutalidad perfecta: «Vuestro sexo emplea en hacerse extravagante mayor cantidad de pensamiento, de memoria y de aplicación que la necesitaría para ser juicioso y útil. Cuando medito en esto, no puedo concebir que seáis criaturas humanas; sois de una especie que apenas se eleva sobre el mono.

(1) *Letter to a very young lady.*

Todavía un mono tiene cosas más divertidas; es un animal menos maléfico y costoso; con el tiempo podría hacerse un crítico pasable en materia de terciopelo y de brocado, y esos adornos, á mi ver, le sentarían tan bien como á vosotras.»

¿Aplacará la poesía á un espíritu así? Aquí, como en otras partes, es más infortunado que nadie. Le están vedados los grandes arrobamientos de la imaginación, lo mismo que los donaires de la conversación. No puede encontrar ni lo sublime ni lo agradable; no conoce ni los transportes del artista ni los solaces del hombre de mundo. Dos sonidos semejantes al fin de dos líneas iguales han consolado siempre las más punzantes penas; la antigua musa, después de tres mil años, es una joven y divina nodriza, y su canto arrulla á las naciones enfermizas á quienes visita aún como á las jóvenes razas florecientes donde ha aparecido. La música involuntaria en que el pensamiento se envuelve oculta la fealdad y desvela la belleza. El hombre febril, después de la labor de la tarde y las angustias de la noche, ve por la mañana la radiante blancura del cielo, y por todas partes la alegría de la naturaleza entra, con el olvido, en su corazón. Si sus miserias le persiguen, el soplo poético, que no puede borrarlas, las transforma: esas miserias se ennoblecen, despiertan tiernos sentimientos, y desde entonces las soporta; porque lo único á que no puede resignarse es la pequeñez. Ni Fausto ni Manfredo han apurado el dolor humano; no han bebido de la copa cruel más que el vino generoso; no han llegado hasta las heces. Han gozado de sí mismos y de la naturaleza; han saboreado la grandeza que había en ellos y la belleza que había en las cosas; han apretado con sus manos doloridas todas las espinas de que la necesidad

ha erizado nuestro camino, pero entre ellas han visto florecer rosas, vivificadas por lo más puro de su noble sangre. Nada parecido en Swift: lo que más falta á sus versos es la poesía. El espíritu positivo no puede amarla ni entenderla; no ve allí más que un artificio ó una moda, y no la emplea más que por vanidad ó por convención. Cuando en su juventud probó á hacer odas pindáricas, dió una caída deplorable. Yo no recuerdo una sola línea suya que indique un sentimiento verdadero de la naturaleza; no veía en los bosques más que leños, ni en los campos más que costales de grano. Empleó la mitología como se pone uno una peluca, como cosa que se despega, con enojo ó con desdén. Su mejor composición, *Cadenus* y *Vanessa*, es una pobre alegoría gastada. Para alabar á Vanessa, supone que las ninfas y los pastores litigan ante Venus, las unas contra los hombres, los otros contra las mujeres, y que Venus, queriendo terminar esos debates, forma en Vanessa un modelo de perfecciones. ¿A qué puede prestarse tal concepción, sino á vulgares apóstrofes y á comparaciones de colegio? Swift, que dió la receta de un poema épico, es aquí el primero que la utiliza. Y todavía sus bruscos exabruptos prosaicos desgarran á cada instante esa trapería griega. Transporta al cielo el procedimiento judicial; impone á Venus todos los términos técnicos. Presenta «testigos, cuestiones de hecho, sentencias con costas». Se grita tanto, que la diosa teme caer en descrédito, ser expulsada del Olimpo, verse enviada de nuevo al mar, su patria, «para vivir allí recluida con las sirenas, reducida al pescado, en una cuaresma perpetua». Cuando en otra parte narra la leyenda conmovedora de Filemón y Baucis, la envilece falsificándola. No ama la nobleza y la belleza antiguas; los dos dioses

se truecan en sus manos en frailes mendicantes, Filemón y Baucis en campesinos de Kent; su casa se torna iglesia, y Filemón se convierte en cura, «que sabe hablar de diezmos, fumar en pipa, leer el periódico, murmurar contra los disidentes y defender con firmeza el derecho divino». Abunda el ingenio incisivo en versos robustos, de una facilidad y una precisión extraordinarias; pero, comparado con nuestro La Fontaine, aquello es vino hecho vinagre. Aun al llegar á la encantadora Vanessa, su vena fluye sin desmentirse: para elogiarla de niña, la pone como muchacha modelo en el cuadro de honor, al modo de un maestro de escuela. «Se decidió que la conducta de todas las demás se juzgaría en vista de la suya, como guía infalible. Las niñas que cayesen en falta oirían entonar á menudo las alabanzas de Vanessa. Cuando miss Betty cometa una torpeza, cuando deje caer el cuchillo ó vierta la sal, su madre la dirá para reñirla: «¡Eso no lo ha hecho nunca Vanessa!» ¡Singular modo de admirar á Vanessa y de demostrarla que se la admira! La llama ninfa, y la trata como á una niña de escuela. «Cadenus podía alabar, estimar, aprobar; pero no comprendía lo que era amar.» Nada más cierto, y Stella ha podido apreciarlo como las demás. Los versos que él la dedica periódicamente en su cumpleaños son censuras y elogios de pedagogo; si la concede buenos puntos, es con restricciones. Un día la echa un sermoncito sobre la falta de paciencia; otra vez, por vía de cumplido, la espera esta advertencia delicada: «Stella, este día cumples treinta y cuatro años...; pero no te apures, aunque tengas doble talle y doble edad que cuando te vi por vez primera á los diez y seis, en aquellos días en que eras la virgen más brillante de la pradera. Lo poco que tu belleza

ha perdido, tu espíritu lo compensa con usura.» É insiste con un gusto exquisito: «¡Oh! ¡Si pluguiese á los dioses dividir en dos mitades tu belleza, tu talle, tus años y tu espíritu, ningún siglo podría ofrecer un par de ninfas tan graciosas, tan discretas y tan bellas!» Decididamente, este hombre es un carpintero de brazo formido, terrible en el trabajo y en la refriega, pero hombre limitado y que maneja una mujer como si fuese una viga. Las rimas y el ritmo no son más que máquinas que le sirven para prensar y lanzar su pensamiento; no ha puesto en sus versos más que prosa; la poesía era demasiado delicada para ser manejada por esas rudas manos.

Pero en las materias prosaicas, ¡qué verdad y qué fuerza! ¡Cómo eclipsa esa viril desnudez de elegancia rebuscada y la poesía artificial de Addison y Pope! Nada de epítetos; deja su pensamiento tal como es, estimándole por sí mismo, sin necesidad de adornos, y sobreponiéndose á los procedimientos del oficio, á los convencionalismos de escuela, á la vanidad de versificador, á las dificultades del arte, con pleno dominio de su asunto y de sí propio. Esa sencillez y esa naturalidad asombran en el verso. Aquí, como en otras partes, su originalidad es completa, y su genio creador; va más allá de su siglo clásico y tímido; domeña la forma, rompe los moldes, se atreve á decirlo todo sin economizar ninguna crudeza. Reconozcamos la grandeza en esa invención y en esa audacia; sólo es un hombre superior el que lo encuentra todo y no copia nada. ¡Qué acerbidad cómica en la *Gran cuestión debatida!* Se trata de pintar la entrada de un capitán en un castillo, sus humos, su insolencia, su estolidez y la admiración que le atraen su insolencia y su estolidez. La señora le sirve antes que á nadie; los criados asoman la nariz por la rendija de la puerta para ver su uniforme bordado.

«Los curas están á punto de reventar de envidia.»—«Querida señora, tened por seguro que es un hombre que habla á maravilla; no hay más que oir qué bien muerde su lengua al clero.»—«Señora (dice el capitán), si dais tales comidas no os faltarán curas mientras viváis. Jamás he visto un cura que no tuviese buen olfato. Pero en cualquier parte se recibiría al diablo mejor que á ellos. ¡Por vida de...! nos dicen que nos corrijamos y nos arrepintamos; pero ¡diantre! en su cara se ve bien que no pasan cuaresmas.—Señor cura, con todos vuestros aires de gravedad, me temo mucho que ponga usted ojos de carnero á la doncella de la señora. Yo deseo que os preste su linda mano blanca para remendaros la sotana y plancharos el alzacuello.—Dondequiera que veais una sotana, apostad ciento contra uno á que dentro hay un patán... ¿Queréis dar buena educación á un joven? El ejército es la única escuela buena de toda la nación.»

Esto ha sido *visto,* y tal es la belleza de los versos de Swift: son personales; no son temas desarrollados, sino impresiones sentidas y observaciones hechas. Léase el *Diario de una dama moderna,* el *Ajuar del espíritu de una dama* y tantas otras composiciones: son diálogos transcritos ó juicios anotados al salir de un salón. La *Historia de un matrimonio* presenta un deán de cincuenta y dos años que se casa con una joven coqueta. ¿No se ve en ese solo título los temores del célibe de Saint-Patrick? ¿Qué diario más íntimo y más acerbo que los versos *sobre su propia muerte?*

«¿Cómo va el deán?—A duras penas vive. Ahora se leen las oraciones de los moribundos. Respira con di-

ficultad. El deán ha muerto.—Antes de que doblen las campanas, la noticia ha recorrido toda la ciudad.»—«¡Ah! Todos debemos prepararnos á morir.—¿Qué ha dejado? ¿Quién es su heredero?—No sé más que lo que se dice. Lo ha legado todo al público.—¿Al público? ¡Vaya un capricho! ¿Qué había hecho el público por él?—Pura envidia, avaricia y orgullo. Lo ha dado todo; pero ha muerto antes.—¿No tenía el deán en toda la nación algún amigo valioso, algún pariente pobre? ¡Tan dispuesto á hacer bien á los extraños, olvidando á los que son su carne y su sangre!...» Las amigas, cuyos tiernos corazones han aprendido mejor á representar un papel, reciben la noticia con cara compungida:—«El deán ha muerto (haced el favor: ¿qué tenemos de triunfo?)—¡Que Dios tenga piedad de su alma!—Se dice que llevarán el paño mortuorio seis deanes. (Vaya un envite.)—Señora, ¿asistirá vuestro esposo á los funerales de tan buen amigo?—No, señora: es un espectáculo demasiado triste, y además tiene una invitación para mañana por la noche: milady Club llevaría á mal que faltase á su cuatrillo. El quería al deán (salgo con oros), pero los mejores amigos, como se dice, tienen que separarse. Le había llegado la hora; había acabado su carrera. Supongo que se encontrará en un mundo mejor...»—El pobre Pope estará triste un mes, y Gay una semana, y Arbuthnot un día.»

Tal es el inventario de las amistades humanas. Toda poesía exalta, ésta deprime; en vez de ocultar lo real, lo desvela; en vez de ilusionar, desilusiona. Cuando quiere pintar la aurora, nos presenta á «los barrenderos en la calle» y nos hace oir los gritos del mercado. Cuando quiere pintar la lluvia, describe «todos los colores y todos los hedores» de los arroyos crecidos, «los

gatos muertos, las hojas de berza, los peces podridos», que van revueltos en el fango. Los versos de Swift arrastran en sus pliegues todas esas inmundicias. El lector sonríe al ver la poesía rebajada hasta ese oficio; le parece asistir á una mascarada, le parece ver una reina disfrazada de pavera. Se para uno, y mira con ese placer que se siente en beber un licor amargo. Siempre es bueno conocer la verdad, y en la obra magnífica que los artistas nos representan hace falta un empresario que nos diga el número de los alabarderos y de los comparsas.

¡Menos mal, si todo se redujese á hacer esa cuenta! Feas son las cifras, pero no hieren más que al espíritu; otras cosas falta describir, como la pringue de las candilejas, las hediondeces de los bastidores y todo lo que no se puede nombrar. No sé cómo hacer para indicar hasta dónde se arrebata Swift; pero es preciso, porque esos extremos son el supremo esfuerzo de su genio y de su desesperación: hay que haberlos tocado para medirle y conocerle. Arrastra la poesía, no sólo por el lodo, sino por la basura; en la basura se revuelca como un loco furioso, y con ella salpica á cuantos pasan. Todas las crudezas, comparadas con las suyas, son decentes y agradables. En Aretino y Brantôme, en La Fontaine y Voltaire, hay el pensamiento de un placer. Disculpa á los unos la sensualidad desenfrenada, á los otros la alegría maliciosa; se escandaliza uno, pero no se arquea; no gusta ver en un hombre una furia de toro ó una travesura de mono; pero el toro es tan ardiente y tan fuerte, el mono es tan ingenioso y tan vivo, que acaba uno por mirar ó alegrarse. Luego, por groseras que sean sus pinturas, al fin se relacionan con el amor; Swift no toca más que lo referente á la digestión, y lo hace con repug-

nancia y por venganza. No vaya á comparársele aquí con Rabelais; nuestro buen gigante, médico y borracho, se tiende alegremente en su estercolero sin la menor malicia; el estiércol es abrigado y cómodo; se está allí bien para filosofar y dormir la mona. Las funciones corporales, elevadas á esa enormidad y saboreadas con esa frescura, llegan á ser poéticas. Cuando los toneles se vacían en su gaznate, y las viandas se sepultan en su estómago, toma uno parte por simpatía en tanto bienestar; en los bazuqueos de aquella panza colosal y en la risa de aquella boca homérica, se vislumbran, como al través de una humareda, los recuerdos de las religiones báquicas, la fecundidad, la alegría monstruosa de la naturaleza: son las magnificencias y descaros de sus primeros alumbramientos. El espíritu positivo, al revés, no se fija más que en las bajezas, no quiere ver más que el reverso de las cosas; armado de dolor y de audacia, no economiza ningún pormenor innoble, ninguna palabra cruda. Entra en el cuarto de vestir (1), cuenta los desencantos del amor (2), le deshonra con una mezcla de farmacia y de medicina (3), describe el afeite y todo lo restante (4). Va á pasearse por la noche á lo largo de los muros solitarios (5), y en esas deplorables pesquisas lleva siempre en la mano el microscopio. Júzguese lo que ve y lo que sufre. Esa es su belleza ideal y su conversación festiva, y adivináis que tendrá por filosofía, como por poesía y por política, la execración y el hastío.

(1) *The lady's dressing-room.*
(2) *Strephon and Chloe.*
(3) *A love-poem from a Physician.*
(4) *The Progress of Beauty.*
(5) *The Problem.* Léase, sobre todo, *Examination of certain abuses.*

V

En casa de sir William Temple escribió el *Cuento del Tonel*, en medio de toda clase de lecturas, como un compendio de la verdad y de la ciencia. Por eso, tal cuento es la sátira de toda ciencia y de toda verdad.

En primer término, de la religión. Allí parece defender la Iglesia de Inglaterra; pero ¿qué Iglesia y qué símbolo no van envueltos en su ataque? Para amenizar su asunto, le profana, y reduce las cuestiones de dogmas á cuestiones de trajes. Un padre tenía tres hijos: Pedro, Martín y Juan; al morir, dejó un traje á cada uno (1), advirtiéndoles que le tuviesen limpio y que le cepillasen á menudo. Los tres hermanos obedecieron durante algún tiempo, y viajaron honradamente, matando «buen número de gigantes y de dragones» (2). Desgraciadamente, habiendo llegado á la ciudad, adquirieron sus costumbres, se enamoraron de varias grandes damas, la duquesa *of Money*, milady *Great-Titles*, la condesa *of Pride*, y, para ganar sus favores, empezaron á vivir como galanes, fumando, jurando, haciendo versos, contrayendo deudas, teniendo caballos, duelos y mozas. Se había fundado una secta, que sentaba por principio que el mundo es un gran guardarropa; porque ¿qué es lo que se llama tierra sino una hermosa casaca matizada de verde? y ¿qué es el mar sino un chaleco color de agua? El

(1) *La Verdad cristiana.*
(2) *Persecuciones y combates de la Iglesia primitiva.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
28556

nancia y por venganza. No vaya á comparársele aquí con Rabelais; nuestro buen gigante, médico y borracho, se tiende alegremente en su estercolero sin la menor malicia; el estiércol es abrigado y cómodo; se está allí bien para filosofar y dormir la mona. Las funciones corporales, elevadas á esa enormidad y saboreadas con esa frescura, llegan á ser poéticas. Cuando los toneles se vacían en su gaznate, y las viandas se sepultan en su estómago, toma uno parte por simpatía en tanto bienestar; en los bazuqueos de aquella panza colosal y en la risa de aquella boca homérica, se vislumbran, como al través de una humareda, los recuerdos de las religiones báquicas, la fecundidad, la alegría monstruosa de la naturaleza: son las magnificencias y descaros de sus primeros alumbramientos. El espíritu positivo, al revés, no se fija más que en las bajezas, no quiere ver más que el reverso de las cosas; armado de dolor y de audacia, no economiza ningún pormenor innoble, ninguna palabra cruda. Entra en el cuarto de vestir (1), cuenta los desencantos del amor (2), le deshonra con una mezcla de farmacia y de medicina (3), describe el afeite y todo lo restante (4). Va á pasearse por la noche á lo largo de los muros solitarios (5), y en esas deplorables pesquisas lleva siempre en la mano el microscopio. Júzguese lo que ve y lo que sufre. Esa es su belleza ideal y su conversación festiva, y adivináis que tendrá por filosofía, como por poesía y por política, la execración y el hastío.

(1) *The lady's dressing-room.*
(2) *Strephon and Chloe.*
(3) *A love-poem from a Physician.*
(4) *The Progress of Beauty.*
(5) *The Problem.* Léase, sobre todo, *Examination of certain abuses.*

V

En casa de sir William Temple escribió el *Cuento del Tonel*, en medio de toda clase de lecturas, como un compendio de la verdad y de la ciencia. Por eso, tal cuento es la sátira de toda ciencia y de toda verdad.

En primer término, de la religión. Allí parece defender la Iglesia de Inglaterra; pero ¿qué Iglesia y qué símbolo no van envueltos en su ataque? Para amenizar su asunto, le profana, y reduce las cuestiones de dogmas á cuestiones de trajes. Un padre tenía tres hijos: Pedro, Martín y Juan; al morir, dejó un traje á cada uno (1), advirtiéndoles que le tuviesen limpio y que le cepillasen á menudo. Los tres hermanos obedecieron durante algún tiempo, y viajaron honradamente, matando «buen número de gigantes y de dragones» (2). Desgraciadamente, habiendo llegado á la ciudad, adquirieron sus costumbres, se enamoraron de varias grandes damas, la duquesa *of Money*, milady *Great-Titles*, la condesa *of Pride*, y, para ganar sus favores, empezaron á vivir como galanes, fumando, jurando, haciendo versos, contrayendo deudas, teniendo caballos, duelos y mozas. Se había fundado una secta, que sentaba por principio que el mundo es un gran guardarropa; porque ¿qué es lo que se llama tierra sino una hermosa casaca matizada de verde? y ¿qué es el mar sino un chaleco color de agua? El

(1) *La Verdad cristiana.*
(2) *Persecuciones y combates de la Iglesia primitiva.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
28556

haya lleva en la cabeza una peluca galanísima, y no hay justillo blanco más precioso que el del abedul.» Lo mismo ocurre con las cualidades del alma: «¿no es la religión un manto? ¿no es la conciencia un par de calzones, que, aunque destinados á cubrir la suciedad y la impudicia, se echan abajo muy fácilmente para el servicio de la una y de la otra?... El vestido hace al hombre, y le da la belleza, el talento, el continente, la educación, la importancia. Si ciertos pedazos de armiño y de piel se ponen en cierto sitio, los llamamos un juez; del propio modo, una combinación adecuada de linón y de raso negro se llama un obispo.

Esa secta probaba también por la escritura, que el vestido «es el alma, porque en él tenemos el movimiento, la vida y el ser». Por eso, nuestros tres hermanos, como no tenían más que trajes muy sencillos, se encontraron muy apurados. Por ejemplo: á la sazón se estilaban las charreteras mochas *(shoulder-knots)*, y el testamento de su padre les prohibía expresamente añadir, quitar ni cambiar nada en sus trajes. «Después de muchas reflexiones, uno de los hermanos, que era más leído que los otros, dijo que había encontrado un expediente. Es verdad (dijo) que en este testamento no hay nada que mencione, *totidem verbis*, las charreteras mochas, pero me atrevo á conjeturar que las encontraremos incluidas *totidem syllabis*. Todos aprobaron al punto esta distinción.» Pero desgraciadamente, la sílaba inicial no se encontraba en ningún sitio del testamento. «Después de esta desilusión, el hermano, que había dado con el primer subterfugio, cobró ánimos y dijo: Hermanos míos, aún hay esperanza, porque aunque no podamos encontrarlas, *totidem verbis* ni *totidem syllabis*, me atrevo á prometer que las descubriremos *tertio modo* ó *totidem*

litteris. Esta invención se aprobó calurosamente. Se pusieron, pues, á escudriñar el manuscrito, y sacaron la primera palabra: *shoulder;* pero el mismo planeta, enemigo de su reposo, hizo el milagro de que no pareciese ninguna K. Era una gran dificultad. Sin embargo, el hermano de las distinciones, ahora que había puesto manos á la obra, probó con un argumento muy bueno, que la K era una letra moderna, ilegítima, desconocida de las edades doctas, y que no se encontraba en ningún manuscrito antiguo. Con esto, toda dificultad se desvanecía; se probó claramente que las charreteras mochas eran de institución paterna, *jure paterno*, y nuestros tres caballeros las lucieron tan grandes y rozagantes como las que más.» Otras interpretaciones admitieron los galones de oro, y un codicilo añadido autorizó los forros de raso color de llama. Por desgracia, «al invierno siguiente, un cómico, pagado por la corporación de los pasamaneros, representó su papel en una comedia nueva cubierto enteramente de franjas de plata, y según una loable costumbre, las puso de moda con eso solo. Entonces los hermanos, consultando el testamento del padre, encontraron con gran asombro estas palabras: *Item*, ordeno y mando á mis dichos hijos que no lleven en los susodichos trajes ninguna especie de *franjas de plata*. No obstante, después de una pausa, el hermano mencionado tantas veces por su erudición y muy versado en la crítica, declaró haber visto en cierto autor, que no nombraría, que la palabra *franja* escrita en ese testamento, significa también palo de escoba, é indudablemente debía tener este sentido en el párrafo. A uno de los hermanos no le pareció bien esto á causa del epíteto *de plata*, que en su humilde opinión no podía aplicarse razonablemente, al menos en lenguaje

ordinario, á un palo de escoba; pero se le replicó que ese epíteto debía tomarse en el sentido mitológico y alegórico. Sin embargo, hizo aún esta objeción: ¿por qué les hubiera prohibido su padre llevar sobre sus trajes un palo de escoba, advertencia que no parecía natural ni pertinente? En cuyo punto le pararon los pies por hablar irreverentemente de un misterio que sin duda era muy útil y estaba lleno de sentido, pero no debía sondearse con demasiada curiosidad ni «someterse á un razonamiento demasiado minucioso». Por fin, Pedro, el hermano escolástico, se cansa de buscar distinciones, mete el viejo testamento en una caja bien cerrada, autoriza por la tradición las modas que le convienen, y habiendo heredado una fortuna se hace llamar su eminencia. Los hermanos, tratados como negros, acaban por marcharse, vuelven á abrir el testamento y empiezan nuevamente á comprender la voluntad de su padre. Martín, el anglicano, para reducir su traje á la sencillez primitiva, descose punto por punto los galones puestos en los tiempos de error, y deja aún previsoramente algunos bordados por no desgarrar la tela. Juan, el puritano, lo arranca todo en medio de transportes, y se queda hecho un harapo, lleno de envidia contra Martín, y medio loco. Entra entonces en la secta de los eolistas ó inspirados, admiradores del viento, los cuales sostienen que el espíritu, ó soplo ó viento, es celeste y encierra toda la ciencia.

«Porque se admite generalmente que la ciencia hincha á los hombres, y además los eolistas demostraban su opinión con el siguiente silogismo: las palabras no son más que viento, y la ciencia se reduce á palabras; *ergo*, la ciencia no es más que viento. Ahora, este viento no debía guardarse, sino comunicarse libremente á la especie humana. Por estas razones y otras de igual peso, afirmaban los eolistas que el don de eructar es el acto más noble de las criaturas racionales... En ciertas épocas del año se veía á sus sacerdotes unidos en gran número formando una cadena circular, y armado cada uno de un fuelle que aplicaba al trasero del vecino, por cuyo medio se inflaban los unos á los otros hasta adquirir la forma y el tamaño de un tonel; y por esa razón llamaban ordinariamente á sus cuerpos con mucha propiedad «los vasos del Señor». Y á fin de hacer las cosas completas, como el soplo de la vida del hombre está en las narices, los eructos más selectos, más edificantes y vivificantes, los enviaban por ese conducto para darles su tinte á medida que pasaban.

Después de esta explicación de la teología, de las querellas religiosas y de la inspiración mística, ¿qué queda aún de la Iglesia anglicana? Es un manto razonable, útil, político; pero ¿qué más? Como un cepillo demasiado fuerte, la bufonada se ha llevado la tela con la mancha. Swift ha apagado un incendio, pero como Gulliver en Lilliput, las personas salvadas por él quedan sofocadas de resultas de su liberación, y el crítico tiene que taparse las narices para admirar la justa aplicación del líquido y la energía del instrumento liberador.

Ahogada la religión, Swift se vuelve contra la ciencia; porque las digresiones con que corta su cuento para remediar y ridiculizar á los sabios modernos se enlazan con su cuento de la manera más estrecha. El libro principia con introducciones, prefacios, dedicatorias y otros apéndices empleados por lo común para engrosar los libros, caricaturas violentas acumuladas contra la vanidad y la charlatanería de los autores.

El se da por uno de tantos, y anuncia los descubrimientos de sus colegas. ¡Admirables descubrimientos! El primero de sus comentarios será sobre *Tom Pouce*, cuyo autor era un filósofo pitagórico. Ese profundo tratado contiene todo el secreto de la metempsicosis, y desenvuelve la historia del alma al través de todos sus estados.—*Whittington y su gato* es una obra de ese misterioso Rabí Jehudá Hannasí, la cual contiene una defensa de la Guemarah de la Misnah jerosolimitana, y las razones por las cuales debe preferirse á la de Babilonia, contra la opinión admitida.» El, por su parte, advierte que va á publicar «una historia general de las orejas, un panegírico del número tres, una humilde defensa de los procederes de la canalla en todos los siglos, y un ensayo crítico sobre el arte de vocear santurronamente, considerado bajo los puntos de vista filosófico, físico y musical», é induce á los lectores á arrancarle, á fuerza de instancias, esos inestimables tratados que van á cambiar la faz del mundo. Después, volviéndose contra los eruditos y los críticos escudriñadores de textos, les prueba, á imitación suya, que los antiguos hablaron de ellos. ¿Puede verse una parodia más cruel de las interpretaciones forzadas? Los antiguos, dice, designaron á los críticos, aunque en términos figurados y con toda clase de precauciones tímidas; «pero esos símbolos son tan transparentes, que es difícil de concebir cómo ha podido desconocerlos un lector de gusto, dotado de la perspicacia moderna. Así, Pausanias dice que hubo una raza de hombres que se complacía en roer las superfluidades y excrecencias de los libros; observado lo cual, los sabios se cuidaron por sí propios de desprender de sus obras las ramas secas y superfluas. Pero Pausanias oculta diestramente su idea bajo esta alegoría: que los naupl

lianos de Argos aprendieron el arte de podar sus viñas, al advertir que, cuando un *burro* había ramoneado alguna, prosperaba más y daba mejores frutos. Herodoto, con los mismos jeroglíficos, habla con mucha más claridad y casi *in terminis;* ha tenido el atrevimiento de achacar ignorancia y malicia á los verdaderos críticos, y de decirlo abiertamente, porque no se puede atribuir otro sentido á su frase de que en la parte occidental de Libia hay burros con cuernos». Entonces llueven los sangrientos sarcasmos. Swift tiene el genio del insulto; es inventor de la ironía, como Shakespeare en la poesía; y, según es propio de la fuerzo suma, llega hasta el extremo de su pensamiento y su arte. Flagela á la razón después de la ciencia, y no deja subsistir nada de todo el espíritu humano. Con una gravedad doctoral afirma que de todo cuerpo se desprenden vapores, los cuales, al llegar al cerebro, le dejan sano, si son poco abundantes, pero le exaltan si son excesivos; que, en el primer caso, forman sujetos tranquilos, y en el segundo, grandes políticos, fundadores de religiones y profundos filósofos; es decir, locos: de suerte, que la locura es la fuente de todo el genio humano y de todas las instituciones del universo. Por eso se hace muy mal en tener encerrados á los *gentlemen* de Bedlam, y una comisión encargada de escogerlos, encontraría en esa academia muchos talentos oscurecidos, capaces de desempeñar los más grandes puestos en el ejército, en el Estado y en la Iglesia. «¿Hay un estudiante que haga trizas su jergón, que jure, blasfeme, eche espumarajos, muerda los barrotes y vacíe su servicio en la cara de los espectadores? Que los sabios y dignos comisarios inspectores le den un regimiento de dragones y le envíen á Flandes con los otros.—He aquí un segundo que toma grave-

mente las medidas de su chiribitil, hombre de visiones proféticas y de vista interior, que anda solemnemente siempre al mismo paso, habla mucho de lo calamitoso de los tiempos, de las contribuciones y de la prostituta de Babilonia, atranca la ventana de su celda á las ocho en punto y sueña con fuego. ¿A qué grado no subiría el valor de todas esas perfecciones, si se enviase al que las posee á una congregación de la City?... No quiero insistir minuciosamente sobre el gran número de elegantes, de músicos, de poetas, de políticos, que esa reforma devolvería al mundo.—Yo mismo, el autor de estas admirables verdades, soy una persona de imaginación indómita y maravillosamente dispuesta á salir de escapada con mi razón, la cual, según he comprobado en una larga experiencia, es un jinete muy ligero, á quien fácilmente se desmonta; por cuya causa mis amigos jamás quieren dejarme solo, sin que les prometa solemnemente divulgar mis ideas de esta ó la otra manera, en beneficio de toda la humanidad.» ¡El desgraciado se conoce y se ridiculiza á sí mismo! ¡Qué risa de loco y qué sollozo en esa bronca alegría! ¿Qué le queda sino matar el resto de la invención humana? ¿Quién no ve aquí la desesperación de donde ha nacido la academia de Laputa? ¿No hay un principio de demencia en esa intensa meditación del absurdo? Aquí, su matemático, que para enseñar la geometría, hace tragar á sus discípulos suplicaciones en que ha escrito sus teoremas; allí, su moralista, que para poner de acuerdo á los partidos políticos, propone partir los cerebros enemigos y pegar la mitad del uno con la mitad del otro; más allá, su economista, que destila los excrementos para reducirlos al estado nutritivo. Swift tiene su celda al lado de ellos, y es el más miserable de todos, porque alimenta, como ellos, su espíritu de inmundicias y locuras; pero él sabe que lo son y las aborrece.

Si es triste mostrar la locura humana, es más triste mostrar la perversidad humana: el corazón nos es más íntimo que la razón; se sufre menos en ver la extravagancia ó la estolidez que la maldad ó la bajeza, y á mí Swift me parece más dulce en el *Cuento del tonel* que en *Gulliver*.

Todo su talento y todas sus pasiones se han concentrado en ese libro; el espíritu positivo ha impreso en él su forma y su fuerza. No hay nada agradable en la ficción ni en el estilo: es el diario de un hombre común, cirujano primero, después capitán, que describe con sangre fría y con buen criterio los hechos y las cosas que acaba de ver, ningún sentimiento de lo bello, ninguna apariencia de admiración y de pasión, ningún acento. Bankes y Cook cuentan del mismo modo. Swift no busca más que la verosimilitud y la alcanza. Su arte consiste en partir de una suposición absurda y deducir seriamente las consecuencias que entraña. Es el espíritu lógico y técnico de un constructor que, imaginando la reducción ó la ampliación de un rodaje, ve las consecuencias de ese cambio y traza su lista. Todo su placer es ver esas consecuencias claramente y por un razonamiento sólido. Marca las dimensiones y todo lo restante como buen ingeniero y estadístico, sin omitir ningún detalle trivial y positivo: en esto, exceptuando á de Foe, no tiene igual. La máquina de imán que sostiene la isla volante, el transporte y el inventario de Gulliver en Lilliput, su llegada y su alimentación entre los caballos producen una ilusión completa; ningún espíritu ha conocido mejor las leyes ordinarias de la naturaleza y de la vida humana; ningún espíritu se ha encerrado tan estricta-

mente en ese conocimiento; no le hay más exacto ni más limitado.

Pero ¡qué vehemencia bajo esa sequedad! ¡Qué ridículos parecen nuestros intereses y nuestras pasiones, cuando se rebajan á la pequeñez de Lilliput, ó se comparan con la enormidad de Brobdingnag! ¿Qué es la belleza, puesto que el cuerpo más bello, mirado con ojos penetrantes, parece horrible? ¿Qué es nuestro poder, puesto que un insecto, rey de un hormiguero, puede hacerse llamar como nuestros príncipes «majestad sublime, delicias y terror del universo»? ¿Qué valen nuestros homenajes, puesto que un pigmeo, «que alza sobre los demás tanto como el grueso de una uña», los inspira por eso solo un respetuoso temor? Las tres cuartas partes de nuestros sentimientos son mentecateces, y la única causa de nuestra veneración ó de nuestro amor es la imbecilidad de nuestros órganos.

La sociedad repele aún más que el hombre. En Laputa, en Lilliput, entre los caballos, entre los gigantes, Swift la ataca con encarnizamiento, y no se cansa nunca de escarnecerla y envilecerla. A sus ojos, «la ignorancia, la pereza y el vicio son los méritos y las notas distintivas del legislador. Para explicar, interpretar y aplicar las leyes, se elige á aquellos cuyo talento y cuyo interés consisten en pervertirlas, embrollarlas y eludirlas». Un noble es un miserable, podrido de cuerpo y de alma, que concentra en sí todas las enfermedades y todos los vicios que le han transmitido diez generaciones de disolutos y de bribones. Un legista es un embustero asalariado, acostumbrado por veinte años de trapacerías á torcer la verdad, si es abogado, y á venderla, si es juez. Un ministro es un rufián que, habiendo prostituido á su

mujer ó vocingleado en pro del bien público, se ha hecho dueño de todos los destinos, y que, para robar mejor el dinero de la nación, compra á los diputados con el dinero de la nación. Un príncipe es un explotador de todos los vicios, incapaz de emplear ni de querer á un hombre honrado, «convencido de que su trono no puede subsistir sin corrupción, porque el temple animoso, indómito y altivo que la virtud inspira al hombre, es una traba perpetua para los negocios públicos». En Lilliput elige por ministros á los que bailan mejor en la cuerda. En Laputa obliga á todos los que se presentan delante de él á arrastrarse por el suelo, lamiendo el polvo. Y Swift añade entre otras alabanzas: «Cuando quiere matar á alguno de sus nobles de una manera suave é indulgente, manda esparcir por el pavimento cierto polvo oscuro envenenado que, al ser lamido, mata al hombre infaliblemente en veinticuatro horas. Sin embargo, para hacer justicia á la gran clemencia de ese príncipe y al interés que se toma por la vida de sus súbditos (en lo cual deberían imitarle los monarcas de Europa), hay que advertir, en su honor, que después de tales ejecuciones, siempre se dan órdenes severas para que se lave bien la parte envenenada del pavimento. Yo mismo le oí dar la orden de azotar á uno de sus pajes, á quien se había encargado aquella vez la limpieza del suelo, y que maliciosamente no había cumplido el encargo. Por esa negligencia, un joven señor de grandes esperanzas, que iba á una audiencia, tuvo la desgracia de envenenarse, aunque el rey no abrigase entonces ningún designio contra su vida; *pero ese excelente príncipe tuvo la conmovedora bondad de perdonar los azotes al pobre paje, bajo promesa de que no volvería á obrar así sin órdenes especiales.*»

Todas esas ficciones de gigantes, de pigmeos, de islas volantes, sirven para despojar á la naturaleza humana de los velos con que la cubren el hábito y la imaginación, á fin de exhibirla en toda su verdad y fealdad. Falta alzar un velo, el más engañador, el más íntimo: hay que quitar esa apariencia de razón en que nos rebozamos; hay que suprimir esas ciencias, esas artes, esas combinaciones de sociedades, esas invenciones de industrias cuyo brillo deslumbra; hay que descubrir el *yahu* bajo el hombre. ¡Qué espectáculo!

«Vi varios animales en un campo, y uno ó dos de la misma especie subidos en árboles. Su cuerpo era singular y deforme; tenían la cabeza y el pecho cubiertos de un pelo espeso, unas veces rizado, otras liso; tenían también barbas, como las cabras, y una larga tira de pelo por la espalda y delante de los pies y de las piernas; el resto del cuerpo aparecía desnudo (1)..., de modo que pude ver su piel, que era atezada. Trepaban á los árboles como ardillas, porque tenían fuertes garras, terminadas en puntas agudas y corvas. Las hembras tenían pelo largo en la cabeza, pero no en la cara ni en el resto del cuerpo, donde sólo se veía una especie de vello... Las tetas les colgaban por entre las patas delanteras, y, al andar, llegaban casi al suelo. En resumen: yo no había visto nunca, en todos mis viajes, animal más repulsivo ó que me hubiese inspirado tan gran antipatía.»

Según Swift, tales son nuestros hermanos. Encuentra en ellos todos nuestros instintos. Se odian los unos á los otros, y se desgarran en contorsiones y aullidos horribles; he ahí la fuente de nuestras querellas. Si

(1) Me veo obligado á suprimir varios pormenores.

encuentran una vaca muerta, aunque no sean más que cinco y haya carne para cincuenta, se estrangulan ó ensangrientan; he ahí la imagen de nuestra codicia y de nuestras guerras. Desentierran piedras brillantes que esconden en sus pocilgas, que devoran con los ojos, y se acongojan y dan alaridos si se las quitan; he ahí el origen de nuestro amor al oro. Lo devoran todo indistintamente, hierbas, bayas, raíces, carne podrida, con especialidad la que han robado, y se atracan hasta vomitar ó reventar; he ahí el retrato de nuestra glotonería y de nuestra falta de probidad. Tienen cierta especie de raíz jugosa é insana, de que abusan hasta rugir y rechinar los dientes, abrazándose ó arañándose, y rodando después revueltos en el lodo; he ahí el cuadro de nuestra embriaguez. Cada rebaño tiene un jefe, el más malo y deforme de todos, servido por un favorito, «cuya ocupación es lamerle los pies y las nalgas, y llevarle las hembras á su pocilga, obteniendo en recompensa alguna que otra vez un trozo de carne de burro... El favorito continúa en su puesto hasta que se encuentra otro peor; entonces se le despide en el acto, y su sucesor, á la cabeza de todos los yahus del distrito, machos y hembras, van á arrojarle sus excrementos, poniéndole perdido de la cabeza á los pies»; he ahí el compendio de nuestro gobierno. Todavía Swift da la preferencia á los yahus sobre los hombres, diciendo que nuestra miserable razón ha empeorado y multiplicado esos vicios, y sosteniendo con el rey de Brobdingnag que nuestra especie «es la ralea más perniciosa de bichos odiosos que la naturaleza permite arrastrarse por la superficie de la tierra.»

Cinco años después de este tratado del hombre, escribía á favor de la desgraciada Irlanda un folleto,

que es como el esfuerzo supremo de su desesperación y de su genio (1). Le traduzco casi íntegro; lo merece. En ninguna literatura conozco nada semejante.

«Es un triste espectáculo para los que se pasean por esta gran ciudad, ó viajan por el campo, ver en las calles, en los caminos y en las puertas de las cabañas, multitud de mendigos, seguidos de tres, cuatro ó seis niños, todos harapientos, é importunando á todo viajero para que les den limosna... Supongo que todos los partidos convienen en que ese número prodigioso de niños es hoy, en el deplorable estado de este reino, una gran carga más; por consiguiente, el que pudiese descubrir un medio honroso, económico y fácil de transformar esos niños en miembros útiles de la comunidad, prestaría tan gran servicio al público que merecería una estatua como salvador de la nación. Voy, pues, á proponer humildemente mi idea, que supongo no habrá de suscitar la menor objeción.»

Cuando se conoce á Swift, da miedo semejante manera de empezar.

«Un americano á quien conozco en Londres, persona muy inteligente, me asegura que, al año de edad, un niño de buena salud y de buenas carnes, asado, estofado ó cocido al horno, es un manjar delicioso, suculento y sano; y para mí es indudable que lo mismo servirá frito ó en cualquier guiso.

»Yo someto, pues, al público humildemente esta consideración: que, de los ciento veinte mil niños ya computados, podrían reservarse veinte mil para la reproducción de la especie—una cuarta parte de ellos

(1) «Proposición modesta para impedir que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres y su país, y hacerlos útiles al público.» 1729.—Swift se volvió loco algunos años después.

varones,—y que los otros cien mil, á la edad de un año, podrían ofrecerse en venta á las personas de calidad y de fortuna de todo el reino, advirtiéndose siempre á la madre que los hiciese mamar abundantemente el último mes, á fin de que estuviesen gordos y mantecosos para las buenas mesas. Un niño haría dos platos en una comida de convidados; cuando la familia comiese sola, el cuarto delantero ó trasero constituiría un plato muy regular, y, sazonado con un poco de sal ó pimienta, estaría muy bien, cocido, al cuarto día, sobre todo en invierno.

»Según mi cuenta, un niño que al nacer pesa doce libras, al año, si se le alimenta regularmente, puede llegar á veintiocho.

»He calculado también que el sustento del hijo de un mendigo (y coloco en esta categoría á todos los *cottagers*, jornaleros y á las cuatro quintas partes de los labradores) cuesta unos 2 chelines al año, incluyendo los andrajos, y creo que ningún *gentleman* reparará en dar 10 chelines por el cuerpo de un niño rollizo, que le proporcionará cuatro platos, por lo menos, de excelente alimento nutritivo.

»Los que sean más económicos (y confieso que los tiempos lo piden) podrán desollar al niño, y la piel, convenientemente preparada, servirá para hacer guantes admirables de señora y botas de verano para los caballeros elegantes.

»En cuanto á nuestra ciudad de Dublín, podrán habilitarse en ella mataderos á propósito en los sitios más convenientes; carniceros podemos estar seguros que no han de faltar; pero yo recomendaría más bien que se comprasen los niños vivos, y se aderezase la carne acabada de salir del cuchillo, como se hace con los lechones asados.

»Creo que las ventajas de este proyecto son múltiples, notorias y de la más alta importancia.—En primer término, disminuirá mucho el número de papistas, que nos abruma de año en año, porque son los principales procreadores de la nación.—En segundo lugar, como el mantenimiento de cien mil niños de dos años en adelante no puede calcularse en menos de 10 chelines anuales por cabeza, la riqueza de la nación tendría un aumento de 50.000 guineas anuales, amén de la ventaja de introducir un nuevo plato en las mesas de todos los *gentlemen* de fortuua y de gusto algo delicado. Y el dinero no saldría de nosotros, toda vez que el producto era de nuestra cosecha y de nuestras manufacturas.—En tercer lugar, se fomentaría así el matrimonio, que todas las naciones ilustradas han estimulado con recompensas ó garantizado con leyes y penalidades. Las madres multiplicarían los cuidados y la solicitud para con sus hijos en cuanto contasen con una asignación para las pobres criaturas, instituida en cierto modo por el público mismo.—Se podrían enumerar otras muchas ventajas, por ejemplo: la adición de algunos millares de reses á nuestra exportación de carne en barril, la expedición más abundante de cerdo, el perfeccionamiento del arte de hacer buenos jamones; pero omito estas y otras muchas cosas en gracia de la brevedad.

»Algunas personas apocadas se preocupan también del gran número de pobres viejos, enfermos ó lisiados, y me piden que piense una manera de librar á la nación de carga tan penosa; pero yo no veo ahí motivo para preocuparse, porque se sabe muy bien que mueren á diario de frío, de hambre, de suciedad y de miseria, todo lo de prisa que razonablemente cabe esperar. Y en cuanto á los jornaleros jóvenes, su estado autoriza

esperanzas semejantes: no pueden encontrar trabajo, y, por consiguiente, se debilitan por falta de alimento hasta tal punto que, si á veces se los contrata por casualidad como peones, no tienen fuerzas para acabar su trabajo. Así, el país y ellos mismos se encuentran afortunadamente libres de todos los males futuros.»

Y acaba con esta ironía de caníbal:

«Declaro con toda la sinceridad de mi corazón que no tengo el menor interés personal en la realización de esta obra saludable, ni otro motivo que el bien público de mi país. Yo no tengo hijos de quienes pueda esperar sacar un cuarto, porque el más joven cuenta nueve años, y mi mujer ha pasado de la edad de concebir.»

Se ha hablado mucho de los grandes hombres desgraciados, de Pascal, por ejemplo. A mí me parecen suaves sus gritos y sus angustias al lado de esta tranquila disertación.

Tal es este grande y desgraciado genio, el más grande de la edad clásica, el más desgraciado de la historia, genio completamente inglés á quien inspiró y devoró el exceso de sus cualidades inglesas, de la profundidad de deseos que constituye el fondo de la raza, del enorme orgullo que el hábito de la libertad, del mando y del éxito ha infundido en la nación, de la solidez del espíritu positivo que la práctica de los negocios ha arraigado en el país; genio apartado del poder y de la acción por sus pasiones desencadenadas y su fiera soberbia; excluído de la poesía y de la filosofía por la lucidez y la estrechez de su juicio; privado de los consuelos que ofrece la vida contemplativa y de la ocupación que proporciona la vida práctica; demasiado superior para abrazar de corazón una secta religiosa ó un partido político, demasiado limitado

para hallar reposo en las altas doctrinas que concilian todas las creencias ó en las amplias simpatías que envuelven á todos los partidos; condenado por su naturaleza y las circunstancias á combatir sin amar una causa, á escribir sin apasionarse del arte, á pensar sin alcanzar un dogma: *condottiere* contra los partidos, misántropo contra el hombre, escéptico contra la belleza y la verdad. Pero esas mismas circunstancias y esa misma naturaleza, que le apartaban de la felicidad, del amor, del poder y de la ciencia, le elevaron, en aquella edad de imitación francesa y de moderación clásica, á una altura extraordinaria, en que, por la originalidad y el poderío de su invención, iguala á Byron, á Milton y á Shakespeare, y manifiesta en alto relieve el carácter y el espíritu de su nación. La sensibilidad, el espíritu positivo y el orgullo le forjaron un estilo único, de una vehemencia terrible, de una sangre fría abrumadora, de una eficacia práctica, impregnado de desdén, de verdad y de odio, puñal de venganza y de guerra, cuya punta y cuyo veneno hacen gritar y morir á sus enemigos. Escritor satírico contra la oposición y el gobierno, desgarró ó aplastó á sus adversarios con su ironía ó sus sentencias, en tono de juez, de soberano y de verdugo. Hombre de mundo y poeta, inventó la burla atroz, la risa fúnebre, la alegría convulsiva de los contrastes amargos, y, arrastrando como un pingo obligado la vestimenta mitológica, se creó una poesía personalísima por la pintura de los detalles crudos de la vida trivial, por la energía de los cuadros grotescos dolorosos, por la revelación implacable de las inmundicias que ocultamos. Filósofo contra toda filosofía, creó la epopeya realista, parodia grave, deducida como una geometría, absurda como un sueño, creíble como un protocolo, atractiva como un cuento, envilecedora como una rodilla puesta á guisa de corona sobre la cabeza de un dios. Esas son sus miserias y sus fuerzas; se sale de tal espectáculo con el corazón oprimido, pero lleno de admiración, y se dice uno que un palacio es hermoso, aun ardiendo; habrá artistas que añadan: «sobre todo ardiendo.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI

LOS NOVELISTAS

I. Caracteres propios de la novela inglesa.—En qué difiere de las demás.

II y III. De Foe.—Su vida.—Su energía.—Su papel político.—Su espíritu.—Diferencia entre los realistas antiguos y los modernos.—Sus obras.—Sus procedimientos.—Su objeto.—*Robinson Crusoe*.—Cómo es inglés este carácter.—Su ardor interior.—Su voluntad obstinada.—Su paciencia en el trabajo.—Su juicio metódico.—Sus agitaciones religiosas.—Su piedad final.

IV. Circunstancias que dan nacimiento á la novela del siglo XVIII.—Todas esas novelas son ficciones morales y estudios de caracteres.—Conexión entre la novela y el ensayo.—Dos ideas principales en moral.—Cómo suscitan dos clases de novelas.

V. Richardson.—Su condición y su carácter.—Relación entre su perspicacia y su rigorismo.—Su talento, su minuciosidad, sus combinaciones.—*Pamela*.—Su temperamento.—Sus principios.—La esposa inglesa.—*Clarisa Harlowe*.—La familia Harlowe.—El carácter despótico é insociable en Inglaterra.—Lovelace.—El carácter orgulloso y militante en Inglaterra.—Clarisa.—Su energía, su sangre fría, su lógica.—Su pedantería, sus escrúpulos.—*Sir Carlos Grandisson*.—Inconvenientes de los protagonistas autómatas y edificantes.—Richardson sermonero.—Sus pesadeces, su ñoñería, su énfasis.

VI. Fielding.—Su temperamento, su carácter y su vida.—*Joseph Andrews*.—Su concepción de la naturaleza.—*Tom Jones*.—Carácter del *squire*.—Los hérces de Fielding.—*Amelia*.—Lagunas de su concepción.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII. Smollet.—*Roderick Random.*—*Peregrine Pickle.*—Comparación de Smollet con Lesage.—Su concepción de la vida.—Dureza de sus héroes.—Crudeza de sus pinturas.—Relieve de sus caracteres.—*Humpherey Clinker.*

VII (continuación). Sterne.—Estudio excesivo de las particularidades humanas.—Carácter de Sterne.—Su excentricidad.—Su sensibilidad.—Sus licencias.—Por qué pinta las enfermedades y las degeneraciones de la naturaleza humana.

VIII. Goldsmith.—Depuración de la novela.—Pintura de la vida burguesa, de la felicidad honrada y de la virtud protestante. *El Vicario de Wakefield.*—El eclesiástico inglés.

IX y X. Samuel Johnson.—Su autoridad.—Su persona.—Sus maneras.—Su vida.—Sus doctrinas.—Su juicio sobre Voltaire y Rousseau.—Su estilo.—Sus obras.—Hogarth.—Su pintura moral y realista.—Contraste entre el temperamento inglés y la moral inglesa.—Cómo la moral ha disciplinado el temperamento.

I

En medio de esos escritos acabados y perfectos aparece un nuevo género, apropiado á las inclinaciones y á las circunstancias públicas: la novela antinovelesca, obra y lectura de espíritus positivos, observadores y moralistas, destinada, no á exaltar ó recrear la imaginación, como las novelas de España y de la Edad Media, no á reproducir ó embellecer la conversación, como las novelas de Francia y del siglo XVII, sino á pintar la vida real, á describir caracteres, á sugerir planes de conducta y á juzgar de los motivos de acción. Se asistió á una aparición extraña, y fué como oir la aparición de un pueblo sepultado bajo tierra, cuando, entre la corrupción espléndida del mundo elegante se levantó ese severo pensamiento burgués y se vió en una misma mesa, al lado de Afra Behn, que divertía aún á las damas, el *Robinsón* de Daniel de Foe.

II

Este, disidente y whig, sucesivamente ó á la vez gorrero, tejero, empleado en aduanas, publicista, agente político, moralista y novelista, fué uno de esos trabajadores infatigables y de esos porfiados combatientes que, á pesar de verse maltratados, calumniados y encarcelados, con todo, á fuerza de energía militante y de sano sentido utilitario, concluyeron por atraer á Inglaterra á su partido. A los veinticuatro años tomó las armas por Monmouth, y fué gran milagro que no le ahorcasen ó deportasen. Siete años después se ve arruinado y tiene que esconderse. En 1702, por un escrito entendido al revés, le condenaron á multa, le ponen en la picota, le tienen encerrado en Newgate, le arruinan por segunda vez, y durante dos años, en la cárcel, no tiene más que su pluma para sostener á su mujer y á sus seis hijos. Puesto en libertad y trabajando en Escocia en pro de la unión de los dos reinos, estuvo á punto de ser apedreado. Otro felleto, mal comprendido también, le lleva nuevamente á la cárcel, y le obliga á pagar una fianza de ochocientas libras; felizmente recibe á tiempo el perdón de la reina. Le defraudan, le roban y le difaman. Tiene que reclamar contra los falsarios que imprimen y alteran sus obras en beneficio propio, contra el abandono de los whigs que no le juzgan bastante dócil, contra la animosidad de los toríes que ven en él el primer campeón de los whigs. En medio de su defensa sufre un ataque de apoplejía, y desde la cama continúa defendiéndose. Vive, sin embargo,

y no á poca costa. Duplica su tarea, y atiende á la vez á tres ó cuatro ocupaciones, una de ellas secreta, peligrosa, repugnante, la cual le conduce á hacerse accionista y redactor de varios periódicos tories para embotar su aguijón y diluir su veneno: ocupación nada limpia, análoga á la de los barrenderos nocturnos, tanto más comprometedora cuanto que es pagada, pero que acepta, porque ni su conciencia ni su Biblia la condenan, y porque, si observa las consignas rígidas de la moral, ignora las susceptibilidades delicadas del honor (1). Entre tanto vuelve los ojos hacia la ficción, y á los cincuenta y ocho años compone el *Robinson Crusoe*, luego *Moll Flanders*, *Captain Singleton*, *Duncan Campbell*, *Colonel Fack*, *History of the Great Plague id London*, *Memoirs of a Cavalier* y otras más. Agotada esa vena, cava al lado y explota otra: *El Perfecto negociante inglés*, *El Perfecto gentleman inglés*, *El Cuadro del comercio inglés*, *Los Secretos del mundo invisible*, *Un viaje al través de la Gran Bretaña*. Ha llegado la vejez, y con ella la enfermedad, los achaques: tiene la gota y la piedra. Ha padecido su reputación por el papel político que ha representado bajo un disfraz; se le acusa de haber llevado un doble juego; ha provocado rencores que le persiguen: en 1724 estuvo á punto de ser asesinado por uno de sus antiguos colaboradores; en el año que precede á su muerte tiene aún que escaparse y permanecer oculto. Tornan y se agravan sus apuros de dinero; ha transferido sus bienes á su hijo; pero ese hijo ingrato, faltando á su promesa firmada, deja á sus hermanos «y á su pobre madre moribunda mendi-

(1) *Daniel Defoe, his life and recently discovered writings*, by William Lee, 3 vol., 1869.

gar el pan á su puerta» (1). En vano ha escrito en prosa y en verso sobre todos los asuntos, políticos y religiosos, de circunstancias y de principios, sátiras y novelas, historias y poemas, viajes y folletos, tratados de negocios y noticias estadísticas, en todo doscientas cincuenta y cuatro obras, no de amplificación, sino de razonamientos, de documentos y de hechos, apiñados y acumulados unos sobre otros con tal prodigalidad, que la memoria, la meditación y la aplicación de un hombre parecen demasiado pequeñas para tal labor; murió sin un cuarto, dejando deudas.—Por cualquier parte que su vida se mire, no se ven más que esfuerzos prolongados y persecuciones sufridas. El goce parece ausente; la idea de lo bello no tiene acceso allí. Cuando De Foe llega á la ficción, es como presbiteriano y como plebeyo, con asuntos bajos é intenciones morales, para divulgar las aventuras y reformar la conducta de los ladrones y de las mozas, de los obreros y de los marineros. Todo su placer fué pensar que había un servicio que hacer, y que él le hacía. «El que tiene la verdad de su parte (dice) es un tonto al par que un cobarde, si teme confesarla en atención á la multitud de opiniones de los demás. Cierto que es duro eso de decir un hombre: todo el mundo se engaña, menos yo; pero, si es así realmente, ¿qué puede hacer él?» Nada, sino marchar derecho y completamente solo en medio de los golpes y las salpicaduras del lodo.—Por lo demás, De Foe es *un obrero*, un buen herrero de corte que, durante cincuenta años, hizo al por mayor y para el uso diario una porción de buenos útiles, un surtido completo de

(1) W. Lee, *Ibid.*, t. I, 458, carta de De Foe, 12 de Agosto de 1730.

tenazas, tijeras, punzones, sierras, cepillos, alicates y martillos, todos sólidos, bien hechos y manuables; los despachó por millares, á precio ínfimo, sobre todo entre la burguesía inferior y el pueblo; en materia económica y social, en moral y en política, esos útiles fueron, en su tiempo, muy empleados y muy eficaces. Sin embargo, tres ó cuatro veces, con verdadero talento, fabricó algunos grupitos de hierro forjado ó cobre repujado, una docena de figurillas copiadas del natural, y reprodujo varias escenas instructivas de la vida popular; una sola vez y por acaso, con un soplo de genio, pudo fundir una gran estatua, figura original y racional, de un tipo aparte, que es el retrato de él mismo y la más viva efigie de su nación.

III

Tenía el género de inteligencia que conviene á tan duro servicio, inteligencia sólida, exacta, absolutamente desprovista de finura, de fervor y de atractivo (1). Su imaginación es la de un hombre de negocios, atestada de hechos, no la de un artista. Cuenta esos hechos según le vienen á las mientes, sin orden ni estilo, como quien conversa, sin pensar en producir un efecto ó en combinar una frase, con las palabras corrientes y los giros vulgares, volviendo á lo mejor sobre sus pasos, repitiendo dos ó tres veces una misma cosa, no dando muestras de sospechar que hay medios de recrear, de impresionar, de arrebatar ó de

(1) Véase sus poemas tan triviales, entre otros «*Jure Divino*, a poem in twelve books, in defence of every man's birthright by nature.»

agradar, no teniendo más deseo que descargar en el papel la superabundancia de informes de que se ha provisto. Aun en materia de ficción, sus pormenores son tan precisos como en materia de historia. Da las fechas, el año, el mes, el día; marca el viento, Nordeste, Suroeste, Noroeste; escribe un diario de viaje, catálogos de mercancías, cuentas de comerciante, el número de los *moidores* (moneda portuguesa), los intereses, los pagos en especie, el precio de coste, el precio de venta, la parte del rey, de los conventos, de los asociados y de los comisionados, el total líquido, la estadística, la geografía y la hidrografía de la isla; y eso hasta el punto de que el lector siente tentaciones de tomar un atlas y dibujar él mismo un mapita del lugar para seguir todos los pormenores de la historia y ver los objetos tan clara y plenamente como el autor. Parece que éste ha hecho todos los trabajos de su Robinsón: tan exactamente los describe, con los números, las cantidades, las dimensiones, como un carpintero, un alfarero ó un marinero emérito. Jamás se había visto tal sentimiento de la realidad, y no se ha vuelto á ver. Nuestros realistas de hoy, pintores, anatómicos, hombres de oficio y de escuela, están á cien leguas de esa naturalidad; en sus descripciones asaz minuciosas se transparentan el arte y el cálculo. De Foe produce ilusión, porque no es á los ojos á los que engaña, sino al espíritu, y eso á la letra; su relato de la gran peste ha pasado más de una vez por verdadero, y lord Chatham tomaba sus *Memorias de un caballero* por una historia auténtica. A eso aspiraba él. «El editor (dicen las ediciones antiguas de *Robinsón)* cree que este libro es una historia verídica de hechos. Y, realmente, no se ve en él ninguna apariencia de ficción.» He ahí su talento, y de esa manera le sirven sus im-

perfecciones; su falta de arte se convierte en un arte profundo; sus negligencias, sus repeticiones, sus difusiones, contribuyen á la ilusión; no se puede suponer que pormenores tan minuciosos, tan triviales, sean inventados; un inventor los hubiese suprimido; son demasiado enojosos para que se hayan puesto expresamente; el arte escoge, embellece, interesa; no es el arte el que ha amontonado ese cúmulo de accidentes insulsos y vulgares; es la verdad.

Léase, por ejemplo, la *Relación verídica de la aparición de cierta mistress Veal, al otro día de su muerte, á cierta mistress Bargrave, en Cantorbery, el 8 de Setiembre de 1705, aparición que recomienda la lectura del Libro de los consuelos contra el temor de la muerte, por Drelincourt* (1). Los libracos de derecho que deletrean las comadres no son más monótonos.

Hay tal cúmulo de detalles circunstanciados y legalizados, tal cortejo de testigos citados, designados y confrontados, tan completa aparición de buena fe burguesa y de sensatez vulgar, que se tomaría al autor por un tendero retirado, de inteligencia demasiado limitada para inventar un cuento; ningún escritor cuidadoso de su reputación hubiese compuesto semejante insulsez. En efecto; no es de su reputación de lo que de Foe se preocupa; tiene otras miras; nosotros, los escritores, no las adivinamos: es que nosotros no somos más que escritores. En sustancia, él quiere hacer que se venda un libro piadoso que no se vende, y, encima, confirmar á la gente en su fe, convenciéndola de que vuelven almas del otro mundo. Esa es la gran prueba que se ofrece entonces á los incrédulos; aun el

(1) Compárese con el *Caso de Waldemar*, de Edgar Poe. El americano es un artista enfermo, y de Foe un burgués sesudo.

grave Jonhson tratará de ver un aparecido, y no hay entonces suceso más apropiado á las creencias de la clase media. Aquí, como en otras partes, de Foe, lo mismo que Swift, es un hombre de acción; busca el efecto, y no el ruido; compone el *Robinsón* para advertir á los impíos, como Swift escribía la vida del último ahorcado para infundir miedo á los ladrones. «Se cuenta esta historia (dice el prólogo) para instruir á los demás con un ejemplo, y también para justificar y honrar la sabiduría de la Providencia.» En esa sociedad positiva y religiosa, entre esos burgueses políticos y puritanos, la práctica es de tal importancia que reduce el arte á mero instrumento suyo.

Jamás el arte fué instrumento de una obra más moral y más inglesa. Robinsón es completamente de su raza, y aun hoy puede instruirla. Tiene esa fuerza de voluntad, ese ardor interior, esas sordas fermentaciones de imaginación violenta, que antiguamente engendraban los reyes del mar, y hoy engendran los emigrantes y los *squatters*. Las desgracias de sus hermanos, las lágrimas de sus padres, los consejos de sus amigos, las reconvenciones de su razón, nada logra detenerle; «hay una inclinación fatal en su naturaleza»: tiene que lanzarse al mar. En vano se apodera de él el arrepentimiento á la primera tempestad: ahoga en el vino esos «accesos» de conciencia. En vano le advierten un naufragio y el peligro de muerte; se endurece y obstina. En vano el cautiverio entre los moros y la posesión de una plantación fructuosa le aconsejan el reposo: el instinto indomable se despierta; «ha nacido para ser su propio destructor», y vuelve á embarcarse. El buque perece, y él se ve arrojado solo á una isla desierta; entonces es cuando la energía nativa encuentra su cauce y su empleo; es menester que,

como sus descendientes en Australia y América, rehaga y reconquiste una á una las invenciones y las adquisiciones de la industria humana; una á una las reconquista y las rehace. Nada detiene su esfuerzo, ni la posesión ni el cansancio. «Ahora (dice), después de haber hecho y cargado once balsas en trece días, tenía el mayor almacén de objetos de todas clases que, creo, haya podido reunir jamás un solo hombre; pero no estaba satisfecho aún, porque mientras el buque permaneciese fuera, me parecía que *debía* sacar de él todo lo que pudiese. Y creo, en verdad, que si el tiempo hubiera continuado en calma, me hubiese llevado el buque entero pieza por pieza.» A sus ojos, el trabajo es cosa natural. Cuando, para resguardarse, va al monte á cortar estacas que clava, y cada una de las cuales le cuesta un día de faena, dice que «esa faena era muy penosa y muy aburrida; pero ¿á qué venía pensar si lo que hacía era enojoso ó no, puesto que tenía bastante tiempo para hacerlo, y no tenía otra ocupación...? Mi tiempo y mi trabajo valían poco, y así, tan bien empleados estaban de una manera como de otra.» La aplicación y la fatiga de la cabeza y de los brazos ocupan ese exceso de actividad y de fuerzas; hace falta que esa muela halle grano que moler, sin lo cual, girando en el vacío, se gastaría á sí propia. Trabaja, pues, todos los días y todo el día, haciendo de carpintero, remero, mozo de carga, cazador, labrador, alfarero, sastre, lechero, cestero, afilador, panadero, sin dejarse vencer por las dificultades, por las decepciones, por el tiempo, por las penalidades. No teniendo más que un hacha y un cepillo, necesita cuarenta y dos días para hacer una tabla. Invierte dos meses en fabricar sus dos primeras vasijas; emplea cinco meses en construir su primera canoa;

después, «con una cantidad prodigiosa de trabajo», allana el terreno desde su astillero hasta el mar; luego, no pudiendo llevar la canoa hasta el mar, intenta llevar el mar hasta la canoa, y principia á abrir un canal; en fin, calculando que necesitaría diez ó doce años para acabar la obra, construye en otro sitio otra canoa, con otro canal de media milla de longitud, de cuatro pies de profundidad y de seis pies de anchura. Gasta en eso dos años. «Yo había aprendido no á desesperar de ninguna cosa. En cuanto vi que esa era factible, no la dejé ya de la mano.» Siempre se repiten estas enérgicas palabras de indomable paciencia. Esa dura raza está hecha para el trabajo, como sus caballos para la carrera. Aun hoy se oyen sus valientes hachazos y azadonazos en los *clains* de Melbourne y en los *log-houses* del Lago Salado. La razón de sus éxitos es la misma allí que aquí: todo lo hacen con cálculo y con método; razonan su ardor: es un torrente que canalizan. Robinsón no obra más que armado de cifras y después de maduras reflexiones. Cuando busca un emplazamiento para su tienda, enumera las cuatro condiciones que el sitio debe reunir. Cuando quiere librarse de la desesperación, traza imparcialmente el cuadro de sus bienes y de sus males, y le divide en dos columnas, activo y pasivo, artículo contra artículo, en términos que el balance resulta beneficioso para él. Su valor no es más que el obrero de su buen sentido. «Examinando, dice, y midiendo cada cosa conforme á la razón, y formando sobre las cosas el juicio más racional posible, todo hombre puede hacerse, con el tiempo, dueño de todo arte mecánico. En mi vida había manejado yo una herramienta, y, sin embargo, con el tiempo, merced al trabajo, á la aplicación, á los expedientes, vi al fin que no me faltaría

nada que no hubiese podido hacer, sobre todo, disponiendo de instrumentos; aun sin instrumentos, hice una porción de cosas.» Hay un placer serio y profundo en ese triunfo penoso y en esa adquisición personal. El *squatter,* como Robinsón, se regocija de los objetos, no sólo porque le son útiles, sino porque son obra suya. Se siente hombre, al encontrar por todas partes, en torno suyo, la muestra de su labor y de su pensamiento; se complace «en ver dispuestas todas las cosas tan á mano; en ver tan ordenados todos sus bienes y tan grande su almacén de objetos necesarios». Entra placentero en su casa, porque allí es dueño y autor de todas las comodidades que encuentra; allí come gravemente «y como rey».

He aquí los goces del *home*. En él penetra un huésped que fortifica esas inclinaciones de la naturaleza con el ascendiente del deber. La religión aparece, como debe aparecer, merced á emociones y visiones: porque no es ésta un alma tranquila; la imaginación se desencadena en su seno al menor choque, y la arrastra hasta el umbral de la locura. El día en que ve las huellas de los salvajes, se siente «como herido de un rayo» y huye «como una liebre espantada á su madriguera»; sus ideas son un torbellino que no puede dominar; por más que se parapete y se esconda, se cree descubierto; quiere soltar sus cabras, derribar sus cercas y destruir sus sembrados. Se entrega á toda clase de desvaríos; se pregunta si no es el diablo el que ha dejado aquella impresión de un pie, y razona sobre el particular. «Consideré que el diablo hubiese podido encontrar multitud de medios distintos para aterrorizarme», si tal era su deseo. «Como yo moraba en la parte opuesta de la isla, jamás habría sido él tan cándido que hubiese dejado aquella huella donde había

diez mil probabilidades contra una de que yo no la viese, sobre todo en la arena, de donde la habría borrado la primera ola levantada por un viento fuerte. Todo eso no parecía en consonancia con la cosa misma, ni con las ideas que nos formamos comúnmente de la sutileza del diablo.» En esa alma apasionada é inculta que «durante ocho años ha permanecido sin pensamiento y como estúpida», engolfada en el trabajo manual y dominada por las necesidades del cuerpo, echa raíces la fe, alimentada por la ansiedad y la soledad. Entre los azares de la omnipotente naturaleza, en ese gran vaivén incierto, un francés, un hombre educado como nosotros, se cruzaría de brazos con semblante taciturno, como estoico, ó aguardaría, como epicúreo, el retorno de la alegría física. Robinsón, al ver las espigas que acaban de brotar de improviso, llora y empieza por creer que Dios las ha sembrado para él expresamente. Otro día tiene una visión terrible; durante la fiebre se arrepiente; abre la Biblia, y encuentra en ella palabras que cuadran á su situación: «Invócame en los días de angustia, y yo te libraré.» Entonces acude á sus labios la oración, la oración verdadera, que es la conversación del corazón con un Dios que responde y á quien se escucha. Luego, releyendo estas palabras: «*jamás, jamás te abandonaré,* al instante me asaltó la idea de que esas palabras eran para mí. ¿Por qué, si no, me hubiesen sido dirigidas de ese modo, precisamente en el momento en que me afligía por mi situación, creyéndome abandonado de Dios y de los hombres?» En adelante se abre para él la vida espiritual. Para penetrar en ella hasta el fondo, el *squatter* no necesita más que de su Biblia; lleva con ella su fe, su teología, su culto; todas las noches encuentra allí alguna aplicación á su situación

presente; ya no está solo; Dios le habla y proporciona á su voluntad la materia de un segundo trabajo para sostener y completar el primero. Porque ahora emprende contra su corazón el combate que ha sostenido contra la naturaleza, quiere conquistar, transformar, mejorar, pacificar el uno como ha hecho con la otra. Robinsón ayuna, guarda el domingo, lee tres veces al día la escritura. A fuerza de trabajo interior, obtiene «de su espíritu, no sólo la resignación á la voluntad de Dios, sino aun la gratitud sincera». «Le tributé humildes y fervientes acciones de gracias por haberse dignado hacerme comprender que él podía compensar plenamente los inconvenientes de mi soledad y la falta de toda sociedad humana con su presencia y con las comunicaciones de su gracia á mi alma, sosteniéndome, reconfortándome, alentándome á descansar aquí abajo en su providencia y esperar su eterna presencia para después.» En esa disposición de espíritu no hay nada que no se pueda soportar y hacer; el corazón y la cabeza vienen en ayuda de los brazos; la religión consagra el trabajo; la piedad alimenta la paciencia, y el hombre, apoyado por una parte en sus instintos, y, por otra, en sus creencias, se siente capaz de descuajar, poblar, organizar y civilizar continentes.

IV

Por acaso encontró aquí De Foe, como Cervantes, una novela de caracteres; por lo común, como Cervantes, no hace más que novelas de aventuras; conoce mejor la vida que el alma, y el curso general del mundo que las particularidades del individuo. Sin embargo, está dado el impulso, y ahora los demás le siguen. Las costumbres caballerescas se han desvanecido, llevándose consigo el teatro poético y pintoresco. Las costumbres monárquicas se desvanecen, llevándose consigo el teatro ingenioso y licencioso. Las costumbres burguesas se establecen, trayendo consigo las lecturas domésticas y prácticas. La literatura, como la sociedad, cambia de curso. Hacen falta libros que se lean al amor de la lumbre, en el campo, en familia; hacia ese género se convierten la invención y el genio. La savia del pensamiento, abandonando las ramas viejas que se secan, afluye á ramillas inadvertidas que hace vegetar y verdear de pronto, y los frutos que en ellas desarrolla atestiguan á la vez la temperatura ambiente y el tronco natal. Dos notas distintivas les son comunes y propias. Todas esas novelas son novelas de caracteres: es que los hombres de ese país, más reflexivos que los otros, más inclinados al melancólico placer de la atención concentrada y del examen interior, encuentran alrededor de sí medallas humanas más vigorosamente acuñadas, menos gastadas por el roce de la sociedad, y cuyo relieve intacto es más visible que en otras partes. Todas esas novelas son obras de observación y parten de una intención moral: es que los hombres de ese tiempo, abandonados de la alta imaginación é instalados en la vida activa, quieren sacar de los libros una instrucción sólida, documentos exactos, emociones eficaces, admiraciones útiles y motivos de acción.

No hay sino mirar alrededor; la misma inclinación comienza por todos lados la misma obra. La novela brota de todas partes; y, bajo todas las formas, revela el mismo espíritu. En este momento (1) aparecen el

(1) 1709, 1711-1713.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tatle, el *Spectator*, el *Guardián*, y todos esos ensayos agradables y serios que, como la novela, van á buscar al lector á domicilio para surtirle de documentos y proveerle de consejos; que, como la novela, describen las costumbres, pintan los caracteres, y tratan de corregir al público; que, en fin, como la novela, tienden de suyo á la ficción y al retrato. Addison, como amante delicado de las curiosidades morales, sigue complacientemente las simpáticas rarezas de su querido sir Rogerio de Coverley, sonríe, y con mano discreta conduce al excelente caballero á todos los tropiezos que pueden poner de relieve sus preocupaciones rústicas y su generosidad nativa, mientras, al lado de él, el desgraciado Swift, rebajando el hombre al nivel de las fieras y las acémilas, tortura á la naturaleza humana, obligándola á reconocerse en el execrable retrato del Yahu. Por mucho que difieran, los dos trabajan en la misma obra. No emplean la imaginación más que para estudiar los caracteres y sugerir planes de conducta. Contraen la filosofía á la observación y la aplicación. No piensan más que en reformar ó flagelar el vicio. No son más que moralistas y psicólogos. Los dos se concretan á la consideración del vicio y de la virtud, el uno con una benevolencia serena, el otro con una indignación feroz. El mismo punto de vista produce los agradables retratos de Addison y las epopeyas difamatorias de Swift. Los sucesores hacen lo propio, y todas las diversidades de los temperamentos y de los talentos no impiden que sus obras reconozcan una fuente única y concurran á un solo efecto.

Dos ideas principales pueden regir la moral, y la han regido en Inglaterra. Ya se acepta por soberana la conciencia, ya se toma por guía el instinto; ya se recurre á la gracia, ya se confía en la naturaleza; ya

se somete todo á la regla, ya se abandona todo á la libertad. Las dos opiniones han reinado en Inglaterra alternativamente, y la estructura del hombre, demasiado vigoroso y demasiado rígido á la par, ha justificado alternativamente su ruina y su éxito. Unos, alarmados por el ardor de un temperamento demasiado alimentado y por la energía de las pasiones insociables, han mirado la naturaleza como un animal peligroso, y han puesto la conciencia con todos sus auxiliares, la religión, la ley, la educación, las conveniencias, como otros tantos centinelas armados para reprimir sus menores ímpetus. Otros, sublevados contra la dureza de una acción incesante y la minuciosidad de una disciplina hurafia, han derribado guardianes y barreras, y soltado á la naturaleza cautiva para dejarla gozar del aire libre y del sol, lejos de los cuales se ahogaba. Unos y otros, por sus excesos, han merecido su derrota y rehabilitado á sus adversarios. De Shakespeare á los puritanos, de Milton á Wycherley, de Congrève á de Foe, de Sheridan á Burke, de Wilberforce á lord Byron, el desarreglo ha provocado la represión, y la tiranía la rebelión. Ese gran debate de la regla y de la naturaleza es el que se desarrolla aún en los escritos de Fielding y de Richardson.

V

«*Pamela ó la virtud recompensada*, serie de cartas familiares, escritas por una joven, y publicadas á fin de inculcar los principios de la virtud y de la religión en los espíritus de los jóvenes de ambos sexos: obra que tiene un fundamento verdadero, y que, á la vez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tatle, el *Spectator*, el *Guardián*, y todos esos ensayos agradables y serios que, como la novela, van á buscar al lector á domicilio para surtirle de documentos y proveerle de consejos; que, como la novela, describen las costumbres, pintan los caracteres, y tratan de corregir al público; que, en fin, como la novela, tienden de suyo á la ficción y al retrato. Addison, como amante delicado de las curiosidades morales, sigue complacientemente las simpáticas rarezas de su querido sir Rogerio de Coverley, sonríe, y con mano discreta conduce al excelente caballero á todos los tropiezos que pueden poner de relieve sus preocupaciones rústicas y su generosidad nativa, mientras, al lado de él, el desgraciado Swift, rebajando el hombre al nivel de las fieras y las acémilas, tortura á la naturaleza humana, obligándola á reconocerse en el execrable retrato del Yahu. Por mucho que difieran, los dos trabajan en la misma obra. No emplean la imaginación más que para estudiar los caracteres y sugerir planes de conducta. Contraen la filosofía á la observación y la aplicación. No piensan más que en reformar ó flagelar el vicio. No son más que moralistas y psicólogos. Los dos se concretan á la consideración del vicio y de la virtud, el uno con una benevolencia serena, el otro con una indignación feroz. El mismo punto de vista produce los agradables retratos de Addison y las epopeyas difamatorias de Swift. Los sucesores hacen lo propio, y todas las diversidades de los temperamentos y de los talentos no impiden que sus obras reconozcan una fuente única y concurran á un solo efecto.

Dos ideas principales pueden regir la moral, y la han regido en Inglaterra. Ya se acepta por soberana la conciencia, ya se toma por guía el instinto; ya se recurre á la gracia, ya se confía en la naturaleza; ya

se somete todo á la regla, ya se abandona todo á la libertad. Las dos opiniones han reinado en Inglaterra alternativamente, y la estructura del hombre, demasiado vigoroso y demasiado rígido á la par, ha justificado alternativamente su ruina y su éxito. Unos, alarmados por el ardor de un temperamento demasiado alimentado y por la energía de las pasiones insociables, han mirado la naturaleza como un animal peligroso, y han puesto la conciencia con todos sus auxiliares, la religión, la ley, la educación, las conveniencias, como otros tantos centinelas armados para reprimir sus menores ímpetus. Otros, sublevados contra la dureza de una acción incesante y la minuciosidad de una disciplina hurafia, han derribado guardianes y barreras, y soltado á la naturaleza cautiva para dejarla gozar del aire libre y del sol, lejos de los cuales se ahogaba. Unos y otros, por sus excesos, han merecido su derrota y rehabilitado á sus adversarios. De Shakespeare á los puritanos, de Milton á Wycherley, de Congrève á de Foe, de Sheridan á Burke, de Wilberforce á lord Byron, el desarreglo ha provocado la represión, y la tiranía la rebelión. Ese gran debate de la regla y de la naturaleza es el que se desarrolla aún en los escritos de Fielding y de Richardson.

V

«*Pamela ó la virtud recompensada*, serie de cartas familiares, escritas por una joven, y publicadas á fin de inculcar los principios de la virtud y de la religión en los espíritus de los jóvenes de ambos sexos: obra que tiene un fundamento verdadero, y que, á la vez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que entretiene agradablemente con una variedad de incidentes interesantes y conmovedores, se halla purgada de todas esas imágenes que, en demasiados escritos compuestos para el simple solaz, tienden á inflamar el corazón en vez de instruirle.» No cabe engañarse: el título es claro (1). Los predicadores se holgaron al ver venir una ayuda del lado del peligro, y el doctor Sherlock recomendó la obra desde el púlpito. Se averiguó el autor. Era un impresor, hijo de un carpintero, que, á la edad de cincuenta años, y durante sus ratos de ocio, escribía en su trastienda: hombre laborioso que, á fuerza de trabajo y de arreglo, había conquistado la holgura y la instrucción. Era delicado, dulce, nervioso, enfermizo; tenía afición al trato de las mujeres, la costumbre de sostener correspondencia con ellas, hábitos reservados y retirados, y por único defecto una vanidad tímida. Era de principios severos, y perspicaz en fuerza de rigorismo. En efecto: la conciencia es una luz; un moralista es un psicólogo; la casuística cristiana es una especie de historia natural del alma. El que, por inquietud de conciencia, se ocupa en desentrañar los motivos, buenos ó malos, de sus acciones aparentes; el que descubre las virtudes y los vicios en su nacimiento; el que sigue el progreso insensible de los pensamientos culpables y el afianzamiento secreto de las resoluciones honradas; el que puede marcar la fuerza, la especie y el momento de las tentaciones y de las resistencias, tiene bajo su mano casi todas las cuerdas humanas, y no necesita más que hacerlas vibrar con orden para sacar de ellas los acordes más poderosos. En eso consiste el arte de Richardson: combina, al mismo tiempo que observa;

(1) 1741.

hay en él un espíritu meditabundo que desarrolla las ideas del moralista. Nadie le ha igualado en ese siglo condiciones detalladas y comprensivas que, ordenando en vista de un fin único las pasiones de treinta personajes, tejen y colorean los innumerables hilos de toda la tela para hacer resaltar una figura, una acción y una lección.

Esa primera novela es una flor, una de esas flores que no abren más que en una imaginación virgen, en la hora de la invención espontánea, cuyo encanto y cuya frescura superan á todo lo que la madurez del arte y el genio puede cultivar ó componer más tarde. Pamela es una niña de quince años criada por una señora vieja, una semi-criada y semi-favorita, que, después de la muerte de su ama, se ve expuesta á las seducciones y á las persecuciones crecientes del joven señor de la casa. Es realmente una completa niña, candorosa y buena como la Margarita de Gœthe, y de la misma sangre. Al cabo de veinte páginas se ve involuntariamente aquel fresco semblante sonrosado, que á nada se ruboriza, y aquellos ojos risueños, tan propensos á las lágrimas. A las menores bondades, se queda confusa; no sabe qué decir, cambia de color, se inclina bajando los ojos; aquel pobre corazón inocente se turba ó se deshace en llanto. Nada de la vivacidad atrevida y de la sequedad nerviosa, que son el fondo de una francesa. Es, «como un cordero», una criatura amada, amante, sin orgullo, ni vanidad, ni rencor, tímida, siempre humilde. Cuando su señor va á abrazarla á la fuerza, se asombra: no quiere creer que el mundo sea tan malo. «¡El señor se ha rebajado hasta el punto de tomarse libertades con su pobre criada!» Por su parte, teme tomárselas con él; escribiendo á su familia, se acusa de decir á menudo *él*, en vez de

su señoría; «pero suya es la culpa si lo hago, por haber perdido toda su dignidad conmigo». Ningún ultraje quebranta su sumisión; él la ha apretado tanto el brazo, que se le ha puesto «negro y azul»; ha hecho más: se ha conducido como un carretero y como un bellaco; por remate, la calumnia delante de la servidumbre; la insulta, y la provoca á hablar; ella no habla, no quiere faltar á su amo. «Señor (responde dulcemente), tenéis el derecho de decir lo que os plazca; mi deber es decir solamente: ¡Dios bendiga á vuestra señoría!» Se arrodilla, y le da las gracias por despedirla. Pero ¡qué resistencia en medio de tanta sumisión! Todo está en contra suya: él es su amo; es juez de paz, una especie de Dios para ella, con toda la autoridad y el ascendiente de un príncipe feudal. Más aún: tiene la brutalidad de la época, la trata con rigor, la habla como á una negra, y todavía se cree muy bueno. La encierra á solas, durante varios meses, con una Celestina, verdadera furia, que la pega y la amenaza. Emplea contra ella el temor, el aburrimiento, la sorpresa, el dinero, la dulzura. En fin—lo que es más terrible—ella tiene contra sí su propio corazón: le ama en silencio. Más todavía: la dañan sus virtudes; no se atreve á mentir cuando tanto lo necesitaría, y la piedad la detiene al borde del suicidio cuando el suicidio parece su único recurso. Una á una se le cierran todas las salidas, en términos que ya no espera nada, se la cree perdida, y se ve venir la última violencia. Pero esa inocencia nativa se ha templado en la fe puritana. Ve tentaciones en sus flaquezas; sabe que «Lucifer está siempre pronto á dar impulso á su obra y á sus obreros»; está penetrada de la gran idea cristiana que nivela todas las almas ante la redención común y el juicio final; se dice que «su

alma es igual en importancia al alma de una princesa, aunque su calidad sea inferior á la del último esclavo». Pueden herirla, maltratarla, abandonarla, hacerla traición; la conciencia y el pensamiento de una eternidad feliz ó desgraciada son dos defensas que no puede destruir ningún ataque. Lo sabe bien, y no tiene otro medio para explicar el vicio que la falta de esas defensas. «De seguro (dice hablando de la Celestina), esa mujer es atea.» ¿No pensáis que lo es? La creencia en Dios, la creencia del corazón, no la frase del catecismo, sino el sentimiento íntimo, el hábito de representarse la justicia siempre viva y en todas partes presente: he ahí la sangre nueva que la Reforma ha infundido en las venas del mundo viejo, y la única que ha sido capaz de rejuvenecerle y reanimarle.

Por ella se siente la joven como vivificada; en los momentos más peligrosos, como en los más dulces, surge ese gran sentimiento: ¡tan enlazado se halla á todos los otros! ¡Hasta tal punto ha multiplicado sus adherencias y hundido sus raíces en los últimos repliegues del corazón! El joven señor piensa ahora en casarse con ella, y quiere estar seguro de que le ama. Ella no se atreve á decirle nada; teme comprometerse; se halla confundida por su bondad, y, sin embargo, tiene que responder. La religión viene á velar el amor en una semi-confesión sublime. «¡Oh, señor! Con la ayuda de la gracia divina, no temo que ninguna muestra de bondad me haga olvidar nunca lo que debo á mi honor; pero mi naturaleza es demasiado franca y abierta para hacerme ingrata, y, si yo debiese recibir una lección que no he aprendido aún, ¡con qué sentimiento bajaría á la tumba, al pensar que no podría aborrecer al autor de mi pérdida, y que en el gran día postrero debería levantarme como acusadora de la po-

bre alma desgraciada, á quien desearía poder salvar!» El se enternece; queda vencido; desciende de la altura en que le han colocado las costumbres aristocráticas, y desde entonces, día por día, las cartas de la niña venturosa cuentan los preparativos de su matrimonio. En medio de esa gloria y de esa felicidad, sigue siendo humilde y tierna; su corazón rebosa gratitud. «¡Esta pobre tontuela, hoy, después de las doce, va á ser tan mujer suya como si él se casase con una duquesa! ¡Oh, qué hombre tan querido y hechicero!» Se enardece, se toma la libertad de besarle la mano. «Mi corazón es tan completamente vuestro, que lo único que temo es andar más solícita de lo que vos deseéis.» ¿Será el lunes, el martes ó el miércoles? No se atreve á decir que sí; se ruboriza y tiembla; hay una gracia deliciosa en ese pudor azorado, en esas efusiones contenidas. Como regalo de bodas, obtiene el perdón de los que la han maltratado. «Le eché los brazos al cuello, y no tuve vergüenza de besarle una, dos, tres veces, una vez por cada persona perdonada.» Entonces hablan de sus proyectos: ella se estará en la casa; no irá á las reuniones; no la gustan las cartas. Ella será la que lleve las cuentas de la casa y distribuya las caridades de su marido; ayudará al ama de gobierno á hacer los dulces, las conservas, las golosinas; vigilará el almuerzo y la comida, sobre todo cuando haya convidados; esperará á su marido, que quizá tendrá á bien concederla á veces una ó dos horas de conversación «y será indulgente con las torpes efusiones de su gratitud». En su ausencia, leerá «á fin de educar su espíritu para hacerse más digna de su compañía y de su trato», y rezará á Dios, á fin de cumplir más puntualmente sus deberes para con él. Richardson bosquejaba aquí el retrato de la esposa inglesa, hacendosa y sedentaria,

estudiosa y obediente, amante y piadosa, y Fielding iba á acabarle en *Amelia*.

Este es un combate; he aquí otro mayor. La virtud, como toda fuerza, se mide por las resistencias, y no hay sino someterla á pruebas más violentas para darla un relieve más alto. Busquemos en las pasiones del país enemigos que puedan asaltarla, ejercitarla y fortalecerla. El mal como el bien en el carácter inglés, es la voluntad demasiado fuerte. Cuando faltan la ternura y la alta razón, la energía nativa se convierte en dureza, en tenacidad, en tiranía inflexible, y el corazón se transforma en una caverna de pasiones maléficas que no se hartan de rugir y desgarrarse. Contra una familia así debe luchar Clarisa Harlowe. Su padre «jamás ha admitido imposiciones ni aun persuasiones»; jamás «ha cedido en un punto en que creyese tener derecho.» Ha aniquilado la voluntad de su mujer, y la ha reducido al papel de criada silenciosa; quiere anular la voluntad de su hija é imponerla por marido un necio brutal y sin corazón. Es jefe de familia, señor de todos los suyos, déspota y ambicioso como un patricio de Roma, y quiere fundar una casa. Se ha hecho firme en esos dos sentimientos rígidos, y truena contra la rebelde. Por encima de las explosiones de su voz, se oyen los clamores furiosos del hijo, especie de alano sanguíneo y fogoso, de hirviente juventud, y agitado por fiebre de rapacidad y de autoridad prematura; los gritos destemplados de la hija mayor, estantigua ordinariota, devorada por el rencor y los celos, y que, desdeñada por Lovelace, se venga de la belleza de su hermana; el mosconeo ingrato de los dos tíos, solterones de inteligencia limitada, vulgares, infatuados por principios con la autoridad masculina; las instancias lastimeras de la ma-

dre, de la tía, de la anciana criada, pobres esclavas tímidas, obligadas, una por una, á convertirse en instrumentos de persecución. «Todos, por un escrito firmado, se han comprometido á llevar adelante su empresa en favor de Mr. Solmes y en defensa de la autoridad del padre.» Ahora el caso es un asunto de política y de guerra. «Puesto que habéis desplegado vuestro talento y procurado quebrantar á todo el mundo, permaneciendo vos inquebrantable, á nosotros nos toca ahora mantenernos más firmes y más compactos que nunca.» Forman «una falanje ordenada en batalla», donde cada convicción robustece las otras con todo su peso. No se trata ya aquí de razonar; las voluntades se han vuelto automáticas. A fuerza de repetirse unos á otros la misma idea, la fijan en su cerebro, y se exasperan cuando alguien trata de quitársela. «Nosotros somos siete, y vos estáis sola. ¿Quién debe ceder: toda la familia ó un solo individuo?» Ella ofrece toda clase de sumisiones. «No, nosotros no nos pagamos de respetos.» La joven consiente en abandonar sus bienes. «No, no queremos transacciones.» Promete permanecer siempre soltera. «No, lo que hemos pedido es el matrimonio con Solmes, y lo que necesitamos es ese matrimonio.» Se han aferrado á ese proyecto, y le ejecutarán. Los compromisos están contraídos; es una cuestión de honor. ¡Una muchacha sin experiencia, sin importancia, resistir á hombres, á viejos, á personas respetables, á toda su familia! ¡eso es monstruoso! Y como brutos que son van adelante ciegamente, apretando el torno con sus estúpidas manos reunidas, sin ver que á cada vuelta acercan esa niña á la locura, á la deshonra ó á la muerte. Ella les suplica, les implora uno á uno con toda clase de razones y de ruegos, inventa concesiones, se arrodilla, se desvanece, los hace llorar. Inútil. La indomable voluntad abrumadora echa sobre ella todos los días el peso de su creciente masa. No hay ejemplo de una tortura moral tan variada, tan incesante, tan obstinada. Se afanan en ella como en un trabajo, y se irritan al ver que la joven les hace tan larga la tarea. Se niegan á verla; la prohiben escribir; tienen miedo á sus lágrimas. Arabella especialmente, con el rencor venenoso de una mujer fea ofendida, refina los insultos. «¡La piadosa Clarisa prendada de un libertino! ¡Sus parientes obligados á encerrarla con llave para que no corra á sus brazos! Decidme, querida: ¿qué distribución hacéis ahora del día? ¿Cuántas horas, de las veinticuatro, dedicáis á la aguja? ¿Cuántas á las oraciones? ¿y cuántas al amor? Me figuro, querida mía, que este último artículo es como la vara de Aarón, y devora todo lo demás... Tenéis que doblegaros ó romperos, hija mía; no hay más camino.» Tras esto va por el arpa, y se pone á cantar acompañándose para alardear de indiferencia: «¡Dulce hermana Clary! ¡corazón mío! ¡amorcito mío! ¿acompañaré á vuestra señoría al pie de la escalera? Vamos, niñita displicente, niñita silenciosa, decidme una sola palabra; no tardaréis en decir dos á Mr. Solmes.» Luego, viendo estallar en sollozos á Clarisa, la limpia los ojos con una ternura burlona: «¡Admirable! ¡admirable! ¡un grito de novela, el grito de un tierno corazón que se desgarra!»—«Mirad: aquí tenéis las muestras de las telas; esta es bonita, pero esta otra es enteramente encantadora. Yo, en vuestro lugar, me haría de ella el traje de boda. ¿Y qué diríais de un vestido de terciopelo? Daría golpe en una iglesia de aldea. ¿Terciopelo carmesí, supongo? ¡cómo hará resaltar una tez tan hermosa como la vuestra! ¿Suspi-

ráis, amor mío? ¡Pues, no digo el terciopelo negro, tan hermosa como sois, con esos ojos encantadores, que brillan como un sol de Abril al través de una nube de invierno! ¿No os dice Lovelace que son encantadores vuestros ojos?» Luego, cuando se la recuerda que tres meses antes no la parecía tan despreciable Lovelace, se sofoca de ira, quiere pegar á su hermana, no puede ya hablar, y grita á su tía con voz sibilante: «¡Vámonos, señora! ¡dejémosla hincharse hasta que reviente con su veneno!» Se cree ver una jauría de perros que persiguen una corza, que la alcanzan, la hieren y se ceban en ella con tanta más ferocidad cuanto que han probado ya su sangre.

En el último momento, cuando la joven cree librarse, empieza una nueva caza, más peligrosa que la otra. Lovelace tiene todas las malas pasiones de la Harlowe, y, por añadidura, genio para aguzarlas y empeorarlas. ¡Qué carácter! ¡qué inglés! ¡que diferente del D. Juan de Mozart ó de Molière! Ante todo, la soberbia insufrible, el deseo de doblegar á los demás, el espíritu militante, la necesidad del triunfo; los sentidos no vienen sino en segundo término. Respeta á una joven inocente, porque sabe que es fácil de vencer, y la abuela le suplica que no la seduzca. Su divisa es «abatir á los soberbios». «A mí me gusta la oposición», dice en otra parte. En el fondo, el primer resorte, el único resorte de todo su ser, es el orgullo, el orgullo infinito, insaciable, insensato. Confiesa que se cree igual á César, y que sólo por puro capricho desciende á conquistas privadas. «¡Que me condene, si quisiese casarme con la primera princesa de la tierra, sabiendo ó sospechando que hubiera podido vacilar un minuto entre un emperador y yo!» Se le juzga alegre, brillante, expansivo; pero esa vi-

veza no es más que una exterioridad; es bárbaro, se burla atroz, friamente, como verdugo, del mal que ha hecho ó que quiere hacer. Véase de qué manera tranquiliza á un pobre criado, inquieto por haberle entregado á Clarisa: «No te atormentes, mi querido José. Es injusta la fama que me atribuyen. Yo no tengo que censurarme nada respecto de miss Betterton. He llevado luto por ella, aunque estaba en el extranjero entonces: distinción que he concedido siempre á las dignas criaturas que han muerto por mí de sobreparto.» Hay que decir que en ese país los libertinos de la época arrojan la carne humana al muladar. Tal caballero, amigo de Lovelace, engaña á una muchacha inocente, la emborracha, pasa la noche con ella en una casa pública, la deja allí para pagar el gasto, y se frota las manos tranquilamente al saber quince días después que el ama la ha encarcelado y que ha muerto loca. Los libertinos entre nosotros no son más que tunantes (1); aquí son malvados, y la maldad envenena el amor. Lovelace odia á Clarisa más aún que la ama. Tiene un libro en que lleva nota de todas las ofensas que ha recibido de ella y de los Harlowe. Le repasa cuando está á punto de sentirse conmovido; le irrita el que ella se atreva á defenderse. «¡Yo enseñaré á la preciosa niñita á rivalizar conmigo en invenciones; yo la enseñaré á urdir maquinaciones contra su conquistador!» Ambos están en pugna; «los dos van á quien más pueda», sin tregua ni reposo. «Cuando él emprende una cosa ó pone en ella toda su alma, es el mortal más industrioso y perseverante que existe bajo el sol.» La sitia y la asedia; pasa noches enteras alrededor de su casa, da á los

(1) *Memorias* del mariscal de Richelieu.

Harlowe criados que son personas de su devoción, forja historias, introduce personajes supuestos, fabrica cartas. No hay gasto, fatiga, maquinación, ni deslealtad que él rehuya. Todas las armas le parecen buenas. Abre y combina á distancia diez, veinte, cincuenta subterráneos, que van á parar á la misma mina. A todo pone remedio, á todo está preparado, á todo se atreve, desafiando todo deber, toda humanidad, todo buen sentido, y desentendiéndose de las súplicas de sus amigos, de los ruegos de Clarisa y de los remordimientos de su propio corazón. La voluntad excesiva viene á ser aquí, como en los Harlowe, un engranaje de acero que retuerce y tritura lo que debería plegar, hasta que al fin, á fuerza de impetuosidad ciega, se rompe él también sobre las ruinas que ha acumulado.

Contra tales asaltos, ¿qué recursos tiene Clarisa? Una voluntad igual. Ella tambien está armada en guerra. «Después de un estricto examen de mí misma (dice en cierta ocasión), veo que casi hay en mí tanta sangre de mi padre como de mi madre.» Aunque dulce, aunque propensa á refugiarse en la humildad cristiana, no carece de orgullo; «ha esperado ser un ejemplo para las jóvenes»; es hombre por su firmeza; pero sobre todo tiene una reflexión de hombre. ¡Qué atención sobre sí! ¡qué vigilancia! ¡qué minuciosa é infatigable observación de su conducta y de la conducta ajena! No hay una acción, una palabra, un gesto involuntario ó voluntario de Lovelace que no note, que no interprete y no juzgue con la perspicacia y la solidez de inteligencia de un diplomático y de un moralista. Hay que leer aquellas largas conversaciones en que no se suelta una palabra sin cálculo, verdaderos duelos renovados todos los días,

teniendo delante la muerte, más aún: el deshonor. Ella lo sabe y no se altera; permanece siempre dueña de sí; no se hace ilusiones; combate palmo á palmo, viendo que todo el mundo está por él, que nadie está por ella, que pierde terreno, que perderá más, que caerá, que cae. Y, sin embargo, no se doblega. ¡Qué cambio desde Shakespeare! ¿De dónde viene esa idea de la mujer tan original y tan nueva? ¿Quién ha acorazado de cálculo y heroísmo esas inocentes tan tiernas y abandonadas? El puritanismo hecho laico. Clarisa «nunca ha podido mirar un deber con indiferencia», y se ha pasado la vida mirando á sus deberes. Se ha fijado principios, los ha aplicado á las diversas circunstancias de la vida; se ha provisto, sobre cada punto, de máximas, de distinciones y de argumentos. Se ha cercado, como de múltiples baluartes, de innumerable serie de preceptos inflexibles. No se puede penetrar hasta ella más que destruyendo todo su espíritu y todo su pasado. He ahí su fuerza al par que su flaqueza: porque está tan defendida por sus fortificaciones que se halla presa dentro; sus principios son para ella una celada, y su propia virtud lo que la pierde. Quiere guardar demasiado decoro. Se niega á recurrir al magistrado: sería divulgar discordias de familia. No resiste enfrente de su padre; sería cosa contraria á la humildad filial. No despide á Solmes violentamente y como un perro que es: sería cosa contraria á la delicadeza femenina. No quiere marcharse con miss Howe: eso podría lastimar la reputación de su amiga. Reprende á Lovelace cuando jura: una buena cristiana debe protestar contra el escándalo. Es discutidora y pedante, política y predicadora; aburre; no es mujer. Señorita, cuando hay fuego en una habitación se sale con los pies descalzos, sin

entretenerse en pedir unas zapatillas. Lo siento mucho, pero añado muy quedito que la sublime Clarisa es un espíritu pequeño; su virtud se parece á la piedad de las devotas, literal y nimia. No arrebata; se la ve siempre con su catecismo de las conveniencias en la mano. No inventa su deber; sigue una consigna; no tiene la audacia de las grandes resoluciones; tiene más conciencia y firmeza que entusiasmo y genio (1). He ahí el inconveniente de estremar la moral, sea la que quiera la escuela, sea el que quiera el fin. En fuerza de regularizar al hombre, se le estrecha.

El pobre Richardson, sin advertirlo, se tomó el trabajo de evidenciar esa verdad, y compuso sir Carlos Grandisson, «el modelo de los *gentlemen* cristianos». Yo no sé si ese modelo ha convertido á mucha gente. Nada tan insípido como un héroe edificante. Este es tan correcto como un autómata; se pasa la vida pesando sus deberes y saludando. Cuando va á visitar á un enfermo, le preocupa el viajar en domingo; pero tranquiliza su conciencia diciéndose que es para una obra de caridad. ¿Se creería que semejante hombre esté enamorado? Lo está, no obstante, pero á su manera. Por ejemplo, escribe á su prometida: «Y ahora, vos, la más amable y querida de las mujeres, permitidme esperar el honor de una línea diciéndome cuántos días de este enojoso mes tendréis la bondad de reducir. Os deberé eternamente la mayor gratitud por esa condescendencia, sea el que quiera ese día, ese día precioso para mí hasta mi último suspiro, que me dé la mayor bendición de mi vida, y confirme lo que ya soy por siempre, vuestro Carlos Grandisson.» Una figura de cera no sería más correcta. Todo es del mismo gusto. Hay ocho carrozas en la boda, cada una de cuatro caballos; sir Carlos es atento con las personas de edad; en la mesa, los señores, con una servilleta debajo del brazo, sirven cada uno á una dama; la novia está siempre á punto de desmayarse; él se arroja á sus pies en todas las formas: «¡Vamos, amor mío! por consideración hacia mis mejores parientes, recobrad vuestra acostumbrada presencia de espíritu; si no, yo, que voy á gloriarme, delante de mil testigos, de recibir el honor de vuestra mano, me inclinaré á lamentar al haber deferido tan gustoso á los deseos de esos respetables amigos de que tuviésemos una celebración pública.» Principian las reverencias, susurran los cumplimientos, el enjambre de las conveniencias revolotea como una bandada de querubines enamorados, y sus devotas alas vienen á santificar las ternuras benditas de la feliz pareja. Llueven las lágrimas: Enriqueta se compadece de su rival sacrificada, y sir Carlos «de una manera dulce, tierna y respetuosa, ciñéndola con el brazo, la coge el pañuelo, sin que ella se resista, para enjugar las lágrimas que corren por sus mejillas.—¡Dulce humanidad! (dice). ¡Encantadora sensibilidad! ¡No reprimáis esa efusión conmovedora! ¡Rocío del cielo (y besa el pañuelo), rocío del cielo, lágrimas de un corazón dulce como el cielo y compasivo como él!» Esto es demasiado; pasa ya de la raya; se dice uno que esas frases deberían ser acompañadas con el bandolín. El mortal más paciente se siente empachado después de tragar, durante tres mil páginas, esas melosidades sentimentales y toda esa leche azucarada del amor. Para colmo, sir Carlos, viendo á Enriqueta abrazar á su rival, traza el plano de un templecito dedicado á la amistad que se levantará en el sitio mismo: es el triunfo del *rococo* mitoló-

(1) Todo lo contrario de las heroínas de Jorge Sand.

gico. Por fin, llueven las coronas como en la Ópera, todos los personajes cantan al unísono y en coro las alabanzas de sir Carlos; se le recita su letanía: «¿Cómo no había de ser el mejor de los maridos el que fué el más sumiso de los hijos, el que es el más afectuoso de los hermanos, el más fiel de los amigos, y el que es bueno por principio en todas las relaciones de la vida?» Es grande, es generoso, es delicado, es piadoso, es intachable; jamás ha hecho una acción villana ni un gesto falso. Su conciencia y su peluca están intactas. Amén. Hay que canonizarle y disecarle.

Y usted, mi querido Richardson, aunque gran hombre, usted tampoco tiene todo el talento que sería menester. A fuerza de querer servir á la moral, la perjudica. ¿Sabe usted cuál es el efecto de esos carteles edificantes que pega usted al principio y al fin de sus libros? Desalientan, desimpresionan, se ve al predicador, con sus hábitos negros, salir gangoseando de la vestidura mundana que se había puesto por una hora, y el engaño disgusta. Insinúe usted la moral, no la inflija. Acuérdese de que hay un fondo de rebelión en el corazón del hombre, y que, si se trabaja demasiado visiblemente por emparedarle dentro de una disciplina, se escapa y se va á tomar el aire fuera. Usted imprime á continuación de *Pamela* el catálogo de las virtudes de que da ejemplo; el lector bosteza, olvida su placer, cesa de creer, y se pregunta si la celeste heroína no era un maniquí eclesiástico dispuesto para recitarle una lección. Usted cuenta al fin de *Clarisa* el castigo de todos los malos, grandes y pequeños, sin perdonar uno solo; el lector se ríe, diciéndose que las cosas pasan de otro modo en el mundo, y le invita á usted á insertar aquí, como Arnolphe, la pintura «de las calderas en que van á hervir en el infierno las almas malas». No somos tan tontos como usted piensa. No nos gusta que se ahueque la voz para asustarnos; no tenemos necesidad de que se consigne la lección aparte y en mayúsculas para desentrañarla. Amamos el arte, y usted apenas le tiene; deseamos que se nos agrade, y usted no sueña en tal cosa. Usted transcribe todas las cartas, usted copia todas las conversaciones, usted lo dice todo, usted no perdona nada, sus novelas tienen ocho tomos; por favor, coja las tijeras: sea escritor y no escribano actuario. No derrame usted su biblioteca de documentos en la vía pública. El arte difiere de la naturaleza en que deslíe y concentra. Veinte cartas de veinte páginas no revelan un carácter, y una palabra viva lo consigue. A usted le pesa su conciencia en términos de arrastrarle paso á paso por el suelo; usted tiene miedo de su genio, le refrena, no se atreve á proferir en los trances violentos los grandes gritos, las palabras francas. Cae usted en las frases enfáticas y bien escritas; no quiere usted mostrar la naturaleza tal y como es, tal y como la muestra Shakespeare cuando, herida por la pasión como por un hierro candente, grita, se encabrita y salta por encima de sus barreras de usted. Usted no sabe amarla, y en castigo no puede verla.

VI

En su favor reclama Fielding, y ciertamente, al ver sus acciones y su persona, se le hubiese creído hecho expresamente para eso: un mocetón robusto, casi de seis pies de estatura, sanguíneo, con exuberancia de buen humor, leal, generoso, afectuoso y valiente, pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gico. Por fin, llueven las coronas como en la Ópera, todos los personajes cantan al unísono y en coro las alabanzas de sir Carlos; se le recita su letanía: «¿Cómo no había de ser el mejor de los maridos el que fué el más sumiso de los hijos, el que es el más afectuoso de los hermanos, el más fiel de los amigos, y el que es bueno por principio en todas las relaciones de la vida?» Es grande, es generoso, es delicado, es piadoso, es intachable; jamás ha hecho una acción villana ni un gesto falso. Su conciencia y su peluca están intactas. Amén. Hay que canonizarle y disecarle.

Y usted, mi querido Richardson, aunque gran hombre, usted tampoco tiene todo el talento que sería menester. A fuerza de querer servir á la moral, la perjudica. ¿Sabe usted cuál es el efecto de esos carteles edificantes que pega usted al principio y al fin de sus libros? Desalientan, desimpresionan, se ve al predicador, con sus hábitos negros, salir gangoseando de la vestidura mundana que se había puesto por una hora, y el engaño disgusta. Insinúe usted la moral, no la inflija. Acuérdese de que hay un fondo de rebelión en el corazón del hombre, y que, si se trabaja demasiado visiblemente por emparedarle dentro de una disciplina, se escapa y se va á tomar el aire fuera. Usted imprime á continuación de *Pamela* el catálogo de las virtudes de que da ejemplo; el lector bosteza, olvida su placer, cesa de creer, y se pregunta si la celeste heroína no era un maniquí eclesiástico dispuesto para recitarle una lección. Usted cuenta al fin de *Clarisa* el castigo de todos los malos, grandes y pequeños, sin perdonar uno solo; el lector se ríe, diciéndose que las cosas pasan de otro modo en el mundo, y le invita á usted á insertar aquí, como Arnolphe, la pintura «de las calderas en que van á hervir en el infierno las almas malas». No somos tan tontos como usted piensa. No nos gusta que se ahueque la voz para asustarnos; no tenemos necesidad de que se consigne la lección aparte y en mayúsculas para desentrañarla. Amamos el arte, y usted apenas le tiene; deseamos que se nos agrade, y usted no sueña en tal cosa. Usted transcribe todas las cartas, usted copia todas las conversaciones, usted lo dice todo, usted no perdona nada, sus novelas tienen ocho tomos; por favor, coja las tijeras: sea escritor y no escribano actuario. No derrame usted su biblioteca de documentos en la vía pública. El arte difiere de la naturaleza en que deslíe y concentra. Veinte cartas de veinte páginas no revelan un carácter, y una palabra viva lo consigue. A usted le pesa su conciencia en términos de arrastrarle paso á paso por el suelo; usted tiene miedo de su genio, le refrena, no se atreve á proferir en los trances violentos los grandes gritos, las palabras francas. Cae usted en las frases enfáticas y bien escritas; no quiere usted mostrar la naturaleza tal y como es, tal y como la muestra Shakespeare cuando, herida por la pasión como por un hierro candente, grita, se encabrita y salta por encima de sus barreras de usted. Usted no sabe amarla, y en castigo no puede verla.

VI

En su favor reclama Fielding, y ciertamente, al ver sus acciones y su persona, se le hubiese creído hecho expresamente para eso: un mocetón robusto, casi de seis pies de estatura, sanguíneo, con exuberancia de buen humor, leal, generoso, afectuoso y valiente, pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

imprudente, gastador, bebedor, libertino, hecho á correr por el mundo, conocedor de los altos y los bajos de la vida, salpicado de cieno, pero siempre animoso; «en resumidas cuentas (decía lady Mary Wortley Montague), más feliz que un príncipe y capaz de olvidar su gota, sus preocupaciones y sus deudas en teniendo á mano una botella de champagne y una empanada de ave». Domina en él la complexión natural, algo tosca, pero rica. No se reprime, se deja ir, sigue su pendiente sin preocuparse mucho de elegir su cauce, sin erigirse diques, y corre como río cenagoso pero de gran caudal. Desde luego la exuberancia de salud y de impetuosidad física le lanza á la disipación alegre, y la savia desenfrenada de la juventud hierve en él hasta en el matrimonio y en la edad madura. Es alegre y se alegra; es despreocupado y no tiene siquiera la vanidad literaria. Un día Garrick le suplica que suprima una escena poco acertada, y le dice que si no, le silbarán infaliblemente. «¡Váyanse con mil diablos! ¡Que la arreglen ellos!» El público silba y el actor, de muy mala guisa, va á participárselo al autor, que está bebiendo y fumando.«—¿Que hay?—Pues que me silban desaforadamente.—¡Ah! ¡ah! ¡Váyanse con mil diablos! La han arreglado; ¿no es verdad que la han arreglado?» Con esa franca risa tomaba los percances. Seguía su camino sin sentir gran cosa las magulladuras, como hombre confiado, de mucho pecho y de dura piel. En cuanto coge una herencia, da banquetes, mantiene una jauría y se rodea de magnífica servidumbre de librea amarilla. En tres años se lo ha comido todo; pero no se amilana; acaba sus estudios de leyes, escribe dos tomos en folio sobre los derechos de la corona, se hace *justice*, destruye cuadrillas de ladrones y gana en la más insípida tarea del mundo

«el dinero más sucio de la tierra». No pueden con él los sinsabores ni la fatiga; está hecho demasiado sólidamente para tener nervios de mujer. Todo en él se desborda: la fuerza, la actividad, la invención y también el cariño. Tiene por sus hijos una idolatría de madre; adora á su mujer; se vuelve casi loco cuando la pierde; no encuentra otro consuelo que llorar con la criada, y acaba por casarse con esa muchacha excelente para dar una madre á sus hijos; último rasgo que acaba de pintar ese buen corazón plebeyo (1), pronto á las efusiones, exento de repugnancias, y que, fuera de la delicadeza, tuvo todo lo mejor del hombre. Se lee sus libros como se bebe un vino bueno y sano, que alegra y fortifica, y al cual no falta más que el perfume.

A semejante hombre no debía agradarle mucho Richardson. El que ama la naturaleza expansiva, arroja lejos de sí, como enemigos, la solemnidad, la tristeza y la gazmoñería de los puritanos. Para empezar, pone á Richardson en caricatura. Su primer héroe, José, es hermano de Pamela, y resiste á las proposiciones de su señora como Pamela á las de su señor. La tentación, conmovedora en una muchacha, pasa á ser cómica en un muchacho, y lo trágico se convierte en ridículo. Fielding se ríe á mandíbula batiente como Rabelais, y también como Scarrón. Remeda el estilo enfático; estruja las faldas y hace saltar las pelucas; atropella con sus rudas bromas toda la gravedad de las conveniencias. Si sois gente refinada ó siquiera bien vestida, no le acompañéis. Os llevará á las cárceles, á las posadas, á los estercoleros, al fango de los caminos; os hará patrullar entre los escándalos diver-

(1) Era, sin embargo, hijo de un general y nieto de un conde.

tidos, las pinturas crudas y los lances populacheros. Es de buenas tragaderas y no tiene el olfato sensible. A José, al salir de casa de lady Booby, le aporrean y le dejan en una zanja sin ropa y por muerto. Pasa una diligencia; las señoras dan respingos ante la idea de recoger á un hombre desnudo, y los caballeros, cada uno de los cuales tiene tres paletots, los juzgan demasiado nuevos para ensuciarlos con el cuerpo del pobre diablo. Esto no es más que un principio; júzguese de lo demás. José y su amigo, el buen cura Mr. Adams, dan y reciben una infinidad de cachetes; menudean los garrotazos; les tiran á la cabeza cazos llenos de sangre de gorrino; los perros les hacen jirones la ropa; pierden su caballo. José es tan guapo, que se ve perseguido por la criada, y tiene que cogerla en brazos y plantarla á la puerta. Los dos amigos están siempre sin blanca; los quieren meter en la cárcel. Ellos, sin embargo, siguen animosamente su camino, como sus colegas de las otras novelas, el capitán Booth y Tom Jones. Esas tempestades de puñadas, esas grescas de mesón, ese estruendo de calentadores rotos y de escudillas lanzadas á la cabeza, ese laberinto de peripecias y esa lluvia de percances, acaban por formar la más alegre música. Toda esa buena gente se pega bien, anda bien, come bien y bebe mejor aún. Da gusto mirar esos grandes estómagos: el *roastbeef* baja á ellos como á su sitio natural. No se diga que esos buenos brazos funcionan demasiado sobre la piel del prójimo; la piel del prójimo es dura, y en todo caso se rehace pronto. Decididamente, la vida es buena, y con Fielding haremos riendo el viaje, con la cabeza rota y la panza llena.

¿No haremos más que reir? Hay muchas cosas que ver en el camino; el sentimiento de la naturaleza es un

talento como la concepción de la regla, y Fielding, vuelto de espaldas á Richardson, se abre un dominio tan amplio como el de su rival. Lo que se llama naturaleza es ese enjambre de pasiones secretas, maléficas á menudo, comúnmente vulgares, ciegas siempre, que rebullen y se agitan en nosotros, mal encubiertas por el manto de decoro y de cordura con que tratamos de disimularlas; nosotros creemos dominarlas, y ellas nos dominan; nosotros nos atribuimos nuestras acciones, y ellas las hacen. Hay tantas, son tan fuertes, se complican tanto las unas con las otras, y con tal facilidad se despiertan, se precipitan y arrebatan, que su movimiento se sustrae á todos nuestros raciocinios y á todo nuestro influjo. He ahí el dominio de Fielding; su arte y su placer, como el de Molière, consisten en levantar una punta del velo; sus personajes se nos presentan con porte juicioso, y de repente, por una abertura, divisan los lectores el hervidero interior de las vanidades, de las locuras, de las concupiscencias y de los rencores secretos que los mueven. Por ejemplo: cuando Tom Jones tiene un brazo roto, el filósofo Square va á consolarle con ayuda de máximas estoicas; pero, al probarle que el dolor es cosa indiferente, se muerde la lengua y suelta uno ó dos ternos, en cuyo punto el teólogo Thwackum, su comensal y rival, le asegura que su percance es una advertencia de la Providencia, y falta poco para que los dos lleguen á las manos. Otra vez el capellán de la prisión, después de dar desahogo á su elocuencia y exhortar al reo á arrepentirse, acepta de él un ponche, porque la Escritura no dice nada contra esa bebida, y, después de beber, le espeta su último sermón contra los filósofos paganos. Puestos así al desnudo, los instintos tienen una facha grotesca; las personas andan gravemente, con

su bastón en la mano, y para nosotros van en cueros. Sépase que lo están de veras; así, algunas de sus actitudes son muy divertidas. Las señoras procederán cuerdamente no entrando aquí. A ese genio vigoroso, franco y regocijado, le gustan, como á Rubens, las *kermesses;* las carotas coloradas, radiantes de buen humor, de sensualidad y de energía, bullen, retozan y chocan, y los instintos desvergonzados vienen á ayuntar sus violencias. Con ellos compone sus primeros personajes. No hay en él otros más vivos, trazados con pinceladas más vigorosas y de más sano color. Si los personajes reflexivos, como Allworthy, quedan oscurecidos en un rincón de su vasto lienzo, los personajes instintivos, como Western, se destacan en él con un brillo y un relieve no vistos desde Falstaff. Western es un *squire* de campo, bonachón, pero borracho, siempre á caballo, inagotable en ternos y juramentos, propenso á las palabrotas, á las puñadas, especie de tiote endurecido y enardecido por la brutalidad de la raza, por la rudeza del campo, por los ejercicios violentos, por el abuso de la pitanza y de las bebidas fuertes, henchido de orgullo y de prejuicios ingleses y rústicos, como quien no ha sido disciplinado nunca por la influencia de la sociedad (puesto que vive en el campo), ni por la de la educación (puesto que apenas sabe leer), ni por la de la reflexión (puesto que no acierta á juntar dos ideas), ni por la de la autoridad (puesto que es rico y *justice)*, y que, por consiguiente, es como una veleta que silba y rechina á merced de los vientos de todas las pasiones. En cuanto se le contradice, se pone encarnado, echa espumarajos, quiere aporrear á la gente: «¡Desabróchate!...» (1). Es me-

(1) Imposible traducirlo todo. Lib. VI, cap. IX. Véase el ofrecimiento notable que el *squire* hace á Jones.

nester agarrarle para detenerle á viva fuerza. Corre á casa de Allworthy para quejarse de Jones, que se atreve á hacer la corte á su hija. «Ha tenido la suerte de que no he podido cogerle; le hubiera dado una buena tunda; le hubiera quitado las ganas de maullar; hubiera enseñado á ese hijo de zorra á meter la mano en el plato de su amo. Jamás tendrá una tajada de mi plato, ni una blanca para comprar ninguna. Y si ella le quiere, su dote será una camisa. Mejor quería poner mis bienes en la Caja de amortización, para que los manden á Hannover y corrompan á nuestra nación con ellos.» —Y como Allworthy dice que lo siente mucho:—«¡Vaya enhoramala vuestro sentimiento! De bastante me servirá cuando haya perdido mi única hija, mi pobre Sofía, que era la alegría de mi corazón, y toda la esperanza y todo el consuelo de mi vejez; pero yo estoy decidida á plantarla en la puerta: mendigará, reventará de hambre, se pudrirá en la calle. ¡Ni un cuarto! ¡ni un cuarto! ¡jamás recibirá un cuarto de mí!»—Su hija trata de traerle á razón; él se pone hecho una furia. Después la joven habla de cariño y de obediencia, y entonces el padre brinca de alegría por el cuarto, y se le saltan las lágrimas. Pero, cuando la hija vuelve á las súplicas aprovechando esa ocasión, el *squire* rechina los dientes, aprieta los puños, golpea el suelo con el pie. «¡Te casarás con él, le tendrás, voto al diablo, le tendrás, así te ahorcases al día siguiente!» No acierta á dar con una razón; no sabe más que decirla que sea buena hija. Se contradice, desbarata sus propios proyectos: es como un toro ciego que se lanza á la derecha, á la izquierda, vuelve sobre sus pasos, no alcanza á nadie y no hace más que bregar dentro de un mismo círculo. Al menor ruido, se abalanza descompuesto, sin saber por

qué. Sus ideas no son más que sacudidas ó impulsos de la carne y de la sangre. Jamás el animal físico ha absorbido al hombre más completamente. Se hace grotesco de puro cándido y próximo al bruto; se deja gobernar; tiene palabras de niño. «No sé cómo es; pero lléveme el diablo, Allworthy, si no me obligáis á hacer siempre exactamente lo que os place. Y, sin embargo, yo tengo una hacienda tan buena como la vuestra, y soy *justice* lo mismo que vos.» Nada se sostiene ni dura en él, cede siempre al primer impulso, se entrega del todo á la impresión del momento. Rencor, interés, ninguna pasión duradera prende en su alma. Abraza á las personas á quienes un minuto antes quería aporrear. Todo lo olvida en el ardor de la pasión presente; afluye á su cerebro como una ola repentina que ahoga todo lo demás. Ahora que se ha reconciliado con Tom, no sosiega hasta que Tom tenga su hija. «¡A ella, chico, á ella, anda con ella! Así, corderos míos. Y qué, ¿está ya todo arreglado? ¿Será mañana ó pasado mañana? No ha de ser un minuto más tarde; estoy decidido. ¡Vamos, Tom, te digo que esos son dengues! Ella querría que el matrimonio fuese esta noche; lo querría con toda su alma. ¿No es verdad que lo querrías, Sofía? ¡Mira, Allworthy, te apuesto cinco guineas por un escudo á que de mañana en nueve meses tendremos un chico! Ahora, dime: ¿qué prefieres, Borgoña, Champaña ó qué? ¡Por Dios! Tendremos francachela esta noche.» Y cuando llega á ser abuelo, se pasa el tiempo al lado de las amas, declarando que «la charla de su nieta es una música más dulce que los ladridos de la mejor jauría de Inglaterra». He ahí la naturaleza pura, y nadie la ha dado suelta al través de los campos, más ignorante de toda regla, más abandonada al flujo de la savia corporal, más impetuosa, más desenfrenada que Fielding.

No es que él la ame del modo que los grandes artistas indiferentes, Shakespeare y Gœthe; al contrario, es moralista por esencia, y es uno de los grandes signos del siglo el que las intenciones reformadoras aparezcan tan decididamente en él como en los demás. Da á sus ficciones un fin práctico, y las recomienda diciendo que el tonio serio y trágico agría, mientras que el estilo cómico «dispone á las personas á la benevolencia y al buen humor (1)». Mas aún: hace la sátira del vicio; considera las pasiones, no como simples fuerzas, sino como objetos de aprobación ó de censura. A cada paso nos sugiere juicios morales; quiere que tomemos partido; discute, disculpa ó condena. Escribe una novela entera en estilo irónico (2) para perseguir y flagelar la picardía y la traición. Es más que pintor, es un justiciero, y los dos papeles se armonizan en él. Porque una psicología engendra una moral: allí donde hay una idea del hombre, hay un ideal del hombre, y Fielding, que ha visto en el hombre la naturaleza en oposición á la regla, alaba en el hombre la naturaleza en oposición á la regla; de modo que, según él, la virtud no es más que un instinto. La generosidad, á sus ojos, es, como todas las fuentes de acción, una inclinación primitiva; como todas las fuentes de acción, fluye sin que los catecismos y las frases le añadan nada bueno; como todas las fuentes de acción, fluye á veces con demasiada plenitud y demasiado aprisa. Tomadla como es, y no tratéis de oprimirla bajo el peso de una disciplina ó de reemplazarla por un razonamiento. Señor Richardson,

(1) Prólogo de *Joseph Andrews*.
(2) *Jonathan Wild*.

vuestros héroes tan correctos, tan acompasados, tan esmeradamente empaquetados en su atavío de preceptos, son sacristanes de catedrral á propósito para gangosear en una procesión. Señor Square y señor Thuackum, vuestras retahilas sobre la virtud filosófica ó la virtud cristiana son ejercicios de palabra buenos para hacer la digestión. La virtud está en el temperamento y en la sangre; la educación parlanchina y el rigorismo monacal no le añaden nada. Dadme un hombre, no un maniquí de muestra ó un organillo de frases. Mi héroe es el hombre que nace generoso, como el perro nace afectuoso, y como el caballo nace bravo. Yo quiero un corazón vivo, lleno de calor y de fuerza, no un pedante seco afanado en alinear á cordel todas sus acciones. Ese natural ardiente podrá arrastrarle demasiado lejos; yo le perdono sus descarríos. Se emborrachará sin darse cuenta, recogerá una moza del arroyo, dará á poca costa un puñetazo, no esquivará un duelo; pasará porque una gran dama le juzgue guapo mozo y aceptará su bolsa; será imprudente, echará á perder su reputación como Jones; será mal administrador y contraerá deudas como Booth. Dispensad que tenga músculos, nervios, sentidos y ese hervir de cólera ó de ardor que precipita hacia adelante á los animales de raza noble. Pero aguantará que le peguen hasta hacerle sangre antes que exponer á un pobre guarda de coto. Perdonará á su mortal enemigo, sin esfuerzo, por pura bondad, y le mandará dinero á escondidas. Será leal con la que ama y la guardará fidelidad, á despecho de todas las ofertas, en la mayor desnudez, y sin la menor esperanza de obtenerla. Será pródigo de su bolsa, de sus esfuerzos, de su sufrimiento, de su sangre, sin alabarse de ello; no tendrá orgullo, ni vanidad, ni afectación, ni disimulo; la bravura y la bondad abundarán en su corazón, como el agua buena en una buena fuente. Podrá ser rudo como el capitán Booth, hasta jugador, derrochador, incapaz de manejar sus asuntos, capaz por tentación de ser un día infiel á su mujer; pero será tan sincero su arrepentimiento, tan involuntario su error, y él tan verdaderamente cariñoso, que su mujer le amará con exceso, y en buena fe lo merece. Todo lo será por ella: enfermero, nodriza, mamá; la parteará él mismo; tendrá para ella adoraciones de amante, siempre, en presencia de todo el mundo, aun delante de miss Matthews que le ha seducido. «Yo declaré que, si poseyese el mundo, estaría pronto á ponerle á los pies de mi Amelia. ¡Y Dios sabe que lo haría, así se tratase de diez mil mundos!» Llora como un niño al pensar en ella; la escucha como haría una criaturita. «Yo repito sus propias palabras, porque suelo retener lo que dice.» Se viste á escondidas cuando tiene que marchar á su regimiento; y, «cantando, silbando, agitándose, procurando por todos los medios no pensar», huye mientras ella duerme, porque no podría resistir sus lágrimas. En aquel cuerpo de soldadote late un verdadero corazón de mujer que á nada se altera en tratándose de lo que ama, un corazón tímido en su ternura, inagotable en afecto, en confianza, en abnegación, en efusiones. Cuando un hombre tiene eso, haced caso omiso de lo demás; con sus excesos y sus locuras, vale más que todos vuestros devotos enguantados.

A lo cual responderemos: Hacéis bien en defender la naturaleza, pero ha de ser con la condición de no suprimir de ella nada. Falta una cosa á esos personajes vuestros tan robustos: la finura. Los ensueños delicados, la elevación entusiasta y la delicadeza tré-

mula se dan en la naturaleza lo mismo que el rudo vigor, la hilaridad ruidosa y la franca bondad. La poesía es verdadera como la prosa, y, si hay gente de buen estómago y de buenos puños, hay también artistas y caballeros. Cervantes, á quien imitáis, y Shakespeare, á quien recordáis, tuvieron y pintaron esa finura; en esa gran cosecha que traéis á brazadas habéis olvidado las flores. Acaba uno por cansarse de vuestros puñetazos y de vuestros lances de posada. Os solazáis demasiado en los establos, entre los puercos eclesiásticos de Trulliber. Se querría que usaseis de más miramientos con vuestras heroínas; por puras que sean Fanny, Sofía y mistress Heartfree, no puede uno menos de acordarse de las sorpresas en que se les han remangado las sayas. Sois tan rudo que no os hace mella lo atroz. Convencéis á Tom Jones falsamente, pero por un momento, de que mistress Williams, su amante, es su madre, y dejáis sumidos á los lectores mucho tiempo en la infamia de esa suposición. En fin, tenéis que violentaros para pintar el amor; no encontráis más que epístolas correctas; los transportes de vuestro Tom Jones no son más que frases de autor. A falta de ideas recita odas. No conocéis más que la fogosidad de los sentidos, el hervor de la sangre, la efusión de la ternura, pero no la exaltación nerviosa y el arrobamiento poético. El hombre, tal y como lo concebís, es un búfalo magnífico, y ese es quizá el héroe que necesita un pueblo que se ha llamado á sí propio John Bull, Juan Toro.

VII

En todo caso, es poderoso y temible, y si en este momento reunís en vuestra mente los rasgos diseminados de las figuras que los novelistas acaban de hacer pasar ante vuestros ojos, os veréis transportados á un mundo semi-bárbaro y en presencia de una raza cuya energía debe espantar ó sublevar toda vuestra dulzura. Ahora abrid un copista más literal de la vida: sin duda, todos ellos lo son, y declaran, con Fielding, que, si imaginan un rasgo, es porque le han visto; pero Smollett tiene la ventaja de que, siendo mediocre, calca las figuras lisa y prosaicamente, sin transformarlas mediante la iluminación del genio; no están ya ahí la jovialidad de Fielding ni el rigorismo de Richardson para alegrar ó ennoblecer los cuadros. Mirad en él las costumbres frente á frente; escuchad las confesiones de ese imitador de Lesage, que pone á Lesage la tacha de ser alegre y de bromearse con los percances de su héroe; ved la acritud de ese rencor que quiere «levantar la indignación de los lectores contra el carácter sórdido y vicioso del mundo y presentar al mérito modesto en pugna con el egoísmo, la envidia, la malicia y la cobarde indiferencia de la humanidad». Ya no es sólo puñetazos lo que llueve, sino también cuchilladas, estocadas, pistoletazos. En esa sociedad, cuando sale de su casa una doncella, se expone á tornar hecha mujer, y cuando sale un hombre, se expone á no volver de ningún modo. Las mujeres clavan las uñas en la cara de los hombres; los caballeros bien educados, como Peregrine, tronzan á las

mula se dan en la naturaleza lo mismo que el rudo vigor, la hilaridad ruidosa y la franca bondad. La poesía es verdadera como la prosa, y, si hay gente de buen estómago y de buenos puños, hay también artistas y caballeros. Cervantes, á quien imitáis, y Shakespeare, á quien recordáis, tuvieron y pintaron esa finura; en esa gran cosecha que traéis á brazadas habéis olvidado las flores. Acaba uno por cansarse de vuestros puñetazos y de vuestros lances de posada. Os solazáis demasiado en los establos, entre los puercos eclesiásticos de Trulliber. Se querría que usaseis de más miramientos con vuestras heroínas; por puras que sean Fanny, Sofía y mistress Heartfree, no puede uno menos de acordarse de las sorpresas en que se les han remangado las sayas. Sois tan rudo que no os hace mella lo atroz. Convencéis á Tom Jones falsamente, pero por un momento, de que mistress Williams, su amante, es su madre, y dejáis sumidos á los lectores mucho tiempo en la infamia de esa suposición. En fin, tenéis que violentaros para pintar el amor; no encontráis más que epístolas correctas; los transportes de vuestro Tom Jones no son más que frases de autor. A falta de ideas recita odas. No conocéis más que la fogosidad de los sentidos, el hervor de la sangre, la efusión de la ternura, pero no la exaltación nerviosa y el arrobamiento poético. El hombre, tal y como lo concebís, es un búfalo magnífico, y ese es quizá el héroe que necesita un pueblo que se ha llamado á sí propio John Bull, Juan Toro.

VII

En todo caso, es poderoso y temible, y si en este momento reunís en vuestra mente los rasgos diseminados de las figuras que los novelistas acaban de hacer pasar ante vuestros ojos, os veréis transportados á un mundo semi-bárbaro y en presencia de una raza cuya energía debe espantar ó sublevar toda vuestra dulzura. Ahora abrid un copista más literal de la vida: sin duda, todos ellos lo son, y declaran, con Fielding, que, si imaginan un rasgo, es porque le han visto; pero Smollett tiene la ventaja de que, siendo mediocre, calca las figuras lisa y prosaicamente, sin transformarlas mediante la iluminación del genio; no están ya ahí la jovialidad de Fielding ni el rigorismo de Richardson para alegrar ó ennoblecer los cuadros. Mirad en él las costumbres frente á frente; escuchad las confesiones de ese imitador de Lesage, que pone á Lesage la tacha de ser alegre y de bromearse con los percances de su héroe; ved la acritud de ese rencor que quiere «levantar la indignación de los lectores contra el carácter sórdido y vicioso del mundo y presentar al mérito modesto en pugna con el egoísmo, la envidia, la malicia y la cobarde indiferencia de la humanidad». Ya no es sólo puñetazos lo que llueve, sino también cuchilladas, estocadas, pistoletazos. En esa sociedad, cuando sale de su casa una doncella, se expone á tornar hecha mujer, y cuando sale un hombre, se expone á no volver de ningún modo. Las mujeres clavan las uñas en la cara de los hombres; los caballeros bien educados, como Peregrine, tronzan á las

gentes á latigazos. Habiendo engañado á un marido que se niega á pedirle satisfacción, Peregrine hace que le zabullan en un canal. Denunciado por un vicario á quien apalea, hace que un posadero le aporree, amén de arrancarle con los dientes un pedazo de oreja. Yo citaría de memoria otros veinte atentados iniciados ó consumados. Las injurias atroces, las quijadas rotas, los palos descargados sobre gentes derribadas al suelo, la dureza desabrida de las conversaciones, la grosería brutal de las bromas, dan la idea de una jauría de mastines que se acometen ciegos de coraje, y que, cuando se ponen alegres, se entretienen aún en arrancarse pedazos de carne. Un francés á duras penas puede soportar la pintura de Roderico Random ó, mejor, la de Smollett, cuando está en el buque de guerra. Le agarran á viva fuerza, le tiran por el suelo á palos y cuchilladas, le atan como un fardo y le hacen rodar á bordo desangrándose delante de los marineros, que se ríen de sus heridas. Suplica á los que están junto á él que saquen su pañuelo del bolsillo para contener la sangre que corre de su cabeza; ellos sacan el pañuelo y le vendan con la mayor sangre fría mediante dos pintas de ginebra. El capitán Oakum declara que no quiere más enfermos á bordo y los hace subir al puente á latigazos, desfallecidos de debilidad; varios se vuelven locos; muchos mueren, y de sesenta y uno no quedan más que doce. Para penetrar en ese negro hospital asfixiante plagado de miseria, hay que arrastrarse por debajo de las hamacas hacinadas y separarlas con los hombros antes de llegar hasta los pacientes. Léase también el relato de miss William, una joven rica y de buen nacimiento reducida al oficio de meretriz, hambrienta, enferma, tiritando de frío, rodando por las calles durante largas noches de invierno, entre «las miserables criaturas desnudas, llenas de andrajos sucios, amontonadas como cerdos en la esquina de una sombría calle», que llaman á los marineros borrachos para poder tener «ginebra con qué aplacar la rabia del hambre y del frío, y que descienden á la insensibilidad bestial hasta que á la postre van á morir y á pudrirse en un muladar». Esta se ve arrojada á Bridewell con la hez de la ciudad, sometida á los caprichos de un tirano que la impone faenas superiores á sus fuerzas y la castiga por no desempeñarlas, vapuleada hasta desmayarse, sacada de su desmayo á latigazos, despojada, en el ínterin, de cuanto tiene, gorro, zapatos, medias, «desfallecida de hambre y aspirando á morir cuanto antes». Una noche trata de ahorcarse. Otras dos mujeres que la acechan se lo impiden. «A la mañana siguiente me dieron treinta zurriagazos. El dolor, unido á la desesperación, me privó del juicio y me produjo un delirio furioso, durante el cual me arranqué la carne con los dientes y di con la cabeza en el suelo.» En vano os volvéis hacia el protagonista para descansar de tal espectáculo. Es sensual y grosero como los de Fielding, sin ser, como los de Fielding, bueno y jovial. «El orgullo y el resentimiento son los dos principales ingredientes de su carácter.» El vino generoso de Fielding, en manos de Smollett, se ha vuelto aguardiente de taberna. Sus héroes son egoístas; se vengan bárbaramente. Roderico explota á su fiel Strap, y acaba por casarle con una prostituta. Peregrine, mediante la trama más cobarde y más brutal, ataca el honor de una joven con quien debe casarse y que es hermana de su mejor amigo. Inspira odio su carácter rencoroso, concentrado, tenaz, que es juntamente el de un rey absoluto acostumbrado á satisfacerse á expensas de la

felicidad ajena y el de un zafio que no tiene más que el barniz de la educación. Causaría inquietud el vivir á su lado; no sirve más que para asombrar ó tiranizar á los demás. Se le evita como á un animal peligroso; el aflujo repentino de la pasión animal y el torrente de la voluntad fija son tan fuertes en él que cuando falla su objeto desatina, echa mano á la espada contra el posadero; hay que sangrarle; se vuelve loco. Todo lo echa á perder su orgullo, hasta sus generosidades; todo lo anubla su dureza, hasta sus alegrías. Sus distracciones son bárbaras, y las de Smollett son del mismo gusto. Extrema las caricaturas; cree divertirnos mostrándonos bocas hendidas hasta las orejas y narices de medio pie; exagera un prejuicio nacional ó un resabio de oficio hasta el punto de reducir á él todo el hombre; junta los tipos grotescos más repulsivos: un teniente Lismahago medio asado por los indios rojos, lobos de mar que se pasan la vida vociferando y disfrazando todas las ideas con su jerga náutica, solteronas feas como demonios, secas como esqueletos, ásperas como vinagre, maníacos sumidos en la pedantería, en la hipocondría, en la misantropía, en el silencio. Lejos de bosquejarlos de pasada, como Gil Blas, acentúa la pincelada desagradablemente con insistencia, y recarga el retrato con todos los pormenores, sin considerar si son demasiado numerosos, sin reconocer que son excesivos, sin comprender que son odiosos, sin experimentar que son repulsivos. Su público está al nivel de su energía y de su rudeza, y, para sacudir tales nervios, nunca herirá un escritor demasiado fuerte.

Pero, al mismo tiempo, para civilizar esa barbarie y domeñar esa violencia, aparece una facultad, común á todos, autores y público: la seria reflexión atenta á observar los caracteres. Los ojos de todos se vuelven hacia el interior del hombre. Notan exactamente las particularidades del individuo y las marcan con una impresión tan precisa, que su personaje se hace un tipo que no se olvida ya. Son psicólogos. *Every man in his humour*, ese título de una comedia del viejo Ben Jonhson indica lo antigua y nacional que es en ellos esa afición. Smollett, partiendo de ese dato, escribe una novela entera, *Humphrey Clinker*. Nada de acción; el libro es una colección de cartas escritas durante un viaje por Escocia y por Inglaterra. Cada viajero, según su complexión mental, juzga diferentemente de los mismos objetos. Un viejo hidalgo generoso, gruñón, que se empeña en creerse enfermo, una solterona indigesta que anda á caza de marido, una doncella de servicio cándida y vanidosa, que estropea valerosamente la ortografía, una fila de entes originales que van sacando á escena sus rarezas: he ahí los personajes. El placer del lector consiste en reconocer el genio de cada uno en su estilo, en prever sus tonterías, en tocar el hilo que produce cada uno de sus movimientos, en comprobar la concordancia de sus ideas y de sus acciones. Llevad al exceso ese estudio de las particularidades humanas, y veréis nacer el talento de Sterne.—Figurémonos un hombre que se va de viaje con un par de lentes de extraordinario aumento. Un pelo en su mano, una mancha en el mantel, un pliegue de una prenda de vestir, le interesarán; á esta cuenta no irá muy lejos, empleará el día en dar seis pasos y no saldrá de su cuarto. De análogo modo Sterne escribe cuatro volúmenes para contar el nacimiento de su héroe. Percibe lo infinitamente pequeño, y describe lo imperceptible. Un hombre se hace la raya torcida; eso se relaciona, según Sterne, con el

conjunto de su carácter, el cual se relaciona con el de su padre, de su madre, de su tío y de todos sus ascendientes; eso se relaciona con la estructura de su cerebro, que se relaciona con las circunstancias de su concepción y de su nacimiento, las cuales se relacionan con las manías de sus padres, con el humor del momento, con las conversaciones de la hora anterior, con una cortadura del dedo pulgar, con veinte nudos hechos en un saco, con yo no sé cuántas otras cosas. Los seis ú ocho volúmenes de *Tristram Shandy* se emplean en contarlas; porque el menor y más vulgar de los accidentes, un estornudo, una barba mal hecha, trae en pos de sí una red inextricable de causas, que por arriba, por abajo, por la derecha, por la izquierda, por prolongaciones y ramificaciones invisibles, se hunden en lo más profundo de los caracteres y en los sucesos más remotos. En vez de extraer, como los demás novelistas, la raíz principal, Sterne, con precauciones y habilidades maravillosas, procura sacar la maraña de los innumerables filamentos que sinuosamente se internan y esparcen para ir á absorber por todos lados la savia y la vida. Por finos que sean, por entretejidos y profundos que estén, llega hasta ellos, los desenreda, no los rompe, los saca á luz; y allí donde no imaginábamos nosotros más que un simple tallo, contemplamos con asombro la población y la vegetación subterránea de las fibras múltiples y de las fibrillas mediante las cuales vegeta y se sostiene la planta visible.

He ahí ciertamente un talento extraño, mezcla de ceguedad y de lucidez, y que se parece á esas enfermedades de la retina en que el nervio sobrexcitado se vuelve á la vez obtuso y perspicaz, incapaz de ver lo que los ojos más ordinarios alcanzan, capaz de percibir lo que los ojos más penetrantes no distinguen. En efecto; Sterne es un enfermo humorista y excéntrico, eclesiástico y libertino, violinista y filósofo, «que gime por un burro muerto y abandona á su madre viva»; egoísta de hecho, sensible en palabras, y que en todas las cosas está en pugna consigo mismo y con los demás. Su libro es como una gran prendería en donde andan revueltas las curiosidades de todos los siglos, de todas las especies y de todos los países: textos de excomunión, consultas médicas, pasajes de autores desconocidos ó imaginarios, rebuscos de erudición escolástica, sartas de historias descabelladas, disertaciones, apóstrofes al lector. Se deja llevar de su pluma: ni enlace, ni plan; al contrario, cuando alcanza el orden, le deshace expresamente; de un puntapié hace rodar sobre su historia empezada el montón de los infolios contiguos y va dando trancos por encima. Se goza en desilusionarnos y en desorientarnos con las interrupciones y las esperas. La gravedad le disgusta; la tilda de hipócrita; á sus ojos vale más la locura, y se pinta á sí mismo en Yorick. En una inteligencia bien organizada, las ideas desfilan en procesión con un movimiento y una aceleración uniforme; en esa cabeza rara brincan como un tropel de máscaras en carnaval, tirando cada una de sus vecinas por los pies, por la cabeza, por un faldón, con la confusión más universal y más imprevista. Todas sus frasecitas cortadas son sacudidas; las lee uno jadeante. El tono no es jamás el mismo dos minutos: tras la risa viene un principio de emoción, después el escándalo, luego el asombro, luego la ternura, y vuelta á la risa. El maligno bufón tira y enreda los hilos de todos nuestros sentimientos, y nos hace ir de acá para allá, de una manera estrambótica, como muñecos. Entre esos diversos hilos

hay dos de que tira más que de los otros. Como todas las personas que tienen nervios, está sujeto á enternecimientos. No es que sea verdaderamente bueno y tierno; al contrario, su vida es la de un egoísta. Pero en ciertos días tiene ganas de llorar, y nos hace llorar con él. Se conmueve en presencia de un pájaro cautivo, en presencia de un pobre burro que, acostumbrado á los golpes, le mira con aspecto resignado, «como para decirle que no le pegue demasiado fuerte, pero que, no obstante, si quiere, puede pegarle». Escribirá dos páginas sobre la actitud de ese burro, y Príamo á los pies de Aquiles no era más conmovedor. De esa suerte, encontrará en un silencio, en un juramento, en la acción doméstica más insignificante, delicadezas exquisitas y pequeños heroísmos, especies de flores primorosas invisibles para cualquier otro, y que brotan en el polvo del más seco camino. Un día el tío Tobías, el pobre capitán inválido, después de largas tentativas infructuosas, caza un mosquito que le ha atormentado cruelmente con su zumbido durante toda la comida; se levanta, atraviesa el cuarto con su pierna dolorida, y abriendo la ventana: «Vete, pobre diablo (dice), vete. ¿Por qué he de hacerte mal? El mundo es bastante grande para contenernos á los dos.» Esa sensibilidad de mujer es demasiado delicada; no se puede describir: habría que traducir una historia entera, como la de Lefèbre, para hacer respirar su perfume; ese perfume se evapora en cuanto se toca á él, y se asemeja al olor fugitivo de las plantas que se han llevado un instante al cuarto de un convaleciente. Lo que aumenta aún su triste dulzura es el contraste con las licencias que, como un seto de ortigas, las circundan por todos lados. Sterne, como todas las personas cuya máquina anda sobre-

citada, tiene apetitos extravagantes. Le gustan las desnudeces, no por sentimiento de lo bello al modo de los pintores, no por sensualidad y franqueza á ejemplo de Fielding, no por refinamiento de placer, como los Dorat y los Boufflers. Si va á los sitios sucios, es porque son lugares prohibidos y no frecuentados. Lo que busca allí es la singularidad y el escándalo. Lo que le engolosina en el fruto prohibido no es el fruto, sino la prohibición; porque el que muerde de preferencia está marchito ó picado de gusanos. Que un epicúreo se complazca en detallar los pecadillos de una mujer linda, nada tiene de extraño; pero que un novelista se recree en expiar la alcoba de dos viejos, ó en detallar las preguntas de la viuda Wadman sobre el alcance de las heridas de la ingle, eso no se explica más que por la relajación de una imaginación pervertida que se solaza con las ideas repugnantes, como los paladares estragados gustan el sabor acre del queso picado. Así, para leer á Sterne hay que esperar los días de capricho, de *spleen* y de lluvia, en que, á fuerza de irritación nerviosa, está uno reñido con la razón. Sus personajes, en efecto, son tan poco razonables como él. Sterne no ve en el hombre más que la manía, la pasión por las fortificaciones en el tío Tobías, el flaco por las peroratas y los sistemas filosóficos en Mr. Shandy. Esa manía es, para él, como una verruga, tan pequeña al pronto que apenas se percibe, y eso sólo á una buena luz; pero he aquí que poco á poco aumenta, enrojece, y su dueño, que se recrea en ella y la admira, la alimenta hasta que se convierte en enorme lobanillo, y la cara entera desaparece bajo la excrecencia parásita que la invade. Nadie ha igualado á Sterne en la historia de esas hipertrofias humanas: toma el germen, le ali-

menta por grados; hace serpear alrededor los filamentos propagadores; enseña las venillas y las arteritas microscópicas que se encuentran en su interior; cuenta las palpitaciones de la sangre que las atraviesa; explica sus cambios de color y sus aumentos de volumen. La observación psicológica alcanza aquí uno de sus desarrollos extremos. Se necesita un arte muy avanzado para describir, frente á la regularidad y la salud, la excepción ó la degeneración, y la novela inglesa se completa aquí añadiendo á la pintura de las formas la pintura de las deformaciones.

VIII

Se acerca el momento en que las costumbres depuradas van á depurarla, imprimiéndola su carácter final. De las dos grandes tendencias que ha manifestado, la brutalidad nativa y la reflexión intensa, la una ha acabado por vencer á la otra: la literatura, haciéndose severa, prescribe de la ficción las groserías de Smollett y las indecencias de Sterne, y la novela completamente moral, antes de llegar á las manos casi gazmoñas de miss Burney, pasa por las manos honradas de Goldsmith. Su *Vicario de Wakefield* es «un idilio en prosa», un poco estropeado por frases demasiado bien escritas, pero en el fondo burgués como un cuadro flamenco. Ved en Terburg ó Mieris una mujer que hace su compra, un burgomaestre que apura su vaso de cerveza; las figuras son vulgares, las ingenuidades cómicas, la marmita ocupa el puesto de honor; pero aquella buena gente es tan apacible, está tan contenta con su modesta felicidad regular,

que la envidia uno. La impresión que deja el libro de Goldsmith es por el estilo. El excelente doctor Primrose es un eclesiástico rural. Tiene primos en cuadragésimo grado que van á comerse su comida y á ponerse sus botas. Su mujer, que posee toda la educación del tiempo, es cocinera consumada, sabe casi leer, sobresale en las conservas, y cuenta en la mesa la historia y los méritos de cada plato. Sus hijas aspiran á la elegancia y confeccionan aguas de tocador en la sartén. Su hijo Moisés se deja engañar en la feria, y vende el potro mediante un surtido de anteojos verdes. El, por su parte, compone tratados, que nadie compra, contra las segundas nupcias de los eclesiásticos, escribe de antemano en el epitafio de su esposa, que fué la única mujer del doctor Primrose, y á guisa de estímulo, pode en un marco sobre su chimenea ese trozo de elocuencia. Las hijas y la madre gobiernan un poco al padre de familia; él se deja llevar como un buen hombre, se permite, á lo sumo de tarde en tarde, alguna burla inocente, y se arregla en su nueva granja con sus dos caballos matalotes. «Nada podía superar á la limpieza de mis cercados; los olmos y los setos eran de una belleza inexpresable...» Nuestra casa «estaba situda al pie de un cerro, con un hermoso bosquecillo que la abrigaba por detrás, y un río parlero por delante; á un lado una pradera y al otro una extensión de cesped... Era de un solo piso y estaba cubierta de bálago, lo cual la daba un aire de atractiva sencillez. Las paredes se hallaban blanqueadas por dentro. Aunque la misma pieza nos servía de sala y de cocina, esto contribuía á que fuese más abrigada. Además, como la teniamos sumamente limpia, como la vajilla y los utensilios brillaban en los vasares, los ojos se recreaban en el conjunto, y no echaban de menos más

rico ajuar.» Trabajan en familia; van á sentarse debajo de la madreselva para beber una botella de vino de grosella; las dos muchachas cantan ó los muchachos leen, y los padres se entretienen en mirar el campo que desciende á sus pies lleno de campanillas azules y de centáureas. «Otra botella, Débora, vida mía, y tú, Moisés, una buena canción. ¡Qué gratitud no debemos al cielo por habernos concedido así la salud, la tranquilidad y la abundancia! Yo me considero ahora más feliz que el monarca más grande de la tierra. El no tiene un hogar semejante, ni caras tan alegres en torno suyo.»

He ahí la dicha moral. No lo es menos aquí el infortunio. El pobre vicario ha perdido su fortuna, y, transportado á un humilde curato, se ha hecho colono. El *squire* de las inmediaciones seduce y roba á la hija mayor; la casa se incendia, y el padre se quema un brazo al salvar á los dos niños. Le encarcelan por deudas entre brutos y bribones que juran y blasfeman; acostado sobre paja, en medio de un aire impuro, siente agravarse su mal, prevé que su familia se encontrará sin pan de allí á poco, sabe que su hija se está muriendo; «su corazón no desfallece, sin embargo»; sigue siendo sacerdote y jefe de familia; prescribe á cada uno de los suyos su ocupación; anima, consuela, provee, ordena, predica á los presos, soporta sus bromas groseras, los reforma, establece en la cárcel el trabajo útil y la regla voluntaria. No es la dureza ni el genio hosco lo que le da fortaleza; no hay alma más paternal, más sociable, más humana, más abierta á las emociones dulces y á los afectos íntimos. No es el orgullo ni el odio concentrado lo que le permite afrontar la situación. «Yo no tengo resentimiento ahora (dice); aunque él me haya arrebatado lo que

era más caro para mí que todas las riquezas, aunque me haya destrozado el corazón (porque estoy enfermo, muy enfermo, casi á punto de desfallecer), con todo, eso no me inspirará jamás un deseo de venganza... Si mi sumisión puede agradarle, que sepa que, si en algo le he ofendido, lo deploro... Como ha sido en otro tiempo mi feligrés, yo espero un día poder presentar su alma purificada al tribunal eterno.» Todo inútil; el miserable rechaza altaneramente esa súplica tan noble; por si era poco, roba á la segunda hija y hace que encarcelen al hijo bajo una falsa acusación de asesinato. En ese momento se ven heridos todos los sentimientos del padre, perdidos todos sus consuelos, arruinadas todas sus esperanzas. Su corazón no es más que una llaga: se lamenta. Pero, volviendo en seguida á su profesión y á su deber, piensa en preparar á su hijo y en prepararse á sí propio para la otra vida, y, á fin de ser útil á todos los que pueda, quiere á la vez exhortar á los presos. «Pugna por incorporarse sobre la paja, pero le faltan las fuerzas y no puede más que apoyarse en la pared sostenido por su mujer y su hijo.» En esa situación habla, y su sermón es tanto más conmovedor cuanto más contrasta con su estado. Es una disertación á la inglesa, un tejido de razonamientos exactos, cuyo objeto es probar que, según la naturaleza del placer y del dolor, los desgraciados sufren menos que los felices por abandonar la vida, y gozan más que los felices al obtener el cielo. Se ven allí las fuentes de esa virtud, nacida del cristianismo y de la bondad natural, pero alimentada copiosamente por la reflexión interior. La meditación, que por lo común no produce más que frases, conduce en él á acciones. Aquí la razón ha tomado verdaderamente el gobierno de todo lo demás, y le ha tomado sin oprimir á lo de-

más: raro y elocuente espectáculo que, reuniendo y armonizando en un solo personaje los mejores caracteres de las costumbres y de la moral de ese tiempo y de ese país, hace admirar y amar la vida piadosa y ordenada, doméstica y disciplinada, laboriosa y rústica. La virtud protestante é inglesa no ha formado un modelo más ejemplar y amable. Religioso, afectuoso, razonador, concilia disposiciones que parecían excluirse; eclesiástico, labrador, padre de familia, realza caracteres que no parecían á propósito más que para crear tipos cómicos y vulgares.

IX

En el centro de ese grupo descuella un personaje extraño, el más acreditado de su tiempo, una especie de dictador literario. Richardson es amigo suyo y le proporciona ensayos para su periódico; Goldsmith, con una vanidad candorosa, le admira sufriendo al verse siempre eclipsado por él; miss Burney imita su estímulo y le reverencia como un padre; el historiador Gibbon, el pintor Reynolds, el actor Garrick, el orador Burke, el indianista Jones, van á su club á hacerle coro; lord Chesterfield, que ha perdido su favor, se esfuerza inútilmente en recuperarle proponiendo concederle la autoridad de un Papa sobre todas las palabras de la lengua; Boswell le sigue los pasos, anota sus frases, y por la noche llena volúmenes con ellas. Su crítica es ley, todo el mundo se agolpa para oir sus conversaciones; es el árbitro del estilo. Trasladémos con la imaginación á Francia á ese príncipe de la inteligencia, coloquémosle en nuestros lindos salones de

filosofía elegante y de costumbres epicúreas; la violencia del contraste marcará mejor que todo razonamiento el sello y las predilecciones del espíritu inglés.

Se veía entrar á un hombre enorme, de anchuras de toro, de altura en proporción, de aspecto sombrío y rudo, de ojos parpadeantes, con profundas cicatrices de escrófulas en la cara, con la camisa sucia, melancólico de nacimiento y maniático por remate. En medio de una tertulia se le oía mascullar de repente un verso latino ó una oración. Otras veces, en el hueco de una ventana, meneaba la cabeza, agitaba el cuerpo de adelante á atrás, y tan pronto alargaba como retiraba convulsivamente la pierna. Su compañero refería que había querido llegar con el pie derecho á toda costa, y que, no habiéndolo conseguido, había vuelto á probar con profunda atención, contando uno á uno todos sus pasos. La gente se sentaba á la mesa. De pronto se le iba el santo al cielo, se bajaba y sacaba en la mano el zapato de una señora. Apenas servido, se abalanzaba á la comida, «como un buitre, con los ojos fijos en el plato, sin decir una palabra, sin escuchar una palabra de lo que se decía alrededor», con tal voracidad, que se le hinchaban las venas de la frente y se le veía correr el sudor. Si por acaso la liebre estaba apuntada ó el pastel se había hecho con manteca rancia, no comía ya, devoraba. Cuando al fin saciaba su apetito, y se dignaba hablar, disputaba, vociferaba, hacía de la conversación un pugilato, arrancaba de cualquier modo la victoria, imponía su opinión doctoral é impetuosamente, y ponía de vuelta y media á las personas á quienes refutaba: «Caballero, veo que sois un miserable whig.—Señora mía, no habléis más de esto; la tontería no puede defenderse más que con la tontería.—Caballero, he querido ser des-

más: raro y elocuente espectáculo que, reuniendo y armonizando en un solo personaje los mejores caracteres de las costumbres y de la moral de ese tiempo y de ese país, hace admirar y amar la vida piadosa y ordenada, doméstica y disciplinada, laboriosa y rústica. La virtud protestante é inglesa no ha formado un modelo más ejemplar y amable. Religioso, afectuoso, razonador, concilia disposiciones que parecían excluirse; eclesiástico, labrador, padre de familia, realza caracteres que no parecían á propósito más que para crear tipos cómicos y vulgares.

IX

En el centro de ese grupo descuella un personaje extraño, el más acreditado de su tiempo, una especie de dictador literario. Richardson es amigo suyo y le proporciona ensayos para su periódico; Goldsmith, con una vanidad candorosa, le admira sufriendo al verse siempre eclipsado por él; miss Burney imita su estímulo y le reverencia como un padre; el historiador Gibbon, el pintor Reynolds, el actor Garrick, el orador Burke, el indianista Jones, van á su club á hacerle coro; lord Chesterfield, que ha perdido su favor, se esfuerza inútilmente en recuperarle proponiendo concederle la autoridad de un Papa sobre todas las palabras de la lengua; Boswell le sigue los pasos, anota sus frases, y por la noche llena volúmenes con ellas. Su crítica es ley, todo el mundo se agolpa para oir sus conversaciones; es el árbitro del estilo. Trasladémos con la imaginación á Francia á ese príncipe de la inteligencia, coloquémosle en nuestros lindos salones de

filosofía elegante y de costumbres epicúreas; la violencia del contraste marcará mejor que todo razonamiento el sello y las predilecciones del espíritu inglés.

Se veía entrar á un hombre enorme, de anchuras de toro, de altura en proporción, de aspecto sombrío y rudo, de ojos parpadeantes, con profundas cicatrices de escrófulas en la cara, con la camisa sucia, melancólico de nacimiento y maniático por remate. En medio de una tertulia se le oía mascullar de repente un verso latino ó una oración. Otras veces, en el hueco de una ventana, meneaba la cabeza, agitaba el cuerpo de adelante á atrás, y tan pronto alargaba como retiraba convulsivamente la pierna. Su compañero refería que había querido llegar con el pie derecho á toda costa, y que, no habiéndolo conseguido, había vuelto á probar con profunda atención, contando uno á uno todos sus pasos. La gente se sentaba á la mesa. De pronto se le iba el santo al cielo, se bajaba y sacaba en la mano el zapato de una señora. Apenas servido, se abalanzaba á la comida, «como un buitre, con los ojos fijos en el plato, sin decir una palabra, sin escuchar una palabra de lo que se decía alrededor», con tal voracidad, que se le hinchaban las venas de la frente y se le veía correr el sudor. Si por acaso la liebre estaba apuntada ó el pastel se había hecho con manteca rancia, no comía ya, devoraba. Cuando al fin saciaba su apetito, y se dignaba hablar, disputaba, vociferaba, hacía de la conversación un pugilato, arrancaba de cualquier modo la victoria, imponía su opinión doctoral é impetuosamente, y ponía de vuelta y media á las personas á quienes refutaba: «Caballero, veo que sois un miserable whig.—Señora mía, no habléis más de esto; la tontería no puede defenderse más que con la tontería.—Caballero, he querido ser des-

cortés con vos pensando que lo erais conmigo.» A todo esto, al pronunciar, hacía ruidos extraños, «ya dando vueltas á la boca como si rumiase, ya silbando por lo bajo, ya chasqueando la lengua como si cloqueara». Al fin de su período soplaba como una ballena, le temblaba el vientre, y trasegaba á su estómago una docena de tazas de te.

Entonces, por lo bajo, con precaución, se preguntaba á Garrick ó á Boswell acerca de la historia y las costumbres de aquel ogro grotesco. Había vivido cínica y excéntricamente, pasando su juventud en leer al azar en una tienda, sobre todo infolios latinos, aun los más ignorados, como, por ejemplo, Macrobio; y creyó encontrar recursos proponiendo al público una edición de Policiano. A los veinticinco años se había casado por amor con una mujer de cincuenta, mofletuda, coloradota, vestida de colores vistosos, que se penía en las mejillas media pulgada de afeite, y tenía hijos de la misma edad que él. Cuando fué á Londres para ganarse el pan, unos, al ver sus gestos convulsivos le tomaron por un idiota; otros, contemplando su tronco macizo, le aconsejaron que se hiciese mozo de cuerda. Durante treinta años trabajó como un menestral para los libreros, á quienes sacudía cuando se hacían impertinentes; siempre andaba raído; una vez se pasó dos días en ayunas; se daba por contento cuando podía comer seis peniques de carne y un penique de pan, y escribió una novela en ocho noches para pagar el entierro de su madre. Ahora, pensionado por el rey, libre de su faena diaria, se entrega á su indolencia natural, y permanece en la cama hasta las doce ó más del día. A esa hora van á verle. Se sube la escalera de una triste casa situada al Norte de *Fleet-Street*, en un patio estrecho y oscuro, y se oye al pasar las riñas de cuatro mujeres y de un viejo médico charlatán, infelices sin recursos, achacosos y de mal genio, á quienes ha recogido, á quienes mantiene, y que le atormentan ó insultan. Se pregunta por el doctor, abre un negro, se forma una tertulia alrededor de la cama magistral; hay siempre allí una porción de personajes distinguidos y aun señoras. Así rodeado, «declama» hasta la hora de comer. Luego diserta toda la tarde, sale por las calles á gozar del lodo y de la niebla de Londres, engancha un amigo para seguir conversando, y se dedica á pronunciar oráculos y sostener tesis hasta las cuatro de la mañana.

A esto preguntamos si es la audacia liberal de sus opiniones lo que seduce. Sus amigos responden que no hay partidario más rígido de la regla. Se le llama el Hércules del torismo. Detesta á los whigs desde la infancia, y jamás ha hablado de ellos más que como malhechores públicos. Los insulta hasta en su diccionario. Exalta á Jacobo II y á Carlos II como dos de los mejores reyes que se han conocido. Justifica las contribuciones arbitrarias que el gobierno pretende imponer á los americanos. Declara que «el espíritu whig es la negación de todo principio», que «el primer whig fué el diablo», que «la corona no tiene bastante poder», que «el género humano no puede ser feliz más que en un estado de desigualdad y de subordinación». Nosotros, franceses del tiempo, admiradores del *Contrato social*, sentimos en seguida que no estamos ya en Francia. Y qué diremos, ¡buen Dios!, cuando un instante después oímos al doctor continuar así: «Rousseau es uno de los peores hombres que ha habido, un bribón que merece ser expulsado de toda sociedad, como ha sido. Es una vergüenza que se le proteja en nuestro país. Yo firmaría una sentencia de deportación

contra él de más buen grado que contra ninguno de los tunantes que han salido de Old Bailey desde hace muchos años. Sí: quisiera verle trabajar en las plantaciones.»—Parece que no gustan en ese país los filósofos innovadores. Veamos si se tratará mejor á Voltaire: «Entre él y Rousseau, difícil es decir quién aventaja al otro en iniquidad.»—En buen hora; eso es hablar claro. Pero ¡qué! ¿es que no puede buscarse la verdad fuera de una iglesia reconocida? No, «ningún hombre honrado puede ser deísta, porque ningún hombre puede serlo después de examinar lealmente las pruebas del cristianismo».—He ahí un cristiano acérrimo; apenas los tenemos en Francia tan decididos. Más aún: es anglicano, apasionado de la jerarquía, admirador del orden establecido, hostil á los disidentes. Le veréis saludar á un obispo con especial veneración. Le veréis censurar á un amigo suyo por haber olvidado el nombre de Jesucristo al recitar las gracias. Si le habláis de una metodista que convierte á la gente, os dirá que una mujer que predica es como un perro que anda sobre las patas traseras, que eso es curioso, pero no bello. Es conservador, y no teme ser anticuado. Sabed que ha ido á la una de la madrugada á la iglesia de San Juan de Clerkenwell para interrogar á un alma en pena que se aparecía. Si tuvieseis entre las manos su diario, veriais en él plegarias fervientes, exámenes de conciencia y resoluciones de conducta. Con preocupaciones y ridículeces, tiene convicción profunda, fe activa y severa piedad moral. Es cristiano de corazón y de conciencia, de pensamiento y de obra. La idea de Dios, el temor del juicio final, le preocupan y le reforman. «Garrick (dice un día), no voy más entre bastidores, porque las medias de seda y los pechos blancos de vuestras actrices excitan mis

propensiones amorosas.» Se echa en cara su indolencia, implora la gracia de Dios, es humilde y tiene escrúpulos.—Todo eso es bien extraño. Preguntamos á las gentes qué es lo que puede agradarles en ese oso huraño, que tiene costumbres de sacristán é inclinaciones de esbirro. Nos contestan que en Londres se es menos exigente que en París en punto á agrado y cortesía, que allí se permite á la energía ser ruda y á la virtud ser rara, que allí se tolera una conversación militante, que la opinión pública está por entero al lado de la Constitución y del cristianismo, y que ha hecho bien en tomar por maestro al hombre que, por su estilo y sus preceptos, se ajusta mejor á su inclinación.

Tras esto, hacemos que nos traigan sus libros, y al cabo de una hora advertimos que, sea la que quiera la obra, tragedia ó diccionario, biografía ó ensayo, conserva siempre el mismo tono. «Doctor (le decía Goldsmith), si compusieseis una fábula sobre los pececillos, los haríais hablar como ballenas.» En efecto; siempre usa el período solemne y majestuoso, en que cada sustantivo marcha pomposamente acompañado de su epíteto, en que las palabras altisonantes retumban como un órgano, en que cada proposición aparece equilibrada por otra proposición de igual longitud, en que el pensamiento se desarrolla con la regularidad acompasada y el esplendor ceremonioso de una procesión. La prosa clásica alcanza la perfección en él, como la poesía clásica en Pope. El arte no puede ser más consumado, ni la naturaleza estar más violentada. Nadie ha encerrado las ideas en compartimentos más rígidos; nadie ha dado un relieve más vigoroso á la disertación y á la prueba: nadie ha impuesto más despóticamente al diálogo las formas de la

argumentación y de la peroración; nadie ha mutilado más universalmente la libertad ondulante de la conversación y de la vida con antítesis y frases de autor. Es la consumación y el exceso, el triunfo y la tiranía del estilo oratorio. Comprendemos ahora que una edad oratoria le reconozca por maestro, y que se le adjudique en la elocuencia la primacía que se reconoce á Pope en los versos.

Falta saber qué ideas le hicieron popular. Aquí es donde redobla el asombro de un francés. Por más que hojeemos su diccionario, sus ocho volúmenes de ensayos, sus diez volúmenes de vidas, sus innumerables artículos, sus conversaciones tan cuidadosamente recogidas, bostezamos siempre. Sus verdades son demasiado verdaderas; sabíamos de memoria de antemano sus preceptos. Nos enseña que la vida es corta y que debemos aprovechar los pocos momentos que nos son concedidos (1), que una madre no debe educar á su hijo como un petimetre, que el hombre debe arrepentirse de sus faltas, y evitar, sin embargo, la superstición, que en todo asunto hay que ser activos y no precipitados. Le damos las gracias por esos sabios consejos, pero nos decimos por lo bajo que hubiéramos podido pasarnos sin ellos perfectamente. Quisiéramos saber quiénes son los adoradores del aburrimiento que han comprado de golpe trece mil ejemplares de esas obras. Nos acordamos entonces de que en Inglaterra los sermones agradan, y esos *Ensayos* son sermones. Reconocemos que hombres reflexivos no tienen necesidad de ideas aventuradas y atractivas, sino de verdades palpables y provechosas. Piden que se les suministre una provisión útil de documentos auténticos

(1) *Rambler*, 108, 109, 110, 111.

sobre el hombre y su vida, y no piden nada más. Poco importa que sea vulgar la idea; también son vulgares la carne y el pan, y no por eso son menos buenos. Quieren que se los instruya sobre las especies y grados de la felicidad y de la desgracia, sobre las variedades y las consecuencias de las condiciones y de los caracteres, sobre las ventajas é inconvenientes de la ciudad y del campo, de la ciencia y de la ignorancia, de la riqueza y de la medianía, porque son moralistas y utilitarios, porque buscan en un libro luces que los aparten de la irreflexión y motivos que los confirmen en la honradez, porque cultivan en sí mismos el *sense*, es decir, la razón práctica. Un poco de ficción, algunos retratos, el menor atractivo bastará para adornarla; ese alimento sustancioso no necesita más que un condimento muy sencillo; no es la novedad de los manjares ni la delicadeza del aderezo lo que se busca, sino la solidez y la salubridad. En este concepto, los *Ensayos* son un alimento nacional. Precisamente porque son pesados é insípidos para nosotros, se adaptan al gusto de un inglés; ahora comprendemos por qué ellos tienen como favorito y reverencian como filósofo al respetable é insoportable Samuel Johnson (1).

X

Yo quisiera reunir todos estos rasgos, ver figuras; sólo los colores y las formas completan una idea; para saber, hay que ver. Vamos al museo de estampas: Ho-

(1) Véase su biografía por Roswell, 4 volúmenes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

garth, el pintor nacional, el amigo de Fielding, el contemporáneo de Johson, el exacto imitador de las costumbres, nos mostrará el exterior como ellos nos han mostrado el interior.

Entramos en esa gran biblioteca de las artes. ¡Noble cosa la pintura! Todo lo embellece, hasta el vicio. En las cuatro paredes, tras los cristales transparentes y relucientes, se yerguen los cuerpos, palpitan las carnes, el tibio rocío de la sangre corre bajo la piel, las caras animadas se destacan en la luz; parece que lo feo, lo vulgar y lo odioso han desaparecido del mundo. Yo no juzgo ya los caracteres; dejo á un lado las reglas morales. No me siento inclinado á aprobar ni á odiar. Un hombre aquí no es más que una mancha de color; á lo más, un haz de músculos; no sé ya si es asesino.

La vida, el despliegue gozoso, íntegro, exuberante, la expansión de las potencias naturales y corporales: he ahí lo que por todos lados afluye á los ojos y los regocija. Nuestros miembros se agitan involuntariamente por la imitación contagiosa de los movimientos y de las formas. Ante esos leones de Rubens, cuyas voces profundas suben como un trueno hacia la boca del antro, ante esas ancas colosales que se retuercen, ante esos hocicos que remueven cráneos, el animal que hay en nosotros se estremece por simpatía, y nos parece que vamos á exhalar de nuestro pecho un clamor igual á su rugido.

En vano ha degenerado el arte; aun entre franceses, entre ingenios enamorados del epigrama, entre abates empolvados del siglo XVIII, no deja de ser el mismo. Ha desaparecido la belleza, pero queda la gracia. Esas lindas caritas picarescas, esos finos talles de avispa, esos brazos delicados sumergidos en un nido

de encajes, esos paseos indolentes entre bosquecillos y surtidores de aguas que murmuran, esos arrobamientos galantes en una estancia suntuosa festoneada de guirnaldas, todo ese mundo delicado y atildado tiene aún sus seducciones. El artista, entonces como antes, coge en las cosas la flor, y no se preocupa de lo demás.

Pero Hogarth, ¿qué es lo que ha querido? ¿Quién ha visto jamás un pintor semejante? ¿Es un pintor? Los otros despiertan el deseo de ver lo que representan; él inspira el deseo de no ver lo que quiere representar.

¿Hay nada más agradable de pintar que una embriaguez nocturna, buenas carotas despreocupadas, y la rica luz inundada de sombras que se proyecta en ropas estrujadas y cuerpos entorpecidos? En él, al contrario, ¡qué figuras! La maldad, la estupidez, todo el innoble veneno de las más innobles pasiones humanas rezuma y destila de ellas. El uno está de pie, temblando, y entreabre los labios con el ansia del vómito; otro aulla roncamente como un mastín; un tercero cae de bruces con una sonrisa de idiota enfermo. Se hojea, y la fila de las fisonomías odiosa ó bestiales va alargándose sin fin; facciones contraídas ó disformes, frentes preñadas ó cubiertas de carnaza sudorosa, bocas horribles distendidas por una risa feroz. Este tiene la nariz comida; su vecino, tuerto, de cabeza cuadrada, empedrado de berrugas sanguinolentas, fuma silencisamente, henchido de rencor y de *spleen;* otro, viejo con muleta, amoratado y abotagado, con una barba que le cae hasta el pecho, mira con los ojos fijos y salientes de una langosta. Lo que Hogarth muestra en el hombre es la bestia; peor aún: la bestia loca ó sanguinaria, postrada ó rabiosa. Ved

ese asesino detenido sobre el cadáver de su amante degollada, con los ojos torcidos, con la boca contraída, rechinando los dientes al ver la sangre que le salpica y le denuncia, ó ese jugador arruinado que acaba de arrancarse la peluca y la corbata, y grita de rodillas, apretando los dientes y levantando el puño contra el cielo. Mirad aún ese hospital de maníacos: el idiota de cara terrosa, de pelo grasiento, de uñas sucias, que cree tocar el violín y que se ha puesto en la cabeza un cuaderno de música; el supersticioso que se retuerce convulsivamente en la paja, con las manos juntas, sintiendo en sus entrañas la garra del diablo; el furioso huraño y desnudo á quien se encadena, y que se arranca con las uñas pedazos de carne. Detestables yahus que pretendéis usurpar la luz bendita, ¿en qué cerebro habéis podido nacer, y por qué ha venido un pintor á manchar los ojos con vuestro aspecto?

Es que esos ojos eran ingleses, y los sentidos allí son bárbaros. Dejemos á la puerta nuestras repugnancias, y miremos las cosas como hace la gente de ese país, no por fuera, sino por dentro. Toda la corriente del pensamiento público se dirige allí hacia la observación del alma, y la pintura se ve arrollada con las letras en el mismo cauce. Olvidad, pues, los contornos; no son más que líneas; el cuerpo no sirve aquí más que para traducir el espíritu. Esa nariz torcida, esos granos de una mejilla avinada, ese gesto alelado del bruto soñoliento, esas facciones grotescas, esas formas envilecidas, no sirven más que para hacer resaltar el temperamento, el oficio, la manía, el hábito. No son ya miembros y cabezas lo que nos muestra el pintor, sino la disipación, la embriaguez, la brutalidad, el odio, la desesperación, todas las enfermedades

y deformidades de esas voluntades demasiado violentas y duras, el enjambre furioso de todas las pasiones. No es que él las desencadene; ese rudo burgués dogmático y cristiano maneja más vigorosamente que ninguno de sus colegas el garrote de la moral. Es un *policeman* fornido que se ha encargado de instruir y de corregir á pugilistas borrachos. De tal hombre á tales hombres, los miramientos estarían de sobra. Al pie de cada jaula donde encierra un vicio, escribe un nombre y añade la condenación fulminada por la Escritura; le exhibe en toda su fealdad, le hunde en su inmundicia, le arrastra á su suplicio; de suerte que no hay conciencia tan falseada que no le reconozca, ni conciencia tan empedernida que no le tome horror.

Mirad bien; he aquí lecciones que van derechas á su objeto. Esta es contra la ginebra. Sobre una escalera, en plena calle, yace una mujer borracha, medio desnuda, con los senos flácidos y las piernas escrofulosas; sonríe idiotamente, y su niño, á quien deja caer al suelo, se rompe el cráneo. Debajo de ella se desploma un pálido esqueleto, con los ojos cerrados y el vaso en la mano. Alrededor la orgía y el delirio precipitan, unos contra otros, espectros harapientos. Un mísero que se ha colgado se bambolea en una guardilla. Unos sepultureros meten en el ataúd el cadáver de una mujer desnuda. Un hambriento roe al lado de un perro un hueso sin carne. Junto á él están bebiendo unas niñas, y una joven hace tragar ginebra á su hijo, niño de pecho. Un loco traspasa á su hijo, se lo lleva, baila riendo, y la madre lo ve.

Otro cuadro y otra lección, ahora contra la crueldad. Se hace la disección de un joven, ahorcado por asesino. Está sobre una mesa, y el presidente ordena muy tranquilo los sitios en que hay que trabajar. Los

operadores cortan y tiran. Uno está á los pies; el segundo, viejo matarife sardónico, tiene un cuchillo en la mano que hará bien su oficio, y mete la otra en las entrañas, que van á parar á un cubo. El tercero extirpa los ojos, y la boca contraída del cadáver parece gritar. Entre tanto, un perro echa el diente al corazón que está en el suelo; fémures y cráneos hierven en una caldera, y alrededor los doctores cambian con sangre fría bromas quirúrgicas sobre el sujeto que el escalpelo va deshaciendo trozo á trozo.

Diréis que lecciones de ese gusto son buenas para bárbaros, y que no os cautivan predicadores como de Foe, Hogarth, Smollett, Richardson, Johnson y demás; yo respondo que los moralistas son útiles, y que éstos han transformado una barbarie en civilización.

CAPITULO VII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOS POETAS

I. Dominación y dominio del espíritu clásico.—Sus caracteres, sus obras, su alcance y sus límites.—Cómo tiene su centro en Pope.

II. Pope.—Su educación.—Su precocidad.—Sus comienzos.—*Las Pastorales.*—El *Ensayo sobre la crítica.*—Su persona.—Su género de vida.—Su carácter.—Pobreza de sus pasiones y de sus ideas.—Magnitud de su vanidad y de su arte.—Su fortuna independiente y su trabajo asiduo.

III. La *Epístola de Eloísa á Abelardo.*—*El Robo del rizo.*—La sociedad y el lenguaje de sociedad en Francia y en Inglaterra.—Cómo es violenta y desagradable en Pope la nota festiva.—*La Estulticiada.*—Suciedades y trivialidades.—Cómo son inconciliables la imaginación inglesa y el talento de salón.

IV. Su talento descriptivo.—Su talento oratorio.—Sus poemas didácticos.—Por qué esos poemas son la obra final del espíritu clásico.—El *Ensayo sobre el hombre.*—Su deísmo y su optimismo.—Valor de sus concepciones.—Cómo se relacionan con el estilo reinante.—Cómo se deforman en manos de Pope.—Procedimientos y perfección de su estilo.—Excelencia de sus retratos.—Por qué son superiores.—Su traducción de la *Ilíada.*—Cómo ha cambiado el gusto desde hace un siglo.

V. Desproporción entre el espíritu inglés y los convencionalismos clásicos.—Prior.—Gay.—La pastoral antigua es imposible en los climas del Norte.—El sentimiento del campo es natural en Inglaterra.—Thompson.

VI. Descrédito de la vida de salón.—Aparición del hombre sensible.—Cómo la vuelta á la naturaleza es más precoz en Inglaterra que en Francia.—Sterne.—Richardson.—Mackensie.

operadores cortan y tiran. Uno está á los pies; el segundo, viejo matarife sardónico, tiene un cuchillo en la mano que hará bien su oficio, y mete la otra en las entrañas, que van á parar á un cubo. El tercero extirpa los ojos, y la boca contraída del cadáver parece gritar. Entre tanto, un perro echa el diente al corazón que está en el suelo; fémures y cráneos hierven en una caldera, y alrededor los doctores cambian con sangre fría bromas quirúrgicas sobre el sujeto que el escalpelo va deshaciendo trozo á trozo.

Diréis que lecciones de ese gusto son buenas para bárbaros, y que no os cautivan predicadores como de Foe, Hogarth, Smollett, Richardson, Johnson y demás; yo respondo que los moralistas son útiles, y que éstos han transformado una barbarie en civilización.

CAPITULO VII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOS POETAS

I. Dominación y dominio del espíritu clásico.—Sus caracteres, sus obras, su alcance y sus límites.—Cómo tiene su centro en Pope.

II. Pope.—Su educación.—Su precocidad.—Sus comienzos.—*Las Pastorales.*—El *Ensayo sobre la crítica.*—Su persona.—Su género de vida.—Su carácter.—Pobreza de sus pasiones y de sus ideas.—Magnitud de su vanidad y de su arte.—Su fortuna independiente y su trabajo asiduo.

III. La *Epístola de Eloísa á Abelardo.*—*El Robo del rizo.*—La sociedad y el lenguaje de sociedad en Francia y en Inglaterra.—Cómo es violenta y desagradable en Pope la nota festiva.—*La Estulticiada.*—Suciedades y trivialidades.—Cómo son inconciliables la imaginación inglesa y el talento de salón.

IV. Su talento descriptivo.—Su talento oratorio.—Sus poemas didácticos.—Por qué esos poemas son la obra final del espíritu clásico.—El *Ensayo sobre el hombre.*—Su deísmo y su optimismo.—Valor de sus concepciones.—Cómo se relacionan con el estilo reinante.—Cómo se deforman en manos de Pope.—Procedimientos y perfección de su estilo.—Excelencia de sus retratos.—Por qué son superiores.—Su traducción de la *Ilíada.*—Cómo ha cambiado el gusto desde hace un siglo.

V. Desproporción entre el espíritu inglés y los convencionalismos clásicos.—Prior.—Gay.—La pastoral antigua es imposible en los climas del Norte.—El sentimiento del campo es natural en Inglaterra.—Thompson.

VI. Descrédito de la vida de salón.—Aparición del hombre sensible.—Cómo la vuelta á la naturaleza es más precoz en Inglaterra que en Francia.—Sterne.—Richardson.—Mackensie.

—Macpherson.—Gray, Akenside, Beattie, Collins, Young, Shenstone.—Persistencia de la forma clásica.—Imperio del período.—Johnson.—La escuela histórica.—Robertson, Gibbon, Hume.—Su talento y sus límites.—Comienzos de la edad moderna.

Cuando se abarca de una ojeada la vasta región literaria que se extiende en Inglaterra desde la restauración de los Estuardos hasta la revolución francesa, se ve que todas las producciones, independientemente del carácter inglés, llevan la impresión clásica, y que esta impresión, peculiar de este territorio, no se encuentra, ni en el que precede ni en el que sigue. Esa forma reinante de pensamiento se impone á todos los escritores, desde Waller hasta Johnson, desde Hobbes y Temple hasta Robertson y Hume; hay un arte á que todos aspiran, y á alcanzarle se consagra el trabajo de ciento cincuenta años, práctica y teoría, invenciones é imitaciones, ejemplos y crítica. No comprenden más que una sola especie de belleza; no sientan más preceptos que los que pueden producirla; rehacen, traducen y desfiguran con arreglo á su patrón las grandes obras de los otros siglos; la importan á todos los géneros literarios, y triunfan ó fracasan según se amolda ó no se amolda á ellos. La dominación de ese estilo es tan absoluta que se impone á los más grandes, y los condena á la impotencia cuando quieren aplicarle fuera de su dominio. La posesión de ese estilo es tan universal que se encuentra en los más medianos, y los eleva á las alturas del talento cuando le aplican en su dominio (1). El es el que lleva á la perfección la prosa, el discurso, el ensayo, la disertación, la narración y todas las obras que forman parte de la

(1) En tiempo de Luis XIV, dice Courier, una doncella escribía mejor que el escritor más grande de ahora.

conversación y de la elocuencia. El es el que destruye el antiguo drama, rebaja el nuevo, empobrece la poesía, y produce la historia correcta, agradable, sensata, descolorida y de cortos alcances. Ese espíritu, común en este momento á Inglaterra y á Francia, es el que imprime su imagen en la diversidad infinita de las obras literarias; de modo que, en su ascendiente por dondequiera visible, no puede menos de reconocerse la presencia de una de esas fuerzas interiores que dominan y rigen el curso del genio humano.

No hay género donde aparezca más manifiestamente que en la poesía, y no hay momento en que aparezca más claramente que bajo la reina Ana. Los poetas acaban de alcanzar el arte que habían entrevisto. Desde hace sesenta años se acercaban á él; ahora le tienen, le manejan, le gastan y exageran ya. El estilo llega á ser á la vez acabado y artificioso. Abrid las obras de cualquiera, de Parnell ó de Philips, de Addison ó de Prior, de Gay ó de Tickell; encontraréis cierto sello de espíritu, de versificación, de lenguaje. Pasad á un segundo; ese mismo sello reaparece; se diría que se han copiado uno á otro. Recorred un tercero; la misma dicción, los mismos apóstrofes, la misma manera de emplear el epíteto y de redondear el período. Hojead el conjunto; con pequeñas diferencias personales, todos parecen vaciados en el mismo molde: el uno es más epicúreo, el otro más moral, el otro más mordaz; pero dondequiera reinan el lenguaje noble, la pompa oratoria, la corrección clásica; el sustantivo va acompañado del adjetivo, su paje; la antítesis equilibra su arquitectura simétrica; el verbo, como en Lucano ó en Estacio, ostenta á cada lado un nombre con su epíteto correspondiente; no parece sino que el verso ha sido fabricado á máquina; tan uniforme es la

factura; se olvida lo que quiere decir; dan tentaciones de contar sus pies por los dedos; se sabe de antemano qué galas poéticas van á adornarle. Tiene un atavío de teatro: oposiciones, alusiones, elegancias mitológicas, reminiscencias griegas ó latinas. Tiene una solidez de escuela: máximas sentenciosas, lugares comunes filosóficos, desarrollos morales, exactitud oratoria. Creeríais estar delante de una familia natural de plantas; si el tamaño, el color, los accesorios y los nombres difieren, el tipo, en el fondo, no varía; el número de estambres es el mismo, y están insertos del mismo modo, alrededor de pistilos semejantes y por encima de hojas dispuestas de la misma manera; el que conoce la una conoce las otras; hay un órgano y una estructura común que entraña la comunidad de lo restante. Si recorréis toda la familia, encontraréis, sin duda, alguna planta notable que manifiesta el tipo en plena luz, mientras que, alrededor y por grados, el tipo va alterándose, degenera y acaba por perderse en las familias inmediatas. Aquí, de igual manera, se ve al arte clásico encontrar su centro en los próximos á Pope y sobre todo en Pope, luego borrarse á medias, mezclarse de elementos extraños, hasta que llega á desaparecer en la poesía siguiente.

I

En 1688 nació en Londres, en una lencería de la calle de los Lombardos, una criaturita delicada y enfermiza, artificial por naturaleza, hecha de antemano para la vida de gabinete, sin gusto más que por los libros, y que, desde su más tierna edad, cifró todo su

placer en la contemplación de los impresos. Copiaba sus letras, y así aprendió á escribir. Pasó su infancia á solas con ellos, y fué versificador desde que supo hablar. A los doce años había compuesto una tragedia inspirada en la *Ilíada*, y una oda sobre la soledad. De los trece á los quince hizo un gran poema épico de cuatro mil versos, titulado *Alcandre*. Durante ocho años, encerrado en una casita del bosque de Windsor, leyó «todos los mejores críticos, casi todos los poetas ingleses, latinos y franceses que tienen un nombre, Homero, los poetas griegos, y algunos de los grandes en el original, Tasso y Ariosto en las traducciones», y esto con tanta asiduidad que estuvo á punto de morir. No eran pasiones lo que allí buscaba; era estilo; no ha habido adorador más devoto de la forma, no ha habido maestro más precoz de la forma. Ya se anunciaba su gusto: entre todos los poetas ingleses, su favorito era Dryden, el menos inspirado y el más clásico. El descubría su camino; un inteligente, mister Walsh, «le animaba diciéndole que había aún un camino donde brillar, porque si los ingleses tenían varios grandes poetas, no habían tenido nunca un gran poeta *correcto;* y le estimulaba á hacer de la corrección su estudio y su fin». El seguía este consejo, se ejercitaba en traducciones de Ovidio y de Estacio y en arreglos del viejo Chaucer. Se apropiaba todas las excelencias y todas las elegancias poéticas, y las almacenaba en su memoria; disponía en su cabeza el diccionario completo de todos los epítetos afortunados, de todos los giros ingeniosos, de todos los ritmos sonoros con que se puede realzar, precisar y aclarar una idea. Era como esos músicos infantiles portentosos que, adiestrados en el piano, alcanzan de repente un mecanismo maravilloso, y ejecutan las esca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

factura; se olvida lo que quiere decir; dan tentaciones de contar sus pies por los dedos; se sabe de antemano qué galas poéticas van á adornarle. Tiene un atavío de teatro: oposiciones, alusiones, elegancias mitológicas, reminiscencias griegas ó latinas. Tiene una solidez de escuela: máximas sentenciosas, lugares comunes filosóficos, desarrollos morales, exactitud oratoria. Creeríais estar delante de una familia natural de plantas; si el tamaño, el color, los accesorios y los nombres difieren, el tipo, en el fondo, no varía; el número de estambres es el mismo, y están insertos del mismo modo, alrededor de pistilos semejantes y por encima de hojas dispuestas de la misma manera; el que conoce la una conoce las otras; hay un órgano y una estructura común que entraña la comunidad de lo restante. Si recorréis toda la familia, encontraréis, sin duda, alguna planta notable que manifiesta el tipo en plena luz, mientras que, alrededor y por grados, el tipo va alterándose, degenera y acaba por perderse en las familias inmediatas. Aquí, de igual manera, se ve al arte clásico encontrar su centro en los próximos á Pope y sobre todo en Pope, luego borrarse á medias, mezclarse de elementos extraños, hasta que llega á desaparecer en la poesía siguiente.

I

En 1688 nació en Londres, en una lencería de la calle de los Lombardos, una criaturita delicada y enfermiza, artificial por naturaleza, hecha de antemano para la vida de gabinete, sin gusto más que por los libros, y que, desde su más tierna edad, cifró todo su

placer en la contemplación de los impresos. Copiaba sus letras, y así aprendió á escribir. Pasó su infancia á solas con ellos, y fué versificador desde que supo hablar. A los doce años había compuesto una tragedia inspirada en la *Ilíada*, y una oda sobre la soledad. De los trece á los quince hizo un gran poema épico de cuatro mil versos, titulado *Alcandre*. Durante ocho años, encerrado en una casita del bosque de Windsor, leyó «todos los mejores críticos, casi todos los poetas ingleses, latinos y franceses que tienen un nombre, Homero, los poetas griegos, y algunos de los grandes en el original, Tasso y Ariosto en las traducciones», y esto con tanta asiduidad que estuvo á punto de morir. No eran pasiones lo que allí buscaba; era estilo; no ha habido adorador más devoto de la forma, no ha habido maestro más precoz de la forma. Ya se anunciaba su gusto: entre todos los poetas ingleses, su favorito era Dryden, el menos inspirado y el más clásico. El descubría su camino; un inteligente, mister Walsh, «le animaba diciéndole que había aún un camino donde brillar, porque si los ingleses tenían varios grandes poetas, no habían tenido nunca un gran poeta *correcto;* y le estimulaba á hacer de la corrección su estudio y su fin». El seguía este consejo, se ejercitaba en traducciones de Ovidio y de Estacio y en arreglos del viejo Chaucer. Se apropiaba todas las excelencias y todas las elegancias poéticas, y las almacenaba en su memoria; disponía en su cabeza el diccionario completo de todos los epítetos afortunados, de todos los giros ingeniosos, de todos los ritmos sonoros con que se puede realzar, precisar y aclarar una idea. Era como esos músicos infantiles portentosos que, adiestrados en el piano, alcanzan de repente un mecanismo maravilloso, y ejecutan las esca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

las, las octavas, los trinos, con una agilidad y una precisión que arrojan de la escena á los más famosos artistas. A los diez y siete años, habiendo conocido á Wycherley, que tenía setenta, se encargó, á petición suya, de corregir sus poemas, y los corrigió tan bien que Wycherley quedó complacidísimo y mortificado. Pope tachaba, añadía, refundía, hablaba con franqueza y cortaba por lo sano. El autor, á regañadientes, admiraba por lo bajo las correcciones, y procuraba en alta voz rebajar su importancia, hasta que al fin su vanidad, herida de deber tanto á un hombre tan joven, acabó por retirarle de un comercio en que él se beneficiaba y sufría demasiado. Es que el escolar, desde un principio, había llevado el arte más lejos que los maestros. A los diez y seis años, sus *Pastorales* atestiguaban una seguridad de mano que nadie había tenido, ni aun Dryden. Al ver aquellas palabras tan escogidas, aquellas exquisitas combinaciones de sílabas armoniosas, aquella ciencia de los cortes y eliminaciones, aquel estilo tan fluido, tan puro, aquellas graciosas imágenes que aún hacía más graciosas la dicción, y toda aquella guirnalda artificial y matizada de flores que se decían campestres, se pensaba en las primeras églogas de Virgilio. Mister Walsh declaraba que «no era lisonja decir que, á esa edad, Virgilio no había hecho nada tan bueno». Cuando más tarde aparecieron en un volumen (1), el público quedó deslumbrado. «Habéis disgustado á los críticos (escribía Wycherley), agradándoles demasiado.» El mismo año, el poeta, que tenía á la sazón veintiuno, acababa su *Ensayo sobre la crítica,* especie de arte poética: es el poema que se hace á lo último,

(1) 1709.

cuando se han manejado todos los procedimientos y se ha encanecido en la crítica; y en este asunto que reclama, para ser tratado, la experiencia de toda una vida literaria, demostraba de golpe tanta madurez como Boileau.

Ese músico consumado, que empieza por un tratado de armonía, ¿qué va hacer de su mecanismo incomparable y de su ciencia de profesor? No está de sobra aún sentir y pensar antes de escribir; se necesita un manantial de ideas vivas y de pasiones francas para hacer un verdadero poeta, y, al mirarle de cerca, se ve que en él todo, hasta la persona, es menguado ó artificial: es un arrapiezo de cuatro pies de estatura, torcido, corcovado, flaco, valetudinario, y que, al llegar á la edad madura, no parece ya capaz de vivir. No puede levantarse; le viste una mujer; le ponen tres pares de medias, unas sobre otras, en atención á la delgadez de sus piernas; después le ajustan un corsé rígido para que pueda ir derecho, y encima un chaleco de franela; viene luego una especie de jubón de piel, porque tirita á poca costa, y, en fin, una camisa de tela recia muy abrigada. Por encima de todo eso le ponen un traje negro, una peluca, un espadín y con ese equipo va á sentarse á la mesa en compañía de su gran amigo lord Oxford. Es tan pequeño, que hay que empinarle en una silla particular; es tan calvo que, cuando no hay recepción, se cubre la cabeza con un gorro de terciopelo; es tan quisquilloso y exigente, que los criados huyen de servirle, y el señor ha tenido que despedir á varios por esa causa. Por fin, empieza la comida. Come demasiado, como un niño consentido; quiere platos fuertes, con mucha especia y se estropea el estómago. Cuando le ofrecen licor, se irrita, pero no deja de bebérsele.

Tiene todos los apetitos y todos los caprichos de un niño viejo, de un enfermo viejo, de un autor viejo y de un soltero viejo. No os extrañará verle temoso y susceptible. Varias veces se ha ido de casa de lord Oxford, sin decir ni una palabra y sin que se sepa por qué, y ha habido que fatigar á la servidumbre con recados para volver á llevarle. Si hoy está á la mesa, por desgracia, lady Mary Wortley Montague, su antigua divinidad poética, será imposible comer en paz; los dos no dejarán de contradecirse, de pincharse, de denostarse, y uno de ellos saldrá de la estancia. Van á buscarle, y vuelve, pero sin dejarse á la puerta su tema. Es cauteloso, maligno, como aborto nervioso que es; cuando desea una cosa, no se atreve á pedirla francamente; con insinuaciones y maniobras de estilo induce á los demás á mencionarla, á mandarla traer, y entonces se sirve de ella. «Apenas beberá una taza de te sin estratagema. Lady Bolingbroke decía que usaba de diplomacia á propósito de zanahorias y de nabos.

El resto de su vida no es mucho más noble. Escribe libelos contra Chandos, Aaron Hill, lady Mary Wortley, y después miente ó se vale de equívocos para negar su procedencia. Tiene una afición deplorable al artificio, y prepara una mala pasada desleal contra su mayor amigo lord Bolingbroke. Jamás es franco; siempre está haciendo papeles; representa el hombre disgustado, el gran artista indiferente, despreciador de los grandes, de los reyes, de la poesía misma. La verdad es que no piensa más que en sus frases, en su reputación de autor, y que una caricia del príncipe de Gales disipa todo su estoicismo. Acabo de leer su correspondencia; no hay quizá diez cartas sinceras; es escritor hasta en sus expansiones; sus confidencias son

retórica acompasada, y, cuando habla con un amigo, piensa siempre en el impresor que pondrá sus efusiones á la vista del público. A fuerza de pretensión, hasta llega á ser torpe y á desenmascararse. Un día Richardson le encuentra ocupado en leer un folleto que Cibber había escrito contra él. «Estas cosas (dice Pope) me divierten»; y, mientras lee, se ven contraídas sus facciones por la angustia. «Dios me guarde (dice Richardson) de una diversión como esa.» En suma: su gran resorte es la vanidad literaria; quiere ser admirado, y nada más; su vida es la de una coqueta que se estudia al espejo, se pinta, hace carantoñas, caza cumplidos, y, sin embargo, declara que los cumplidos la enojan, que el afeite ensucia y aborrece las carantoñas. Ningún arranque, nada natural ó viril; se halla tan falto de ideas como de pasiones—hablo de las ideas que se siente necesidad de escribir, y por las cuales se olvida las palabras.—En torno de él retumban las controversias religiosas y las disputas de partido; se aparta de ellas cuidadosamente; en medio de todos esos choques, su preocupación principal es preservar su escritorio; es un católico *descolorido*, un semi-deísta que no sabe bien lo que es el deísmo, y que toma de lord Bolingbroke ideas cuyo alcance no ve, pero que le parecen buenas para puestas en verso. «Opino (escribe á Atterbury) que todas las iglesias son de Dios, en tanto que son bien comprendidas, y que todos los gobiernos son de Dios, si son bien dirigidos. En cuanto al mal que encierren ó puedan encerrar, dejo á Dios tan sólo el cuidado de la corrección ó la reforma. En mi política, mi gran preocupación es conservar la paz de mi vida bajo cualquier gobierno; en mi religión, conservar la paz de mi conciencia, sea la que quiera la iglesia de que forme par-

te (1)». Semejantes convicciones no atormentan á un hombre. En el fondo, no escribió porque pensase, sino que pensó para escribir; el papel ennegrecido y el ruido que con él se hace en el mundo: he ahí su ídolo; si hizo versos, fué sencillamente por hacer versos.

Tanto mejor para hacerlos intachables. Pope se ocupa en eso por entero; tiene vagar y espacio; su padre le ha dejado una buena fortuna; él ha ganado una suma crecida traduciendo la *Ilíada* y la *Odisea*; posee ochocientas libras esterlinas de renta. Jamás ha dependido de un editor; mira rodar á sus pies á los autores mendicantes, y, sentado tranquilamente en su linda casa de Twickenham, ya en su gruta, ya en el bello jardín que él mismo ha plantado, puede pulir y limar sus escritos todo el tiempo que le plazca. No deja de hacerlo. Cuando ha compuesto una obra, la tiene en cartera dos años por lo menos. De vez en cuando la relee y corrige; pide consejo á sus amigos y á sus enemigos; no hay edición que no mejore; tacha infatigablemente. Refunde y transforma de tal modo su primer borrador, que nadie le reconoce ya en la copia definitiva. Las composiciones que parecen menos retocadas son dos sátiras, y Dodsley dice que apenas había un verso en el manuscrito que no hubiese sido escrito dos veces. «Hice que le pusiese en limpio, y cuando me mandó la copia destinada á la imprenta, casi todos los versos habían sido vueltos á escribir nuevamente.»—«Jamás apartaba su atención de la poesía (dice Johnson). Si la conversación ofrecía una particularidad que pudiese aprovecharse, la confiaba al papel; si acudía á su mente una idea ó una expresión más afortunada que lo usual, tenía cuidado

(1) Carta á Atterbury, 1717.

de escribirla; cuando le ocurrían dos versos, los reservaba para utilizarlos en la primera ocasión. Se han encontrado pedacitos de papel que contenían versos ó fragmentos de versos que pensaba acabar más tarde.» Antes de levantarse había de tener su escribanía delante de la cama. Una noche, en casa de lord Oxford, durante el terrible invierno de 1740, por temor de perder una idea, hizo levantarse cuatro veces á la mujer que le servía. Swift le hace cargos por no tener tiempo nunca para la conversación; el motivo es «que siempre tiene en la cabeza algún proyecto poético». Así, nada le falta para alcanzar la expresión perfecta: la práctica de toda una vida, el estudio de todos los modelos, la independencia de la fortuna, el trato con la alta sociedad, la exención de las pasiones turbulentas, la ausencia de las ideas dominadoras, la facilidad de un niño portentoso, la asiduidad de un literato viejo. Parece como si hubiese sido dotado expresamente de defectos y de excelencias, como si hubiese sido enriquecido por una parte y empobrecido por otra, para poner de relieve la forma clásica á expensas del fondo clásico, para presentar al público el modelo de un arte gastado y acabado, para reducir á brillante y rígido cristal la savia fluida de una literatura que fenecía.

II

Es un gran peligro para un poeta saber demasiado bien su oficio; su poesía muestra entonces al hombre de oficio, y no al poeta. Yo querría, de veras, admirar las obras de imaginación de Pope, pero no podría. En

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vano me repiten los testimonios de los contemporáneos, y aun los de los modernos, que, en su tiempo, fué el príncipe de los poetas, que su *Epístola de Eloísa á Abelardo* fué acogida con un clamor de entusiasmo, que no se concebía entonces una expresión más hermosa de la pasión verdadera, que hoy aún se aprende de memoria, que Johnson, ese gran juez literario, la incluyó entre «las producciones más felices del espíritu humano», que el mismo lord Byron la prefirió á la célebre oda de Safo. Yo la releo, y me aburro; será una inconveniencia; pero, á despecho de mí mismo, bostezo, y abro las cartas originales de Eloísa para buscar la causa de mi hastío.

Sin duda, la pobre Eloísa es una bárbara, y, lo que es peor, una bárbara erudita: hace citas doctas y discursos; trata de imitar á Cicerón, de componer períodos. Es natural: escribe en una lengua muerta, con un estilo aprendido; cualquiera haría hoy quizá otro tanto, si tuviese que escribir en latín á su amante. Pero ¡cómo transpira el verdadero sentimiento al través de la forma escolástica! «Tú eres el único que puedes entristecerme, que puedes consolarme, que puedes darme alegría... Yo estaría más contenta y ufana de llamarme tu concubina que esposa del emperador... Jamás, Dios lo sabe, he deseado en ti nada más que á ti mismo. Tú sólo eres lo que deseo, no nada de lo que pudieses dar; no es un matrimonio ni un dote; jamás he pensado en hacer mi gusto ó mi voluntad, bien lo sabes, sino la tuya». Luego palabras apasionadas, verdaderas palabras de amor; después esas palabras tan libres de la penitente que lo dice todo, que se atreve á todo, porque quiere curar, porque necesita descubrir al confesor su llaga, aun la más vergonzosa, quizá también porque en la angustia extrema, como en el

parto, se desvanece el pudor. Todo eso es harto crudo, harto rudo. Pope tiene más saber que ella, y hay que ver cómo se le atribuye. En sus manos, Eloísa es una académica, y su carta un repertorio de efectos literarios. Pinturas y descripciones: describe á Abelardo el monasterio y el paisaje, «las cúpulas cubiertas de musgo y coronadas de finas torrecillas, los arcos majestuosos que truecan en noche la claridad del pleno día, las vidrieras que derraman sobre las losas una solemne luz», y luego «los ríos vagabundos que brillan entre los cerros, las grutas cuyo eco repite el murmurio de los arroyos, las brisas moribundas que van á expirar sobre los árboles».—Discursos y lugares comunes: envía á Abelardo disertaciones sobre el amor y la libertad que reclama, sobre el claustro y la vida apacible que puede dar, sobre la escritura y las ventajas de la correspondencia por escrito.—Antítesis y contrastes: los manda á Abelardo por docenas: contraste entre el monasterio iluminado por su presencia y el monasterio desolado por su ausencia, entre la tranquilidad de la religiosa pura y la ansiedad de la religiosa culpable, entre el sueño de la felicidad humana y el sueño de la felicidad celeste.—En resumen: es un aria brillante, con oposiciones de forte y piano, con variaciones y cambios de tono; Eloísa explota su motivo, introduciendo en él todas las habilidades y proezas de su voz. Admirad los crescendo y los trinos con que termina los pasajes brillantes; para arrebatar al auditorio, al fin del retrato de la monja inocente, irá á buscar «la gracia que hace brillar en torno de ella sus rayos más puros, los ángeles que con sus cuchicheos provocan sus sueños dorados, las alas de los serafines que esparcen sobre ella sus divinos perfumes, el esposo que prepara el anillo nupcial, las blan-

cas vírgenes que cantan el himeneo»; en suma: toda la guardarropía del Paraíso. Notad los golpes de bombo, los grandes recursos; se llama así todo lo que dice un personaje que quiere delirar y no delira; por ejemplo: hablar á las peñas y á paredes, suplicar á Abelardo ausente que vaya, figurarse que está presente, apostrofar á la gracia, á la virtud, á «la fresca esperanza, hija risueña del cielo, y á la fe, nuestra inmortalidad anticipada»; oir hablar á los muertos, decir á los ángeles que preparen «sus enramadas de rosas, sus palmas celestes y sus flores inmarcesibles». Esta es la sinfonía final con modulaciones del órgano celeste; supongo que, al escucharla, Alberto exclamaría «¡bravo!»

Pero esto no es nada al lado del arte que despliega en cada frase mirada en pormenor. Pone adornos en todas las líneas. Figuraos: un cantante italiano que hiciese un trino en cada palabra. ¡Preciosos sonidos! ¡Qué picados tan ágiles ó qué notas tan redondamente filadas, y siempre tan exquisitas! Imposible reproducirlas aquí con una lengua extraña. Ya es una imagen feliz que resume una frase entera; ya una serie de versos donde van alineándose las oposiciones simétricas; ora dos palabras comunes que ponen de relieve un extraño maridaje; ora un ritmo imitativo que completa la impresión de la mente con la emoción de los sentidos; bien las comparaciones más elegantes, los epítetos más pintorescos, y, en fin, el estilo más ajustado y adornado. Salvo la verdad, nada falta. Aquello es peor que una cantante; es un autor; mira uno al respaldo para ver si no ha escrito: «Original preparado. Mándese á la imprenta.»

Pope dió en alguna parte la receta con que se puede hacer un poema épico: tómese una tempestad, un sueño, cinco ó seis batallas, tres sacrificios, solemnidades

fúnebres, una docena de dioses en dos compartimientos y revuélvase todo hasta que se vea brotar la espuma del estilo elevado. Se acaba de ver la receta con que puede componerse una epístola amorosa. Esa especie de poesía se asemeja á la cocina; no se necesita corazón ni genio para aderezarla, sino mano ligera, ojo atento y un gusto ejercitado.

III

Parece que un talento de este linaje está hecho para los versos de sociedad. Es artificioso, y las costumbres de sociedad son artificiosas. Decir galanterías, bromear con las damas, hablarlas elegantemente de su chocolate ó de su abanico, burlarse de los tontos, juzgar la última tragedia, manejar la lisonja ó el epigrama, parece que es el empleo natural de un espíritu como este, poco apasionado, muy vanidoso, consumado maestro en punto á estilo, y que cuida sus versos como un petimetre su ropa. Pope escribió *El Robo del rizo* y *La Estulticiada;* sus contemporáneos se extasiaron con la gracia de su humorismo y la oportunidad de sus burlas, y creyeron que había superado al *Facistol* y á las *Sátiras* de Boileau.

Bien puede ser; en todo caso, el elogio no sería gran cosa. Hay ordinariamente dos clases de versos en Boileau, decía un espíritu perspicaz (1): los más numerosos, que parecen de un buen alumno de tercera; los menos numerosos, que parecen de un buen alumno de retórica. Pope tenía, sin duda, un mecanismo más bri-

(1) M. Guillermo Guizot.

cas vírgenes que cantan el himeneo»; en suma: toda la guardarropía del Paraíso. Notad los golpes de bombo, los grandes recursos; se llama así todo lo que dice un personaje que quiere delirar y no delira; por ejemplo: hablar á las peñas y á paredes, suplicar á Abelardo ausente que vaya, figurarse que está presente, apostrofar á la gracia, á la virtud, á «la fresca esperanza, hija risueña del cielo, y á la fe, nuestra inmortalidad anticipada»; oir hablar á los muertos, decir á los ángeles que preparen «sus enramadas de rosas, sus palmas celestes y sus flores inmarcesibles». Esta es la sinfonía final con modulaciones del órgano celeste; supongo que, al escucharla, Alberto exclamaría «¡bravo!»

Pero esto no es nada al lado del arte que despliega en cada frase mirada en pormenor. Pone adornos en todas las líneas. Figuraos: un cantante italiano que hiciese un trino en cada palabra. ¡Preciosos sonidos! ¡Qué picados tan ágiles ó qué notas tan redondamente filadas, y siempre tan exquisitas! Imposible reproducirlas aquí con una lengua extraña. Ya es una imagen feliz que resume una frase entera; ya una serie de versos donde van alineándose las oposiciones simétricas; ora dos palabras comunes que ponen de relieve un extraño maridaje; ora un ritmo imitativo que completa la impresión de la mente con la emoción de los sentidos; bien las comparaciones más elegantes, los epítetos más pintorescos, y, en fin, el estilo más ajustado y adornado. Salvo la verdad, nada falta. Aquello es peor que una cantante; es un autor; mira uno al respaldo para ver si no ha escrito: «Original preparado. Mándese á la imprenta.»

Pope dió en alguna parte la receta con que se puede hacer un poema épico: tómese una tempestad, un sueño, cinco ó seis batallas, tres sacrificios, solemnidades

fúnebres, una docena de dioses en dos compartimientos y revuélvase todo hasta que se vea brotar la espuma del estilo elevado. Se acaba de ver la receta con que puede componerse una epístola amorosa. Esa especie de poesía se asemeja á la cocina; no se necesita corazón ni genio para aderezarla, sino mano ligera, ojo atento y un gusto ejercitado.

III

Parece que un talento de este linaje está hecho para los versos de sociedad. Es artificioso, y las costumbres de sociedad son artificiosas. Decir galanterías, bromear con las damas, hablarlas elegantemente de su chocolate ó de su abanico, burlarse de los tontos, juzgar la última tragedia, manejar la lisonja ó el epigrama, parece que es el empleo natural de un espíritu como este, poco apasionado, muy vanidoso, consumado maestro en punto á estilo, y que cuida sus versos como un petimetre su ropa. Pope escribió *El Robo del rizo* y *La Estulticiada;* sus contemporáneos se extasiaron con la gracia de su humorismo y la oportunidad de sus burlas, y creyeron que había superado al *Facistol* y á las *Sátiras* de Boileau.

Bien puede ser; en todo caso, el elogio no sería gran cosa. Hay ordinariamente dos clases de versos en Boileau, decía un espíritu perspicaz (1): los más numerosos, que parecen de un buen alumno de tercera; los menos numerosos, que parecen de un buen alumno de retórica. Pope tenía, sin duda, un mecanismo más bri-

(1) M. Guillermo Guizot.

llante y más ágil; pero esa habilidad de mano no basta para hacer un poeta, ni aun un poeta de gabinete; se necesitan pasiones verdaderas, ó por lo menos, verdaderos gustos. Cuando se quiere pintar las lindas nimiedades de la conversación y de la sociedad, menester es, ante todo, interesarse por ellas. No se pinta bien más que lo que interesa. ¿No hay gracias encantadoras en la charla y en la frivolidad de una mujer bonita? Pintores como Watteau se han pasado la vida deleitándose con esas gracias. Una mano que arregla un rizo, un lindo brazo que sale de una ola de encajes, la fina sonrisa entre seductora y burlona de una boca picaresca: no se necesita más para cautivar á un artista. Ciertamente será sensible al adorno, lo será tanto como la dama misma, y no la reprenderá nunca por pasarse tres horas al espejo: hay poesía en la elegancia. El artista goza de ella como de un cuadro; goza de los refinamientos de la vida social, de las grandes líneas tranquilas de ese alto salón artesonado, del dulce reflejo de los largos espejos y de las porcelanas relucientes, de la tranquila alegría de los Amorcillos esculpidos que están besándose sobre la chimenea, del sonido argentino de las voces que en torno de la mesa del te gorjean murmuraciones. Pope apenas goza de eso; no deja de ser satírico é inglés en medio de ese lujo atractivo importado de Francia. Con ser el más refinado de esos poetas, no lo es bastante; la sociedad que le rodea no lo es más. Lady Wortley Montague, á quien se compara con Mme. de Sevigné, es mujer de espíritu tan serio, de estilo tan resuelto, de juicio tan preciso y de sarcasmo tan acre, que se la tomaría por un hombre. En resumen: los ingleses, sin exceptuar á lord Chesterfield y á Horacio Walpole, no han cogido nunca el verdadero tono de los salones. Pope es como

ellos; su voz desentona, y de pronto se hace acerbo. A cada instante una burla dura borra las graciosas imágenes que empezaba á evocar. Tómese el conjunto del poema: es una bufonada en estilo noble. Lord Petre corta un rizo del cabello de una beldad, mistress Arabela Fermor; se trata de hacer de eso una epopeya, con las invocaciones, los apóstrofes, la intervención de los seres ssbrenaturales y demás artificios poéticos. La solemnidad del estilo contrasta con la pequeñez del asunto; se ríe uno de aquellos enredos como de una contienda de insectos. Siempre ha ocurrido lo propio en ese país: cuando los ingleses representan la vida elegante, es con una complacencia exterior y formalista; en el fondo de su admiración hay menosprecio. Sus alabanzas ocultan una restricción mental; observando detenidamente, se ve que miran á una beldad engalanada como una muñeca, buena para divertir á la gente una media hora con sus oropeles. Pope dedica su poema á mistress Arabella Fermor con toda clase de reverencias; la verdad es que no es galante; una francesa le hubiese devuelto su libro aconsejándole que aprendiese á vivir; por un elogio de su belleza hubiera encontrado diez sarcasmos contra su frivolidad. ¿Es que es muy agradable oir decir: «Tenéis los ojos más bellos del mundo, pero vivís de insulseces»? Sin embargo, á eso se reduce todo su homenaje. Su énfasis encomiástico, su declaración de que el rizo se halla en el cielo entre las estrellas, todo su aparato de frases no es más que una afectación de galantería que deja traslucir la falta de delicadeza y la rudeza. «¿Perder la dama en el baile su corazón ó su collar? ¿Manchará su honor ó su vestido?» No hay un francés del siglo XVIII que hubiese imaginado semejante fineza. A lo sumo, hubiese soltado esa grosería el oso de Rousseau, anti-

guo lacayo y moralista ginebrino. En Inglaterra no parecía demasiado ruda. A mistress Arabela Fermor le agradó tanto el poema, que repartió ejemplares. Evidentemente no era difícil de contentar: es que había oído mucho del mismo juez. Si se lee en Swift la copia literal de una conversación de tono, se verá que una mujer de tono en aquel tiempo podía sufrir muchas cosas sin enfadarse.

Pero lo más singular es que esas gracias, para nosotros al menos, no tienen nada de graciosas. Nada más lejos de allí que la ligereza y la alegría. Dorat y Gresset se hubieran quedado estupefactos y se hubiesen hecho cruces. A nosotros nos dejan fríos los éxitos más brillantes de esa vena festiva. A lo más, alguna que otra vez nos despierta un buen latigazo; pero eso no es para reir. Tales caricaturas nos parecen extrañas, pero no nos divierten. Ese ingenio no es ingenio; todo es allí calculado, combinado, preparado artificialmente; se espera una explosión de relámpagos, y en el último instante marra el artificio. Por ejemplo: sir Petre, queriendo hacerse propicios á los dioses, «levanta un altar al Amor con doce voluminosas novelas francesas de canto dorado, pone encima tres ligas, medio par de guantes y todos los trofeos de sus antiguos amores; después prende fuego con un tierno billete y añade tres suspiros amorosos para atizar la llama». Nosotros nos quedamos desencantados, sin comprender qué tiene de cómica esa descripción. Proseguimos por conciencia, y en la pintura de la Melancolía y de su palacio encontramos figuras mucho más extrañas: «un jarro que suspira, una empanada de ganso que habla, hombres que, bajo el imperio de la imaginación, se creen con dolores de parto, muchachas que se figuran convertidas en botellas y piden á gritos un tapón.» Nosotros nos decimos entonces que estamos en China, que á tan gran distancia de París y de Voltaire no hay que asombrarse de nada, que esa gente tiene otros oídos que los nuestros, y que en Pekín un mandarín saborea con deleite un concierto de calderos. Comprendemos, en fin, que, aun en esa edad correcta y en esa poesía artificial, subsiste la antigua imaginación; que esa imaginación se alimenta, como en otro tiempo, de rarezas y de contrastes; que el gusto, á pesar de todos los cultivos, no logrará jamás aclimatarse en ella; que las incongruencias, en vez de extrañarla, la regocijan; que es insensible á nuestras dulzuras y finuras; que necesita ver pasar delante de sí una serie de figuras expresivas, inesperadas y gesticulantes; que prefiere ese rudo carnaval á nuestras delicadas insinuaciones; que Pope es de su país, á despecho de su finura clásica y de sus elegancias rebuscadas, y que su fantasía, desagradable y vigorosa, es pariente de la de Swift.

Ahora estamos preparados y podemos entrar en su segundo poema: *La Estulticiada;* hace falta mucho imperio sobre sí para no tirar lejos esa obra maestra por insulsa y hasta repulsiva. Rara vez se ha gastado más talento en producir más hastío. Pope quiere vengarse de sus enemigos literarios y canta la Estolidez, augusta diosa de la literatura, «hija del Caos y de la Noche eterna, tosca como su padre, grave como su madre», reina de los autores famélicos, y que elige á Teobaldo por hijo y favorito. Hele ahí rey, y para celebrar su advenimiento, la diosa instituye juegos á la antigua usanza: en primer lugar, la carrera de los libreros que se disputan la posesión de un poeta; después, el combate de los escritores que gritan y saltan

por el cieno á quien más puede; en fin, la lucha de los críticos que deben aguantar sin dormirse la lectura de dos infolio. Extrañas parodias, ¿no es verdad?, y ciertamente bien poco llamativas. ¿A quién no le han machacado los oídos esas alegorías gastadas, el tedio, las adormideras, las nieblas y el sueño? ¿Qué sería si yo entrase en los pormenores; si describiese á la poetisa ofrecida en premio, «con sus ojos de buey y sus tetas de vaca»; si contase los saltos de los poetas que se enfangan en Fleet-Ditch, el más innoble albañal de la ciudad; si tradujese hasta el fin los versos extraordinarios en que «las ninfas del fango, cautivadas por el aspecto del buzo, le atraen á su corazón, en que la joven Lutetia, más suave que el plumón, Nigrina la negra, y... se disputan el amor en los palacios de azabache?» Hay que detenerse; algunos pasajes, como, por ejemplo, la caída de Curlo, parece que sólo hubiera podido escribirlos Swift, y todavía en Swift se disculparían: el extremo de la desesperación, la furia de la misantropía, los amagos de locura pudieron llevarle á tales excesos. ¡Pero Pope, que vive tranquilo y admirado en su quinta, y que no es movido más que por rencores literarios! ¡Eso es no tener nervios! ¿Cómo un poeta, deliberadamente, ha podido arrastrar su talento entre tales imágenes y encerrar en sus versos, tan ingeniosamente forjados, semejantes inmundicias? Figurémonos una linda canastilla de salón, que no debería contener más que flores, y que se envía á la cocina para convertirla en cesto de basura. En efecto; toda la basura de la vida literaria está allí; ¡y Dios sabe lo que era entonces esa vida! En ningún siglo fué la bohemia tan mísera ni más vil: pobres diablos como Ricardo Savage, que se acostaba al raso en invierno, vivía de una dedicatoria, conocía

la cárcel, comía rara vez y bebía á costa de sus amigos; folletistas, como Tuchtin, con la espalda desollada por los zurriagazos; falsarios, como Ward, expuestos en la picota y apedreados con huevos y patatas podridas; cortesanas, como Elisa Heywood, célebres por el descaro de sus confesiones públicas; periodistas vendidos, difamadores asalariados, traficantes de escándalos é injurias, semi-rateros, completos perdidos, y toda esa miseria literaria que frecuentaba los garitos, las casas de rameras, los despachos de ginebra, y, á una señal de un librero, mordía á las personas honradas por un escudo. Esas villanías, las camisas sucias, la ropa grasienta, cayéndose de vieja, el *pudding* rancio y todas las demás cosas por el estilo aparecen en Pope, como en Hogarth, con una precisión y una crudeza inglesas. He ahí su defecto: son realistas, aun con la peluca clásica; no disfrazan lo feo y lo innoble; los marcan con sus contornos exactos y sus aristas agudas; no los envuelven en el bello manto de las ideas generales; no los encubren bajo las encantadoras insinuaciones de sociedad. Por eso son tan rudas sus sátiras. Pope no fustiga á los tontos; los aplasta. Su poema es verdaderamente duro y avieso; lo es tanto, que raya en lo torpe: para aumentar el suplicio de los imbéciles, se remonta al diluvio, escribe trozos de historia, representa extensamente el reinado pasado, presente y futuro de la estupidez, la biblioteca de Alejandría quemada por Omar, las letras extinguidas por la invasión de los bárbaros y por la superstición de la Edad Media, el imperio de la sandez que se extiende y va á invadir á Inglaterra. ¡Qué pedruscos para aplastar moscas! «La verdad medrosa huye á su antigua caverna, amenazada por montañas de casuística amontonadas sobre su cabeza.

La filosofía, que antes no se apoyaba más que en el cielo, se contrae á las causas segundas y desaparece; la religión, sonrojándose, vela su sagrado fuego, y la moralidad insensiblemente expira; la virtud pública, la virtud privada no se atreven ya á proyectar llamas; no hay ya chispa humana; no hay ya relámpago divino. ¡Oh Caos!, tu funesto imperio torna; la luz muere ante tu palabra mortal; tu mano, gran Anarca, deja caer la cortina, y la oscuridad universal sepulta el mundo.» Estruendo final, címbalos, trombones y fuegos artificiales. En cuanto á mí, de esa ópera célebre no saco más que el recuerdo de una algarabía. Involuntariamente, he contado las luminarias, conozco las máquinas, he tocado la laboriosa tramoya de las apariciones y de las alegorías. Dejo á un lado al maquinista, al empresario de efectos literarios, y voy á buscar al poeta en otra parte.

IV

Porque hay un poeta en Pope, y, para descubrirle, basta leerle á trozos; si el conjunto hastía y choca por lo común, el pormenor es admirable. Así acaece al término de todas las edades literarias. Plinio el Joven y Séneca, tan afectados, tienen detalles deliciosos; cada una de sus frases aisladamente es una obra maestra; una obra maestra es cada verso de Pope aisladamente. En este instante, y después de cien años de cultura, no hay ningún movimiento, ningún objeto, ninguna acción, que no se sepa describir. Se anota cada aspecto de la naturaleza: una salida de sol, un paisaje invertido en el agua, una ráfaga de viento entre las hojas, y así sucesivamente; pídase á Pope que pinte en verso una anguila, una perca ó una trucha; tiene á mano la frase perfecta; sacaríais de él materia para llenar un *Gradus*. Tiene un toque tan justo, que desde el primer momento creeríamos ver las cosas; tiene una expresión tan abundante, que hasta una imaginación obtusa acabará por verlas. Pinta el faisán, y nos le muestra con sus lustrosos y cambiantes colores, su cresta de púrpura, sus ojos orillados de escarlata, el verde tan vivo que despliega su brillante plumaje, sus pintadas alas, su pecho donde fulgura el oro. Tiene la más rica provisión de palabras para describir los silfos que revolotean en torno de su heroína, «luminosos escuadrones cuyos aéreos cuchicheos parecen el susurro de los céfiros, y que, abriendo al sol sus alas de insectos, bogan sobre la brisa ó se sumergen en nubes de oro; formas transparentes cuya finura se sustrae á la vista de los mortales, cuerpos fluidos medio disueltos en la luz, vestiduras etéreas que flotan á merced del viento, ligeros tejidos, velos centelleantes, formados de los hilos del rocío, teñidos de las más ricas tintas del cielo, y donde forma la luz los más variados juegos de matices, donde cada rayo proyecta colores pasajeros, colores que cambian á cada movimiento de sus alas». Claro es que no son esos los silfos de Shakespeare; pero, al lado de una rosa natural y viva, todavía puede verse con placer una flor de diamantes, como las que salen de manos del joyero, obra magistral de arte y de paciencia, cuyas facetas reflejan cambiantes luces y proyectan una lluvia de chispas sobre el follaje de filigrana que las sostiene. Veinte veces nos detenemos en un poema de Pope para mirar con asombro alguno de esos adornos literarios. Conoce tanto su talento que abusa de él; se

La filosofía, que antes no se apoyaba más que en el cielo, se contrae á las causas segundas y desaparece; la religión, sonrojándose, vela su sagrado fuego, y la moralidad insensiblemente expira; la virtud pública, la virtud privada no se atreven ya á proyectar llamas; no hay ya chispa humana; no hay ya relámpago divino. ¡Oh Caos!, tu funesto imperio torna; la luz muere ante tu palabra mortal; tu mano, gran Anarca, deja caer la cortina, y la oscuridad universal sepulta el mundo.» Estruendo final, címbalos, trombones y fuegos artificiales. En cuanto á mí, de esa ópera célebre no saco más que el recuerdo de una algarabía. Involuntariamente, he contado las luminarias, conozco las máquinas, he tocado la laboriosa tramoya de las apariciones y de las alegorías. Dejo á un lado al maquinista, al empresario de efectos literarios, y voy á buscar al poeta en otra parte.

IV

Porque hay un poeta en Pope, y, para descubrirle, basta leerle á trozos; si el conjunto hastía y choca por lo común, el pormenor es admirable. Así acaece al término de todas las edades literarias. Plinio el Joven y Séneca, tan afectados, tienen detalles deliciosos; cada una de sus frases aisladamente es una obra maestra; una obra maestra es cada verso de Pope aisladamente. En este instante, y después de cien años de cultura, no hay ningún movimiento, ningún objeto, ninguna acción, que no se sepa describir. Se anota cada aspecto de la naturaleza: una salida de sol, un paisaje invertido en el agua, una ráfaga de viento entre las hojas, y así sucesivamente; pídase á Pope que pinte en verso una anguila, una perca ó una trucha; tiene á mano la frase perfecta; sacaríais de él materia para llenar un *Gradus*. Tiene un toque tan justo, que desde el primer momento creeríamos ver las cosas; tiene una expresión tan abundante, que hasta una imaginación obtusa acabará por verlas. Pinta el faisán, y nos le muestra con sus lustrosos y cambiantes colores, su cresta de púrpura, sus ojos orillados de escarlata, el verde tan vivo que despliega su brillante plumaje, sus pintadas alas, su pecho donde fulgura el oro. Tiene la más rica provisión de palabras para describir los silfos que revolotean en torno de su heroína, «luminosos escuadrones cuyos aéreos cuchicheos parecen el susurro de los céfiros, y que, abriendo al sol sus alas de insectos, bogan sobre la brisa ó se sumergen en nubes de oro; formas transparentes cuya finura se sustrae á la vista de los mortales, cuerpos fluidos medio disueltos en la luz, vestiduras etéreas que flotan á merced del viento, ligeros tejidos, velos centelleantes, formados de los hilos del rocío, teñidos de las más ricas tintas del cielo, y donde forma la luz los más variados juegos de matices, donde cada rayo proyecta colores pasajeros, colores que cambian á cada movimiento de sus alas». Claro es que no son esos los silfos de Shakespeare; pero, al lado de una rosa natural y viva, todavía puede verse con placer una flor de diamantes, como las que salen de manos del joyero, obra magistral de arte y de paciencia, cuyas facetas reflejan cambiantes luces y proyectan una lluvia de chispas sobre el follaje de filigrana que las sostiene. Veinte veces nos detenemos en un poema de Pope para mirar con asombro alguno de esos adornos literarios. Conoce tanto su talento que abusa de él; se

complace en los alardes de habilidad. ¿Qué más prosaico que un juego de naipes, y qué más rebelde á la poesía que el caballo de espadas ó el rey de oros? y, sin embargo, por apuesta sin duda, ha contado en el *Rizo* una partida de hombre; el lector la sigue, la oye, reconoce los trajes, los cuatro reyes, majestadas reverenciadas, con sus blancas barbas partidas, los cuatro apuestos caballeros con una flor en la mano, emblema expresivo de su amable poder, las cuatro sotas, tropa fiel, con su gorra á la cabeza y su alabarda en la mano, y luego los cuatro ejércitos vistosos ordenados en batalla sobre la llanura de terciopelo verde. Se ven los triunfos, los cortes, las bazas, y á poco el café, la porcelana, las cucharas, el espíritu de fuego (léase alcohol): son ya los procedimientos y las perífrasis de Delille. Se sabe que los célebres versos en que Delille practica y pinta á la vez la armonía imitativa son traducidos de Pope. Es poesía expirante, pero es aún poesía; una joya de consola es una obra de arte inferior, pero obra de arte, sin embargo.

Al talento descriptivo une Pope el talento oratorio. Ese arte, característico de la edad clásica, es el arte de expresar las ideas generales medias. Durante ciento cincuenta años, los hombres de Francia é Inglaterra, han empleado en él todo su estudio. Han discernido esas verdades universales y limitadas que, hallándose comprendidas entre las altas abstracciones filosóficas y los pequeños detalles sensibles, son la materia de la elocuencia y de la retórica, y forman lo que llamamos hoy los lugares comunes. Las han clasificado en compartimentos; las han desenvuelto con método; las han hecho sensibles merced á agrupaciones y simetrías; las han ordenado en procesiones regulares que, digna, magistralmente, marchan disciplinadas y en cuerpo. El ascendiente de esa razón oratoria ha llegado á ser tan grande, que se ha impuesto á la misma poesía. Buffón acaba por decir, para elogiar versos, que son tan bellos como bella prosa. Efectivamente: la poesía, á la sazón, viene á ser una prosa más estudiada que se somete á la rima. No es sino una especie de conversación superior y de discurso más selecto. Resulta impotente cuando hay que pintar ó poner en escena una acción, cuando se trata de ver y de hacer ver pasiones vivas, grandes emociones verdaderas, hombres de carne y hueso; no produce más que epopeyas de colegio como la *Enriada*, odas y tragedias frías como las de Voltaire y de Juan Bautista Rousseau, como las de Addison, de Thomson, de Johnson. Las compone de disertaciones, porque no es ya capaz más que de disertaciones. Tal es el dominio donde reina en adelante, y su obra final es el poema didáctico, que es una disertación puesta en verso. Aquí triunfa Pope, y los más perfectos de sus poemas son los que se componen de preceptos y de razonamientos. El artificio no desdice tanto en estas obras como en otras; un poema—me engaño—un tratado como el suyo sobre la crítica, sobre el hombre y el gobierno de la Providencia, sobre el resorte primero del carácter de los hombres, tiene el derecho de ser escrito con reflexión: es un estudio y casi un trozo de ciencia; se puede y aun se debe pesar todas sus palabras; el arte y la atención no son allí cosas superfluas, sino necesarias; se trata de preceptos exactos y de razonamientos precisos. En eso Pope es incomparable. No creo que haya en el mundo una prosa versificada igual á la suya; la de Boileau no se le acerca. No es que las ideas sean allí muy dignas de atención; nosotros las hemos gustado y no nos interesan. El *Ensayo sobre la*

crítica se parece á las *Epístolas* y al *Arte poética* de Boileau, obras excelentes que no se leen ya más que en las clases. Es una colección de preceptos muy sensatos, cuyo único defecto es ser demasiado verdaderos. Decir que el buen gusto es cosa rara; que es menester reflexionar é instruirse antes de decidir; que las reglas del arte se sacan de la naturaleza; que el orgullo, la ignorancia, la preocupación, la parcialidad y la envidia pervierten nuestro juicio; que el crítico debe ser sincero, modesto, cortés, benévolo, todas esas verdades podían descubrirse entonces, hoy no. Yo supongo que en tiempo de Pope, de Dryden y Boileau, los hombres necesitaban ante todo poner en orden sus ideas y verlas muy claras en frases muy precisas. Hoy que esa necesidad está satisfecha, ha desaparecido; lo que se pide son ideas y no ordenaciones de ideas; el casillero está fabricado; llenad las casillas.

Pope se esforzó en llenarlas una vez, en el *Ensayo sobre el hombre,* que es una especie de *Vicario saboyano,* menos original que el otro. Nos dice que Dios lo ha dispuesto todo admirablemente, que el hombre es limitado y no debe juzgar á Dios, que nuestras pasiones y nuestras imperfecciones sirven al bien general y á los designios de la Providencia, que la felicidad reside en la virtud y en la sumisión á las voluntades divinas. Se reconoce aquí una especie de deísmo y optimismo, como los que entonces abundaban, tomados, como los de Rousseau, de la teodicea de Leibniz, pero templados, atenuados y arreglados para uso de la gente juiciosa. La concepción no es muy elevada: ese Dios raso, que hace su aparición á principios del siglo XVII, no es sino un residuo que, al extinguirse la religión, ha quedado en el fondo del crisol; y los razonadores del tiempo, careciendo de invención metafísica, le han conservado en su sistema para llenar un vacío. En ese estado y en ese punto se asemeja al verso clásico. Aparenta, se comprende sin dificultad, está desprovisto de eficacia, es obra de la fría razón discursiva, y deja muy tranquilas á las gentes que se ocupan de él; por todos esos títulos es pariente del alejandrino. Esa pobre concepción es tanto más pobre en Pope cuanto que no le pertenece: porque él no es filósofo más que de ocasión y para buscar asuntos de poema. Tres ó cuatro sistemas, deformados y empequeñecidos, se amalgaman en su obra. El se alaba «de haberlos templado» unos mediante otros, y de haber «navegado contra los extremos». La verdad es que no los ha entendido, y que mezcla á cada paso ideas dispares. Pasaje hay en que, por obtener un efecto de estilo, se hace panteísta; por remate, se crece y toma el tono arrogante, imperativo, de un joven doctor. Yo no encuentro invención personal más que en sus epístolas sobre los *caracteres.* Hay en ellas una teoría de la pasión dominante que vale la pena de ser leída; en último resultado, ha ido bastante lejos, más lejos que Boileau, v. gr., en el conocimiento del hombre. La psicología es indígena en Inglaterra, la encontramos allí en todas partes, aun en los espíritus menos creadores. Suscita la novela, desposee á la filosofía, produce el ensayo, penetra en los periódicos, llena la literatura corriente, como esas plantas racionales que pululan en todos los terrenos.

Pero si las ideas son medianas, el arte de expresarlas es verdaderamente maravilloso; maravilloso: esa es la palabra. «Yo he empleado los versos (dice) mejor que la prosa, porque me parecía que podía expresar las ideas más brevemente en verso que en prosa.» En efecto; aquí no huelga una palabra; hay que

leer despacio cada pasaje; cada epíteto es un resumen; jamás se ha escrito en un estilo más ceñido; y, por otra parte, jamás se ha trabajado más hábilmente para hacer entrar las fórmulas filosóficas en la corriente de la conversación mundana. Sus preceptos han pasado á ser proverbios. Abro á la ventura, y caigo sobre el principio del segundo libro:

«Know then thyself, presume not God to scan.
The proper study of mankind is man.
.....»

un orador, un escritor de la escuela de Buffón se extasiaría al ver acumulados en un espacio tan reducido tantos tesoros literarios. No pueden apreciarse sin leer el original. El primer verso resume todo el libro precedente, y el segundo resume todo el libro presente; es una especie de escalera que conduce de un templo á otro, compuesta regularmente de peldaños simétricos y tan hábilmente colocados, que desde el primero se abarca de una ojeada todo el edificio de donde se sale, y desde el segundo se abarca de una ojeada todo el edificio que se va á visitar. ¿Se vió nunca una entrada más bella y más conforme á las reglas que prescriben enlazar las ideas, recordarlas cuando se han desenvuelto ya, anunciarlas cuando no se han desenvuelto aún? Pero no es bastante. Después de ese corto anuncio que advierte que se va á tratar de la naturaleza humana, se necesita un anuncio más largo y que pinte anticipadamente con el mayor brillo posible esa naturaleza humana de que se va á tratar. Es propiamente el exordio oratorio, semejante á los que pone Bossuet al principio de sus oraciones fúnebres, especie de pórtico lujoso que recibe á los oyentes al entrar y los prepara para las magnificencias del templo. Dos á dos sucédense las antítesis como hileras

de columnas, en número de trece pares. En otras manos esa prolongación de la misma figura llegaría á ser pesada; en Pope interesa: tal variedad existe en la disposición y en los adornos. Unas veces la antítesis se encierra en un solo verso, otras veces ocupa dos; ya está en los sustantivos, ya en los adjetivos y en los verbos; ora no existe más que en las ideas, ora se extiende hasta el sonido y la posición de las palabras. Aunque la veamos reaparecer, no nos cansa, porque siempre añade algo á nuestra idea, y nos presenta el objeto bajo un nuevo aspecto. Y aunque ese objeto mismo sea abstracto, oscuro, desagradable, contrario á la poesía, el estilo difunde sobre él su luz; nobles imágenes, tomadas de los espectáculos sencillos y grandiosos de la naturaleza, vienen á iluminarle y decorarle. Es que hay una arquitectura clásica para las ideas como para las piedras, amiga, como la otra, de la claridad y de la regularidad, de la majestad y de la calma; como la otra, ha sido inventada en Grecia, transmitida por Roma á Francia, por Francia á Inglaterra, y un poco alterada al paso. De todos los maestros que la han practicado en Inglaterra, Pope es el más perito.

Después de todo, ¿hay otra cosa aquí que una decoración? Véanse esos versos tan bellos traducidos en prosa; por más que yo traduzca exactamente, de todas esas bellezas no queda casi nada:

«Conócete á ti mismo y no te atrevas á escrutar á Dios.—El verdadero estudio de la humanidad es el hombre.—Colocado en ese istmo de su condición media,—sabio con obscuridades, grande con imperfecciones,—con demasiados conocimientos para caer en la duda del escéptico,—con demasiada flaqueza para elevarse hasta el orgullo del estoico,—se halla suspenso

entre los dos, no sabiendo si debe obrar ó permanecer quieto,—si debe estimarse un dios ó una bestia,—si debe preferir su espíritu ó su cuerpo,—no naciendo más que para morir, no razonando más que para extraviarse, —permaneciendo siempre en la ignorancia,—lo mismo cuando piensa mucho que cuando apenas piensa;—caos confuso de pensamiento y de pasión, —víctima de perpetuas ilusiones y desilusiones,—creado á medias para elevarse, á medias para caer;—soberano, señor y presa de todas las cosas;—único juez de la verdad precipitado en el error infinito;—gloria, juguete y enigma del mundo.»

El lector no se impresiona mucho, ni yo tampoco; piensa aquí involuntariamente en el libro de Pascal, y mide la asombrosa diferencia que existe entre un versificador y un hombre. Buen resumen, trozo excelente, bien trabajado, bien escrito: he ahí lo que uno se dice, y nada más; evidentemente la belleza de los versos dimanaba de la dificultad vencida, de la selección de los sonidos, de la simetría de los ritmos; eso era todo, y apenas era otra cosa. Un gran escritor es un hombre que teniendo pasiones sabe el diccionario y la gramática; éste sabe á fondo el diccionario y la gramática, pero no pasa de ahí.

Se dirá que este mérito es pobre, y que yo no inspiro deseos de leer los versos de Pope. Es verdad: por lo menos, no aconsejo que se lean muchos. Podría añadir, á manera de excusa, que hay un género en que se distingue, que su talento descriptivo y su talento oratorio encuentran en los retratos la materia que les conviene, que en eso se acerca á menudo á La Bruyère; que varios de sus retratos, como los de Addison, de Sporus, de lord Wharton, de la duquesa de Marlborough, son medallas dignas de entrar en el gabinete de todos los aficionados y de permanecer en los archivos del género humano; que, cuando esculpe una de esas figuras, las imágenes abreviativas, las alianzas de palabras inesperadas, los contrastes sostenidos, multiplicados, la perpetua y extraordinaria concisión, la incesante y creciente elocuencia, graban en la memoria una impresión que no se olvida. Pero vale más renunciar á estas apologías parciales, y confesar francamente que, en último resultado, ese gran poeta, gloria de su siglo, es enojoso; es enojoso para el nuestro. «Una mujer de cuarenta años (dice Stendhal) no es guapa más que para los que la amaron en su juventud.» La pobre musa de que se trata no tiene cuarenta años para nosotros; tiene ciento cuarenta. Cuando queramos juzgarla equitativamente, acordémonos de los tiempos en que hacíamos versos franceses que se parecían á nuestros versos latinos. El gusto se ha transformado desde hace un siglo; es que el espíritu humano ha hecho una evolución; con el punto de vista ha cambiado la perspectiva, y hay que tener en cuenta esa mudanza. Hoy pedimos ideas nuevas y sentimientos desnudos. No nos preocupamos ya del vestido, queremos la cosa, exordios, transiciones, primores de estilo, elegancias de expresión, todo el guardarropa literario se va á la prendería; no conservamos más que lo indispensable; no es ya el adorno lo que nos preocupa, sino la verdad. Los hombres del otro siglo eran completamente otros. Se vió bien el día en que Pope tradujo la *Ilíada*: era la *Ilíada* escrita en el estilo de la *Enriada;* á causa de ese disfraz la admiró el público. No la hubiese admirado con el sencillo ropaje griego; no consentía en verla más que con polvos y cintas. Era el traje del tiempo y había que vestirle. «La demanda de elegancias (dice el buen Sa-

muel Johnson en su estilo comercial y académico) había crecido tanto, que no podía soportarse ya la pura naturaleza.» La buena sociedad y las letras constituían un pequeño mundo aparte, que se había formado y refinado con arreglo á las costumbres y á las ideas de Francia. Habían adquirido el estilo correcto y noble al par que el buen tono y los modales distinguidos. Estaban tan pagados de ese estilo como de su manera de vestir: era asunto de decoro ó de etiqueta; había un patrón aceptado, inmutable; no se podía cambiar sin inconveniencia ó ridiculez; escribir sin sujeción á la regla, sobre todo en verso, con efusión y naturalidad, hubiese sido como presentarse en un salón en bata y zapatillas. Su placer, al leer versos, era comprobar si se ajustaban al patrón exactamente; la invención no era lícita más que en los pormenores; se podía poner aquí un encaje, allí un galón; pero era imprescindible conservar escrupulosamente la forma oficial, cepillarlo todo minuciosamente, y no presentarse nunca sino con dorados nuevos y paño lustroso. La atención no se fijaba más que en los refinamientos; un bordado más trabajado, un terciopelo más brillante, una pluma colocada más airosamente, á eso se reducían las audacias y las tentativas; la menor incorrección, la disonancia más ligera hubiese ofendido la vista; se perfeccionaba lo infinitamente pequeño. Las letras hacían lo que esas coquetas para quienes las soberbias diosas de Miguel Angel y de Rubens no son más que rústicas, pero que lanzan un grito de placer á la vista de una cinta á veinte francos la vara. Un corte de verso, una metáfora los embelesaba, y era todo lo que podía embelesarlos aún. Así iban, de día en día, bordando, engalanando, ajustando la brillante vestidura clásica, hasta que, al fin, el espíritu humano, sintiéndose oprimido, la desgarró, la tiró y emprendió á correr. Ahora que está en el suelo, los críticos la recogen, la cuelgan á la vista de todos en su museo de curiosidades antiguas, la sacuden y tratan de conjeturar por ella los sentimientos de los galanos señores y los galanos hablistas que la llevaban.

V

No es todo tener un bello traje, bien cosido y de moda; es menester que uno ande cómodo con ese traje. Cuando se pasa revista á todos los poetas ingleses del siglo XVIII, se ve que no andan cómodos con el traje clásico. Esa casaca dorada, tan bien hecha para un francés, no les sienta á ellos del todo; de vez en cuando, un movimiento demasiado fuerte, descompuesto, la descose por las mangas y por otras partes. He aquí, v. gr., á Mathew Prior. A primera vista parece que posee todas las cualidades requeridas para llevarla bien: ha sido embajador en Francia; escribe lindas improvisaciones francesas; adereza fácilmente poemitas festivos sobre una comida, sobre una dama; es galante, hombre de sociedad, agradable cuentista, epicúreo, hasta escéptico, á la manera de los cortesanos de Carlos II; en resumen: es todo un hombre de mundo en su género, escritor de estilo correcto y fluido, maestro del verso ligero y del verso noble, y que maneja, según Bossu y Boileau, las figurillas mitológicas. Con todo eso, no nos parece ni bastante alegre ni bastante fino. Bolingbroke le llama «cara de palo», testarudo, y dice que tiene algo de holandés. Sus costumbres corren parejas con las de Rochester y de toda

aquella canalla bien vestida que la restauración legó á la revolución. Coge á la primera que encuentra, se encierra con ella durante varios días, bebe de firme, se duerme y la deja huir con su plata y su ropa. Entre otras porcallonas bastante feas, acaba por conservar á Isabel Cox, y estuvo á punto de casarse con ella; felizmente se murió á tiempo. Tales costumbres, tal estilo. Cuando quiere imitar el Hans Carvel de La Fontaine, le alarga y hace pesado; no sabe ser punzante, sino mordaz; sus licencias son de una crudeza cínica; su burla es una sátira, y hay poesía suya, como el consejo á un joven enamorado, en que el latigazo es un garrotazo. Por otra parte, no es un libertino ordinario. De sus dos poemas principales, el uno, sobre Salomón, parafrasea y pone en escena la frase del *Eclesiastés:* «Todo es vanidad.» Por esta circunstancia descubrís al punto que estáis en país bíblico: semejante idea no se le hubiese ocurrido entonces á un compañero del regente. Salomón cuenta aquí que ha interrogado en balde á sus sabios, que tan infeliz le ha hecho el amor desairado como el correspondido, que el poder no le ha satisfecho, y acaba por entregarse en manos de Dios. Son tristezas y conclusiones inglesas. Por lo demás, en medio de la retórica y de la factura uniforme de los versos, se siente calor y pasión, se ven ricas pinturas, cierta especie de magnificencia y el rebosar de una imaginación demasiado henchida. La savia en este país es siempre más fuerte que en nosotros; sus sensaciones son más profundas, como sus pensamientos más originales. Su otro poema, muy atrevido y muy filosófico, contra las verdades y las pedanterías corrientes, es una conversación burlesca sobre el asiento del alma, de donde Voltaire tomó muchas ideas y muchas suciedades; el arsenal de los escépticos y de los materialistas estaba construido y lleno en Inglaterra, cuando recurrieron á él los franceses; Voltaire no hizo más que elegir en él, afilar flechas. Nótese aún que todo ese poema está escrito en estilo de prosa con una rudeza de buen sentido y una franqueza médica á que no asustan las más crudas abominaciones (1). En resumen: brutalidad, falta de gusto, pesadez, perspicacia, pasión, hay algo en este hombre que no se compagina con la elegancia clásica: se pasa ó no llega.

Este desacuerdo va á crecer, y ojos atentos descubren pronto, bajo la regular envoltura, una especie de imaginación enérgica y precisa que la romperá. En ese tiempo vivía Gay, especie de La Fontaine, tan próximo á La Fontaine como un inglés puede serlo, que no es mucho, pero, en fin, campechano y amable, muy sincero, muy ingenuo, «singularmente irreflexivo, nacido para ser engañado», y joven hasta el fin de sus días. Swift decía de él que no hubiese debido tener nunca más de veintidós años. «Sencillez de niño (escribía Pope), espíritu de hombre.» Vivía como La Fontaine, á expensas de los grandes, viajaba cuanto podía á costa de ellos, perdía su dinero en las especulaciones del mar del Sur, anhelaba un puesto en la corte, escribía fábulas llenas de humanidad para formar el corazón del duque de Cumberland (2), y acababa por establecerse como parásito mimado, como poeta doméstico, en casa de los duques de Queensbury. Seriedad, muy poca; escrúpulos y circunspección, no más. «Es mi triste sino (decía) no poder conseguir nada de la corte, escriba contra ella ó en favor de

(1) *Alma*, lib. II.
(2) Aquel á quien se apodó el *Carnicero*.

ella.» Y mandaba poner en su tumba: «La vida es una burla. Yo ya lo había pensado antes; pero ahora lo sé.» Ese burlón despreocupado fué el que, para vengarse del ministerio, escribió la *Opera de la hampa*, la más feroz y fangosa de las caricaturas: en este tiempo se degüella á la gente por arañarla; los inocentes manejan el cuchillo como los demás. Era, sin embargo, un espíritu risueño, pero á su manera, ó, más bien, á la manera de su país. Viendo á «ciertos jóvenes de una delicadeza insípida», Ambrosio Philips, por ejemplo, que escribía pastorales elegantes y tiernas, al estilo de nuestro Fontenelle, se entretuvo en remedarlos y contradecirlos, compuso *La Semana del pastor* y presentó las costumbres reales en el metro y en la forma de la poesía solemne. «Cortés lector (dice en el prólogo), verás á mis pastoras ocupadas, no en soplar en caramillos, sino en atar las gavillas, en ordeñar las vacas ó en llevar los cerdos á la artesa; mi pastor no duerme bajo mirtos, sino bajo zarzas; no vela diligente para defender á su rebaño de los lobos, porque no los hay.» Figurémonos un pastor de Teócrito ó de Virgilio, á quien se ponen á la fuerza los zapatos de clavos y el atavío de un vaquero del Devonshire; será un ente grotesco que nos divertirá por el contraste de su persona y de sus vestiduras. De igual manera, aquí *La Maga*, *El Combate de los pastores*, toda clase de églogas antiguas se disfrazan á la moderna. Oigase este canto del primer pastor: «Los puerros son caros á los galeses, la manteca á los holandeses—la patata es el manjar del pastor irlandés.—El escocés muele la avena para su festín—los nabos son el alimento de Blouzelind.—Mientras á ella la gusten los nabos, yo despreciaré la manteca—y no concederé valor ni á los puerros, ni á la harina de avena, ni á las patatas.» El

otro pastor responde en el mismo metro, y así va desarrollándose el dúo á la antigua, sólo que ahora entre los nabos, la cerveza fuerte y los puercos cebados, y salpicado con abundancia de las vulgaridades del campo moderno y de los fangos de un clima del Norte. Van Ostade y Teniers gustan de esos idilios triviales y burlescos, y en Gay, como en ellos, no falta la picardía cruda y sensual. Las gentes del Norte, gentes de buen estómago, han sido siempre aficionadas á las kermesses. Los desahogos de los borrachos y de las comadres, la expansión grotesca de la vena populachera y animal los ponen de buen humor. Hay que ser verdadero hombre de sociedad ó verdadero artista, francés ó italiano, para mirar esas cosas con disgusto. Son un producto del país, como la carne y la cerveza; para gustarlas, tratemos de olvidar nuestros vinos y nuestros frutos delicados, de formarnos sentidos obtusos, de hacernos en imaginación compatriotas de esos hombres. Nos hemos acostumbrado perfectamente á aquellos zafios beodos que Luis XIV llamaba mascarones, y á otras cosas por el estilo. Acostumbrémonos á Gay, á su poema sobre el arte de andar por las calles de Londres, á sus consejos sobre arroyos sucios y botas recias, á su descripción de los amores de la diosa Cloacina. Es amante de la realidad, tiene una imaginación minuciosa, no ve los objetos en ojeadas generales, sino uno á uno, cada cual con todos sus contornos y circunstancias, sea el que sea, feo ó bonito, limpio ó sucio. Los otros hacen lo que él, aun los clásicos caracterizados, aun el mismo Pope. Descripción hay en Pope, llena de palabras pintorescas y de detalles locales, en que las notas características están grabadas con mano tan libre y tan segura que se tomaría al autor por un realista moderno, y se vería en la obra

un documento de historia (1). En cuanto á Swift, es el más amargo de los positivistas, y más aún en poesía que en prosa. Léase su égloga de Strefon y Cloe, si se quiere saber hasta qué punto se puede rebajar el noble ropaje poético. Le convierten en una rodilla ó visten con él á gañanes; la toga romana y la clámide griega no sientan á esos hombros de bárbaros. Son como aquellos caballeros de la Edad Media que, habiendo tomado á Constantinopla, se embutieron por broma en largos ropajes bizantinos, y se pusieron á recorrer las calles con esa vestimenta, arrastrando sus bordados por el arroyo.

Harán bien, como los caballeros, en volverse á su casa solariega, al campo, al fango de sus zanjas y al estiércol de sus corrales. Cuanto menos á propósito es el hombre para la vida social, más á propósito es para la vida solitaria. Gusta tanto más del campo cuanto menos gusta de la gente. Los hombres de ese país han sido siempre más feudales y campesinos que nosotros. Bajo Luis XIV y Luis XV, la peor desgracia para un caballero era ir á pudrirse en sus tierras; fuera de las sonrisas del rey y de las amenas conversaciones de Versalles, no había más que bostezar y morir. Aquí, á despecho de la civilización artificial y de las reverencias mundanas, la afición á la caza y á los ejercicios físicos, los intereses políticos y las necesidades de las elecciones llevan á los nobles á sus dominios. En este momento el instinto se despierta. Un hombre apasionado, triste, naturalmente replegado sobre sí mismo, conversa con los objetos; un dilatado cielo gris donde duermen vapores de otoño, un rayo súbito de sol que viene á iluminar una húmeda pradera le

(1) Epístola á miss Blount sobre la vida de campo.

abaten ó le reaniman; las cosas inanimadas le parecen vivas; y la débil claridad, que á la mañana viene á tener de rojo el borde del cielo, le impresiona tanto como la sonrisa de una joven en su primer baile. Así nace la verdadera poesía descriptiva. Despunta en Dryden, en Pope mismo, hasta en las insulceses de las pastorales remilgadas, y brilla en *Las Estaciones* de Thompson. Este, hijo de un eclesiástico y muy pobre, vivió, como la mayoría de los escritores del tiempo, de gratificaciones y suscriciones literarias, de prebenda y pensiones políticas; no se casó por falta de dinero; hizo tragedias, porque las tragedias eran lucrativas, y acabó por refugiarse en una casa campestre, permaneciendo en la cama hasta el medio día, viviendo como indolente, contemplativo, pero bueno y honrado, cariñoso y querido de los demás. Veía y amaba el campo hasta en sus menores detalles; hacía de él su alegría, su diversión, su ocupación habitual; jardinero de corazón, se extasiaba al ver acercarse la primavera, y era feliz cuando podía incluir un campo más dentro de su cerca. Pinta todas las pequeñeces, sin reparo; le interesan; se complace en «el olor de la lechería»; le oís hablar de las orugas, y «de la hoja que se abarquilla, envenenada por su mordedura», de las aves que, al sentir venir la lluvia, aceitan su plumaje para que el agua reluciente pueda resbalar por su cuerpo». Siente tan bien los objetos que los hace ver; se reconoce el paisaje inglés, verde y húmedo, medio anegado en móviles vapores, manchado á trechos de nubes violáceas que, precipitándose en aguaceros, enturbian el horizonte, pero donde la luz destila finamente tamizada en la bruma, y cuyo cielo lavado reluce por instantes con incomparable pureza. Allí «el viento del Sur caldea el amplio espacio del aire, y en el

vacío del cielo precipita las nubes distendidas por las lluvias primaverales. Durante el día entero las henchidas nubes derraman sus benéficos rocíos, y la tierra se enriquece de vida vegetal, hasta que en el cielo de Occidente, el sol, ya bajo, surge esplendoroso de entre la púrpura de nubes que acaba de rasgar. De pronto la rápida irradiación hiere la montaña iluminada, corre al través del bosque, reverbera en las ondas, y, en una niebla amarillenta que humea á lo lejos sobre la interminable llanura, enciende chispas sin número en las gotas de rocío». Hay énfasis ahí, pero hay opulencia. Existe en ese aire y en esa vegetación, en esa imaginación y en ese estilo, una acumulación y como un empate de tintas desleídas ó brillantes; son aquí el ropaje resplandeciente de la naturaleza y del arte. Hay que verle en Rubens: es el pintor y el poeta del clima pingüe y húmedo; pero se descubre también en los demás; y en esa magnificencia de Thompson, en ese colorido recargado y grandioso, se ve algunas veces la rica paleta de Rubens.

VI

Todo eso encaja bastante mal en el dorado clásico. Sus imitaciones visibles de Virgilio, sus episodios interpelados como un pegote, sus invocaciones á la Primavera, á la Musa, á la Filosofía, todos los recuerdos y los convencionalismos de colegio desentonan. Pero el contraste resalta mucho más en otro punto. La vida de salón, enteramente artificial, tal y como la había puesto de moda Luis XIV, empezaba á cansar en Europa. Se la tachaba de seca y vacía; la gente se fatigaba de estar siempre representando, de sufrir la etiqueta. Se comprendía que la galantería no es el amor, ni los madrigales la poesía, ni la diversión la felicidad. Se comprendía que el hombre no es una muñeca elegante, que un petimetre no es la obra maestra de la naturaleza, y que hay un mundo fuera de los salones. Un plebeyo ginebrino, protestante y solitario, á quien su religión, su educación, su pobreza y su genio habían llevado más de prisa y más lejos que á los otros, vino á decir al público el secreto en alta voz, y se juzgó que había descubierto ó vuelto á hallar el campo, la conciencia, la religión, los derechos del hombre y los sentimientos naturales. Entonces apareció un nuevo personaje, ídolo y modelo de su tiempo, *el hombre sensible*, que, por su carácter serio y por su amor á la naturaleza, formaba contraste con el hombre de corte. Sin duda ese personaje se resiente de los lugares que ha frecuentado. Es refinado y empalagoso; se enternece á la vista de los corderillos que pastan la naciente hierba, y bendice á los pajaritos que celebran su felicidad con sus conciertos. Es enfático y redicho, compone largas parrafadas sobre el sentimiento, fulmina invectivas contra el siglo, apostrofa á la Virtud, á la Razón, á la Verdad y á las divinidades abstractas que se graba en las portadas. A despecho de sí mismo, sigue siendo hombre de salón y de academia; después de haber dicho ternezas á las damas, se las dice á la naturaleza y declama en períodos limados acerca de Dios. Pero, en fin, por él empieza la rebelión contra los hábitos clásicos; y, en este concepto, es más precoz en Inglaterra, país germánico, que en Francia, país latino. Treinta años antes de Rousseau, Thompson había expresado todos los sentimientos de Rousseau casi en el mismo estilo. Como él, pintaba el

vacío del cielo precipita las nubes distendidas por las lluvias primaverales. Durante el día entero las henchidas nubes derraman sus benéficos rocíos, y la tierra se enriquece de vida vegetal, hasta que en el cielo de Occidente, el sol, ya bajo, surge esplendoroso de entre la púrpura de nubes que acaba de rasgar. De pronto la rápida irradiación hiere la montaña iluminada, corre al través del bosque, reverbera en las ondas, y, en una niebla amarillenta que humea á lo lejos sobre la interminable llanura, enciende chispas sin número en las gotas de rocío». Hay énfasis ahí, pero hay opulencia. Existe en ese aire y en esa vegetación, en esa imaginación y en ese estilo, una acumulación y como un empate de tintas desleídas ó brillantes; son aquí el ropaje resplandeciente de la naturaleza y del arte. Hay que verle en Rubens: es el pintor y el poeta del clima pingüe y húmedo; pero se descubre también en los demás; y en esa magnificencia de Thompson, en ese colorido recargado y grandioso, se ve algunas veces la rica paleta de Rubens.

VI

Todo eso encaja bastante mal en el dorado clásico. Sus imitaciones visibles de Virgilio, sus episodios interpelados como un pegote, sus invocaciones á la Primavera, á la Musa, á la Filosofía, todos los recuerdos y los convencionalismos de colegio desentonan. Pero el contraste resalta mucho más en otro punto. La vida de salón, enteramente artificial, tal y como la había puesto de moda Luis XIV, empezaba á cansar en Europa. Se la tachaba de seca y vacía; la gente se fatigaba de estar siempre representando, de sufrir la etiqueta. Se comprendía que la galantería no es el amor, ni los madrigales la poesía, ni la diversión la felicidad. Se comprendía que el hombre no es una muñeca elegante, que un petimetre no es la obra maestra de la naturaleza, y que hay un mundo fuera de los salones. Un plebeyo ginebrino, protestante y solitario, á quien su religión, su educación, su pobreza y su genio habían llevado más de prisa y más lejos que á los otros, vino á decir al público el secreto en alta voz, y se juzgó que había descubierto ó vuelto á hallar el campo, la conciencia, la religión, los derechos del hombre y los sentimientos naturales. Entonces apareció un nuevo personaje, ídolo y modelo de su tiempo, *el hombre sensible*, que, por su carácter serio y por su amor á la naturaleza, formaba contraste con el hombre de corte. Sin duda ese personaje se resiente de los lugares que ha frecuentado. Es refinado y empalagoso; se enternece á la vista de los corderillos que pastan la naciente hierba, y bendice á los pajaritos que celebran su felicidad con sus conciertos. Es enfático y redicho, compone largas parrafadas sobre el sentimiento, fulmina invectivas contra el siglo, apostrofa á la Virtud, á la Razón, á la Verdad y á las divinidades abstractas que se graba en las portadas. A despecho de sí mismo, sigue siendo hombre de salón y de academia; después de haber dicho ternezas á las damas, se las dice á la naturaleza y declama en períodos limados acerca de Dios. Pero, en fin, por él empieza la rebelión contra los hábitos clásicos; y, en este concepto, es más precoz en Inglaterra, país germánico, que en Francia, país latino. Treinta años antes de Rousseau, Thompson había expresado todos los sentimientos de Rousseau casi en el mismo estilo. Como él, pintaba el

campo con simpatía y con entusiasmo. Como él, oponía la edad de oro de la sencillez primitiva á las miserias y á la corrupción moderna. Como él, exaltaba el amor profundo, el afecto conyugal, «la unión de las almas, la perfecta estima animada por el deseo», el cariño paternal y todos los goces domésticos. Como él, combatía la frivolidad contemporánea y ponía en frente las antiguas repúblicas, «cuyas aspiraciones heroicas se cernían tan por encima de la pequeña esfera egoísta de nuestra vida escéptica». Como él, ensalzaba la seriedad, el patriotismo, la libertad, la virtud; se elevaba del espectáculo de la naturaleza á la contemplación de Dios y mostraba al hombre más allá de la tumba las perspectivas de la vida inmortal. Como él, en fin, alteraba la sinceridad de su emoción y la verdad de su poesía con insulseces sentimentales, con arrullos pastoriles y con tal abundancia de epítetos, de abstracciones trocadas en personas, de invocaciones pomposas y de declamaciones oratorias, que se ve allí de antemano el estilo decorativo y falso de Thomas, de David (1) y de la Revolución.

Los otros siguen. Se podría llamar á aquella literatura la biblioteca del hombre sensible. Tenemos, desde luego, á Richardson, el impresor puritano con su caballero Grandisson, personaje de principios, modelo cumplido del noble cristiano, profesor de decoro y de moral, y que, por añadidura, posee alma. Tenemos también á Sterne, el tunante refinado y enfermizo que, en medio de sus bufonadas y de sus rarezas, se detiene para llorar por un asno que encuentra ó por un prisionero que imagina. Tenemos, sobre todo, á Mackenzie, «el hombre de sentimiento», cuyo héroe tímido, delicado, se enternece cinco ó seis veces al día, enferma del pecho por sensibilidad, no se atreve á declarar su amor más que al morir, y muere de resultas de su declaración. Naturalmente, el elogio provoca la sátira, y se ve aparecer en el campo opuesto á Fielding, ese mozo alegrote, y á Sheridan, ese brillante mal sujeto, el uno con su Blifil, el otro con su José Surface, dos Tartufos, sobre todo el segundo, no brutal, coloradote y apestando á sacristía como el nuestro, sino mundano, bien vestido, buen hablista, noblemente serio, triste y dulce por exceso de ternura, y que, con la mano en el corazón y las lágrimas en los ojos, derrama sobre el público una lluvia de sentencias y de períodos, mientras empaña la reputación de su hermano y seduce á la mujer de su vecino. Construido así el personaje, se le hace su epopeya. Un escocés, hombre de ingenio, de demasiado ingenio, después de haber escrito por su cuenta una rapsodia desdichada, quiso indemnizarse, se fué á las montañas de su país, recogió imágenes pintorescas, reunió fragmentos de leyenda, aderezó el todo con mucha elocuencia y retórica, y fabricó un Homero céltico, Ossian, que, con Oscar, Malvina y sus acompañantes, dió la vuelta á Europa, y hacia 1830 acabó por suministrar nombres de bautismo á las costureras y á los peluqueros. Macpherson ofrecía al público un trasunto de las costumbres primitivas, no muy verdaderas, porque la excesiva crudeza de los bárbaros hubiese disgustado, pero, con todo, bastante bien conservadas ó imitadas para formar contraste con la civilización moderna y convencer á la gente de que él contemplaba la naturaleza pura. Un vivo sentimiento del paisaje escocés, tan grande, tan frío, tan melancólico: la lluvia en la colina, el abedul que tiembla á impulsos

(1) Véase las *Fiestas de la Revolución* por David.

del viento, la bruma en el cielo y la vaguedad del alma, en términos que cada soñador encontraba allí las emociones de sus paseos solitarios y de sus tristezas filosóficas; hazañas y generosidades caballerescas, héroes que van á combatir solos contra un ejército, vírgenes fieles que mueren sobre la tumba de su prometido, un estilo apasionado, lleno de color, que afecta ser abrupto, y que, sin embargo, es pulido, capaz de entusiasmar á un discípulo de Rousseau por su calor y su elegancia: había allí materia de sobra para transportar á los jóvenes entusiastas del tiempo, bárbaros civilizados, amantes doctos de la naturaleza, que soñaban en las delicias de la vida agreste sacudiendo los polvos que el peluquero había dejado en su ropa.

No es por aquí, sin embargo, por donde va la gran corriente de la poesía; va hacia la reflexión sentimental; los poemas más numerosos y más en boga son disertaciones sentimentales. En efecto; la declamación es la característica del hombre sensible. A propósito de una nube, sueña en la vida humana y adereza una frase. Por eso se ven hormiguear á la sazón entre los poetas, los filósofos tiernos y los académicos llorones; Gray, el solitario taciturno de Cambridge, y el noble pensador Akenside, ambos imitadores eruditos de la alta poesía griega; Beattie, el metafísico moralista, que tuvo nervios de doncella y manías de vieja; el amable y afectuoso Goldsmith, que escribió *El Vicario de Wakefield*, la más encantadora de las pastorales protestantes; el pobre Collins, joven fervoroso que se disgustó de la existencia, no quiso ya leer más que la Biblia; se volvió loco, fué encerrado, y, en sus intervalos de libertad vagaba por la catedral de Chichester, acompañando la música con sus sollozos y gemi-

dos; Glover, Watts, Shenstone, Smart y otros. Los títulos de sus obras indican bastante sus caracteres: el uno escribió un poema «sobre los placeres de la imaginación»; el otro odas sobre las pasiones y la libertad; éste una elegía sobre un cementerio de aldea y un himno á la adversidad; aquél versos sobre una aldea arruinada y sobre el carácter de las civilizaciones vecinas; quién una especie de epopeya sobre las Termópilas; quién la historia moral de un joven ministril. Casi todos son hombres serios, espiritualistas, apasionados por las ideas nobles, dotados de aspiraciones y convicciones cristianas, ocupados en meditar sobre el hombre, inclinados á la melancolía, á las descripciones, á las invocaciones, amantes de la abstracción y de la alegría, y que, por alcanzar la grandeza, suelen subirse en zancos. Uno de los menos rígidos y de los más célebres fué Young, el autor de *Las Noches*, eclesiástico y cortesano, que después de esfuerzos inútiles por ser diputado y obispo, se casó, perdió su mujer y los hijos de su mujer, y aprovechó su desgracia para escribir en verso meditaciones «sobre la vida, la muerte, la inmortalidad, el tiempo, la amistad, el triunfo del cristiano, la virtud, el aspecto del cielo estrellado» y otras muchas cosas por el estilo. Sin duda hay grandes relámpagos de imaginación en esos poemas, no les faltan gravedad y elevación, y aun se ve que el autor las busca; pero se descubre aún más pronto que explota sus penas y se enluta. Exagera y declama, busca los efectos de estilo, mezcla los dos guardarropas, el griego y el cristiano. Figuraos un padre desgraciado que celebra «el silencio y la oscuridad, esas dos hermanas solemnes, esas dos gemelas hijas de la antigua Noche»; un sacerdote que rinde homenaje á la hermana del Día, á la diosa de dulces ojos,

«se declara rival de Endymion», y algunas páginas después apostrofa al cielo y á la tierra á propósito de la resurrección de Jesucristo. Y sin embargo, el sentimiento es nuevo y sincero. Poner en verso la filosofía cristiana, ¿no es una de las más grandes ideas modernas? Young y sus compatriotas dicen de antemano lo que descubrirán M. de Chateaubriand y M. de Lamartine. Lo verdadero, lo ficticio, todo se encuentra aquí cuarenta años antes que entre nosotros. Los ángeles y los demás recursos celestes funcionan desde hace tiempo en Inglaterra antes de ir á infestar *El Genio del Cristianismo* y *Los Mártires*. Atala y Chactas salen de la misma fábrica que Malvina y Fingal. Si M. de Lamartine leía las odas de Gray y las reflexiones de Akenside, encontraría en ellas la dulzura melancólica, el arte exquisito, los bellos razonamientos y la mitad de las ideas de su propia poesía.—Y sin embargo, á pesar de estar tan próximos á una renovación literaria, no la alcanzan todavía. En vano ha cambiado el fondo; la forma subsiste. No se despojan del ropaje clásico; escriben demasiado bien, no se atreven á ser naturales. En su patria sigue existiendo un almacén privilegiado de bellas expresiones convenidas, de elegancias poéticas, donde todos se creen obligados á ir á buscar sus frases. De nada les sirve ser apasionados ó realistas; de nada les sirve atreverse á describir, como Shenstone, un maestro de escuela y el sitio en que azota á un picaruelo; su sencillez es rebuscada, su ingenuidad arcaica, su sentimiento acompasado, sus lágrimas académicas. Siempre, en el momento de escribir, se alza un modelo augusto, una especie de maestro de escuela que gravita sobre ellos con todo su peso, con todo el peso que pueden dar á preceptos ciento veinte años de literatura. La prosa sigue siendo esclava del período; Samuel Johnson, que fué á la vez el La Harpe y el Boileau de su siglo, explica é impone á todos la frase estudiada, equilibrada, intachable; y el ascendiente clásico es aún tan poderoso, que domina á la historia naciente; el único género que en la literatura inglesa es entonces europeo y original. Hume, Robertson y Gibbon son casi franceses por su gusto, su lengua, su educación, su concepción del hombre. Cuentan como hombres de mundo, cultos é instruídos, con amenidad y claridad, en un estilo correcto, afluente y elevado. Revelan un espíritu liberal, una moderación continua, una razón imparcial. Proscriben de la historia las groserías y las pesadeces. Escriben sin fanatismo ni preocupaciones. Pero al mismo tiempo empequeñecen la naturaleza humana; no comprenden ni la barbarie ni la exaltación; pintan las revoluciones y las pasiones como lo harían personas que nunca hubiesen visto más que salones adornados y bibliotecas limpias de polvo; juzgan á los entusiastas con una sangre fría de capellanes ó una sonrisa de escépticos; borran los rasgos salientes que distinguen á las fisonomías humanas; cubren de un barniz brillante y uniforme todas las asperezas de la verdad. Por fin, aparece un campesino de Escocia (1) desgraciado, rebelado y enamorado, con las aspiraciones, las concupiscencias, la grandeza y el desvarío de un genio moderno. De vez en cuando, conduciendo el arado, encuentra versos verdaderos, versos como acaban de hacerlos hoy Heine y Alfredo de Musset. En aquellas pocas palabras combinadas de una manera nueva había una revolución. Doscientos versos nuevos eso bas-

(1) Roberto Burns.

taba. El espíritu humano giraba sobre sus goznes y también la sociedad civil. Cuando Roland, hecho ministro, se presentó ante Luis XVI vestido sencillamente y con zapatos sin hebillas, el maestro de ceremonias levantó las manos al cielo pensando que todo estaba perdido. En efecto; todo había cambiado.

LIBRO IV

LA EDAD MODERNA

CAPITULO PRIMERO

Las ideas y las obras.

I. Cambios en la sociedad.—Advenimiento de la democracia.—La Revolución francesa.—El deseo de encumbrarse.—Cambios en el espíritu humano.—Nueva idea de las causas.—La filosofía alemana.—El deseo del *más allá*.

II. Roberto Burns.—Su país.—Su familia.—Su juventud.—Sus miserias.—Sus aspiraciones y sus esfuerzos.—Sus inventivas contra la sociedad y la Iglesia.—*The Jolly Beggars*.—Sus ataques contra el *cant* oficial.—Su idea de la vida natural.—Su idea de la vida moral.—Su talento.—Cómo es espontáneo.—Su estilo.—Cómo es innovador.—Su éxito.—Sus afectaciones.—Sus cartas estudiadas y sus versos académicos.—Su vida de colono.—Su empleo de aduanero.—Sus disgustos.—Sus excesos.—Su muerte.

III. Dominación de los conservadores en Inglaterra.—La revolución no se consuma al pronto más que en el estilo.—Cowper.—Su delicadeza enfermiza.—Sus desesperaciones.—Su locura.—Su retiro.—*The Task*.—Idea moderna de la poesía.—Idea moderna del estilo.

IV. La escuela romántica.—Sus pretensiones.—Sus tanteos.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba. El espíritu humano giraba sobre sus goznes y también la sociedad civil. Cuando Roland, hecho ministro, se presentó ante Luis XVI vestido sencillamente y con zapatos sin hebillas, el maestro de ceremonias levantó las manos al cielo pensando que todo estaba perdido. En efecto; todo había cambiado.

LIBRO IV

LA EDAD MODERNA

CAPITULO PRIMERO

Las ideas y las obras.

I. Cambios en la sociedad.—Advenimiento de la democracia.—La Revolución francesa.—El deseo de encumbrarse.—Cambios en el espíritu humano.—Nueva idea de las causas.—La filosofía alemana.—El deseo del *más allá*.

II. Roberto Burns.—Su país.—Su familia.—Su juventud.—Sus miserias.—Sus aspiraciones y sus esfuerzos.—Sus inventivas contra la sociedad y la Iglesia.—*The Jolly Beggars*.—Sus ataques contra el *cant* oficial.—Su idea de la vida natural.—Su idea de la vida moral.—Su talento.—Cómo es espontáneo.—Su estilo.—Cómo es innovador.—Su éxito.—Sus afectaciones.—Sus cartas estudiadas y sus versos académicos.—Su vida de colono.—Su empleo de aduanero.—Sus disgustos.—Sus excesos.—Su muerte.

III. Dominación de los conservadores en Inglaterra.—La revolución no se consuma al pronto más que en el estilo.—Cowper.—Su delicadeza enfermiza.—Sus desesperaciones.—Su locura.—Su retiro.—*The Task*.—Idea moderna de la poesía.—Idea moderna del estilo.

IV. La escuela romántica.—Sus pretensiones.—Sus tanteos.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las dos ideas de la literatura moderna.—La historia entra en la literatura.—Lamb, Coleridge, Southey.—Moore.—Defectos de este género.—Por qué triunfa menos en Inglaterra que en otras partes.—Sir Walter Scott.—Su educación.—Sus estudios de anticuario.—Sus gustos nobiliarios.—Su vida.—Sus poemas.—Sus novelas.—Insuficiencia de sus imitaciones históricas.—Excelencia de sus pinturas nacionales.—Sus cuadros domésticos.—Su burla amable.—Sus intenciones morales.—Su puesto en la civilización moderna.—Desarrollo de la novela en Inglaterra.—Realismo y honradez.—Cómo este género es burgués é inglés.

V. La filosofía entra en la literatura.—Inconvenientes del género.—Wordsworth.—Su carácter.—Su condición.—Su vida.—Pintura de la vida moral en la vida vulgar.—Introducción del estilo llano y de los compartimentos psicológicos.—Defectos del género.—Nobleza de los sonetos.—*La Excursión*.—Belleza austera de esta poesía protestante.—Shelley.—Sus imprudencias.—Sus teorías.—Su fantasía.—Su panteísmo.—Sus personajes ideales.—Sus paisajes vivos.—Tendencia general de la literatura nueva.—Introducción gradual de las ideas continentales.

Al acercarse el siglo XIX principia en Europa la gran revolución moderna. El público ilustrado y el espíritu humano cambian, y á impulsos de estos dos choques brota una nueva literatura.

La edad precedente ha hecho su obra. La prosa perfecta y el estilo clásico, han puesto al alcance de las inteligencias más torpes y atrasadas las opiniones de la literatura y los descubrimientos de la ciencia. Las monarquías templadas y las administraciones regulares han dejado desenvolverse á la clase media bajo la pomposa nobleza de la corte, como vemos brotar las plantas útiles bajo los árboles de adorno. Esas plantas se multiplican, crecen, se elevan al nivel de sus rivales, las envuelven en su vegetación floreciente y las confunden en su masa. Un nuevo mundo, burgués, plebeyo, ocupa el sitio en adelante, atrae la vista, impone su forma á las costumbres, imprime su

imagen en los espíritus. Hacia el fin del siglo un concurso súbito de circunstancias extraordinarias le saca á luz de repente y le eleva á una altura que ninguna edad había conocido. Con las grandes aplicaciones de las ciencias, aparece la democracia. La máquina de vapor y la *mull-jenny* elevan en Inglaterra ciudades de trescientas mil, de quinientas mil almas. En cincuenta años se duplica la población, y la agricultura llega á ser tan perfecta que, á pesar de ese enorme aumento de bocas que hay que sustentar, una sexta parte de los habitantes, con el mismo suelo, suministra alimentos al resto; la importación pasa del triplo, el tonelaje de los buques llega al séxtuplo, la exportación excede del séxtuplo (1). El bienestar, la holgura, la instrucción, la lectura, los viajes, todo lo que era un privilegio de unos cuantos pasa á ser patrimonio común del gran número. El flujo creciente de la riqueza eleva á la holgura á la parte más escogida de los pobres, y la parte más escogida de las gentes acomodadas llega hasta la opulencia. El flujo creciente de la civilización eleva la masa del pueblo á la educación rudimentaria, y á la masa de la clase media á la educación completa. En 1709 había aparecido el primer periódico cotidiano, un periódico del tamaño de la mano, que el editor no sabía cómo llenar, y que, unido á todos los otros, no arrojaba tres mil ejemplares anuales. En 1844 el timbre marcaba setenta y un millones de números, varios de ellos grandes y nutridos como volúmenes. Obreros y burgueses, emancipados y enriquecidos, surgen de las profundidades donde yacían sumidos en la estrechez,

(1) Alison, *History of Europe*.—Porter, *Progress of the Nation*.

la ignorancia y la rutina; salen á escena, echan á un lado el traje de comparsas, y en América, en Francia, en toda Europa, sucesivamente ó á la vez, se apoderan de los primeros papeles por una irrupción súbita ó por un progreso continuo, á fuerza de revoluciones, con gran prodigalidad de trabajo y de genio, á través de guerras gigantescas, fundando ó destruyendo Estados, inventando ó renovando ciencias, conquistando ó adquiriendo derechos políticos. Se ennoblecen por sus grandes obras; se hacen rivales, iguales, vencedores de sus señores; no necesitan ya imitarlos; tienen héroes á su vez, pueden presentar como ellos sus cruzadas, han ganado como ellos el derecho de tener una poesía, y van á tener una poesía como ellos.

En Francia, país de la igualdad precoz y de las revoluciones completas, es donde hay que observar este nuevo personaje, el plebeyo que se encumbra: Augereau, hijo de una frutera; Marceau, hijo de un procurador; Murat, hijo de un posadero; Ney, hijo de un tonelero; Hoche, antiguo sargento, que por la noche lee en su tienda de campaña el *Tratado de las sensaciones* de Condillac; y, sobre todo, ese joven delgado de mejillas hundidas, seco de ambición, con el corazón lleno de imaginaciones novelescas y de grandes ideas esbozadas, que, siendo teniente durante siete años, ha leído dos veces en Valence todo el surtido de un librero, que ahora, en Italia acaba de destruir cinco ejércitos con una tropa de desharrapados heroicos, y da cuenta á su gobierno de sus victorias con faltas de ortografía y de francés. Se hace amo y señor, se proclama el representante de la revolución, declara que «el porvenir está abierto á los talentos», y lanza á los otros consigo á las empresas. Le siguen, porque hay

gloria y, sobre todo, provecho que ganar. «Dos oficiales (dice Stendhal) mandaban una batería en Talavera; llega una bala, y derriba al capitán.—¡Bueno! (exclama el teniente). Han matado á Francisco; seré capitán yo.—Todavía no (dice Francisco, que no había sufrido más que un aturdimiento y vuelve á levantarse).» Esos dos hombres no eran enemigos ni malos, sino al revés, compañeros y amigos; pero el teniente quería ascender en grado. He ahí el sentimiento que proporcionó hombres para las hazañas y las carnicerías del Imperio, que hizo la revolución de 1830, y que hoy, en esta enorme democracia sofocante, impulsa á las gentes á un pugilato de trabajo y de intrigas, de genio y de bajezas, para salir de su condición primitiva y elevarse hasta las cumbres, cuya posesión es entregada á su competencia ó prometida á su esfuerzo. El personaje reinante ahora no es ya el hombre de salón elegante y negligente, que tiene asegurado su puesto y hecha su fortuna, que no tiene más ocupación que divertirse y agradar, que gusta de conversar, que es galante, que se pasa la vida en conversaciones con mujeres engalanadas, entre los deberes y los placeres de sociedad; es el hombre que trabaja solo en su cuarto ó corre en coche de alquiler para crearse amigos y protectores; hombre frecuentemente envidioso, á veces resignado, jamás satisfecho, pero fecundo en invenciones, pródigo de su labor, y que encuentra la imagen de sus mancillas y de su fuerza en el teatro de Víctor Hugo y en la novela de Balzac.

Tiene otras preocupaciones, y más grandes. Al mismo tiempo que el estado de la sociedad humana, ha cambiado la forma del espíritu humano. Ha cambiado por un desarrollo natural é irresistible, como una flor

que se convierte en fruto, como un fruto que se convierte en semilla. El espíritu comienza de nuevo la evolución que hizo ya en Alejandría, no como entonces en medio de un aire deletéreo, en medio de la degradación universal de los hombres esclavizados, en medio de la creciente decadencia de una sociedad que se disuelve, entre las angustias de la desesperación y el humo de las abstracciones, sino en el seno de un aire que se depura, entre los progresos visibles de una sociedad que se mejora y el ennoblecimiento general de los hombres emancipados, en medio de las arrogantes esperanzas y á la sana claridad de las ciencias experimentales. La edad oratoria que acaba, como acababa en Atenas y en Roma, ha agrupado todas las ideas en un casillero cómodo, cuyos compartimentos conducen los ojos al instante hacia el objeto que quieren definir, de modo que en adelante la inteligencia puede penetrar en concepciones más altas y comprender el conjunto que no había abarcado aún. Los pueblos aislados, franceses, ingleses, italianos, alemanes, llegan á tocarse y á conocerse por el impulso de la revolución y por las guerras del imperio, como antiguamente las razas separadas, griegos, sirios, egipcios, galos, por las conquistas de Alejandro y la dominación de Roma; de modo que en adelante cada civilización, ensanchada por el contacto con las civilizaciones vecinas, puede salir de sus límites nacionales y multiplicar sus ideas por la mezcla con las ajenas. La historia y la crítica nacen como bajo los Ptolomeos, y por todas partes, en todo el universo, en todos los puntos del tiempo, se ocupan en resucitar y en explicar las literaturas, las religiones, las costumbres, las sociedades, las filosofías; de modo que en adelante la inteligencia, emancipada por el espectáculo

de las pasadas civilizaciones, puede desprenderse de los prejuicios de su siglo, como se ha desprendido de los prejuicios de su país. Una raza nueva, adormecida hasta aquí, da la señal: Alemania, por toda Europa, imprime impulso á la revolución de las ideas, como Francia á la revolución de las costumbres. Esas buenas gentes, que se calentaban fumando junto á una estufa, y no parecían á propósito más que para hacer ediciones doctas, aparecen de pronto como los promovedores y jefes del pensamiento humano. Ninguna raza tiene un espíritu tan comprensivo: ninguna está tan bien dotada para la alta especulación. Se ve en su lengua, tan abstracta, que más allá del Rhin parece una jerga ininteligible. Y, sin embargo, gracias á esa lengua alcanza las ideas superiores. Porque lo característico de esa revolución, como de la revolución alejandrina, es que el espíritu humano se hace *más capaz de abstraer*. Ellos hacen en grande lo mismo que los matemáticos cuando han pasado de la aritmética al álgebra, y del cálculo ordinario al cálculo infinitesimal. Comprenden que tras las verdades limitadas de la edad oratoria hay explicaciones más profundas; van más allá de Descartes y de Locke, como los alejandrinos van más allá de Platón y Aristóteles; comprenden que un gran obrero arquitecto y átomos redondos ó cuadrados no son causas, que fluidos, moléculas y mónadas no son fuerzas, que un alma espíritual ó una secreción fisiológica no da cuenta del pensamiento. Buscan sobre los dogmas el sentimiento religioso, sobre las reglas la belleza poética, sobre los mitos la verdad crítica. Quieren comprender las potencias naturales y morales en sí mismas, independientemente de los soportes ficticios á que les ligaban sus antecesores. Todos esos soportes, almas y átomos;

todas esas ficciones, fluidos y mónadas; todas esas convenciones, reglas de lo bello y símbolos religiosos; todas las clasificaciones de las cosas naturales, humanas y divinas, se borran y desvanecen. En adelante no son ya más que figuras; no se conservan más que en calidad de auxiliares de la memoria y de la inteligencia; no son útiles sino provisionalmente y para ir más lejos. Con un movimiento común en toda la línea del pensamiento humano, las causas retroceden hasta una región abstracta adonde la filosofía no había ido á buscarlas desde hacía mil ochocientos años. Entonces aparece la enfermedad del siglo, la inquietud de Werther y de Fausto, del todo semejante á la que, en momento semejante, agitó á los hombres hace diez y ocho siglos; quiero decir, el descontento del presente, el vago anhelo de una belleza superior y de una felicidad ideal, la dolorosa aspiración hacia lo infinito. El hombre sufre dudando, y, sin embargo, duda; procura recobrar sus creencias, y se disipan en sus manos; quisiera descansar en las doctrinas y en las satisfacciones que bastaban á sus antepasados, y las juzga insuficientes. Se entrega como Fausto á ansiosas investigaciones al través de las ciencias y de la historia, y las estima vanas, dudosas, buenas para los Wagner, para pedantes de academia ó de biblioteca. Lo que él ansía es el *más allá;* le presiente al través de las fórmulas, al través de los textos y las confesiones de las iglesias, al través de las diversiones del mundo y los deslumbramientos del amor. Tras la experiencia grosera y los catecismos transmitidos hay una verdad sublime; sobre los atractivos de la sociedad y los goces de la familia existe una felicidad grandiosa. Escépticos, resignados ó místicos, todos la han entrevisto ó imaginado, desde Gœthe hasta Beethoven, desde

Schiller hasta Heine. A esa región se han remontado para remover á manos llenas el enjambre de sus grandes ensueños: no se han consolado al caer de esas alturas; en ellas han pensado desde la más profunda de sus caídas; como sus ascendientes alejandrinos y cristianos, habitaron por instinto ese magnífico mundo invisible donde duermen en una paz ideal las esencias y las potencias creadoras, y «la vehemente aspiración de su corazón ha atraído y sacado de su esfera á esos espíritus elementales, criaturas de llama que, mezclados á las cosas en el oleaje de la vida, en la tempestad de la acción, trabajan en el rumoroso telar del tiempo y tejen el vivo ropaje de la Divinidad (1)».

Así se eleva el hombre moderno, agitado por dos sentimientos, el uno democrático, el otro filosófico. Desde los abismos de su pobreza y de su ignorancia, se eleva con esfuerzo, levantando el peso de la sociedad establecida y de los dogmas admitidos, inclinado á reformarlos ó dispuesto á destruirlos, generoso al par que rebelde. Esas dos corrientes son las que desde Francia y Alemania llegan ahora á Inglaterra. Aquí hallan fuertes diques, les cuesta trabajo abrirse camino, entran más tardíamente que en otras partes; pero entran, sin embargo. Se forman un lecho nuevo entre las barreras antiguas, y las ensanchan sin romperlas, mediante una transformación lenta y pacífica que hoy aún continúa.

---

(1) *Fausto*, escena primera.

I

En un campesino de Escocia, Roberto Burns, se revela por primera vez el espíritu nuevo. Y en efecto; el hombre y las circunstancias son á propósito; difícilmente se juntaron nunca más miseria y más talento. Nació en Enero de 1759 entre las escarchas de un invierno escocés, en una cabaña de barro construida por las manos de su padre, pobre labrador del condado de Ayr: triste condición, triste país, triste cabaña. La vivienda se vino abajo algunos días después de su nacimiento, y su madre, en medio de la tempestad, se vió obligada á refugiarse con él en casa de un vecino. Es duro nacer en esa comarca; el cielo es tan frío, que en el mes de Julio, en un día de sol, no me sobraba á mí el abrigo en Glasgow. La tierra es mala: colinas desnudas donde á menudo falta la cosecha. El padre de Burns, ya de edad, sin más recurso apenas que sus brazos, teniendo que pagar un arrendamiento demasiado caro por su tierra, cargado de siete hijos, vivía á fuerza de economía, ó, más bien, de ayuno, solitariamente, para evitar la tentación de gasto. «Durante varios años, la carne fué una cosa desconocida en la casa.» Roberto iba descalzo y con la cabeza al aire; á los trece años trillaba; á los quince «era el principal labrador de la hacienda». La familia hacía todos los menesteres; no tenía criado ni criada. Apenas se comía, y se trabajaba con exceso. «Hasta los diez y seis años (dice Burns), la tristeza melancólica de un ermitaño con la labor incesante de un galeote: he ahí mi vida.» Se encorvó su espalda; le invadió la melancolía; casi todas las noches tenía pesadez y dolor de cabeza; más tarde vinieron las palpitaciones, y de noche se ahogaba en la cama y estaba á punto de desvanecerse. «La angustia que sentíamos (dice su hermano), era grandísima.» El padre envejecía; su cabeza cana, su frente pensativa, sus sienes adelgazadas, su espalda encorvada atestiguaban los trabajos y penalidades que le habían consumido. El agente de negocios escribía cartas insolentes y amenazadoras «que arrancaban lágrimas á toda la familia». Hubo un respiro cuando el padre cambió de tierra; pero se promovió un pleito entre él y el propietario. En fin, «después de zarandeado durante tres años por el torbellino curialesco (dice Burns con amargura), fué salvado de los horrores de la cárcel por una enfermedad del pecho que, después de dos años de anuncios, tuvo á bien intervenir». A fin de arrancar alguna cosa de las garras de la curia, los dos hijos y las dos hijas mayores se vieron obligados á presentarse como acreedores de la sucesión por sus atrasos de salario. Con ese pequeño peculio tomaron en arrendamiento otra tierra. Roberto tuvo siete libras esterlinas anuales por su trabajo: durante varios años su gasto entero no excedió de esa mísera cantidad; estaba decidido á salir adelante á fuerza de trabajo y abstinencia. «Leí libros de cultivo; calculé las cosechas, seguí el movimiento del mercado; pero el primer año, por la mala calidad de la semilla, y, el siguiente, por lo tardío de la recolección, perdimos la mitad de la cosecha.» Las desventuras se acumulaban unas sobre otras; la pobreza no deja nunca de engendrarlas. El herrero Armour, cuya hija era amante de Burns, le perseguía en justicia para sacarle dinero y se negaba á aceptarle por yerno. Juana Armour le abandonaba; él no podía dar su

nombre al hijo que iba á tener. Se veía obligado á ocultarse; había sido sometido á una penitencia pública. Escribía «que su alegría en ratos de expansión no era más que la locura del criminal ebrio en manos del verdugo». Resolvió salir de su patria: mediante treinta libras esterlinas anuales, se ajustó con Mr. Carlos Douglas para ser tenedor de libros en la Jamaica; por falta de dinero para pagar el pasaje, estaba á punto de someterse á esa especie de contrato de servidumbre que esclavizaba á los aprendices, cuando el éxito de su volumen le puso veinte guineas en la mano, y le permitió respirar durante cierto tiempo. Tal fué su vida hasta los veintisiete años; y la que siguió no valió mucho más.

Figuraos en esa condición un hombre de genio, un verdadero poeta capaz de las emociones más delicadas y de las aspiraciones más altas, que quiere subir, subir á la cumbre, que se cree capaz y digno de ello (1). Desde temprano había sentido el aguijón de la ambición; había tanteado á ciegas, «como el cíclope en su antro», los muros de la cueva en que se hallaba recluído; pero «las dos únicas salidas eran la puerta de la economía sórdida ó el sendero del tráfico ruin. La primera es una abertura tan angosta que yo nunca hubiese podido estrecharme bastante para pasar por ella; el segundo le he odiado siempre; había cieno á la misma entrada». Los bajos oficios oprimen el alma más aún que el cuerpo: el hombre perece allí, y no tiene más remedio que perecer; es forzoso que no quede de él más que una máquina, porque en esa acción donde todo es monótono, donde durante el día entero

(1) La mayoría de estos detalles están sacados de la *Biografía de Burns*, por Chambers, en cuatro tomos.

los brazos levantan el mismo látigo y hunden el mismo arado, si el pensamiento no toma ese movimiento uniforme, se hace mal la labor. Guárdese el poeta de dejarse distraer por la poesía; guárdese de hacer lo que Burns, «de no pensar en su trabajo más que cuando está en él». Debe pensar en él siempre, por la noche al desuncir el ganado, el domingo al ponerse la ropa nueva; debe contar por los dedos los huevos y las aves, pensar en las especies de estiércol, ver la manera de no gastar más que un par de zapatos y de sacar un céntimo más por cada haz de hierba. No prosperará, si no tiene la paciencia mecánica de un bracero y la vigilancia astuta de un pequeño mercader. ¿Cómo querer que prospere el pobre Burns? Era un desheredado de la fortuna, y pugnaba por salir de su condición con todas sus fuerzas. En la granja de Lochlea, durante las horas de las comidas, únicos instantes de descanso, padres é hijos comían con una cuchara en una mano y un libro en la otra. Burns, en la escuela del agrimensor, y más tarde en un club de jóvenes, en Torbolton, agitaba, por ejercitarse, las cuestiones generales, y defendía el pro y el contra, á fin de ver los dos lados de cada idea. Llevaba un libro en el bolsillo para estudiar en el campo en los ratos libres; dejó así fuera de uso dos ejemplares de Mackensie. «La colección de canciones era mi *vademecum*. Devoraba con los ojos, guiando mi carreta, canción tras canción, verso tras verso, notando detenidamente el verdadero, el tierno, el sublime, para distinguirlos de la afectación y de la hinchazón...» Sostenía correspondencia deliberadamente con sus compañeros de clase para formar su estilo; llevaba un diario, donde estampaba reflexiones sobre el hombre, sobre la religión, sobre los más grandes asuntos, y criticaba sus

primeras obras. «Ningún corazón ha suspirado más ardientemente que el mío por la dicha de distinguirse.» Adivinaba así lo que no sabía, se elevaba solo hasta el nivel de los más cultos. Dentro de poco va á poder juzgar en Edimburgo á los doctores respetados, incluso á Blair; verá que Blair tiene luces adquiridas, pero que carece de fondo. En este momento estudia con minuciosidad y amor las antiguas baladas escocesas, y por la noche en su frío chiribitil, de día silbando á su yunta, inventa formas é ideas. Hay que pensar en esto para medir su esfuerzo, para comprender sus miserias y su sublevación. Hay que pensar, que el hombre en quien se agitan esas grandes ideas brega en los campos, limpia sus vacas, va á cavar turba, se zabulle en un fango de nieve, y teme encontrar á la vuelta alguaciles que le lleven á la cárcel. Hay que advertir aún que, juntamente con las ideas de un pensador, tiene las delicadezas y los ensueños de un poeta. Una vez, habiendo dirigido los ojos á una estampa que representaba á un soldado muerto, y á su lado su mujer, su hijo y su perro, en medio de la nieve, de pronto, involuntariamente, se deshizo en lágrimas. Los huracanes de invierno azotando los árboles, bajo un cielo nublado, «le exaltaban, le ponían fuera de sí». Otra vez, paseando en primavera, «escuchaba (dice) los pájaros, y me apartaba á menudo de mi camino para no interrumpir sus cancioncillas ó ahuyentarlos. Aun á la rama de espino que avanzaba al través del camino, ¿qué corazón hubiese podido hacerla daño en semejante momento?» Ese enjambre de sueños grandiosos ó graciosos es el que venía á aplastar, cuando iban á emprender el vuelo, la servidumbre de la labor mecánica y de la economía perpetua. Unase á esto un carácter altivo, tan altivo, que más tarde en la sociedad, entre los grandes, el temor de todo lo que podía acercarse á la bajeza y al servilismo le hacía parecer casi áspero y rudo. Pobre desconocido como era, tenía casi tan alta opinión de mí mismo y de mis obras como ahora que el público ha fallado en su favor.» No es asombroso que se encuentren á cada paso en sus poesías las reclamaciones amargas de un plebeyo oprimido y sublevado.

Las formula contra la sociedad entera, contra el Estado y contra la Iglesia. Tiene el acento acerbo, aun á veces las frases de Rousseau, y quisiera «ser un vigoroso salvaje», salir de la vida civilizada, de la dependencia y de las humillaciones que impone al miserable. «Es duro ver á un señor que por su capacidad hubiera podido elevarse á la dignidad de sastre á ocho peniques por día, y cuyo corazón no vale tres ardites, recibir las atenciones y consideraciones que se niegan al hombre de genio pobre.» Es duro ver «á un pobre, extenuado de fatiga, completamente abyecto y rebajado, pedir á uno de sus hermanos de la tierra que le dé permiso para trabajar». Es duro «ver á ese gusano señorial rechazar la mísera súplica, sin pensar en los lamentos de la mujer llorosa y de los hijos sin pan». Cuando soplan los vientos del invierno, atrancando la puerta con sus ráfagas de nieve, el campesino, arrimado á su mísero fuego de turba, piensa en los grandes hogares bien caldeados de los nobles y de los ricos, «y á veces le cuesta trabajo dominar su actitud al ver cómo están repartidas las cosas, cómo los mejores padecen necesidades, mientras hay imbéciles que nadan en oro». Pero, sobre todo, el corazón «se estremece y se gangrena al ver su maldito orgullo».—«Un hombre es un hombre después de todo», y el rústico vale lo mismo que el señor. Hay quienes son nobles

por naturaleza, y no hay más nobles que esos; la ropa es cuestión de sastre, los títulos cuestión de cancillería, y «la única patente verdadera de honor es la que se recibe directamente de manos del Dios todopoderoso». Contra los que destruyen esa igualdad natural, Burns es despiadado. El menor suceso le saca de quicio. Léase la epístola del Beelcebub «al respetabilísimo conde de Breadalvane, presidente de la respetable sociedad de los *highlands*, reunida el 23 de Mayo último en Covent-Garden, para concertar medios y medidas á fin de desbaratar el proyecto de quinientos *highlanders*, que escandalosamente habían tratado de sustraerse á sus amos y señores de quienes eran propiedad legítima, emigrando á los desiertos del Canadá en busca de esa quimera que llaman libertad». Rara vez fué más prolongado y acerado el insulto; y la amenaza no estaba lejos. Advirtió á los diputados escoceses como revolucionario: «¡Renunciad á vuestros impuestos sobre el whiskey, ó andad sobre aviso!» La pobre madre Escocia quiere recobrar su cántaro y su olla. «Y, ¡por Dios!, si la apuráis demasiado, se remangará su sayo de tartán; se echará á la calle, puñal y pistola al cinto, y clavará la hoja hasta el mango al primero que encuentre.» Con tales sentimientos no necesito decir que Burns está por la revolución francesa. Vano es que escriba que en política «un hombre pobre debe ser sordo y ciego, debe dejar á los grandes el privilegio de ver y de oir». Él ve y oye; más aún; habla, y muy alto. Felicita á los franceses por haber rechazado á la Europa conservadora que se había coligado contra ellos. Celebra el árbol de la libertad. «En ese árbol crece un fruto singular; todo el mundo podrá decir sus virtudes, amigo mío. Eleva al hombre por cima del bruto, y hace que se conozca á sí propio.

Que el campesino pruebe un pedazo, y cátatele más grande que un señor, amigo mío. El rey Luis pensaba cortarle cuando era aún muy pequeño. Por eso el centinela le rompió la corona y le cortó la cabeza, amigo mío.» Extraña alegría, completamente salvaje y nerviosa, y que, con mejor estilo, se asemeja á la del *Ça ira*.

No es más suave con la Iglesia. A la sazón la estrecha vestidura puritana empezaba á crujir; ya la sociedad ilustrada de Edimburgo la había afrancesado, ensanchado, apropiado á los gustos del mundo, guarnecido de adornos, no muy brillantes, á la verdad, pero bien escogidos. Más abajo el dogma se relajaba, se acercaba gradualmente á las atenuaciones de Arminius y de Socín. John Goldie, un negociante, había discutido recientemente (1) la autoridad de las Escrituras; John Taylor había negado el pecado original. El padre de Burns, tan piadoso, se inclinaba hacia las doctrinas liberales y humanas, y mermaba la parte de la fe para aumentar la de la razón. Burns, según su costumbre, extremó las cosas; resultó deísta; no vió en Jesucristo más que un hombre inspirado; redujo la religión al sentimiento íntimo y poético, y persiguió con sus burlas á los ortodoxos oficiales y pagados. Desde Voltaire nadie ha sido más burlón ni más mordaz en materia religiosa. Según él, los ministros eclesiásticos son mercaderes que tratan de quitarse unos á otros la parroquia; gritan desaforadamente contra el puesto del competidor; celebran sus drogas con gran aparato de anuncios, y abren aquí y allí ferias para activar el consumo. «Esas ferias sagradas» son las reuniones piadosas donde se confieren los sacramentos

(1) 1780.

Sucesivamente predican y truenan los ministros, sobre todo el reverendo Moodie, que se revuelve y echa espumarajos para ilustrar los puntos de la fe: ¡figura terrible! «Si Satán se presentase aquí entre los hijos de Dios, como en los antiguos días, ese espectáculo bastaría para ahuyentarle lleno de espanto.»—«¡Cómo retumba su voz, y qué porrazos da! ¡Cómo golpea con el pie y cómo salta! Su barba alargada, su nariz remangada, sus aullidos, sus ademanes descompuestos caldean los corazones devotos, á la manera de los parches de cantáridas.»—Se pone ronco y hay un descanso; los congregados comen, sacando á relucir las tortas y el queso; los jóvenes abrazan por la cintura á sus beldades; así estaban bien para escuchar. Gran bullicio en la posada; suenan los jarros sobre la mesa; el whiskey circula, y proporciona argumentos á los bebedores que comentan el sermón; se aplasta á la razón carnal; se exalta la fe gratuita; argumentos y patadas, voces de vendedores y de bebedores, todo se mezcla: es una *kermesse* teológica. «Pero ahora resuena la trompeta del Señor, haciendo mugir á las colinas. Es Russell el Negro, que no se queda corto. Sus penetrantes palabras, como una espada de los *higlands*, traspasan los miembros hasta la medula; habla del infierno donde habitan los diablos, un ancho pozo sin fondo, sin límites, lleno de azufre inflamado, donde la llama furiosa y el calor devorador fundirán la más dura piedra de afilar; las ovejas, medio adormecidas, se sobresaltan con espanto creyendo oir mugir el abismo, y descubren que es alguno que ronca.» Por fin se dispersan. ¡A cuántos pecadores y muchachas se ha convertido en ese día! Los corazones de piedra se han derretido. Los unos están llenos de amor divino; los otros están llenos de aguardiente.» Los jóvenes han

tenido cita con las muchachas, y el diablo ha hecho su negocio mejor aún que Dios. ¡Bella y moral ceremonia! guardémosla preciosamente, y también nuestra sabia teología que condena á las gentes «cinco mil años antes de su nacimiento». En cuanto al perro del sentido común que muerde tan de firme, desterrémosle allende los mares: «¡Que se vaya á ladrar á Francia!» Porque, ¿dónde encontrar nada mejor que nuestros reverendos Willis el santo, por ejemplo? Se siente predestinado, lleno de la gracia, que no le faltará nunca; de modo que el que se le opone se opone á Dios, y no merece sino que le ahorquen; Willis puede difamar á ese pícaro y perseguirle en conciencia. «En cuanto á mí (dice Burns), mejor querría ser ateo declarado que hacer del Evangelio una pantalla.»—«A un hombre de bien puede gustarle un vaso, á un hombre de bien puede gustarle una muchacha; pero desdeñará siempre la venganza ruin y la maldad desleal. ¡Y ahora desplegad celo por el Evangelio! ¡Gritad fuerte, como algunos que conocemos nosotros!» Hay una belleza, una honradez, una felicidad fuera de los convencionalismos y de la hipocresía, más allá de las predicaciones correctas y de los salones decorosos, al lado de los *gentlement* de corbata blanca y de los reverendos de alzacuello nuevo.

Burns escribe aquí su obra maestra, *Los Vagabundos* (1), semejante á la de Béranger, pero ¡cuánto más pintoresca, más variada y poderosa! Es á fines de otoño; las pardas hojas ruedan impelidas por el viento; una alegre partida de vagabundos, buenos diablos, van á regodearse á la taberna de Poosie Nansie. «Beben y ríen, cantan y bullen, golpean y saltan, al par

(1) *The Jolly Beggars.*

que suenan las tarteras.» El primero, arrimado al fuego, vestido de pingos rojos, es un soldado con su hembra; la mujer ha bebido bien; él la besa y la acerca aun la boca golosa; los besazos restallan como látigo de carretero, y el hombre, tambaleándose sobre la muleta, con aire calavera, entona á grito herido su canción: «Yo estaba en Curtis en las baterías flotantes y allí dejé en testimonio un brazo y una pierna. Sin embargo, que mi país me necesite, y me dé á Elliot por jefe, y se oirá golpear al son del tambor mi pierna de palo.» El coro repite, y las voces retumban; los ratones, asustados, se guarecen en lo más profundo de sus agujeros. Ahora le toca la vez á la hembra: «Yo era moza en otro tiempo, aunque no puedo decir cuándo. Aún ahora, mi delicia son los guapos mozos.» Su padré fué un dragón, no está muy enterada de cuál; por eso todos sus galanes han llevado uniforme: primero, el tambor; luego el capellán. «Pronto me cansé de mi imbécil reverendo. Por marido tomé el regimiento en conjunto. Desde el dorado espontón hasta el pífano, todos me encontraban dispuesta.» Después la paz la dejó á la cuarta pregunta; pero en la feria de Cunningham volvió á encontrar á su buena pieza: ¡llevaba colgados tan airosamente los pingajos del uniforme! Volvió á arreglarse con él, y, «mientras pueda tener firme el vaso con las dos manos, beberá á la salud de su héroe». Me parece que eso es hablar claro, y que el poeta no se muerde la lengua. Sus otros personajes son por el estilo: un payaso, una mocetona cortabolsas, un pobre enano rascacuerdas, un calderero ambulante, todos desharrapados y vocingleros, bohemios que se agarran, se zurran, se abrazan y hacen temblar los vidrios con las explosiones de su buen humor. «Vacían sus morrales, empeñan sus trapos, no

se quedan más que con lo preciso para taparse el trasero», y su coro sube como un trueno, haciendo retemblar las vigas y las paredes:

«¡Al diablo los protegidos por la ley. La libertad es un glorioso festín. Los tribunales se han hecho para los mandrias; las iglesias para dar gusto al sacerdote!»

«¿Qué es un título? ¿qué es un tesoro? ¿qué es el cuidado de una reputación? Si nosotros llevamos una vida de placer, poco importa dónde y cómo.»

«Con nuestras artimañas y nuestras patrañas, rodamos de un lado para otro todo el día, y por la noche abrazamos á nuestras arrastradas sobre el heno del pajar ó del establo.»

«La vida no es más que una casaca de arlequín; nosotros no miramos cómo sienta. Que sermoneen sobre el decoro los que tienen reputaciones que perder.»

«¡A la salud de las alforjas, de los zurrones y los morrales! ¡A la salud de toda la tuna! ¡A la salud de nuestra prole y de nuestras hembras! ¡Gritemos todos y cada uno: *amén!*»

«¡Al diablo los protegidos por la ley. La libertad es un glorioso festín. Los tribunales se han hecho para los mandrias; las iglesias para dar gusto al sacerdote!»

«¿Hay quien haya hablado mejor el lenguaje de los rebeldes y de los niveladores? Existe aquí, sin embargo, algo más que el instinto de la destrucción y el llamamiento á los sentidos; existe el odio al *cant* y el retorno á la naturaleza. «¡Moralidad (dice en alguna parte), mortal veneno, tú también has matado gente á millares! ¡Gracias á ti, espera en vano el que toma por guía y sostén la verdad, la justicia y la piedad!» ¡La piedad! Esa gran palabra lo renueva todo. Como en otros días, hace mil ochocientos años, los hombres saltan por los formularios y las prescripciones legales.

Como en otros días, en los de Virgilio y Marco Aurelio, la sensibilidad refinada y la amplia simpatía abrazan á seres que parecían excluidos por siempre de la sociedad y de la ley. Burns se enternece sinceramente, por una oveja que se ha herido, por un ratón cuya guarida ha estropeado su arado, por una margarita de montaña. Hombre, animal ó planta, ¿hay tan grande diferencia? Un ratón acopia, calcula, sufre como un hombre. «Cierto que roba de cuando en cuando; pero ¿y qué? ¡Pobre animal! preciso es que viva.» No se siente ya deseo de maldecir ni aun á los antiguos condenados, á los grandes malhechores, á Satán y sus huestes; como los fanfarrones de taberna y los mendigos que se ha visto hace poco, tienen sus méritos, y quizá, después de todo, no son tan malos como se dice. He aquí, por ejemplo, «el viejo cornudo, el zorro ladino que nos ha jugado tan malas pasadas, sobre todo el día que se escurrió de incógnito en el paraíso», y causó la desgracia de nuestros primeros padres. Ahora «en su caverna ahumada, derrama azufre sobre la pobre gente. Sin embargo (dice Burns), yo estoy seguro de que no es un gran placer, ni aun para un diablo, deslomar y escaldar á los pobres perros como yo, y oirlos berrear. Buenas noches, amigo Nick. ¡Si pudieseis tener una buena idea y enmendaros! Acaso entonces podríais... ¿quién sabe?... tener alguna probabilidad... Me da pena pensar en ese agujero negro de allá abajo, aunque no fuese más que por vos», se ve que habla al diablo como á un compañero desgraciado, de mala ralea, pero sumido en la aflicción. Demos un paso más, y veremos que en un poema contemporáneo, en Gœthe, no se condena gran cosa al mismo Mefistófeles; su dios, el dios moderno, le tolera y le declara que jamás ha odiado á sus congéneres. Es que la

amplia naturaleza conciliadora reune en sus coros con iguales títulos á los ministros de destrucción y á los ministros de vida. En medio de este profundo cambio, cambia el ideal; la vida ordinaria y arreglada, el extricto deber puritano, no agotan todas las potencias del hombre. Burns reclama en favor del instinto y del goce, hasta parecer epicúreo. Tiene verdadera alegría, vena cómica; la risa le parece una cosa buena; la ensalza, y ensalza también las buenas cenas de buenos amigos, donde circula el vino, donde menudean las bromas, donde bullen las ideas, donde centellea la poesía, haciendo bailar en el cerebro humano una mascarada de bellas figuras y de personajes de buen humor.

Enamorado, lo fué siempre. Hasta tal punto hacía del amor el gran objeto de su vida, que en el club que fundó con los jóvenes de Torbolton, se impuso á cada miembro la obligación «de ser el amante declarado de una ó varias buenas mozas». Desde la edad de quince años, ese fué su principal objeto. Tenía por compañera en las faenas de la recolección una dulce y amable muchacha, de un año menos que él. «Sin saberlo (dice) ella me inició en esa pasión deliciosa que, á pesar de las amargas decepciones y de cuanto diga una filosofía huera, es aún la primera de las alegrías humanas, nuestra más cara bendición aquí abajo.» Cuando habían recogido la mies, se sentaba junto á ella con un placer que no comprendía, para quitarla las barbas de espiga que tenía en los dedos. Tuvo sin duda otros caprichos, y menos inocentes; yo creo que era sino suyo el enamorarse de todas las mujeres; en viendo una muchacha bonita, se extasiaba; su diario y sus canciones revelan que, á la menor mariposa, dorada ó no, que parecía ir á posarse, ya estaba él de

caza. Nótese que no se concretaba á los ensueños platónicos; no era corto en acciones ni en palabras; en sus poesías no faltan los chistes subidos de color. Se llama á sí mismo «un pagano no regenerado», y tiene razón. Hasta hizo versos obscenos, y lord Byron cita de él un paquete de cartas inéditas, se supone, y tales que no se puede imaginar nada peor: era el exceso de savia que rezumaba en él y ensuciaba la corteza. No se alaba de esos desbordamientos; más bien se arrepentía; pero, en cuanto al vuelo y despliegue de la libre vida poética á la luz del sol, no veía nada que decir. Opinaba que el amor, con los sueños encantadores que provoca, la poesía y el placer, son cosas bellas, conformes con los instintos del hombre, y, por tanto, con los designios de Dios. En resumen; en contraposición al puritanismo lúgubre, aprobaba la alegría y bendicía la felicidad (1).

Y no es que sea un simple epicúreo; á la inversa, es religioso llegado el caso. Cuando, después de la muerte de su padre, recitaba en alta voz la oración de la tarde, hacía derramar lágrimas á los presentes, y su poema *El Sábado en el cottage* es el más sentido de los idilios virtuosos. Yo creo aún que era profundamente religioso. Aconsejaba á los jóvenes, «si tenían en algo la paz de su alma, que mantuviesen un comercio fervoroso y regular con la Divinidad». Lo que él había ridiculizado era el culto oficial; en cuanto á la religión, que es «el lenguaje del alma», la rendía acatamiento. Varias veces, delante de Dugal Stewart, en Edimburgo, desaprobó las burlas escépticas que oía en las cenas. Creía tener «todas las seguridades posibles» de una vida futura, y muchas veces, al lado de

(1) Chamber's edition, t. I, p. 93.

una sátira burlona, se encuentran en él estrofas llenas de humilde arrepentimiento, de fervor confiado ó de resignación cristiana. Serán, si se quiere, las contradicciones de un poeta, pero son también las adivinaciones de un poeta; bajo esas variaciones aparentes hay un nuevo ideal que surge; las antiguas morales estrechas van á ceder el puesto á la amplia simpatía del hombre moderno, que ama la belleza dondequiera que se encuentre, y que, negándose á mutilar la naturaleza humana, es á la vez pagano y cristiano.

Burns tiene esa originalidad y ese instinto adivinador en el estilo lo mismo que en las ideas. Lo característico de la edad en que vivimos, y que él abre, es borrar las distinciones rígidas de clase, de catecismo y de estilo; académicos morales ó sociales, los convencionalismos caen, y queremos que triunfe en la sociedad el mérito personal, en la moral la generosidad nativa, en la literatura el sentimiento verdadero. Burns es el primero que entra en esta vía, y varias veces llega hasta el fin. Si hace versos, no es por cálculo, ni por obediencia á la moda. «Yo no había tenido nunca la menor idea ni inclinación de hacerme poeta (dice) hasta el momento en que me enamoré seriamente, y entonces la rima y la canción vinieron á ser en cierto modo el lenguaje espontáneo de mi alma.» —«Mis pasiones se revolvían como otros tantos demonios, mientras no encontraban un desahogo en los versos.» Hechos los versos, se sentía aliviado, consolado de sus miserias; los canturreaba, conduciendo el arado, con música de antiguos aires escoceses, que amaba con pasión, y que, en cuanto se cantan (dice) traen á los labios las ideas y la rima. He ahí la poesía natural, no crecida en estufa, sino nacida del suelo entre dos surcos, en compañía de la música, en medio

de las tristezas y de las bellezas del clima, como los brezos violados del país. Se comprende que haya renovado su lengua; por primera vez ese hombre habla como se habla, ó, más bien, como se piensa, sin exclusivismo, con una mezcla de todos los estilos, familiar y terrible, ocultando una emoción con una bufonada, tierno y chocarrero en el mismo punto, dispuesto á juntar las trivialidades de posada y las más grandes expresiones de la poesía (1); tan indiferente es á las reglas y tan dado á mostrar su sentir como le ocurre y tal cual es. Por fin, después de tantos años, salimos de la declamación cantada, y oímos una voz de hombre; más aún: olvidamos la voz por la emoción que expresa, sentimos de rechazo esa emoción en nosotros mismos, entramos en comercio con un alma. A la sazón la forma parece desvanecerse y desaparecer; yo me atrevo á decir que esta es la gran característica de la poesía moderna; siete ú ocho veces la alcanza Burns.

Y logró imponerse. Publicado su primer volumen se hizo célebre de pronto. Llegado á Edimburgo, se vió festejado, mimado, admitido en los primeros salones, entre los grandes y los hombres de letras, y amado de una mujer que era casi una dama. Durante una temporada se le disputaron, y él ocupó su puesto dignamente entre aquellas gentes tan ricas y tan nobles. Se le respetó, y hasta se le quiso. Una suscripción le valió una segunda edición y 500 libras esterlinas. El también, en fin, como los grandes plebeyos de Francia, como Rousseau á la cabeza de todos, había conquistado su puesto. Desgraciadamente llevaba

(1) Véase *Tom O'shanter, Address to the Deil, The Jolly Beggars, A man is a man, Green grow the rushes*, etc.

allí, como ellos, los vicios de su estado y de su genio. Nadie se encumbra, ni sobre todo se empeña en encumbrarse impunemente; nosotros también tenemos nuestros vicios, y, en primer término, la vanidad enfermiza. «Ningún corazón (dice Burns) suspiró nunca más ardientemente que el mío por la dicha de distinguirse.» Este amor propio enfermizo falseaba su talento y le extraviaba. Se afanaba por tener un bello estilo epistolar, é incurría en la ridiculez de imitar en sus cartas á los académicos y cortesanos. Escribía á sus amantes en frases rebuscadas tan pedantescas como las de Johnson. No se decide uno á citarlas: tan grotesco es su énfasis. Otras veces consignaba en un diario los trozos literarios que le ocurrían, y seis meses después los enviaba á sus corresponsales como efusiones del momento é improvisaciones naturales. Aun en sus versos cae á menudo, demasiado á menudo, en el florido estilo de rúbrica; pone en juego los suspiros, los ardores, las llamas y hasta los grandes artificios clásicos y mitológicos. Béranger, que se creía ó se decía el poeta del pueblo, ha hecho otro tanto. Un plebeyo necesita tener mucho valor para decidirse á ser siempre el mismo y no embutirse en el traje de corte. Por ejemplo: Burns, escocés y aldeano, evitaba al hablar todas las locuciones escocesas ó lugareñas; le agradaba mostrarse tan bien educado como la gente de tono. Sólo á la fuerza y por sorpresa le sacaba su genio de los convencionalismos; dos veces de cada tres sus pretensiones desvirtuaban su sentimiento.

Su triunfo duró un invierno, después de lo cual se dejó sentir la gran llaga incurable del plebeyo; quiero decir que le fué preciso ganarse la vida. Con el dinero que había sacado de su libro arrendó una pe-

queña hacienda. Fué un mal negocio, y, por otra parte, se comprende bien que él no era hombre de condiciones para ninguna explotación. «Podría escribiros (dice en una de sus cartas) sobre el cultivo, la construcción y las transacciones; pero tengo mi pobre cabeza tan trastornada, tan fatigada, tan torturada, tan endiablada con la execrable y maldita obligación de conseguir que una guinea haga el servicio de tres, que detesto, abomino el solo nombre de negocios, y me desmayo al pensar en ellos.» No tardó en marcharse, con los bolsillos vacíos, á desempeñar en Dumfries un destino de aduanero, que le daba en junto noventa libras anuales. En esa bonita posición, ponía la estampilla en los cueros, aforaba las cubetas, vigilaba la fábrica de velas, concedía licencias para el transporte de las bebidas espirituosas. De los estercoleros había pasado á la administración y á la mercería: ¡qué vida para tal hombre! Aun independiente y rico, hubiera sido desgraciado. Esos grandes novadores, esos poetas son todos iguales. Lo que los hace poetas es el aflujo violento de las sensaciones; tienen una máquina nerviosa más sensible que la nuestra; los objetos que nos dejan fríos á nosotros los sacuden á ellos súbitamente y los ponen fuera de sí. Al menor choque falta su cerebro, después de lo cual tornan á caer; se disgustan de la vida y se sienten taciturnos entre los recuerdos de las faltas que han cometido y de las delicias que han perdido. «Mi peor enemigo (dice Burns) soy yo mismo. Hay dos seres á quienes envidio: un caballo cerril que atraviesa una selva de Asia, ó una ostra fija en cualquier desierta costa europea. El uno no tiene un deseo que no satisfaga; la otra no tiene deseos ni temores.» Siempre estaba en los extremos, ya en lo más bello, ya en lo

más bajo; por la mañana, á punto de llorar; por la noche en la mesa ó debajo de la mesa; ahora, prendado de Juana Armour; luego, cuando le rechaza, arreglándose con otra; después tornando á Juana para volverla á dejar y volver á entenderse, entre mil escándalos, desdoros y hastíos. En esa clase de cabezas las ideas son como bombas; el hombre disparado lo destroza todo, se destroza á sí mismo; al día siguiente emprende la carrera en sentido contrario, y acaba por no encontrar ya en sí y fuera de sí más que ruinas. Burns no había sido nunca hombre de juicio, y lo fué menos que nunca después de su éxito de Edimburgo. Había gozado demasiado, sentía desde entonces demasiado vivamente el doloroso aguijón del hombre moderno, la desproporción entre el deseo y el poder. Los desórdenes habían pervertido casi la bella imaginación «que antes era la fuente principal de su felicidad», y confesaba que, en vez de tiernos ensueños, no tenía ya más que deseos sensuales. Le habían hecho beber hasta las seis de la mañana; en Dumfries estuvo borracho muchas veces; no es cosa muy buena el vino, pero nos trae un carnaval á la cabeza, y, en este concepto, los poetas, como los pobres, son inclinados á él. Una vez, en casa de Mr. Biddel, Burns bebió tanto que insultó á la señora; al otro día ofreció disculpas, que no fueron aceptadas, y por despecho escribió versos contra ella: excesos deplorables, y que anuncian un espíritu fuera de asiento. A los treinta y siete años estaba gastado. Una noche, habiendo abusado de la bebida, se sentó y se durmió en medio de la calle. Era en Enero y cogió una fiebre catarral. Se quiso llamar á un médico. «¿Para qué ha de perder el tiempo conmigo un médico? Soy un pichón tan ruin que no valgo la pena de que me des-

plumen.» Estaba horriblemente flaco, no dormía y no podía tenerse ya sobre las piernas. «En cuanto á mi persona, estoy tranquilo; pero ¡la pobre viuda de Burns y media docena de chiquitines! Para eso soy tan débil como lágrima de mujer.» Aún tuvo el temor de no acabar en paz y la amargura de pedir limosna. «Un pícaro tendero (escribía á su primo), pensando que voy á morirme, ha entablado una demanda contra mí, é infaliblemente va á dar con mis pobres huesos en la cárcel... ¡Oh! ¡si supieseis qué orgulloso es mi corazón me compadeceríais doblemente! ¡Ay! ¡yo no estoy acostumbrado á mendigar!» Murió pocos días después, á los treinta y ocho años. Su mujer daba á luz el quinto hijo.

II

¡Triste vida! Y esa es, por lo común, la de los precursores. No es sano marchar demasiado aprisa; Burns iba tan adelante, que se necesitaron cuarenta años para alcanzarle. Entonces los conservadores y los creyentes predominaban en Inglaterra sobre los excépticos y revolucionarios. La constitución era liberal, y parecía la garantía de los derechos; la Iglesia era popular, y parecía el sostén de la moral. La capacidad práctica y la incapacidad especulativa desviaban á los espíritus de las innovaciones propuestas, y los aferraban al orden establecido. Se encontraban bien en la gran mansión feudal, ensanchada y amoldada á las necesidades modernas; les parecía hermosa, estaban orgullosos de ella, y el instinto nacional, como la opinión pública, se declaraban contra los innovadores

que querían demolerla para reedificarla. De repente una violenta sacudida había transformado ese instinto en pasión y esa opinión en fanatismo. La revolución francesa, admirada al pronto como una hermana, había parecido una furia y un monstruo. Pitt declaraba en pleno Parlamento, con aplauso universal (1), «que las notas dominantes del nuevo gobierno republicano eran la abolición de la religión y la abolición de la propiedad». Toda la clase ilustrada é influyente se levantaba para aplastar á esa secta de bandidos por institución y ateos por principios, y el jacobinismo, que surgía entre sangre para asentarse en la púrpura, fué perseguido hasta en su hijo y campeón «Bonaparte, que le había centralizado y entronizado (2)». En medio de ese ensañamiento nacional, las ideas liberales palidecían; los más ilustres amigos de Fox, Burke, Windham, Spencer, le abandonaron: de 160 partidarios que tenía en la Cámara de los Comunes, no le quedaron más que 50. El gran partido whig pareció desaparecer, y en el año de 1799 la mayor minoría que pudo reunirse contra el gobierno fué de 25 votos. Entre tanto se tenía en un puño al jacobinismo inglés (3); «el *habeas corpus* se suspendía varias veces; los escritores que insinuaban doctrinas contrarias á la monarquía y á la aristocracia eran proscritos y castigados sin conmiseración. Era peligroso que un republicano hiciese su profesión de fe política en la fonda, delante de su *beefsteak* y su botella; y en Escocia, por ofensas que en Westminster se hubiesen calificado de delitos simples (4), se veía mandar á Bo-

(1) *Pitt's Speeches*, t. II, p. 17.
(2) Discurso de Pitt, 17 de Febrero de 1800.
(3) *Life of William Pitt*, by Macaulay.
(4) *Misdemeanours*.

plumen.» Estaba horriblemente flaco, no dormía y no podía tenerse ya sobre las piernas. «En cuanto á mi persona, estoy tranquilo; pero ¡la pobre viuda de Burns y media docena de chiquitines! Para eso soy tan débil como lágrima de mujer.» Aún tuvo el temor de no acabar en paz y la amargura de pedir limosna. «Un pícaro tendero (escribía á su primo), pensando que voy á morirme, ha entablado una demanda contra mí, é infaliblemente va á dar con mis pobres huesos en la cárcel... ¡Oh! ¡si supieseis qué orgulloso es mi corazón me compadeceríais doblemente! ¡Ay! ¡yo no estoy acostumbrado á mendigar!» Murió pocos días después, á los treinta y ocho años. Su mujer daba á luz el quinto hijo.

II

¡Triste vida! Y esa es, por lo común, la de los precursores. No es sano marchar demasiado aprisa; Burns iba tan adelante, que se necesitaron cuarenta años para alcanzarle. Entonces los conservadores y los creyentes predominaban en Inglaterra sobre los excépticos y revolucionarios. La constitución era liberal, y parecía la garantía de los derechos; la Iglesia era popular, y parecía el sostén de la moral. La capacidad práctica y la incapacidad especulativa desviaban á los espíritus de las innovaciones propuestas, y los aferraban al orden establecido. Se encontraban bien en la gran mansión feudal, ensanchada y amoldada á las necesidades modernas; les parecía hermosa, estaban orgullosos de ella, y el instinto nacional, como la opinión pública, se declaraban contra los innovadores

que querían demolerla para reedificarla. De repente una violenta sacudida había transformado ese instinto en pasión y esa opinión en fanatismo. La revolución francesa, admirada al pronto como una hermana, había parecido una furia y un monstruo. Pitt declaraba en pleno Parlamento, con aplauso universal (1), «que las notas dominantes del nuevo gobierno republicano eran la abolición de la religión y la abolición de la propiedad». Toda la clase ilustrada é influyente se levantaba para aplastar á esa secta de bandidos por institución y ateos por principios, y el jacobinismo, que surgía entre sangre para asentarse en la púrpura, fué perseguido hasta en su hijo y campeón «Bonaparte, que le había centralizado y entronizado (2)». En medio de ese ensañamiento nacional, las ideas liberales palidecían; los más ilustres amigos de Fox, Burke, Windham, Spencer, le abandonaron: de 160 partidarios que tenía en la Cámara de los Comunes, no le quedaron más que 50. El gran partido whig pareció desaparecer, y en el año de 1799 la mayor minoría que pudo reunirse contra el gobierno fué de 25 votos. Entre tanto se tenía en un puño al jacobinismo inglés (3); «el *habeas corpus* se suspendía varias veces; los escritores que insinuaban doctrinas contrarias á la monarquía y á la aristocracia eran proscritos y castigados sin conmiseración. Era peligroso que un republicano hiciese su profesión de fe política en la fonda, delante de su *beefsteak* y su botella; y en Escocia, por ofensas que en Westminster se hubiesen calificado de delitos simples (4), se veía mandar á Bo-

(1) *Pitt's Speeches*, t. II, p. 17.
(2) Discurso de Pitt, 17 de Febrero de 1800.
(3) *Life of William Pitt*, by Macaulay.
(4) *Misdemeanours*.

tany-Bay, confundidos con los criminales (1), á hombres de espíritu culto y de porte distinguido». Entre tanto, la intolerancia de la nación agravaba la del gobierno. Cualquiera que hubiese proclamado ideas democráticas hubiera sido insultado. Los periódicos presentaban á los innovadores como malvados y enemigos públicos. El populacho de Birmingham quemaba las casas de Priestley y de los unitarios. A la postre Priestley tuvo que salir de Inglaterra. Lord Byron se desterró por el mismo motivo, y al partir, sus amigos temieron que la multitud reunida en torno de su coche pusiera las manos sobre él.

No era en ese mundo, armado contra las nuevas teorías, donde las nuevas teorías podían nacer. La revolución penetra allí no obstante; penetra disfrazada y por un camino desviado, de modo que no se la conoce. No son las ideas sociales las que se transforman, como en Francia, ni las ideas filosóficas, como en Alemania, sino las ideas literarias; la gran marea ascendente del espíritu moderno, que derriba en otras partes todo el edificio de las condiciones y de las especulaciones, no llega aquí por el pronto más que á cambiar el gusto y el estilo. Pequeño cambio, al menos en apariencia, pero que, en resumen, vale lo que los otros; porque esa renovación en la manera de escribir es una renovación en la manera de pensar, y esta última traerá todas las otras, como el movimiento del eje central acarrea el movimiento de todos los rodajes engranados.

¿En qué consiste esa reforma del estilo? Antes de definirla prefiero mostrarla, y para eso es menester que se vea el carácter y la vida del primero que la ha

(1) *Felons.*

practicado sin sistema, William Cowper: porque su talento no es más que la imagen de su carácter, y sus poemas no son más que el eco de su vida. Era un niño delicado, tímido, de una sensibilidad excesiva, apasionadamente efectuoso, y que, habiendo perdido á su madre á los seis años, se vió sometido casi inmediatamente al *fagging* y á las brutalidades de una escuela pública. Son extraños en Inglaterra: un muchacho de unos quince años le tomó como víctima, y el pobre niño, continuamente maltratado, concibió «tal temor á su verdugo, que no se atrevía á alzar los ojos delante de él, y le conocía más por las hebillas de sus zapatos que por ninguna otra parte de su vestido». A los nueve años le invadió la melancolía, no el ensueño dulce á que damos ese nombre, sino el profundo abatimiento, la desesperación sombría y continua, la horrible enfermedad de los nervios y del alma que produce el suicidio, el puritanismo y la locura. «Día y noche estaba en un suplicio, acostándome lleno de angustia, levantándome lleno de desesperación.» El mal cambiaba de aspecto, disminuía, pero no le abandonaba. Nacido en una gran familia, pero no teniendo más que una pequeña fortuna, aceptó sin reflexión la oferta de su tío, que quería darle un empleo en la Cámara de los Comunes; pero había que sufrir un examen, y todos sus nervios se estremecían con sólo pensar que tendría que aparecer y hablar en público. Durante seis meses trató de prepararse; pero leía sin comprender; le minaba una fiebre nerviosa. Sus sensaciones eran «las de un hombre que sube al cadalso, siempre que ponía el pie en la oficina; durante seis meses fué allí todos los días».—«En ese estado (dice), me acometía á veces tal acceso de desesperación, cuando estaba solo en mi cuarto, que gritaba y mal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decía la hora en que nací, levantando los ojos al cielo, no en ademán suplicante, sino con un espíritu infernal de odio venenoso y de reproche contra mi Creador.» El día del examen se acercaba; esperó volverse loco para librarse de él, y, como la razón se mantenía firme, hasta pensó en matarse. En fin, en un momento de delirio, vino la demencia y le metieron en una casa de locos, «lleno de un sentimiento exaltado de disgusto y de horror hacia sí propio, y asediado por el temor de un inmediato castigo», hasta el extremo de creerse condenado, como Bunyan y los primeros puritanos. Al cabo de varios meses recobró la razón, pero impresionada por los extraños países donde había viajado completamente solo. Permaneció triste, como hombre que se cree caído en desgracia con Dios, y se sintió incapaz de una vida activa. En esto, un ministro, Mr. Unwin y su mujer, gente piadosa y ordenada, le recogieron. El trataba de ocuparse mecánicamente, fabricando, v. gr., jaulas de conejos, jardineando y domesticando liebres. Empleaba el resto del día, como un metodista, leyendo la Escritura ó sermones, cantando himnos con sus amigos, y conversando sobre materias espirituales. Ese régimen, el aire sano del campo, el afecto maternal de mistress Unwin y de lady Austen, determinaron algún alivio. ¡Le querían tan generosamente, y era él tan amable! Afectuoso, lleno de abandono, inocentemente bromista, con una imaginación natural y encantadora, una fantasía graciosa, una exquisita finura, y ¡tan desgraciado! Era de aquellos á quienes las mujeres veneran, á quienes aman maternalmente, por compasión primero, por atracción después, porque sólo en ellos encuentran las consideraciones, las atenciones minuciosas y tiernas, los respetos delicados que nuestra rudeza no sabe tributarlas,

y que necesita, sin embargo, su ser más sensible. Esos dulces instantes no fueron duraderos. «Mi espíritu (decía) tiene siempre un fondo melancólico; se parece á ciertos estanques que he visto, que están llenos de un agua negra y corrompida, y que, no obstante, en los días serenos reflejan en su superficie los rayos del sol.» Sonreía como podía, pero con esfuerzo; era la sonrisa de un enfermo que sabe que es incurable, y trata de olvidarlo un momento, ó por lo menos, de hacerlo olvidar á los demás. «Me asombra de veras que venga á llamar á las puertas de mi inteligencia un pensamiento jovial y más aún que encuentre acceso. Es como si Arlequín forzase la entrada de la cámara lúgubre en que está expuesto un cadáver. Sus ademanes grotescos desentonarían de todas maneras, pero más aún si arrancaban una carcajada á los semblantes fúnebres de los asistentes. Sin embargo, el espíritu fatigado durante mucho tiempo por la uniformidad de una perspectiva monótona y desolada fijará sus ojos con alegría en todo objeto que introduzca un poco de variedad en sus contemplaciones, aunque no sea más que un gato jugando con su cola.» En resumen: tenía un corazón demasiado delicado y demasiado puro; hombre piadoso, intachable, austero, se juzgaba indigno de ir á la iglesia y aun de rezar á Dios. «Los que han encontrado un Dios, y tienen el permiso de adorarle, han encontrado un tesoro que no apreciarán nunca bastante, por mucho que le aprecien. Creedme, creed á un hombre que, habiendo gozado de ese privilegio durante algunos años, se ha visto privado de él durante un número de años mayor aún, y *que no tiene la esperanza de recobrarle nunca.*» Y en otra parte: «Cabe representarse el corazón de un cristiano sumido en la aflición y lleno, no obstante, de regocijo; traspasado

de espinas y coronado, no obstante, de rosas. Yo tengo la espina sin la rosa. Mi rosal es un rosal en invierno; las flores se marchitaron, pero la espina queda.» En el lecho de muerte, cuando el ministro le decía que tuviese confianza en la misericordia del Redentor que quiere salvar á todos los hombres, lanzó un grito apasionado, suplicándole que no le ofreciese semejantes consuelos. Se creía perdido; se había creído perdido toda su vida. Con ese terror, se aniquilaron todas sus facultades, una á una. Pobre y encantadora alma que pereció como flor delicada de un país cálido trasplantada á la nieve: la temperatura del mundo era demasiado ruda para ella, y la regla moral que hubiese debido abrigarla la desgarró con sus aguijones.

Un hombre semejante no escribe por el placer de hacer ruido. Componía versos como pintaba ó acepillaba madera, por ocuparse, por desprenderse de sí mismo. Su alma estaba demasiado llena; no necesitaba ir muy lejos en busca de asuntos. Representémonos esa figura pensativa, que silenciosamente, á orillas del Ouse, vaga y contempla. Contempla y medita; una fresca aldeana con su cesta al brazo, un arado distante que avanza lentamente detrás de la yunta sudorosa, un manantial brillante que pule las piedras azuladas, no se necesita más para llenarle de sensaciones y de pensamientos. Vuelve, se sienta en su pabelloncito tamaño como una silla de manos, con una ventana al huerto del vecino y puerta á un jardín lleno de claveles, de rosas y madreselvas. En ese nido trabaja. Por la noche, al lado de su amiga, que hace labor de agujas, lee ó escucha los ruidos amortiguados de fuera. De esa vida nacen sus versos; le basta á él, y basta para inspirarle sus poesías. No necesita otra más violenta; menos sencilla y tranquila, le trastornaría; las

impresiones que son pequeñas para nosotros, son grandes para él, y en una habitación, en un jardín, encuentra un mundo. A sus ojos, los menores objetos son poéticos. Es la caída de la tarde en invierno; llega el conductor del correo, «heraldo de un mundo bullicioso, con las noticias de todas las naciones amontonadas en la espalda». Sin preocuparse de ellas «va silbando alegremente»; toda su misión es depositarlas en la posada. En fin, ya está ahí el precioso paquete; le abren, se quiere oír la multitud de voces ruidosas que trae de Londres y del universo. «Ahora animad el fuego, cerrad bien las maderas, dejad caer las cortinas, acercad el sofá y mientras la urna hirviente y sibilante arroja su columna de vapor, demos la bienvenida á la tranquila noche que comienza.» Y hele ahí dando cuenta de su periódico, política, noticias, todo, hasta los anuncios, no como simple realista, según tantos escritores de hoy, sino como poeta, como hombre que descubre una belleza y una armonía en los carbones de un fuego que chisporrotea ó en el movimiento de los dedos que corren sobre una labor; porque tal es el extraño distintivo del poeta: los objetos, no sólo vuelven á surgir de su espíritu más grandes y precisos de lo que eran en sí propios y antes de entrar en él, sino que, una vez concebidos por su mente, se depuran, se ennoblecen, se coloran, como los vapores ordinarios que, transfigurados por la distancia y la luz, se truecan en nubes satinadas, orladas de púrpura y de oro. Para él, hay gracia en las móviles curvas de ese vapor que exhala la tetera; hay dulzura en esa concordia de los huéspedes de una misma casa reunidos alrededor de la misma mesa. Estas solas palabras: *noticias de la India*, le harán ver la India misma, vieja reina empenachada, «con su turbante adornado de

plumas y de perlas». Esta sola idea: *el impuesto de las bebidas*, pondrá ante sus ojos legiones de toneles rezumantes, «que, tocados por el dedo del Estado como por el dedo de Midas, sangran oro para las prodigalidades de los ministros». Hablando propiamente, la naturaleza es como un museo de variados y magníficos cuadros, que para el común de los hombres están siempre cubiertos con su sarga. A lo sumo, algún que otro desgarrón nos permite sospechar las bellezas ocultas debajo de las monótonas cubiertas; pero el poeta levanta todas esas cubiertas y ve un cuadro donde nosotros no descubrimos más que una envoltura. He ahí la nueva verdad que los poemas de Cowper ponen de manifiesto. Sabemos por él que no necesitamos ya ir á buscar en Grecia, en Roma, en los palacios, entre los héroes y los académicos, los objetos poéticos. Están tocando con nosotros: si no los vemos, es porque no sabemos verlos; la culpa es de nuestros ojos, no de las cosas. Encontraremos la poesía, si queremos, dentro de nuestro hogar y entre los tablares de nuestra huerta (1).

¿Es realmente la huerta lo poético? Hoy quizá; pero mañana, si tengo seca la imaginación, no veré allí más que zanahorias y otros artículos de cocina. Lo poético, lo que debo respetar como la flor más preciosa de la belleza, es mi sensación. De aquí un nuevo estilo. No se trata ya, según la antigua moda oratoria, de encerrar un asunto en un plan regular, de dividirle en porciones simétricas, de ordenar las ideas en filas como los peones en un tablero de damas.

(1) En este sentido, Crenble es también uno de los maestros y de los novadores; pero tiene el estilo clásico, y se le ha llamado muy bien «Cope in worsted stockings».

Cowper toma el primer asunto que se presenta, el que le ha ofrecido á la ventura lady Austen, un sofá, y habla de él durante dos páginas; luego va adonde le conduce el curso de sus ideas, describiendo una velada de invierno, una porción de hogares y de paisajes, mezclando aquí y allí reflexiones morales de todas especies, relatos, disertaciones, juicios, confidencias, al modo de un hombre que piensa en alta voz delante del amigo más íntimo y querido. He ahí su gran poema, *the Task*. «Comparados con este libro (dice Southey), los mejores poemas didácticos son como jardines simétricos al lado de un verdadero paisaje poblado de árboles.» Si se entra en el pormenor, el contraste es mayor aún. El poeta no parece pensar que se le escucha; no habla más que consigo mismo. No insiste sobre sus ideas como los clásicos, para ponerlas de relieve mediante repeticiones y antítesis; nota su sensación, y no atiende más que á eso. Nosotros la seguimos en él á medida que nace, la vemos salir de otra, crecer, descender y volver á subir, como vemos elevarse insensiblemente, enroscarse y desenvolver sus cambiantes formas al vapor desprendido de su origen. El pensamiento, cristalizado y rígido en los otros, se hace aquí móvil y fluido; el verso rectilíneo tórnase flexible; el vocabulario noble ensancha su trama para dejar paso á los términos vulgares de la conversación y de la vida. En fin, la poesía ha vuelto á ser viva; no se trata ya de escuchar palabras, sino de sentir emociones; no es ya un autor el que habla: es un hombre. Allí está toda su vida, sin mentira ni aderezo; todo su esfuerzo se consagra á suprimir el aderezo y la mentira. Cuando describe su riachuelo, su querido Ouse, «que serpentea mansamente por la tersa llanura de dilatadas praderas, salpicadas de ganado», le ve inte-

riormente, y cada palabra, cada corte, cada sonido, corresponde á un cambio de esa vista interior. Lo mismo pasa con todos sus versos: están henchidos de emociones personales, verdaderamente experimentadas, jamás alteradas ni disfrazadas, sino, al revés, expresadas con sus matices y ondulaciones fugitivas, expresadas tales y como son, *haciéndose y deshaciéndose,* no enteramente hechas, inmóviles y fijas, como el antiguo estilo las representaba. En eso consiste la gran revolución del estilo moderno. El espíritu, traspasando las reglas conocidas de la retórica y de la elocuencia, penetra en la psicología profunda, y no emplea ya las palabras más que para cifrar las emociones.

III

Entonces apareció (1) la escuela romántica inglesa, enteramente semejante á la nuestra por sus doctrinas, sus orígenes y sus alianzas, por las verdades que descubrió, las exageraciones que cometió y el escándalo que promovió. Sus adeptos formaban una secta, «secta de disidentes en poesía (2)», que hablaban alto, se mantenían apiñados, y sublevaban á las cabezas sesudas por la audacia y la novedad de sus teorías. En lo tocante al fondo de las cosas, se veía en ellos «los principios antisociales y la sensibilidad enfermiza de Rousseau, ó, de otra manera, un descontento estéril y misantrópico de las instituciones presentes de la sociedad». En efecto; Southey, uno de sus jefes, empezó por

(1) 1793-1794.
(2) *Revista de Edimburgo,* Octubre de 1802.

sociniano y jacobino, y uno de sus primeros poemas, *Wat Tyler,* traía en apoyo de la revolución presente la glorificación de la Jacquerie pasada. Otro, Coleridge, pobre diablo y antiguo dragón, con la cabeza atestada de lecturas incoherentes y de sueños humanitarios, había pensado fundar en América una república comunista purgada de reyes y de sacerdotes; luego, haciéndose unitario, se imbuyó en Gœttinga de teorías heréticas y místicas sobre el Verbo y lo absoluto. El mismo Wordsworth, el tercero y más templado, empezó por escribir versos vehementes contra los reyes, «esos hijos del limo, que con su cetro querían detener la marea revolucionaria, y á quienes iba á barrer y sepultar la ola de la libertad». Pero esas iras y esas aspiraciones no resistían mucho; y, al cabo de algunos años, los tres habían vuelto al regazo del Estado y de la Iglesia: el uno era periodista de Mr. Pitt, el otro pensionista del gobierno, el tercero poeta laureado, tres convertidos celosos, anglicanos decididos y conservadores intolerantes. En materia de gusto, al contrario, habían ido adelante sin retroceder. Habían roto violentamente con la tradición, y saltaban por encima de toda la cultura clásica para buscar sus modelos en el Renacimiento y en la Edad Media. Uno de ellos, Carlos Lamb, como Sainte-Beuve, había descubierto y restaurado el siglo XVI. Los autores dramáticos más incultos, Marlowe, por ejemplo, les parecían admirables, é iban á buscar en las colecciones de Percy y de Warton, en las antiguas baladas nacionales y en las antiguas poesías extranjeras, el acento ingenuo y primitivo que había faltado á la literatura clásica, y cuya presencia les parecía el sello de la verdad y de la belleza. Por encima de toda reforma, se esforzaban en acabar con el gran estilo aristocrático y oratorio,

riormente, y cada palabra, cada corte, cada sonido, corresponde á un cambio de esa vista interior. Lo mismo pasa con todos sus versos: están henchidos de emociones personales, verdaderamente experimentadas, jamás alteradas ni disfrazadas, sino, al revés, expresadas con sus matices y ondulaciones fugitivas, expresadas tales y como son, *haciéndose y deshaciéndose,* no enteramente hechas, inmóviles y fijas, como el antiguo estilo las representaba. En eso consiste la gran revolución del estilo moderno. El espíritu, traspasando las reglas conocidas de la retórica y de la elocuencia, penetra en la psicología profunda, y no emplea ya las palabras más que para cifrar las emociones.

III

Entonces apareció (1) la escuela romántica inglesa, enteramente semejante á la nuestra por sus doctrinas, sus orígenes y sus alianzas, por las verdades que descubrió, las exageraciones que cometió y el escándalo que promovió. Sus adeptos formaban una secta, «secta de disidentes en poesía (2)», que hablaban alto, se mantenían apiñados, y sublevaban á las cabezas sesudas por la audacia y la novedad de sus teorías. En lo tocante al fondo de las cosas, se veía en ellos «los principios antisociales y la sensibilidad enfermiza de Rousseau, ó, de otra manera, un descontento estéril y misantrópico de las instituciones presentes de la sociedad». En efecto; Southey, uno de sus jefes, empezó por

(1) 1793-1794.
(2) *Revista de Edimburgo,* Octubre de 1802.

sociniano y jacobino, y uno de sus primeros poemas, *Wat Tyler,* traía en apoyo de la revolución presente la glorificación de la Jacquerie pasada. Otro, Coleridge, pobre diablo y antiguo dragón, con la cabeza atestada de lecturas incoherentes y de sueños humanitarios, había pensado fundar en América una república comunista purgada de reyes y de sacerdotes; luego, haciéndose unitario, se imbuyó en Gœttinga de teorías heréticas y místicas sobre el Verbo y lo absoluto. El mismo Wordsworth, el tercero y más templado, empezó por escribir versos vehementes contra los reyes, «esos hijos del limo, que con su cetro querían detener la marea revolucionaria, y á quienes iba á barrer y sepultar la ola de la libertad». Pero esas iras y esas aspiraciones no resistían mucho; y, al cabo de algunos años, los tres habían vuelto al regazo del Estado y de la Iglesia: el uno era periodista de Mr. Pitt, el otro pensionista del gobierno, el tercero poeta laureado, tres convertidos celosos, anglicanos decididos y conservadores intolerantes. En materia de gusto, al contrario, habían ido adelante sin retroceder. Habían roto violentamente con la tradición, y saltaban por encima de toda la cultura clásica para buscar sus modelos en el Renacimiento y en la Edad Media. Uno de ellos, Carlos Lamb, como Sainte-Beuve, había descubierto y restaurado el siglo XVI. Los autores dramáticos más incultos, Marlowe, por ejemplo, les parecían admirables, é iban á buscar en las colecciones de Percy y de Warton, en las antiguas baladas nacionales y en las antiguas poesías extranjeras, el acento ingenuo y primitivo que había faltado á la literatura clásica, y cuya presencia les parecía el sello de la verdad y de la belleza. Por encima de toda reforma, se esforzaban en acabar con el gran estilo aristocrático y oratorio,

tal y como había nacido del análisis metódico y de los convencionalismos cortesanos. Se proponían «amoldar á los usos de la poesía el lenguaje ordinario de la conversación, tal y como le emplean la clase media y la clase baja», y reemplazar las frases estudiadas y el vocabulario noble con los tonos naturales y las expresiones plebeyas. En vez del antiguo molde, ensayaban la estancia, el soneto, la balada, el verso libre, con las rudezas y las brusquedades de los poetas primitivos. Reproducían ó arreglaban los metros y la dicción de los siglos XIII y XVI. Carlos Lamb escribía una tragedia de arqueólogo que se hubiera podido creer contemporánea del reinado de Isabel. Otros, como Southey y sobre todo Coleridge, fabrican ritmos absolutamente nuevos, tan afortunados á veces y á veces tan desgraciados como los de Víctor Hugo: caos singular de tanteos confusos, de abortos visibles y de invenciones originales. El plebeyo, libre del traje aristocrático, buscaba otro, tomando una prenda de los caballeros ó de los bárbaros, otra de los campesinos ó de los periodistas, sin darse gran cuenta de las disparidades, sino pretencioso y satisfecho con su manto abigarrado y mal cosido, hasta que al fin, después de muchos ensayos y desgarrones, acabó por conocerse á sí mismo y escoger el vestido que le cuadraba.

En medio de esa confusión laboriosa se abren paso dos grandes ideas: una que produce la poesía histórica, otra que produce la poesía filosófica; la primera visible sobre todo en Southey y Walter Scott, la segunda visible sobre todo en Wordsworth y Shelley; las dos europeas y manifestadas con igual brillo, en Francia, en Hugo, Lamartine y Musset, con mayor brillo, en Alemania, en Gœthe, Schiller, Ruckert y Heine; una y otra tan profundas, que ninguno de sus representantes, salvo Gœthe, adivinó su alcance, y apenas si hoy, después de más de medio siglo, podemos definir su naturaleza para presagiar sus efectos.

La primera consiste en decir, ó más bien, en presentir que nuestro ideal no es el ideal: es uno, pero hay otros. El bárbaro, el hombre feudal, el caballero del Renacimiento, el musulmán, el indio, cada edad y cada raza ha concedido su belleza, que es una belleza. Gocemos de ella, y al efecto pongámonos en el lugar de los que la inventaron; pongámonos en su lugar enteramente; no bastará que nos representemos, como los novelistas y los dramaturgos anteriores, costumbres modernas y nacionales bajo nombres extraños y antiguos; pintemos los sentimientos de los otros siglos y de las otras razas con sus caracteres propios, por diferentes que esos caracteres sean de los nuestros y por desagradables que sean para nuestro gusto. Presentemos nuestro personaje tal y como fué, grotesco ó no, con su traje y su lenguaje; que sea feroz y supersticioso, si es menester; salpiquemos al bárbaro de sangre, y echemos sobre el covenantario su carga de textos bíblicos. Viéronse entonces reaparecer una á una, en la escena literaria, las civilizaciones extinguidas ó remotas: primero, la Edad Media y el Renacimiento; después la Arabia, el Indostán y la Persia, luego la edad clásica y el mismo siglo XVIII; y llegó á ser tan vivo el gusto histórico, que de la literatura se propagó el contagio á las otras artes. El teatro cambió sus trajes y sus decoraciones convencionales por los trajes y el decorado verdaderos. La arquitectura edificó *villas* romanas en nuestros climas del Norte, y torreones feudales en medio de la seguridad moderna. Los pintores viajaron para imitar el color local, y estudiaron para reproducir el color moral. Todo el mundo se hizo

excursionista y arqueólogo; el espíritu humano, saliendo de sus sentimientos particulares para penetrar en todos los sentimientos experimentados, y á la postre, en todos los sentimientos posibles, encontró su modelo en el gran Gœthe, que, con su *Tasso*, su *Ifigenia*, su *Diván*, su segundo *Fausto*, hecho conciudadano de todas las naciones y contemporáneo de todas las edades, parecía vivir á voluntad en todos los puntos del tiempo y del espacio; y daba una idea del espíritu universal. Sin embargo, esa literatura, al acercarse á su perfección, se acercaba á su término, y no se desenvolvía más que para acabar. Se llegó á comprender que las resurrecciones intentadas son siempre imperfectas, que en las palabras que atribuimos á los personajes antiguos se descubre infaliblemente el acento moderno, que toda pintura de costumbres debe ser indígena y contemporánea, y que la literatura arqueológica es un género falso. Se comprendió, en fin, que el retrato del pasado hay que buscarle en los escritores del pasado, que no hay más tragedias griegas que las tragedias griegas, que la novela forjada debe dejar el puesto á las memorias auténticas, como la balada fabricada á las baladas espontáneas; en resolución: que la literatura histórica debe desvanecerse y transformarse en crítica y en historia, es decir, en exposición y en comentario de los documentos.

En esa multitud de viajeros y de historiadores disfrazados de poetas, ¿cómo elegir? Pululan como los enjambres de insectos nacidos un día de estío en la vegetación exuberante; zumban y relucen, y el espíritu se confunde y extravía en medio de sus rumores y reflejos. ¿Cuáles citaré? Tomás Moore, el más francés de todos, burlón sutil (1), demasiado exquisito y pulido,

(1) Véase *The Fudge Family*, etc.

y que compuso odas descriptivas sobre las Bermudas, melodías sentimentales sobre Irlanda, una novela poética sobre Egipto (1), un poema novelesco sobre la Persia y la India (2); Lamb, el restaurador del drama antiguo, Coleridge, pensador y soñador, poeta y crítico, que, en su *Cristabel* y en su *Viejo marino*, resucitó lo sobrenatural y lo fantástico; Campbell, que, habiendo empezado por un poema didáctico sobre *los placeres de la Esperanza*, entró en la nueva escuela, conservando su estilo noble y semi-clásico, y compuso poemas americanos y celtas, medianamente celtas y americanos; en primer término, Southey, hombre hábil que, después de algunos tropezones en su juventud, se hizo defensor de la aristocracia y del *cant*, lector infatigable, escritor inagotable, pertrechado de erudición, dotado de imaginación, célebre como Víctor Hugo, por la novedad de sus innovaciones, por el tono guerrero de sus prefacios, por las magnificencias pintorescas con que pasea por el universo y por la historia sus cabalgatas poéticas, envolviendo en la red infinita de sus versos á Juana de Arco, á Wat Tyler, á Rodrigo el Godo, á Madoc, á Thalaba, á Kchama, las tradiciones célticas y mejicanas, las leyendas de los árabes y de los indios, siendo alternativamente católico, musulmán, brahmán, pero sólo en poesía, y en fin de cuentas protestante prudente. No se tomen éstos más que como ejemplos; hay otros treinta detrás, y creo que, entre todos los bellos paisajes visibles ó imaginables, entre todos los grandes sucesos reales ó legendarios de todos los puntos del tiempo y de todos los ámbitos del mundo, no hay uno solo que se haya sus-

(1) *The Epicurean.*
(2) *Lalla Rookh.*

traído á su pluma. Esa fantasmagoría es bien brillante, pero, desgraciadamente, se ve el artificio.—Si queréis tener una imagen de ella, figuraos que estáis en la Opera. Las decoraciones son espléndidas; las vemos bajar del cielo, es decir, del techo, tres veces cada acto: altas catedrales góticas, cuyos rosetones fulguran á la puesta del sol, en tanto que alrededor de las pilastras se desarrollan las procesiones; y en las capas pluviales, en los dorados de los ornamentos sacerdotales vibra y ondula la luz; mezquitas y minaretes, caravanas que serpentean á lo lejos por la arena amarillenta, y cuyas lanzas y quitasoles alineados trazan una franja sobre la inmaculada blancura del horizonte; paraísos indios, en que las rosas brotan á montones, en que los surtidores de agua cruzan sus penachos de perlas, en que los lotos ostentan sus anchas hojas, en que las plantas espinosas proyectan sus cien mil cálices de púrpura alrededor de los monos y de los cocodrilos divinos que pueblan sus espesuras. Entre tanto, las bailarinas se llevan la mano al corazón con una emoción delicada y profunda, los galanes jóvenes cantan que están dispuestos á morir, los tiranos truenan con su voz de bajo, y la orquesta se multiplica, acompañando las variaciones de los sentimientos con los suspiros melifluos de sus flautas, con los clamores lúgubres de sus trombones, con las melodías angélicas de sus arpas, hasta que, al fin, en el momento en que la protagonista pone el pie en la garganta del traidor, retumba triunfalmente con sus mil voces vibrantes reunidas en un solo acorde. ¡Espectáculo hermoso! Sale uno de él deslumbrado y ensordecido; los sentidos desfallecen en medio de esa inundación de magnificencias; pero, al volver á casa, se pregunta cada cual qué ha sacado, qué ha sentido, si realmente ha sentido

algo. Después de todo, apenas hay aquí más que decoraciones y aparato escénico; los sentimientos son ficticios; son sentimientos de ópera; los autores no son más que gente hábil, artífices de libretos y de telones pintados; tienen talento, no genio; sacan sus ideas de la cabeza, no del corazón. Tal es la impresión que dejan *Lalla Rookh, Thalaba, Rodrigo, Kehama* y el resto de esos poemas. Son grandes tramoyas decorativas, ajustadas á la moda. La nota propia del genio es el descubrimiento de alguna amplia región inexplorada de la naturaleza humana, y á ellos les falta esa nota; sólo atestiguan mucha habilidad y mucho saber. A mí me gusta más ver el Oriente en los orientales de Oriente, que en los de Inglaterra, en Vyasa ó Firdusi, que en Southey (1) ó Moore; por más descriptivos ó históricos que sean sus poemas, lo son menos que los textos y los documentos justificativos que ponen al pie.

Sobre todas las causas generales que han conspirado contra esa literatura, hay una nocional: los ingleses no tienen un espíritu bastante flexible, y tienen un espíritu demasiado moral. Su imitación no es más que literal. No conocen los tiempos pasados y los países lejanos más que como anticuarios y como viajeros. Cuando mencionan un uso, ponen en nota las autoridades; prueban con certificados válidos que no han cometido ninguna falta de topografía ni de arqueología. Moore, como Southey, cita sus fiadores: sir John Malcolm, sir William Onseley, Mr. Carue y otros personajes que vuelven de Oriente, todos son testigos oculares. «La descripción de Balbec de la llanura y de sus ruinas (dice uno de esos señores), es admira-

(1) Véase *The history of the caliph Vathek*, novela fantástica de W. Beckford, publicada primero en francés, 1784.

blemente fiel. El minarete está muy cerca de allí en la pendiente, y no faltaba más que el grito del muezzin para romper el silencio.»—«¡Yo hubiera jurado (dice otro) que Moore había viajado por Oriente!» En esto la minuciosidad de esos escritores es extravagante (1), y las notas, prodigadas sin tasa, demuestran que su público enteramente positivo exige que los artículos poéticos prueben su procedencia y su ley. Pero la gran verdad, que consiste en penetrar en los sentimientos de los personajes, esa no la alcanzan: esos sentimientos son demasiado extraños é inmorales. Cuando Moore quiso traducir y resucitar á Anacreonte, se le declaró que su poesía era buena para una casa de rameras (2). Para escribir un poema indio, hay que ser panteísta de corazón, un poco loco y con bastante frecuencia visionario; para escribir un poema griego, hay que ser politeísta de corazón, pagano á fondo y naturalista de oficio. Por eso Heine habló tan bien de la India y Gœthe de Grecia. Un verdadero historiador no está seguro de que su civilización sea perfecta, y vive tan de grado fuera de su país como en su país. Júzguese si los ingleses pueden brillar en este género. A sus ojos no hay más que una civilización razonable, que es la suya; toda otra moral es inferior, toda otra religión es extravagante. Entre tales exigencias, ¿cómo reproducir morales y religiones diferentes? Sólo la simpatía puede identificarse con las costumbres extinguidas ó extranjeras, y la simpatía aquí es cosa vedada. Bajo esa estrecha regla, la poesía histórica, que de suyo no es muy viable, va á languidecer ahogada como bajo una campana de plomo.

(1) Véase las notas de Southey, peores que las de Chateaubriand en *Los Mártires*.
(2) *Revista de Edimburgo*.

Uno de esos escritores, novelista, crítico, historiador y poeta, favorito de su siglo, leído en toda Europa, fué comparado y casi igualado á Shakespeare, tuvo más popularidad que Voltaire, hizo llorar á las modistas y á las duquesas, y ganó seis millones. «Me atrevería á jurar por cuanto se quisiese (le escribía su editor al acabar uno de sus libros) (1), que jamás ha experimentado un placer tan completo... Lord Holland, cuando le pregunté su opinión, me dijo: ¡Mi opinión! Ninguno de nosotros se ha metido en la cama esta noche; no ha dormido más que mi gota.» En Francia se vendieron de esas novelas un millón cuatrocientos mil volúmenes, y siguen vendiéndose. El autor, nacido en Edimburgo, era hijo de un abogado (2), docto en el derecho feudal y en la historia de la Iglesia; él también fué abogado, luego *sheriff*, y siempre gran aficionado á antigüedades, sobre todo á antigüedades nacionales; de modo que, en su familia, en su educación, en su persona, encontraba los materiales de su obra y los aguijones de su talento. Sus primeros recuerdos se habían grabado en él á la edad de tres años en una granja adonde le llevaron para ensayar el efecto del aire libre sobre su piernecilla paralizada. Le envolvían desnudo en la piel caliente de un carnero acabado de matar, y se arrastraba con ese atavío, que pasaba por un específico. Quedó cojo, y se hizo *lector*. Desde su primera infancia educóse entre los relatos que puso en escena más tarde, el de la batalla de Culloden, el de las crueldades ejercidas contra los *highlanders*, el de las guerras y sufrimientos de los covenantarios. A los tres años gritaba con

(1) Lockhart, p. 220, *Life of sir W. Scott*.
(2) *Writer at the signet*.

tal fuerza la balada de Hardyknute, que no dejaba oir, ni oirse á sí mismo, al ministro de la aldea, hombre dotado de muy buena voz. Inmediatamente que se le recitaba una balada del *Border*, la sabía de memoria. En lo demás era indolente, estudiaba á ratos perdidos, aprendía mal las cosas secas y positivas; pero, hacia aquel lado, la corriente de su instinto era precoz, precipitada é invencible. El día en que, por primera vez, «debajo de un plátano», abrió los volúmenes en que Percy había reunido los fragmentos de la antigua poesía, se olvidó de comer, «á pesar de su apetito de trece años», y en adelante «inundó» de esos antiguos versos, no sólo á sus condiscípulos, sino á todos los que querían oirle. Hecho pasante de su padre, metía en el pupitre todas las obras de imaginación que podía encontrar; no las novelas de la vida doméstica, «se necesitaba el arte de miss Burney ó la sensibilidad de Mackenzie para interesarle en una historia de ese género», sino los «relatos feudales y de aventuras», y todo lo que concernía «á los caballeros andantes». Habiendo enfermado, guardó cama mucho tiempo, con prohibición de hablar, sin más distracción que la lectura de los poetas, de los novelistas, de los historiadores y de los geógrafos, ni más ocupación que ilustrar las descripciones de batallas con formaciones y combinaciones de piedrecitas que figuraban los soldados. Una vez restablecido, dirigió sus paseos hacia el mismo fin, y se apasionó por el paisaje, sobre todo por el paisaje histórico. «No había más que enseñarme (dice) (1) un antiguo castillo, un campo de batalla; en seguida me hallaba en mi centro; le llenaba de sus combatientes con sus trajes propios, y arrastraba á mis

(1) Lockart, t. I, p. 29.

oyentes por el entusiasmo de mis descripciones. Una vez, atravesando Magus-Moor, cerca de Saint-Andrews, me dió por describir el asesinato del arzobispo de Saint-Andrews á algunos viajeros de quienes me hizo compañero la casualidad, y uno de ellos, aunque sabía muy bien esa historia, aseguró que mi relato no le había dejado dormir.» Entre otras excursiones de estudio, hizo durante siete años otros tantos viajes al distrito agreste y apartado de Liddesdale, explorando cada riachuelo y cada ruina, acostándose en las chozas de los pastores, recogiendo leyendas y baladas. Júzguese por eso de sus aficiones y de su vocación de anticuario. Leía las cartas provinciales, los peores versos latinos de la Edad Media, los registros de parroquia, hasta los contratos y los testamentos. La primera vez que pudo echar mano á uno de los grandes cuernos de guerra que servían á los *berderers*, le fué tocando durante todo el camino. El hierro oxidado y el pergamino sucio le atraían, llenaban su cabeza de recuerdos y de poesía. Tenía verdaderamente un alma feudal. «Durante toda su vida (dice su yerno) su principal orgullo fué ser reconocido miembro de una familia histórica» (1).—«Su primera y su última ambición mundana fué ser á su vez fundador de una rama distinta.» La gloria literaria no venía más que en segundo término; su talento no era para él más que un instrumento. Empleó las ganancias enormes que le habían valido sus versos y su prosa en construirse un castillo á imitación de los antiguos héroes caballerescos, «torres y torrecillas copiadas de alguna antigua mansión señorial escocesa, techumbres y ventanas blasonadas con las insignias de los clanes, con leones

(1) Lockhart, t. IV, p. 329.

rampantes en campo de gules», estancias «llenas de altos aparadores y de cofres esculpidos, decoradas con tarjas, *playds* y espadones de *highlanders*, de alabardas, armaduras y mogotes formando trofeos (1).» Durante largos años tuvo allí, por decirlo así, mesa puesta, é hizo á todo forastero «los honores de Escocia», tratando de resucitar la antigua vida feudal con todos sus usos y todo su aparato: «amplia y placentera hospitalidad abierta á cuantos se acercaran, pero sobre todo á los parientes, aliados y vecinos; baladas para animar los vasos que chocan; alegres cacerías en que *yeomen* y *gentlemen* pueden cabalgar juntos; danzas regocijadas en que el señor no se avergonzará de dar la mano á la hija del molinero». El, expansivo, gozoso, en medio de sus cuarenta convidados, alimentaba la conversación con los mil relatos que afluían de su memoria y de su imaginación pródigas (2), acompañaba á sus huéspedes por su posesión ensanchada con grandes dispendios, entre las plantaciones nuevas, cuya futura sombra debía abrigar á su linaje, y pensaba con una sonrisa de poeta en las generaciones lejanas que reconocerían por antepasado á *sir Walter Scott, primer baronnet de Abbotsford*.

La Dama del Lago, Marmión, El Lord de las islas, La Hermosa de Perth, Los Puritanos de Escocia, Ivanhoe, Quentín Durward, ¿quién no sabe de memoria todos estos nombres? En Walter Scott hemos aprendido la historia. Pero ¿es historia eso? Todas sus pinturas de un pasado lejano son falsas. Lo único exacto son los trajes, los paisajes, el exterior; accio-

(1) Su biblioteca y su colección se valuaron en 10.000 libras esterlinas.

(2) «¡Hoy unas ciento cincuenta anécdotas!», escribe el capitán Basil Hall, su huésped.

nes, discursos, sentimientos, todo lo demás aparece civilizado, embellecido, arreglado á la moderna. Es lo que podía esperarse mirando el carácter y la vida del autor: porque ¿qué quiere él, y qué piden esos huéspedes afanosos de oirle? ¿Es un amante de la verdad pura, tal y como ella es, atroz y sucia, un naturalista observador, indiferente al aplauso de sus contemporáneos, atento sólo á consignar las transformaciones de la naturaleza viva? De ninguna manera. En la historia como en su castillo de Abbotsford, se ocupa en disponer puntos de vista y salones góticos. La luna hará bien allá entre las torrecillas; he ahí una coraza colocada de una manera admirable: ¿agrada ver la luz que refleja sobre los viejos tapices, si se sacasen del guardarropa las vestiduras feudales para invitar á los convidados á una mascarada? Sería una hermosa fiesta, agradable á sus recuerdos y á sus principios nobiliarios. Lores ingleses que salen de una guerra encarnizada contra la democracia francesa deben entrar con celo en esa conmemoración de sus antepasados. Añádase que hay señoras y aun señoritas, que hay que arreglar la representación de modo que no ofenda á su severa moral y á sus delicados sentimientos, y las haga llorar con decoro; que no hay que poner en escena pasiones demasiado fuertes que ellas no comprenderían, que hay que elegir, al contrario, heroínas que se les asemejen, tiernas siempre, pero sobre todo correctas, y jóvenes *gentlemen*, como Evandale, Morton, Ivanhoe, perfectamente educados, afectuosos y graves, además un poco melancólicos (es la última moda) y dignos de conducirlas al altar. ¿Hay un hombre más á propósito que el autor para componer semejante espectáculo? Es buen protestante, buen marido, buen

padre, muy moral, tory tan ferviente que se lleva como una reliquia un vaso en que el rey acaba de beber. Además, no tiene el don de penetrar hasta el fondo de los personajes, ni se detiene en eso. Ve y describe mucho más ampliamente las exterioridades y las formas que las interioridades y los sentimientos. Por otra parte, trata su propio espíritu como una mina de carbón, que conviene explotar deprisa y con el mayor lucro posible: un volumen en un mes, á veces en quince días, y ese volumen le vale veinticinco mil pesetas. ¿Cómo podría descubrir ó se atrevería á mostrar la estructura de las almas bárbaras? Esa estructura es demasiado difícil de describir y demasiado poco agradable de mostrar. Cada doscientos años cambian en los hombres la proporción de las imágenes y de las ideas, el resorte de las pasiones, el grado de la reflexión, la especie de las inclinaciones. ¿Quién es el que comprende y gusta hoy, á menos de una larga educación previa, á Dante, Rabelais y Rubens? ¿Y cómo, por ejemplo, aquellos grandes ensueños católicos y místicos, aquellas audacias gigantescas ó aquellas impurezas del arte carnal entrarían en la cabeza de ese *gentlemen* burgués? Walter Scott se detiene en el umbral del alma y en el vestíbulo de la historia; no toma del Renacimiento y de la Edad Media más que lo decoroso y lo agradable; suprime el lenguaje ingenuo, la sensualidad desenfrenada, la ferocidad bestial. Después de todo, sus personajes, transpórtelos al siglo que quiera, son sus vecinos, labriegos ladinos, *lairds* vanidosos, *gentlemen* enguantados, señoritas casaderas, todos más ó menos burgueses, es decir, ordenados, distantes cien leguas, por su educación y su carácter, de los locos voluptuosos del Renacimiento ó de los brutos heroicos y de las

bestias feroces de la Edad Media. Cómo él tiene la más rica provisión de trajes y el más inagotable talento para el arreglo de la escena, nos presenta un espectáculo muy agradable, y compone piezas, que á la verdad apenas tienen más que un mérito de moda, pero que, no obstante, podrán durar bien cien años.

La que él representó duró menos. Para sostener su hospitalidad regia y sus magnificencias feudales, se había hecho asociado de sus editores; castellano en público y negociante en secreto, les había dado su firma, sin vigilar el uso que hacían de ella. Vino una bancarrota; á los cincuenta y cinco años se vió arruinado y deudor de ciento diez y siete mil libras esterlinas. Con un valor y una probidad admirables, rehusó toda gracia, no aceptó más que un plazo de tiempo, se puso á trabajar el mismo día, escribió infatigablemente, pagó en cuatro años setenta mil libras, agotó su cerebro hasta quedar paralítico y murió en la faena. Ni en su conducta ni en su literatura le fué bien con sus aficiones feudales, y sus esplendores señoriales resultaron tan frágiles como sus imaginaciones góticas. Se había apoyado en la imitación, y no se subsiste más que por la verdad. En otro lado estaba su gloria, y había una parte sólida en su espíritu como en sus escritos. Bajo el apasionado de la Edad Media se descubre ante todo el escocés reflexivo, observador atento, cuya sagacidad se ha aguzado en la práctica jurídica, buen sujeto, además, complaciente y alegre, como corresponde al carácter nacional, tan diferente del inglés. «¡Dios mío! (dice uno de sus compañeros de excursiones). ¡Qué fondo de buen humor tenía! Un fondo sin fin. No habíamos dado diez pasos cuando estábamos riendo ó gritando y cantando. En todas partes donde nos deteníamos, ¡qué modo tan amable de

amoldarse á cualquiera! Hacía siempre lo que los demás; nunca se daba aires de personaje.» Ya de más edad y más grave, no fué menos amable por eso; seguía siéndolo tanto que uno de sus vecinos, al salir de su casa, decía á su mujer: «Voy á acostarme, y quisiese dormir doce meses seguidos, porque en este mundo no hay más que una cosa que valga la pena de vivir: es la caza de Abbotsford.» Unase á un espíritu de esa índole ojos que lo ven todo, una memoria que lo retiene todo, un estudio perpetuo en excursiones por toda Escocia, entre todas las condiciones, y se verá nacer su verdadero talento, ese talento tan agradable, tan fecundo, tan fácil, mezcla de observación minuciosa y de burla dulce, y que recuerda á la vez á Teniers y á Addison. Sin duda, escribe mal, á veces todo lo mal que cabe; se ve que dicta, apenas revisa, y cae á poca costa en el estilo apelmazado y enfático que está en el ambiente y que respiramos todos los días en los prospectos y en los periódicos. Peor aún: es horriblemente pesado y difuso; sus conversaciones y sus descripciones son interminables; quiere á todo trance llenar sus tres volúmenes. Pero ha dado á Escocia derecho de ciudadanía en la literatura; me refiero á Escocia entera: paisajes, monumentos, casas, cabañas, personajes de todas edades y condiciones, desde el barón hasta el pescador, desde el abogado hasta el mendigo, desde la dama hasta la verdulera. A su solo nombre, helos apareciendo en enjambres; ¿quién no los ve salir de todos los rincones de su memoria? El barón de Bradwardine, Dominie Sampson, Meg Merrilies, el Anticuario, Ochiltree, Juana Deans y su padre, posaderos, mercaderes, comadres, todo un pueblo. ¿Falta alguna de las características escocesas? Económicos, pacientes, precavidos, astutos, como

es natural: á ello los obligan la pobreza del suelo y la dificultad de vivir; ese es el fondo de la raza. La misma tenacidad que habían aplicado á las cosas de la vida, la han aplicado á las cosas del espíritu, llegando á ser grandes conocedores de antigüedades y de controversias, amén de poetas; las leyendas nacen fácilmente en un paisaje romántico, entre guerras y violencias inveteradas. En ese terreno así preparado y en ese triste clima ha hundido el presbiterianismo sus ásperas raíces. Ese mundo completamente moderno y real, iluminado por el lejano sol poniente de la caballería, es el mundo que Walter Scott ha descubierto, como un pintor que, al salir de los grandes cuadros, percibe un interés y una belleza en las modestas casas de algún rincón provinciano ó en una granja rodeada de cuadros de hortalizas. Una malicia continua anima esos cuadros de interior y de género, tan locales y minuciosos, y que, como los de los flamencos, indican el advenimiento de una burguesía. La mayor parte de esas buenas gentes son cómicas. El se divierte á sus expensas, pone al descubierto sus mentirillas, su parsimonia, su simpleza, sus pretensiones y las mil ridiculeces á que las lleva su menguada condición. Nos presenta un peluquero que hace girar el cielo y la tierra alrededor de sus pelucas: si la revolución francesa cunde por todas partes, es porque los magistrados han renunciado á ese adorno. «Andad con cuidado, Monkbarns (dice compungidamente, reteniendo por los faldones á uno de los tres parroquianos que le quedan). Andad con cuidado, en nombre de Dios. Sir Arthur se ha ahogado ya, y, si vos caéis por encima del acantilado, no habrá ya más que una peluca en la parroquia: la del ministro.» Como se ve, el autor sonríe, y sin malevolencia; ese egoísmo cando-

roso es consecuencia del oficio, y no indigna. Walter Scott no es nunca acerbo; en el fondo, ama á los hombres, los disculpa ó los tolera; no flagela los vicios, los desenmascara, y sin rudeza. Su mayor placer es seguir atentamente, no ya un vicio, sino una extravagancia, como la manía de los cachivaches en el anticuario, la vanidad arqueológica en el barón de Bradwardine, la fatuidad nobiliaria en la viuda de Tillietudlem, es decir, la exageración cómica de algún gusto lícito, y sin indignación, porque, en fin de cuentas, esos entes ridículos son estimables y á veces generosos. Aun en bribones como Dick Hatteraick, en matones como Bothwell, pone algo de bueno. No hay nadie, ni el mismo mayor Dalgetty, matador de profesión, procedente de la atroz guerra de los Treinta Años, cuya odiosidad no encubra con el ridículo. Por esa finura crítica y por esa filosofía benévola se parece á Addison.

Se le asemeja también por la pureza y la constancia de sus intenciones morales. «Sir Walter (le decía Mr. Laidlaw, á quien dictaba *Ivanhoe*), no puedo menos de deciros que hacéis un bien inmenso con estas narraciones tan nobles y amenas, porque la juventud no querrá ya dirigir los ojos á las drogas literarias que la servían las bibliotecas circulantes.» Y los ojos de Walter Scott se llenaron de lágrimas. En su lecho de muerte dijo á su yerno: «Lockhart, probablemente no me queda ya más que un minuto para hablaros. Amigo, sed hombre de bien; sed virtuoso, sed religioso, sed hombre de bien. Ninguna otra cosa os consolará cuando os veáis como yo ahora.» Esas fueron casi sus últimas palabras.—Por esa honradez profunda y esa amplia humanidad ha sido como el Homero de la burguesía moderna. Alrededor de él, y después de él, la

novela de costumbres, emancipada de la novela histórica, ha producido toda una literatura y conservado los caracteres que él la había impreso. Miss Austen, miss Bronte, mistress Gaskell, mistress Eliot, Bulwer, Thackeray, Dickens y tantos otros pintan especial ó únicamente, como él, la vida contemporánea, tal y como es, sin embellecimientos, en todas sus capas, frecuentemente en el pueblo, más frecuentemente aún en la clase media. Y las causas que hicieron abortar en él y en los otros la novela histórica hicieron triunfar en él y en los otros la novela de costumbres. Eran copistas demasiado minuciosos y moralistas demasiado decididos, incapaces de las grandes adivinaciones y de las amplias simpatías que abren la historia; su imaginación era demasiado literal y su juicio demasiado cerrado. Con esas facultades cabalmente crean un nuevo género, que hoy aún se multiplica en millares de vástagos, con tal abundancia, que los talentos se cuentan en él por centenares, y no cabe compararle por la savia original y nacional más que á la pintura del gran siglo de los holandeses. Realista y moral: he ahí sus dos caracteres distintivos. Están á cien leguas de la gran imaginación que crea ó transforma, tal y como apareció en el Renacimiento ó en el siglo XVII, en las edades heroicas ó nobles. Renuncian á la invención libre; se contraen á la exactitud escrupulosa. Pintan con un detalle infinito las exterioridades y los lugares sin alterar nada. Marcan los menores matices del lenguaje; no retroceden ante las vulgaridades ni las simplezas. Sus informes son auténticos y precisos. En resumen: escriben como burgueses y para burgueses, para gentes ordenadas, encerradas en una profesión, cuya imaginación vive de tejas abajo y mira las cosas con lente, incapaces de gustar,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en punto á pintura, más que cuadros domésticos y simulaciones. Pregúntese á una cocinera qué cuadro prefiere del Museo; señalará una cocina donde las cacerolas están tan bien hechas que dan tentaciones de calar allí la sopa. Sin embargo, por encima de esa inclinación, que hoy es europea, tienen una necesidad particular, que es nacional en ellos, y se remonta al siglo precedente: quieren que la novela contribuya, como todo, á su gran obra, á la mejora del hombre y de la sociedad. La piden la glorificación de la virtud y la flagelación del vicio. La envían á todos los rincones de la sociedad civil y á todos los sucesos de la historia privada en busca de documentos y de expedientes, para aprender de ella la manera de remediar los abusos, de aliviar las miserias, de prevenir las tentaciones. Hacen de ella un instrumento de investigación, de educación y de moral. Singular obra, que en toda la historia no tiene semejante, porque en toda la historia no ha habido sociedad semejante, y que, mediocre para los amantes de la belleza, admirable para los amantes de lo útil, ofrece, en la variedad innumerable de sus pinturas y en la fijeza invariable de su espíritu, el cuadro de la única democracia que sabe contenerse, gobernarse y reformarse.

IV

Al lado de ese desarrollo había otro, y al par que la historia, penetraba la filosofía en la literatura para agrandarla y alterarla. Se la veía allí por todas partes, á la entrada como en el centro. A la entrada había implantada la estética; cada poeta, hecho un teórico, definía la belleza antes de producirla, sentaba principios en su prólogo y no inventaba sino con arreglo á un sistema preconcebido. Pero el ascendiente de la metafísica era mucho más visible aún en el centro de la obra que á la entrada, porque no sólo prescribía á la poesía su forma, sino que la suministraba su fondo. ¿Qué es el hombre y qué viene á hacer á este mundo? ¿Cuáles son esas grandezas lejanas á que aspira? ¿Hay un puerto que pueda alcanzar, y una mano oculta que le conduzca hacia ese puerto? Tales son las cuestiones que los poetas, transformados en pensadores, agitaban de consuno; y Gœthe, aquí como siempre, padre ó promotor de todas las altas ideas modernas, escéptico, panteista y místico á un tiempo junto, escribía en su *Fausto* la epopeya del siglo y la historia del espíritu humano. ¿Necesito decir que en Schiller, Heine, Beethoven, Hugo, Lamartine y Musset, el poeta, al través de su persona particular, hace hablar siempre al hombre universal? Los personajes que han creado desde *Fausto* hasta *Ruy Blas*, no les han servido más que para manifestar alguna gran idea metafísica y social, y multitud de veces esa idea demasiado grande, rompiendo su estrecha envoltura, ha rebasado los límites de toda verosimilitud humana y de toda forma poética para desplegarse á la vista de los espectadores. Tal fué el imperio del espíritu filosófico, que después de haber violentado la literatura, impuso á la música ideas humanitarias, infligió á la pintura intenciones simbólicas, penetró en la lengua corriente, y vició el estilo con un aluvión de abstracciones y de fórmulas de que ya no consiguen hoy librarnos todos nuestros esfuerzos. Como un hijo demasiado robusto que se desprende de su madre hiriéndola, ha retorcido las nobles formas que trataron de contenerle,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en punto á pintura, más que cuadros domésticos y simulaciones. Pregúntese á una cocinera qué cuadro prefiere del Museo; señalará una cocina donde las cacerolas están tan bien hechas que dan tentaciones de calar allí la sopa. Sin embargo, por encima de esa inclinación, que hoy es europea, tienen una necesidad particular, que es nacional en ellos, y se remonta al siglo precedente: quieren que la novela contribuya, como todo, á su gran obra, á la mejora del hombre y de la sociedad. La piden la glorificación de la virtud y la flagelación del vicio. La envían á todos los rincones de la sociedad civil y á todos los sucesos de la historia privada en busca de documentos y de expedientes, para aprender de ella la manera de remediar los abusos, de aliviar las miserias, de prevenir las tentaciones. Hacen de ella un instrumento de investigación, de educación y de moral. Singular obra, que en toda la historia no tiene semejante, porque en toda la historia no ha habido sociedad semejante, y que, mediocre para los amantes de la belleza, admirable para los amantes de lo útil, ofrece, en la variedad innumerable de sus pinturas y en la fijeza invariable de su espíritu, el cuadro de la única democracia que sabe contenerse, gobernarse y reformarse.

IV

Al lado de ese desarrollo había otro, y al par que la historia, penetraba la filosofía en la literatura para agrandarla y alterarla. Se la veía allí por todas partes, á la entrada como en el centro. A la entrada había implantada la estética; cada poeta, hecho un teórico, definía la belleza antes de producirla, sentaba principios en su prólogo y no inventaba sino con arreglo á un sistema preconcebido. Pero el ascendiente de la metafísica era mucho más visible aún en el centro de la obra que á la entrada, porque no sólo prescribía á la poesía su forma, sino que la suministraba su fondo. ¿Qué es el hombre y qué viene á hacer á este mundo? ¿Cuáles son esas grandezas lejanas á que aspira? ¿Hay un puerto que pueda alcanzar, y una mano oculta que le conduzca hacia ese puerto? Tales son las cuestiones que los poetas, transformados en pensadores, agitaban de consuno; y Gœthe, aquí como siempre, padre ó promotor de todas las altas ideas modernas, escéptico, panteista y místico á un tiempo junto, escribía en su *Fausto* la epopeya del siglo y la historia del espíritu humano. ¿Necesito decir que en Schiller, Heine, Beethoven, Hugo, Lamartine y Musset, el poeta, al través de su persona particular, hace hablar siempre al hombre universal? Los personajes que han creado desde *Fausto* hasta *Ruy Blas*, no les han servido más que para manifestar alguna gran idea metafísica y social, y multitud de veces esa idea demasiado grande, rompiendo su estrecha envoltura, ha rebasado los límites de toda verosimilitud humana y de toda forma poética para desplegarse á la vista de los espectadores. Tal fué el imperio del espíritu filosófico, que después de haber violentado la literatura, impuso á la música ideas humanitarias, infligió á la pintura intenciones simbólicas, penetró en la lengua corriente, y vició el estilo con un aluvión de abstracciones y de fórmulas de que ya no consiguen hoy librarnos todos nuestros esfuerzos. Como un hijo demasiado robusto que se desprende de su madre hiriéndola, ha retorcido las nobles formas que trataron de contenerle,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y arrastrado la literatura al través de una agonía de angustias y de esfuerzos.

No es aquí donde tenía su patria, y de Alemania á Inglaterra fué muy larga la travesía. Durante mucho tiempo pareció peligroso ó ridículo. «Todo lo que se sabía de Alemania (1) es que era un vasto país, poblado de húsares y de editores clásicos; que si ibais allí, veríais en Heidelberg un tonel muy grande y podríais saborear excelente vino del Rhin y jamón de Westfalia.» En cuanto á los escritores, parecían muy pesados y desmañados. «Un alemán sentimental parece un matarifote gimiendo por un ternero sacrificado.» Si al fin acaba por entrar su literatura, primero por el atractivo de los dramas extravagantes y de las baladas fantásticas, después por la simpatía de las dos naciones, que aliadas contra la política y la civilización francesas, reconocen su fraternidad de lengua, de religión y de corazón, la metafísica alemana se queda á la puerta sin poder derribar la barrera que le oponen la religión nacional y el espíritu positivo. Se la ve intentar el paso en Coleridge, por ejemplo, teólogo filósofo y poeta soñador, que se esfuerza por ensanchar el dogma oficial, y que al fin de su vida, hecho una especie de oráculo, procura desentrañar y desvelar en el regazo de la Iglesia, ante algunos discípulos fieles, el cristianismo del porvenir. No lo consigue; los espíritus son demasiado positivos, los teólogos demasiado esclavos. Se ve obligada á transformarse y hacerse anglicana, ó á deformarse y hacerse revolucionaria, y en vez de un Schiller y de un Gœthe, producir espíritus como Wordsworth, Byron y Shelley.

(1) *Revista de Edimburgo*, Junio de 1810.

El primero, nuevo Cowper, con menos talento y más ideas que el otro, fué un hombre interior por excelencia, es decir, preocupado de los intereses del alma. «¿Qué he venido á hacer á este mundo, y para qué destino se me ha dado esta vida? ¿Soy justo ó no? E independientemente de los pasos visibles de mi conducta, ¿son conformes á la ley suprema los movimientos secretos de mi corazón?» He ahí el pensamiento cardinal que hace serios, meditabundos y ordinariamente tristes á los hombres de esta clase (1). Viven *con los ojos vueltos hacia el interior*, no para notar y clasificar sus ideas como fisiólogos, sino para aprobar ó censurar sus sentimientos como moralistas. Comprendida así, la vida llega á ser un asunto grave, de solución incierta, sobre el cual hay que reflexionar continuamente y con escrúpulo. Comprendido así, el mundo cambia de aspecto; no es ya una máquina de rodajes engranados, como dice el sabio, ni una magnífica planta floreciente, como siente el artista: es obra de un ser moral expuesta ante los ojos de los seres morales.

Representémonos un hombre semejante enfrente de la vida y del mundo; mira ambas cosas y toma parte en ellas, al parecer como cualquier otro; pero en el fondo, ¡qué diferente es! Su gran pensamiento le persigue, y cuando contempla un árbol es para meditar sobre el destino humano. Descubre ó cree descubrir un sentido en los menores objetos: un soldado que marcha al son del tambor le hace reflexionar en la abnegación heroica, sostén de las sociedades; una orla de nubes que duermen pesadamente al borde

(1) Nuestros jansenistas, los puritanos y los metodistas son los extremos de este grupo.

de un cielo pálido, le comunica esa melancolía tranquila, tan á propósito para sostener la vida moral. No hay nada que no le recuerde su deber y no le hable de sus orígenes. De cerca ó de lejos, su filosofía aparecerá detrás de todas sus ideas y de todas sus imágenes, como en un paisaje una gran montaña. Le aparecerá entre tempestades y relámpagos si se halla inquieto, apasionado y agitado por escrúpulos, como los verdaderos puritanos, como Pascal, Cowper, Carlyle. Le aparecerá en una neblina gris, imponente y tranquila, si goza como éste de un alma reposada y de una vida dulce. Wordsworth es un hombre juicioso y feliz, pensador y soñador, que lee y se pasea. Le vemos disfrutar de una condición independiente y de una fortuna desahogada en el seno de un matrimonio tranquilo, entre los favores del gobierno y los respetos del público. Vive tranquilamente á orillas de un bello lago, enfrente de nobles montañas, agradablemente retirado en una casa elegante, entre las admiraciones y la solicitud de amigos distinguidos y escogidos, ocupado en contemplaciones que ninguna borrasca viene á turbar, y en poesía cuya expansión ninguna dificultad entorpece. En medio de esa gran calma se oye pensar á sí mismo; la paz es tan grande en él y en torno de él, que puede percibir lo imperceptible. «La más humilde flor que se abre (dice) puede excitar en mí sentimientos demasiado profundos para esparcirse en lágrimas.» Ve grandeza, belleza, lecciones en los sucesos ínfimos que constituyen la trama de nuestros días más insignificantes. No necesita para conmoverse de espectáculos espléndidos ni de acciones extraordinarias. El gran resplandor de las arañas y la pompa teatral le ofenderían; sus ojos son demasiado delicados; están acostumbrados á las tintas dulces y uniformes. Es un poeta crepuscular. La vida moral en la vida vulgar: he ahí su objeto, el objeto de sus preferencias; suprime de propósito todo lo que agrada á los sentidos para no hablar más que al corazón.

De ese carácter nació una teoría, su teoría del arte, enteramente espiritualista, que, después de sublevar á los hábitos clásicos, acabó por atraer las simpatías protestantes, y le ganó tantos adeptos como enemigos le había suscitado (1). Puesto que lo único importante es la vida moral, consagrémonos únicamente á mantenerla. Es menester conmover al lector verdaderamente y en bien de su alma; lo demás es indiferente: mostrémosle, pues, los objetos conmovedores en sí mismos, sin pensar en ataviarlos con un bello estilo. Despojémonos del lenguaje convencional y de la dicción poética. Dejemos á un lado las palabras nobles, los epítetos de escuela y de corte, y todo ese aparato de esplendor ficticio que los escritores clásicos se creen obligados á usar y autorizados á imponer. En poesía, como en todas las cosas, lo importante no es el adorno, sino la verdad. Dejémonos de ostención, y busquemos el efecto. Hablemos en estilo liso y llano, todo lo semejante posible á la prosa, á la conversación ordinaria, y escojamos los asuntos cerca de nosotros, en la vida humilde. Tomemos por personaje un niño idiota, una campesina anciana que tirita, un buhonero, una criada detenida en la calle. Lo que constituye la belleza del asunto es el sentimiento verdadero, no la dignidad de los personajes; y el sentimiento verdadero, no la dignidad de las palabras, es lo que constituye la belleza de la poesía. ¿Qué importa que sea una lugareña quien llora, si esas lágrimas me hacen ver

(1) Prólogo de la segunda edición de las *Lyrical Ballads*.

el sentimiento maternal? ¿Qué importa que mi verso sea una línea de prosa rimada, si esa línea hace visible una emoción noble? Vosotros nos leéis para llevaros emociones, no frases; venís á buscar en nosotros una cultura moral, no formas bonitas de expresión.—Y tras esto Wordsworth, clasificando sus poemas según las diversas facultades del hombre y las diferentes edades de la vida, trata de conducirnos por todos los compartimentos y todos los grados de la educación interior hasta las convicciones y los sentimientos que él mismo ha alcanzado.

Todo eso está muy bien, pero á condición de que el lector sea, como él, filósofo moralista por excelencia y hombre sensible con exceso. Cuando yo haya limpiado mi cabeza de todos los pensamientos mundanos, y cuando haya mirado á las nubes durante diez años para afirmar mi alma, gustaré esa poesía. Entre tanto, la red de hilos imperceptibles con que Wordsworth procura unir todos los sentimientos y abarcar toda la naturaleza se rompe entre mis dedos: es demasiado endeble; es una tela de araña tegida por una imaginación metafísica, y que se desgarra cuando trata de palparla una mano sólida. La mitad de sus composiciones son infantiles, inocentes (1): cosas triviales en un estilo trivial, nulidad sobre nulidad, y por principio. Todas las poéticas del mundo no nos reconciliarán con tanto aburrimiento. Cierto que un gato que juega con tres hojas secas puede sugerir una reflexión filosófica, y figurar el hombre sabio «que juega con las hojas caídas de la vida»; pero ochenta versos sobre eso hacen bostezar, y, lo que es peor, sonreir. A

(1) *Peter Bell, The White doe, Fhe Kitten and the Falling leaves*, etc.

esa cuenta se descubrirá una lección en un cepillo de dientes gastado, que, á pesar de todo, sigue prestando sus servicios. Sin duda también, las vías de la Providencia son insondables, y un patán egoísta como Peter Bell puede ser convertido por la bella conducta de un asno lleno de fidelidad y de abnegación; pero esos primores sentimentales no tardan en ser empalagosos, y llegan á serlo más por la candidez deliberada del estilo. No agrada mucho ver á un hombre grave imitar seriamente el lenguaje de las nodrizas, y se dice por lo bajo que con enternecimientos tan frecuentes debe empapar muchos pañuelos. Reconoceremos, si queréis que vuestros sentimientos son interesantes; aun así, podríais dispensaros de hacérnoslos pasar revista á todos. «Ayer leí *El Perfecto pescador* de Walton; soneto.—El domingo de Pascua estaba en un valle del Westmoreland; otro soneto.—Antes de ayer, con preguntas demasiado apremiantes, hice mentir á mi chiquitín; poema.—Voy á pasearme por el continente y por Escocia; poesías sobre todos los incidentes, monumentos y documentos del viaje.» Pero ¿es que juzgáis tan preciosas vuestras impresiones que las ponéis todas entre cristales? No hay más que tres ó cuatro cosas en la vida de cada uno de nosotros que valgan la pena de contarse; nuestras grandes sensaciones merecen ser mostradas, porque resumen todo nuestro ser, pero no los efectos leves de las ligeras impresiones que pasan por nosotros y las oscilaciones imperceptibles de nuestro estado cotidiano. De otro modo, yo acabaré por explicar en verso que mi perro se rompió ayer una pata, y que mi mujer se puso las medias al revés esta mañana. Lo privativo del artista es vaciar las grandes ideas en moldes tan grandes como ellas; los de Wordsworth son de barro

ordinario, desportillados, incapaces de guardar el metal precioso que deben contener.

Pero el metal es verdaderamente precioso, y, además de varios sonetos muy bellos, hay obra suya, como la más vasta, *Una excursión,* en que se olvida la pobreza de la forma para admirar la castidad y la elevación del pensamiento. A la verdad, el poeta no hace gran derroche de imaginación; se pasea y habla con un piadoso buhonero escocés: esa es toda la historia. Siempre los poetas de esta escuela se pasean contemplando la naturaleza y pensando en el destino humano: es su actitud permanente. Conversa, pues, con el buhonero, personaje meditabundo, que se ha instruído en una larga experiencia de los hombres y de las cosas, que habla muy bien (¡demasiado bien!) del alma y de Dios, y le cuenta la historia de una buena mujer muerta de pena en su cabaña; luego con un solitario, especie de Hamlet escéptico, taciturno, entristecido por la muerte de los suyos y las decepciones de sus largos viajes; después con el pastor, que los lleva al cementerio de la aldea y les describe la vida de varios muertos interesantes. Nótese que, al par, menudean con profusión las reflexiones y las discusiones morales, los paisajes y las descripciones morales, que las disertaciones entretejen sus largos setos de espinas, y que los cardos metafísicos pululan en todos los rincones. En resumen: el poema es grave y deslavazado como un sermón. Pues bien; á pesar de ese aire eclesiástico y de las declamaciones contra Voltaire y su siglo, se nos impone como un discurso de Teodoro Jouffroy. Después de todo, ese es un hombre convencido; ha pasado la vida meditando en esa clase de ideas, que son la poesía de su religión, de su raza y de su clima; se halla imbuido en ellas; sus pinturas, sus relatos, todas

sus interpretaciones de la naturaleza visible y de la vida humana, no tienden más que á colocar el espíritu en la disposición grave propia del hombre interior. Yo entro aquí como en el valle de Port-Royal: un rincón solitario, aguas estancadas, bosques sombríos, ruinas, piedras tumulares, y por encima de todo la idea del hombre responsable y del oscuro *más allá,* hacia el cual nos encaminamos involuntariamente. Olvido nuestra despreocupación francesa, nuestro hábito de dejar correr la vida. En esa reflexión tan sincera hay una seriedad imponente, una austera belleza; surge el respeto, se para uno y se siente impresionado. Ese libro es como un templo protestante, augusto, aunque desnudo y monótono. Lo que expone son los grandes intereses del alma, lo que expone «es la verdad, la grandeza, la belleza, la esperanza, el amor, el temor melancólico subyugado por la fe, los consuelos benditos en los días de angustia, la fuerza de la voluntad y el poder de la inteligencia, las alegrías esparcidas por la amplia comunidad de los seres, el espíritu individual que mantiene su retiro inviolado, sin admitir en él otros soberanos que la conciencia y la ley suprema de esa inteligencia que lo gobierna todo». Esa persona inviolable, única porción santa del hombre, es santa en todos los grados de la escala social; por eso elige Wordsworth como personajes un buhonero, un cura, rústicos; á sus ojos, la condición, la educación, el traje, toda la envoltura mundana del hombre carece de interés; lo que constituye nuestro valor es la integridad de nuestra conciencia; la ciencia misma no es profunda más que cuando penetra hasta la vida moral: porque en ninguna parte falta esa vida. «A todas las formas de ser se halla asignado un principio activo; aunque fuera del alcance de los sentidos y de

la observación, subsiste en todas las cosas, en las estrellas del azulado cielo, en las guijas de los arroyos, en las aguas móviles, en el aire invisible. Toda cosa tiene propiedades que transcieden de ella, y comunican el bien, bien puro ó con mezcla de mal. El espíritu no conoce ningún lugar aislado, ningún vacío, ninguna soledad. Circula de eslabón en eslabón, y es el alma de todos los mundos.» Rechazad, pues, con desdén esa ciencia seca «que divide y subdivide los objetos con separaciones incesantes, que no los ve más que muertos y sin alma y destruye toda grandeza.» «Más vale un rústico supersticioso que un sabio frío.» Por encima de las vanidades de la ciencia y del orgullo del mundo está el alma por la cual todos son iguales; y la gran vida cristiana é íntima abre en seguida sus puertas á cuantos quieren penetrar en su seno. «Expuesto se halla el sol y expuesta está la magnificencia infinita del cielo al alcance de toda mirada humana. El Océano murmura para todo oído. El campo en la primavera derrama una fresca voluptuosidad en todos los corazones. Los deberes primeros brillan allá arriba como los astros. Las ternuras que calman, acarician y bendicen están esparcidas á los pies de los hombres como flores.» De igual manera, al fin de toda agitación y de toda investigación aparece la gran verdad que es compendio de todas las restantes. «La vida, la verdadera vida, es la energía del amor divino ó humano ejercitada en las penalidades, en las tribulaciones y destinada, cuando ha sufrido su prueba y recibido su consagración, á pasar al través de las sombras y el silencio del reposo, á la alegría eterna.» Los versos acompañan esos graves pensamientos con su grave armonía; parecen como un motete acompañando una meditación ó una oración. Se asemejan á la música

grandiosa y monótona del órgano, que al anochecer, al fin del culto, se propaga lentamente en medio de la penumbra de los arcos y pilares.

Cuando una forma de espíritu sale á luz, brota á luz por todos lados, no hay partido en que no aparezca, ni instintos que no renueve. Entra á la vez en los dos campos contrarios, y parece deshacer con una mano lo que ha hecho con la otra. Si es, como en otro tiempo, el estilo oratorio, se le encuentra á la par al servicio de la misantropía cínica y al servicio de la humanidad decorosa, en Swift y en Addison. Si es, como ahora, el espíritu filosófico, produce á la vez predicaciones conservadoras y utopías socialistas; Wordsworth y Shelley (1). Este, uno de los poetas más grandes del siglo, hijo de un rico baronnet, hermoso como un ángel, de una precocidad extraordinaria, dulce, generoso (2), tierno, colmado de todos los dones del corazón, estropeó su vida transportando á su conducta la imaginación entusiasta que hubiese debido guardar para sus versos. Desde su nacimiento tuvo «la visión» de la belleza y de la felicidad sublimes, y la contemplación del mundo ideal le puso en guerra contra el mundo real. Habiéndose negado en Eton á ser criado de los escolares mayores, fué tratado por los alumnos y por los maestros con una crueldad odiosa»; se dejó martirizar, se negó á obedecer, y, replegado en sí mismo entre lecturas prohibidas, empezó á forjar los sueños más desmedidos y poéticos. Juzgó á la sociedad por la opresión que él sufría, y al hombre por la generosidad que él sentía en sí mismo; creyó

(1) Véanse tambien las novelas agresivas y socialistas de W. Godwin, sobre todo *Caleb Williams*.

(2) Adquirió una vez una oftalmía, visitando cabañas insalubres.

que el hombre era bueno y la sociedad mala, y que no había más que suprimir las instituciones establecidas para hacer de la tierra «un paraíso». Se hizo republicano y comunista; predicó la fraternidad, el amor, hasta la abstinencia de la carne, y, como medio, la abolición de los reyes, de los sacerdotes y de Dios (1). Júzguese de la indignación que tales ideas promovieron en una sociedad tan tenazmente apegada al orden establecido, tan intolerante, donde, por encima de los instintos conservadores y religiosos, hablaba el *cant* como soberano. Fué expulsado de la universidad; su padre se negó á verle; el canciller, por un decreto, le quitó la tutela de sus dos hijos por indigno; al fin tuvo que marcharse de Inglaterra. Me olvidaba de decir que á los diez y ocho años se casó con una muchacha del pueblo, que se separaron, que ella se mató, que él minó su salud á fuerza de exaltaciones y de angustias (2), y que hasta el fin de su vida estuvo nervioso ó enfermo. ¿No es esa una verdadera vida de poeta? Con los ojos fijos en las magníficas apariciones de que poblaba el espacio, marchaba por el mundo sin ver el camino, tropezando en las piedras del trayecto. Ese conocimiento de los hombres, que la mayoría de los poetas tienen en común con los novelistas, no le tenía él. Pocas veces se ha visto un espíritu cuyo pensamiento se cerniese más arriba y más lejos de las cosas reales. Cuando quiso presentar personajes y sucesos, en *La Reina Mab*, en *Alastor*, en *La Rebelión del Islam*, en *Prometeo*, no produjo más que fantasmas sin sustancia. Una sola vez, en *Beatriz Cenci*, reanimó una

(1) *Queen Mab* y notas. En Oxford había publicado un folleto «sobre la necesidad del ateísmo».

(2) Algún tiempo antes de su muerte, á los veintinueve años, decía: «Si yo muriese ahora, habría vivido tanto como mi padre.»

figura viva digna de Webster y del viejo Ford, pero en cierto modo á despecho suyo, y porque allí los sentimientos eran tan intensos é inauditos, que se avenían con sus concepciones sobrehumanas. En todas las demás partes, su mundo está por encima del nuestro. Allí las leyes de la vida están suspendidas ó transformadas; se boga entre cielo y tierra en medio de la abstracción, la quimera y el símbolo; los seres flotan como esas figuras fantásticas que se ven en las nubes, y que ondulan y se deforman caprichosamente en su ropaje de nieve y oro.

Para las almas hechas así, el gran consuelo es la naturaleza. Tienen una sensibilidad demasiado delicada para encontrar una distracción en el espectáculo y la pintura de las pasiones (1). «Shelley se apartaba de ese espectáculo instintivamente; reabría sus propias heridas.» Se encontraba mejor en los buques, á orillas del mar, enfrente de los grandes paisajes. Las peñas, las nubes y las praderas, que parecen inertes é insensibles á los ojos ordinarios, son, para las grandes simpatías, seres vivos y divinos que descansan del hombre. No hay sonrisa virginal tan encantadora como la del alba, ni regocijo más soberano que el del mar cuando sus olas bullen y se estremecen hasta perderse de vista bajo el pródigo esplendor del cielo. Ante ese cuadro el corazón se remonta involuntariamente hacia los sentimientos de la antigua leyenda, y el poeta vislumbra en la floración inagotable de las cosas el alma pacífica de la gran madre por quien todo vejeta y se sostiene. Shelley pasaba la mayor parte de su vida al

(1) Tomo IV, p. 53, notas de mistress Shelley.—Véase un excelente artículo sobre Shelley en la *National Review*, Octubre de 1856.

aire libre, sobre todo en barco, primero en el Támesis, luego en el lago de Ginebra, después en el Arno y en los mares de Italia. «Me gustan (decía) todos los sitios desiertos y solitarios, aquellos en que gustamos el placer de creer infinito lo que vemos, infinito como deseamos que sea nuestra alma. Y tal era aquel dilatado Océano y aquella costa más estéril que sus olas.» Profundo sentimiento germánico que, unido á emociones paganas, produjo su poesía, poesía panteísta al par que reflexiva, casi griega, y, sin embargo, inglesa, donde la fantasía juega como una niña loca y soñadora con la magnífica madeja de las formas y de los colores. Una nube, una planta, una salida de sol son sus personajes; eran los de los poetas primitivos cuando tomaban el relámpago por un ave de llama y las nubes por los rebaños del cielo. Pero ¡qué secreto ardor tras esas espléndidas imágenes, y cómo se siente el calor de la hoguera al través de los fantasmas coloreados que hace flotar sobre el horizonte! (1). ¿Ha habido alguien, después de Shakespeare y Spenser, que haya encontrado éxtasis tan tiernos y tan grandiosos? ¿Ha pintado alguien tan magníficamente la nube que vela de noche en el cielo, envolviendo en su red el enjambre de abejas doradas, que son las estrellas, y «la encendida aurora con sus ojos de meteoro y sus desplegadas alas llameantes, que salta como un águila sobre el lomo de la bogante nube?» Léase también el siguiente pasaje sobre el jardín en que sueña la sensitiva. ¡Ay! Son los sueños del poeta y las venturosas visiones que flotaron en su corazón, virgen hasta el momento en que se abrió y marchitó. Me detendré á

(1) Véase, sobre todo, *The Witch of Atlas*, *The Cloud*, *The Skylark*, el fin del *Islam*, *Alastor* y todo el *Prometeo*.

tiempo; no iré, como él, más allá de los recuerdos de su primavera:

«La campanilla blanca y la violeta salían del suelo impregnadas de tibia lluvia, y su hálito se mezclaba con el fresco olor del césped, como se mezclan la voz y el instrumento.

»Luego las pintadas anémonas, y los altos tulipanes, y los narcisos, las más bellas de las flores, que contemplan sus ojos en las profundidades del río, hasta que los mata el excesivo amor á su belleza.

»Y esa especie de náyade, el lirio de los valles, á quien hace tan bello la juventud, y tan pálido la emoción, que el brillo de sus trémulas campanillas se vislumbra al través de sus pabellones de verde tierno.

»Y el jacinto purpúreo, blanco ó azul, de cuyas campanillas brotaba una lluvia de notas tan delicadas, tan dulces y tan intensas, que dentro del sentido se percibía como un aroma.

»Y la rosa, como una ninfa que se prepara para el baño, descubriendo la profundidad de su seno deslumbrador, hasta que, caído velo tras velo, ante el aire palpitante, quedó al desnudo el alma de su belleza y de su amor.

»Y la erguida azucena, que elevaba al aire su copa iluminada por la luna, hasta que la estrella ardiente, que forma su ojo, miraba al pálido azul del cielo al través del rocío transparente.

»Y sobre la corriente, cuyo inconstante pecho centelleaba entre florido ramaje, deslizábanse resplandores de esmeralda y de oro al través de la bóveda de mezcladas tintas.

»Allí se arrastraban temblorosas anchas ninfeas, y á su lado resplandecían los estrellados nenúfares, y

la suave corriente centelleaba y bailaba con dulces sonidos y dulce irradiación.

»Y los senderos sinuosos de césped y de musgo que atravesaban el jardín en diversos sentidos, unos abiertos al sol y á la brisa, otros ocultos bajo bóvedas de floridos árboles, estaban adornados de margaritas y campanillas delicadas, tan bellas como los fabulosos asfodelos, y de florecillas que, inclinándose á medida que el día declinaba, formaban pabellones blancos, purpurinos y azules, para resguardar al gusano de luz del rocío de la noche.»

Todo vive aquí, todo respira y desea. Este poema, que es la historia de una planta, es también la historia de un alma, el alma de Shelley, la sensitiva. ¿No es natural confundirlas? ¿No hay una comunidad de naturaleza entre todos los seres vivientes de este mundo? Ciertamente hay un alma en cada cosa; la hay en el universo; sea el ser el que quiera, bruto ó racional, definido ó vago, siempre tras su forma sensible luce una esencia secreta y un no sé qué divino que vislumbramos entre relámpagos sublimes, sin alcanzarlo ni penetrarlo nunca. He ahí el presentimiento y la aspiración que elevan toda la poesía moderna, ya á meditaciones cristianas, como acontece en Campbell y en Wordsworth, ya á visiones paganas, como ocurre en Heats y Shelley. Esos poetas oyen palpitar el gran corazón de la naturaleza, quieren llegar hasta él, ensayan todas las vías espirituales ó sensibles, la de Judea y la de Grecia, la de los dogmas consagrados y la de las doctrinas proscritas. En ese esfuerzo magnífico é insensato los más grandes se agotan y mueren. Su poesía, que arrastran consigo por esos caminos sublimes, se desgarra en ellos. Sólo uno, Byron, llega á la cima, y de todos aquellos grandes ro-

pajes poéticos, que flotaban como estandartes y parecían llamar á los hombres á la conquista de la verdad suprema, no se ven ya hoy más que jirones diseminados por el camino.

Esos poetas han hecho su obra, no obstante. Merced á sus multiplicados esfuerzos y á su concierto involuntario, la idea de la belleza cambia, y por contagio van á cambiar las otras ideas. Los conservadores contribuyen á tal fin como los revolucionarios, y lo mismo se trasluce el nuevo espíritu en los poemas que bendicen la Iglesia y el Estado que en los poemas que maldicen el Estado y la Iglesia. Se aprende por Wordsworth y por Byron, por el protestantismo profundizado y el escepticismo instituido, que, en esa organización sagrada que el *cant* protege, hay materia de reforma ó de revolución; que se pueden encontrar otros valores morales que los que la ley timbra y la opinión recibe; que fuera de las confesiones oficiales hay verdades; que fuera de las condiciones respetadas hay grandezas; que fuera de las situaciones regulares hay virtudes; que la grandeza reside en el corazón y en el genio, y que todo lo demás, creencias y acciones, es cosa subalterna. Se acaba de experimentar que, fuera de los convencionalismos literarios, hay una poesía, y eso dispone á pensar que, fuera de los dogmas religiosos, puede haber una fe, y fuera de las instituciones sociales, una justicia. El antiguo edificio se conmueve, y la revolución penetra en él, no por una inundación súbita, como en Francia, sino por infiltraciones lentas. La muralla levantada contra ella por la intolerancia pública se resquebraja y se abre; la guerra empeñada contra el jacobinismo republicano é imperial acaba de concluir por la victoria, y en adelante se puede contemplar las ideas ene-

migas, no ya en concepto de enemigas, sino en concepto de ideas. Se contemplan, y, apropiándolas al país, se importan. Se emancipa á los católicos, se rebaja el censo electoral, se revocan las contribuciones injustas que encarecían los granos, se suavizan las leyes terribles que protegían la propiedad, el reparto del impuesto pesa más cada vez sobre las clases ricas; las antiguas instituciones, organizadas antes en beneficio de una raza, y, dentro de esa raza, en beneficio de una clase, no se mantienen ya más que á condición de redundar en beneficio de todos; los privilegios se convierten en funciones, y, en este triunfo de la clase media que forma la opinión y adquiere el ascendiente, la aristocracia, pasando de las prebendas á los servicios, no parece ya legítima más que en calidad de plantel nacional conservado para suministrar hombres públicos. Al mismo tiempo, la estrecha ortodoxia se ensancha. La zoología, la astronomía, la geología, la botánica, la antropología, todas las ciencias de observación, tan cultivadas y tan populares, hacen penetrar en ella á la fuerza sus descubrimientos disolventes. La crítica, que llega de Alemania, retoca la Biblia, rehace la historia del dogma y ataca al dogma mismo. A todo esto, la pobre filosofía escocesa se ha secado; entre las agitaciones de las sectas que tratan de transformarse y del unitarismo que sube, se oye á las puertas del arca santa retumbar como una marea la filosofía continental. A la sazón ha invadido ya la literatura; desde hace cincuenta años todos los grandes escritores se entregan á la corriente: Sidney Smith, por sus sarcasmos contra la letargia del clero y la opresión de los católicos; Arnold, por sus reclamaciones contra el monopolio religioso del clero y contra el monopolio eclesiástico de los anglicanos;

Macaulay, por su historia y su panegírico de la revolución liberal; Thackeray, atacando á la clase noble en beneficio de la clase media; Dickens, atacando á los dignatarios y á los ricos en beneficio de los pequeños y de los pobres; Currer Bell y mistress Browning, defendiendo la iniciativa y la independencia de las mujeres; Stanley y Jowet, introduciendo la exégesis de allende el Rhin y precisando la crítica bíblica; Carlyle, importando bajo forma inglesa la metafísica alemana; Stuart Mill, importando bajo forma inglesa el positivismo francés; el mismo Tennyson, extendiendo sobre las bellezas de todos los países y de todos los siglos la protección de su dilettantismo amable y de sus simpatías poéticas; cada uno, según su talla y su lugar, hundido á profundidades diferentes, todos retenidos al alcance de la ribera por sus preocupaciones prácticas, todos afirmados contra los resbalones por sus preocupaciones morales, todos ocupados, unos con más ardor, otros con más desconfianza, en recibir ó en hacer entrar la ola creciente de la democracia y de la filosofía modernas en su constitución y en su Iglesia, sin deterioro y con medida, para no destruir nada y fecundarlo todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ver todo lo relativo a Lord Byron y ello nos servirá p.ª describir el [illegible] mismo de Jaime

CAPITULO II

Lord Byron.

I. El hombre.—Su familia.—Su carácter apasionado.—Sus amores precoces.—Su vida de excesos.—Su carácter militante.—Su rebeldía contra la opinión.—*English Bards and Scottish Reviewers.*—Sus jactancias y sus imprudencias.—Su matrimonio.—Desencadenamiento de la opinión contra él.—Su partida.—Su vida política en Italia.—Sus tristezas y sus violencias.

II. El poeta.—Sus razones para escribir.—Su manera de escribir.—Cómo su poesía es personal.—Su gusto clásico.—Cómo le sirvió ese gusto.—*Childe Harold.*—El héroe.—Los paisajes.—El estilo.

III. Sus pequeños poemas.—Sus procedimientos oratorios.—Sus efectos melodramáticos.—Verdad de los paisajes.—Sincoridad de los sentimientos.—Pinturas de las emociones tristes y extremas.—Idea reinante de la muerte y de la desesperación.—*Mazeppa, El Prisionero de Chillon, El Sitio de Corinto, El Corsario, Lara.*—Analogía de esta concepción con las del Edda y de Shakespeare.—*Las Tinieblas.*

IV. *Manfredo.*—Comparación entre el Manfredo de Byron y el Fausto de Gœthe.—Concepción de la leyenda y de la vida en Gœthe.—Carácter simbólico y filosófico de su epopeya.—En qué le es inferior Byron.—En qué le es superior.—Concepción del carácter y de la acción en Byron.—Carácter dramático de su poema.—Oposición entre el poeta del universo y el poeta de la persona.

V. Escándalo en Inglaterra.—La cohibición y la hipocresía de las costumbres.—Cómo y según qué ley varían las concepciones morales.—La vida y la moral meridional.—*Beppo.*—*Don Juan.*—Transformación del talento y del estilo de Byron.—

Pintura de la belleza y de la felicidad sensible.—*Haydea.*—Cómo combate el *cant* británico.—Cómo combate la hipocresía humana.—Idea del hombre.—Idea de la mujer.—*Doña Julia.*—*El Naufragio.*—*La Toma de Ismael.*—Naturalidad y variedad de su estilo.—Exceso y fatiga de su estro.—Su teatro.—Su marcha á Grecia y su muerte.

VI. Puesto de Byron en su siglo.—La enfermedad del siglo.—Las diversas concepciones de la felicidad y de la vida.—La respuesta de las letras.—La respuesta de las ciencias.—Equilibrio futuro de la razón.—Concepción moderna de la naturaleza.

I

He reservado el más grande y el más inglés de esos artistas; es tan grande y tan inglés, que por sí solo nos enseñará sobre su país y sobre su tiempo más verdades que todos los otros juntos. Se han maldecido sus ideas durante su vida; se ha tratado de denigrar su genio después de su muerte. Hoy aún son injustos con él los críticos ingleses. Combatió toda su vida contra el mundo de donde salió, y durante su vida, como después de su muerte, ha sufrido la pena de los resentimientos que provocó y de las aversiones que hizo nacer. Un crítico extranjero puede ser más equitativo, y elogiar libremente la mano poderosa cuyos golpes no ha sentido.

Si hubo un alma violenta y locamente sensible, pero incapaz de sustraerse á sí propia; siempre trastornada, pero en un recinto cerrado; predestinada por su nativa fogosidad á la poesía, pero limitada por sus barreras naturales á una sola especie de poesía, ese alma es la suya.

Esa propensión á las emociones extremas era en él

un legado de familia y un efecto de educación. Un tío suyo, especie de maníaco arrebatado y misántropo, mató en un duelo de taberna, á la luz de una vela, á Mr. Chaworth, pariente suyo, y compareció ante la Cámara de los Lores. Su padre, licencioso y brutal, quitó la mujer á lord Carmarthen, arruinó y maltrató á miss Gordon, su segunda mujer, y después de vivir como un loco y como un mal hombre, se fué á morir al continente, llevándose el último dinero de su familia. La madre, en sus momentos de furor, desgarraba sus sombreros y sus vestidos. Cuando murió su desdichado marido, estuvo á punto de perder la razón, y se oían sus gritos en la calle. Qué infancia llevó Byron en el antro de «aquella leona», en medio de qué tempestades de insultos entrecortados por enternecimientos vivió aquel niño que era no menos apasionado y más amargo, sería largo de contar. La madre corría tras él, le llamaba pillete, vociferaba y le tiraba á la cabeza la paleta y las tenazas. El se callaba, saludaba y devoraba el ultraje. Un día que se hallaba poseído de «una de sus rabias silenciosas», hubo que arrancarle de la mano un cuchillo que había cogido de la mesa, y que se llevaba ya al pecho. Otra vez el altercado fué tan terrible, que hijo y madre, cada cual por su lado, se fueron á la botica para «saber si el otro había ido á buscar veneno con que matarse, y para advertir al boticario que no se le vendiese». Cuando fué á las escuelas, dice él mismo, «sus amistades fueron pasiones». Muchos años después no oía pronunciar el nombre de Clare, uno de sus antiguos condiscípulos, «sin que le latiese el corazón». Veinte veces se sacrificó por sus amigos, ofreciendo su tiempo, su pluma, su bolsa. Un día, en Harrow, uno de los mayores daba una paliza á su querido Peel en el mollar del brazo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que había retorcido á fin de hacerle más sensible. Byron, demasiado pequeño para luchar con el verdugo, se acercó á él, encendido de ira, saltándole las lagrimas, y con voz temblorosa le preguntó cuántos golpes quería dar. «¿A ti qué te importa, tunantuelo?—Es que, si hacéis el favor (dijo Byron, extendiendo el brazo), yo quisiese recibir la mitad.» La generosidad rebosaba en él como todo. «Jamás (dice quien le conoció íntimamente en su juventud), jamás encontraba un desgraciado sin socorrerle (1).» Más tarde, en Italia, de 100.000 pesetas que gastaba, daba 25.000. Las fuentes vivas de aquel corazón estaban demasiado llenas, y al menor choque derramaban impetuosamente el bien ó el mal. A los ocho años, como Dante, se enamoró de una niña llamada María Duff. «¿No es extraño (escribía diez y siete años después) que yo me enamorase tan completa, tan perdidamente, de aquella niña en una edad en que no podía sentir el amor, ni saber la significación de esa palabra?... Me acuerdo de todo lo que nos decíamos el uno al otro, de nuestras caricias, de sus facciones; yo no tenía ya reposo, no podía dormir... Mi angustia y mi amor eran tan violentos, que á veces me pregunto si he vuelto á sentir otra pasión verdadera... Cuando más tarde supe su matrimonio, la noticia fué como un rayo; me ahogaba, caí medio convulso.» De igual suerte, cuando á los doce años amó á su prima Margarita Parker, perdió el sueño, no comía ya. «Yo tenía motivos para creer que me amaba, y, sin embargo, la gran preocupación de mi vida era pensar en el tiempo que transcurriría hasta nuestro próximo encuentro. ¡Y nuestras separaciones eran de unas doce horas! Pero yo era un loco entonces, y hoy no soy mucho más cuerdo.»

(1) Moore, t. I, p. 121, año 1807.

No lo fué nunca: lecturas enormes en el colegio, ejercicios violentos después en Cambridge, en Newstead y en Londres, vigilias prolongadas, regodeos y ayunos excesivos, régimen destructor; se precipitaba á ciegas hasta el fondo de todos los gustos y de todos los excesos. Como era dandy, y uno de los más brillantes, se dejaba morir de hambre por temor de engordar, y luego bebía y comía hasta atiborrarse en las noches de abandono. «Los dos días antes (dice una vez su amigo Moore) Byron no había tomado más que algunos bizcochos, mascando almáciga para calmar su estómago. Habiéndose sentado á la mesa, se circunscribió á los cangrejos de mar, y acabó dos ó tres por su parte, bebiendo unas veces en los intermedios una copita de aguardiente fuerte, otras veces un vaso grande de agua muy caliente, para volver después al aguardiente puro; se bebió hasta media docena de copas; luego despachamos entre los dos dos botellas de Burdeos, y nos separamos hacia las cuatro de la mañana.» Otra vez se encuentra en su diario el apunte siguiente: «Ayer comida con Scrope Davis en El Coco. Desde las seis hasta las doce de la noche en la mesa. Bebimos una botella de champagne y seis de Burdeos. Ninguno de esos vinos me hace gran efecto.» Más adelante, en Venecia: «Apenas si he cerrado los ojos en toda la semana última. He tenido algunas aventuras curiosas de carnaval. Gastaré la mina de mi juventud hasta el último filón, y después... buenes noches. He vivido; estoy contento.» A ese paso se gastan los órganos, y no bastan para repararlos intervalos de templanza. Se echa á perder el estómago; se desconciertan los nervios; el alma mina la máquina, y ésta mina

el alma á su vez. «Me despierto siempre (escribía en Italia) en un verdadero acceso de desesperación y de hastío por todas las cosas, aun por lo que me agradaba la víspera. En Inglaterra, hace cinco años, padecí la misma especie de hipocondría, pero acompañada de una sed tan violenta, que en una noche me bebí hasta quince botellas de agua de seltz, después de haberme metido en la cama, sin dejar de tener sed, y haciendo saltar el cuello de las botellas por pura impaciencia de beber...» Así viven esas almas vehementes, incesantemente batidas y destrozadas por su propia impetuosidad, como bala detenida que gira y parece quieta, de puro veloz, pero que, al menor obstáculo, salta, rebota, lo pulveriza todo, y acaba por enterrarse. El más penetrante de los observadores, Beyle, que vivió con él varias semanas, dice que en ciertos días estaba loco; otras veces, en presencia de las cosas bellas, aparecía sublime. Aunque altanero y contenido, la música le hacía llorar. El resto del tiempo, las pequeñas pasiones inglesas, el orgullo de clase, v. gr., la vanidad del dandy, le sacaban de quicio: no hablaba de Brummel «sino con un estremecimiento de envidia y de admiración». Pero, pequeña ó grande, la pasión del momento se precipitaba sobre su espíritu como una tempestad, le levantaba, le arrebataba hasta la imprudencia y hasta el genio. En su diario, en sus cartas familiares, en toda su prosa involuntaria, palpitan la viveza del ánimo, la cólera, el entusiasmo; el grito de la sensación vibra en las menores palabras; desde Saint-Simon no se han visto confidencias más vivas. Todos los estilos parecen descoloridos, y todas las almas parecen inertes al lado de ésta.

En esa magnífica carrera de facultades desenfrenadas y desbandadas que saltan á la ventura y parecen

lanzarle indiferentemente á los cuatro puntos del horizonte, hay una que toma las riendas, y le precipita contra el muro en que se estrelló. «¡Pobre Byron!» (decía Walter Scott) (1). Era hombre de un corazón verdaderamente bondadoso, de los mejores y más entrañables sentimientos. Se ha perdido miserablemente por su desprecio insensato de la opinión. La oposición pública, en vez de advertirle y contenerle, no servía más que para excitarle á empeorar las cosas. Es como si hubiese dicho: «¡Ah! ¿con que no os gusta esto? Bien; pues vais á tener doble.» Ese instinto de rebelión está en la raza; todo un haz de pasiones salvajes, nacidas del clima, le alimentan: el humor negro, la imaginación violenta, el orgullo indomable, el amor al peligro, la necesidad de la lucha, la exaltación interior que no se sacia más que con la destrucción, y esa locura sombría que impulsaba á los *berserkers* escandinavos cuando, en una barca abierta, bajo un cielo hendido por el rayo, se entregaban á la tempestad cuyo furor respiraban. Ese instinto está en la sangre: se nace así, como se nace león ó alano. Byron era aún una criatura de saquito, cuando su niñera le riñó duramente por haber ensuciado un saco nuevo que acaba de ponerse. Le acometió una de sus rabias silenciosas, cogió el saco con las dos manos, le desgarró de arriba abajo, y se plantó ceñudo delante de la otra, que gritaba, para desafiarla mejor. Reventaba de orgullo. Cuando á los diez años heredó el título de lord, y por primera vez se pronunció su nombre en la escuela antecedido del título de *dominus,* no pudo dar la respuesta ordinaria: *adsum;* permaneció inmóvil entre sus condiscípulos, que abrían desmesuradamente los ojos, y acabó

(1) Lockart, *Life of W. Scott*, II, 238.

por romper á llorar. Otra vez, en Harrow, con motivo de una disputa que dividía la escuela, dijo un alumno: «Byron no quiere venirse con nosotros, porque no le gusta ser el segundo en ninguna parte.» Le ofrecieron el mando, y sólo entonces se dignó tomar partido. No tolerar superiores nunca, levantarse contra la menor apariencia de intrusión ó de ascendiente, mantener su persona, á toda costa, inviolable hasta el fin y contra quienquiera, saltar por todo antes que dar una muestra de sumisión: he ahí su fondo. Por eso estaba dispuesto á sufrirlo todo antes que dar una muestra de flaqueza. A los diez años era estoico, por orgullo. Le enderezaban el pie dolorosamente en una máquina de madera mientras daba la lección de latín, y el maestro le compadecía. «No os dé cuidado, Mr. Roger (dijo el niño); no me lo conoceréis en la cara.» Tal era de niño; tal fué de hombre. Moral y físicamente, lucha ó se prepara á la lucha. Todos los días, durante largas horas, tira á la pistola, se ejercita en el sable ó en pugilato, corre y salta, monta á caballo, domina resistencias. Esas son las hazañas de sus manos y de sus miembros; pero necesita otras. A falta de enemigos, se encara con la sociedad y la hace la guerra. Se sabe á qué extremos llegaba entonces la intolerancia de las opiniones reinantes.

Inglaterra estaba en lo fuerte de su guerra con Francia, y creía combatir por la moral y la libertad. A sus ojos, en aquel momento, la Iglesia y la constitución son cosas santas. ¡Guárdese nadie de tocar á ellas, si no quiere convertirse en enemigo público! En medio de ese acceso de pasión nacional y de severidad protestante, todo el que pregona ideas ó costumbres libres parece un incendiario, y levanta contra sí el instinto de los propietarios, las doctrinas de los moralistas, los intereses de los políticos y las preocupaciones del pueblo. Pues ese momento escoge Byron para elogiar á Voltaire y á Rousseau, admirar á Napoleón (1), declararse escéptico, abogar por la naturaleza y el placer contra el *cant* y la regla, decir que la alta sociedad inglesa, disipada é hipócrita, habla enfáticamente y hace matar hombres por conservar sus prebendas y sus «burgos corrompidos». Como si no bastaran los odios políticos, todavía se crea enemistades literarias, ataca al cuerpo entero de los críticos, difama la nueva poesía, declara que los más célebres son «claudianos, gentes del bajo imperio», se ceba en los *lakistas*, y tiene un enemigo venenoso é infatigable en Southey. Así rodeado de adversarios, se encuentra expuesto á ataques por todas partes. Por odio al *cant*, por reto, se presenta como baladrón de vicios. Se pinta en sus héroes, pero con negros colores, en términos que nadie puede menos de reconocerle y de creerle mucho peor de lo que es. Walter Scott escribe, después de haber leído *Childe Harold*: «Poema de gran mérito, pero que no da buena idea del corazón ni de la moral del escritor. El vicio debería ser un poco más modesto, y se necesita una insolencia casi tan grande como los talentos del noble lord para pedir gravemente que se le compadezca por el enojo y el hastío que ha sacado de la compañía de sus comensales y concubinas. Es también una vanidad monstruosa decirnos á nosotros, seres inferiores, que nuestros nimios y rancios escrúpulos y nuestros preceptos de templanza no son dignos de su atención.» He ahí los sentimientos que excitaba en todas las clases respetables; se complacía en ello, y hacía más

(1) Le llamaba «su héroe de novela».

aún, dando á entender que, en sus aventuras de Oriente, se había atrevido á muchas cosas, y no indignándose cuando se le confundía con sus héroes. Un día dice: «Tendría curiosidad de experimentar lo que siente un hombre cuando acaba de cometer un asesinato.» Otro día escribe en su diario: «Hobhouse me ha contado un sigular rumor, el rumor de que yo soy el verdadero Conrado, el verdadero corsario, y de que he hecho una parte de mis viajes sin testigos. ¡Hum! La gente anda á veces cerca de la verdad, pero no da en la verdad de lleno. Hobhouse no sabe en qué estaba ocupado yo al año de marchar él de Levante. Ni él, ni nadie... Sin embargo, es una mentira...; pero no me gustan esas mentiras que se parecen á la verdad.» Palabras peligrosas que se volvían contra él como puñales; pero él amaba el peligro, el peligro mortal, y no se encontraba á su gusto más que viendo brillar á su alrededor los dardos de todas las cóleras. Solo contra todos, erguido contra una sociedad armada, sin dejarse domeñar por las sugestiones de la sensatez, ni aun de la conciencia, entonces es cuando sentía en sus nervios tirantes la sensación grandiosa y terrible hacia la cual propendía involuntariamente todo su ser.

Una última imprudencia desencadenó el ataque. Mientras era mozo, habían podido disculparse sus excesos por ese ardor del temperamento demasiado fuerte que suele poner en pugna con el buen gusto y la regla á los jóvenes de ese país; pero el matrimonio los hace entrar en orden, y el matrimonio acabó de desbaratar á éste. Resultó que su mujer era una virtud, «una especie de modelo», que se citaba como tal, «una criatura devota de la regla», correcta y seca, incapaz de flaquear ni de perdonar. «Es cosa

rara (decía su criado Fletcher): jamás he conocido una dama que no supiese gobernar á mylord, excepto mylady.» Ella le creyó loco, é hizo que le examinasen los médidos. Al saber que disfrutaba de su razón, le abandonó, tornó al seno de su familia, y no quiso volver á verle nunca. Entonces el marido pasó por un monstruo. Los periódicos le llenaron de oprobio; sus amigos le instaban á no ir más al teatro ni al Parlamento, temiendo que le silbasen é insultasen. El furor y las torturas que ante ese asalto universal de ultrajes sintió un alma tan violenta, precozmente habituada á la gloria, no se pueden comprender más que por sus versos. Se irguió; fué á Venecia á sumergirse en la voluptuosa vida italiana, aun en la baja disipación, para insultar mejor á la gazmoñería puritana que le había condenado, y no salió de allí sino por una ofensa más censurada todavía, su intimidad pública con la joven condesa Guiccioli. A la vez se mostraba tan violentamente revolucionario en política como en moral. En 1813 escribía: «He simplificado mi política; ésta consiste ahora en aborrecer de muerte á todos los gobiernos que existen.» A la sazón, en Rávena, su casa era el centro y el arsenal de los conspiradores, y se preparaba generosa é imprudentemente á levantarse en armas con ellos para intentar la liberación de Italia. «Aquí quieren levantarse (escribía en su diario (1) y han de honrarme con una invitación. No faltaré, aunque no los creo bastantes en número, ni de bastante corazón, para hacer gran cosa; pero ¡adelante! ¿Qué significa uno mismo? Un hombre ó un millón de hombres, importa poco; lo que hay que difundir es el espíritu de la libertad. En tales ocasiones no proceden

(1) 1821.

los cálculos personales, y ahora no seré yo el que los haga.» Entre tanto tenía pendencias con la policía, su casa era vigilada, le amenazaba el asesinato, y, no obstante, todos los días montaba á caballo, é iba á ejercitarse á la pistola al pinar vecino. Son los sentimientos de un hombre que está á la boca de un cañón, esperando la descarga: la emoción es grande, hasta heroica, pero no dulce, y él, aun en ese momento de gran emoción, era ciertamente desgraciado. Nada más á propósito para envenenar la felicidad que el espíritu militante. «¿Por qué (escribe) me he pasado toda la vida más ó menos afligido de tedio?... No sé qué responder, pero me figuro que eso está en mi temperamento..., como también el despertar abatido, cosa que no ha dejado de sucederme desde hace varios años. La templanza y el ejercicio que he practicado á veces y durante mucho tiempo seguido, de un modo vigoroso y violento, apenas me servían de nada. Me valían más las pasiones violentas. Cuando estaba bajo su imperio inmediato, me sentía agitado y no abatido. En cuanto al vino y los licores, me ponen sombrío y salvaje hasta la ferocidad, aunque permanezco silencioso y solitario, sin humor pendenciero, si no me hablan. El nadar también me anima; pero en general estoy alicaído, y más alicaído cada vez. No hay que pensar en el remedio, porque yo no me siento tan aburrido como á los diez y nueve años. La prueba es que entonces me veía obligado á jugar ó á beber, ó á buscar una excitación cualquiera, si no quería hallarme en la situación de ánimo más desdichada... Ahora lo que más se apodera de mí es la inercia y una especie de desanimación peor que la indiferencia. Si salgo de ese estado, es para caer en accesos de furor.—Ultimamente entró Lega con una carta de Venecia referente á

una cuenta que yo creía pagada hacía diez meses. Me acometió tal paroxismo de furia que casi me desvanecí... Presumo que acabaré como Swift, es decir, que moriré primero por la cabeza, si no concluyo antes por accidente.» ¡Horrible idea, que le asedió hasta el fin! En su lecho de muerte, en Grecia, se negaba, no recuerdo por qué, á dejarse sangrar, y prefería acabar en seguida. Se le amenazó con la locura; se sobresaltó: «¡Adelante, verdugos!» y alargó el brazo. Entre esas explosiones y esas ansiedades pasaba la vida; la angustia sufrida, el peligro desafiado, la resistencia dominada, el dolor saboreado, todas las grandezas y todas las tristezas de la negra manía belicosa: he ahí las imágenes que necesitaba hacer flotar delante de sí. A falta de acción tenía los ensueños, y no se reducía á los ensueños más que á falta de acción. Al embarcarse para Grecia, decía que había tomado la poesía á falta de cosa mejor, que la poesía no era cosa para él. «¿Qué es un poeta? ¿De qué sirve? ¿Qué hace? Es un charlatán.» Auguraba mal de la poesía de su siglo, aun de la suya, diciendo que, si vivía diez años, se vería de él algo más que versos. Efectivamente: hubiese estado más en su puesto como rey del mar ó jefe de banda en la Edad Media. Salvo dos ó tres relámpagos de sol italiano, su poesía y su vida son las de un escalda transportado al mundo moderno, y que, en este mundo demasiado bien ordenado, no ha encontrado su destino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Fué, pues, poeta, pero á su modo, modo extraño, semejante al que tuvo de vivir. Había en él tempestades interiores, aludes de ideas que no hallaban salida más que por escrito. «Huir de mí, tal ha sido siempre mi verdadero, mi único motivo para emborronar papel y publicar.—Publicar es la continuación del mismo efecto por el movimiento que proporciona al espíritu, el cual, de otro modo, vuelve á caer sobre sí.»—Escribió, dice aún, «por exuberancia de la mente, por pasión, por impulso, por muchas causas, pero jamás por cálculo», y casi siempre con una rapidez asombrosa: *El Corsario* en diez días, *La Novia de Abydos* en cuatro días.—Durante la impresión, añadía, corregía, pero sin rehacer. «Ya os he dicho que jamás puedo rehacer. Soy como el tigre: si falla mi primer salto, me retiro gruñendo; si el salto es certero, aplasta.» Salta sin duda, pero tiene su cadena: jamás se desprende de sí, ni en la más libre carrera de sus pensamientos. Sueña consigo y se ve á sí propio en todas partes. Es un torrente que hierve, pero dentro de diques. No hay un poeta tan grande que haya tenido una imaginación tan estrecha; no puede metamorfosearse en otro. Lo que pone en sus versos son sus pesares, sus rebeliones, sus viajes, sin transformar ni arreglar apenas. No inventa; observa. No crea; transcribe. Su copia aparece en negro, pero es una copia. «No puedo escribir sobre nada (dice), sin alguna experiencia personal y algún fundamento verdadero.» En sus cartas y en su libro de notas se verán, casi punto por punto,

sus descripciones más notables. La toma de Ismael, el naufragio de D. Juan, siguen paso á paso el curso de dos narraciones en prosa. Si sólo un necio puede atribuirle los crímenes de sus héroes, sólo un ciego puede no ver en él los sentimientos de sus personajes; eso es tan cierto que, en fin de cuentas, todos esos personajes se reducen á uno. Childe-Harold, Lara, el Giaour, el Corsario, Manfredo, Sardanápalo, Caín, su Tasso, su Dante y los demás, son siempre un mismo hombre, representado con diferentes trajes, con diversas expresiones en varios paisajes, pero como los hacen los pintores, cuando por cambios de vestidos, de decoraciones y de actitudes, sacan del mismo modelo cincuenta retratos. Estaba demasiado replegado sobre sí para prendarse de otra cosa: la rigidez habitual de la voluntad impide al espíritu ser flexible; su fuerza, siempre concentrada para el esfuerzo y enderezada hacia la lucha, le encerraba en la contemplación de sí mismo, y le reducía á no hacer nunca más que la epopeya de su propio corazón.

¿En qué estilo iba á escribir? Juntamente con esos sentimientos concentrados y trágicos, tenía un espíritu clásico. Por la mezcla más singular, los libros que prefería eran ó los más violentos ó los más regulares; en primer término, la Biblia: «Soy gran lector y admirador de ella; la había leído y releído antes de tener ocho años; quiero decir: el Antiguo Testamento, porque el Nuevo, para mí, era un trabajo, mientras que el Antiguo era un placer.» Nótese esta frase; no gusta el misticismo tierno y abandonado del Evangelio, sino la rigidez atroz y los gritos líricos de los antiguos hebreos. Al lado de la Biblia lo que le agrada es Pope, el más correcto y acompasado de los hombres: «Le he mirado siempre como el nombre más

grande de nuestra poesía. Téngase por seguro: los demás son bárbaros... Podéis llamar á Shakespeare y á Milton pirámides; yo prefiero el templo de Teseo ó el Partenón á montañas de ladrillos.» Y en seguida escribe dos cartas con un ingenio y una elocuencia incomparables para defender á Pope contra los desdenes de los escritores modernos. En su sentir, esos escritores son los que han estropeado el gusto público. Los únicos de ellos que valen algo, Crabbe, Campbell, Roger, imitan el estilo de Pope; algunos otros tienen talento; pero, en resumen, los escritores nuevos han pervertido la literatura; no conocen su lengua; sus expresiones no son más que expresiones aproximadas, altas ó bajas de tono, forzadas ó vulgares. El mismo se cuenta entre los corruptores; y se ve al punto que esa teoría no ha sido improvisada á impulsos del mal humor y de la polémica: insiste sobre el particular. En sus dos primeros ensayos, *Hours of idleness, English Bards and Scottish Reviewers,* trató de seguirla. Más tarde, y en casi todas sus obras, se notará su influjo. Recomienda y practica la regla de las unidades en las tragedias. Es amante de la forma oratoria, de la frase simétrica, del estilo condensado. Sheridan le inducía á cultivar la elocuencia; y el vigor, la lógica penetrante, la afluencia extraordinaria, la argumentación precisa de su prosa, prueban que en las obras de disertación hubiese figurado en primer término (1). Si en primer término figura entre los poetas, es en parte gracias á su sistema clásico. Esa forma oratoria, en que Pope condensa su pensamiento á la manera de La Bruyère, multiplica la fuerza y el ímpetu de las ideas vehementes; como un canal estrecho y recto,

(1) Véase el folleto que escribió contra los *lakistas*.

las recoge y precipita por su pendiente; nada hay entonces que no arrolle su embate, y así llegó de golpe lord Byron hasta el público, al través de las críticas alarmadas y por encima de las reputaciones celosas (1).

Así se abrió paso *Childe-Harold*. Desde el primer momento impresionó á todo el mundo. El que hablaba era más que un autor; era un hombre. A despecho de sus negativas, se adivinaba que el autor y el personaje no formaban más que uno; él se calumniaba, pero se imitaba. Se le reconocía en aquel joven noble voluptuoso y descontento, pronto á llorar en medio de sus orgías, que «vagaba sólo sumido en tristes meditaciones, que, saciado de placeres, casi aspiraba al dolor», y que, huyendo de su tierra natal, llevaba entre los esplendores y las alegrías del Mediodía el perseguidor infatigable, «el pensamiento, como un demonio» que le asediaba por dondequiera. Se reconocían los paisajes: habían sido copiados del natural. ¿Y qué era todo aquel libro sino un diario de viaje? El viajero decía en él lo que había visto y sentido. ¿Qué ficción poética vale lo que la sensación verdadera? ¿Qué cosa más penetrante que la confidencia voluntaria ó involuntaria? Aquí cada frase anotaba realmente una impresión de los ojos ó del corazón. «Ese tierno azul del terso mar, esos musgos de las montañas ennegrecidas por un cielo ardiente», esas islas «con su ropaje de bruma, rayado de listas pardas ó purpurinas», todas esas bellezas imponentes ó serenas habían sido para él fuente de goces y á veces de sufrimientos, y por eso las vemos al través de sus versos. Tocara el objeto que quisiese, le hacía palpitar y vivir; es que, al mirarle,

(1) En un día se vendieron 13.000 ejemplares del *Corsario*.

había palpitado y vivido él. Un poco más tarde, dejando la máscara de Harold, reanudaba su relato en su propio nombre, ¿y á quién no hubiesen conmovido confesiones tan apasionadas y tan completas?

«Sí: necesito pensar con menos violencia; he pensado demasiado tiempo y demasiado lúgubremente, hasta que mi cerebro, hirviendo y agotado por su propio torbellino, se ha convertido en honda vorágine de fantasmas y de llamas. Y así, no habiendo sabido de joven dominar mi corazón, se han emponzoñado las fuentes de mi vida. ¡Es demasiado tarde! No obstante, estoy cambiado, aunque conservando bastante fuerza para sufrir lo que el tiempo no puede mermar y para sustentarme de frutos amargos, sin acusar al destino...

»Harold se reconoció pronto el menos apto de los hombres para vivir en el rebaño humano. Era demasiado diferente, incapaz de supeditar sus pensamientos á los ajenos, aunque su alma se había visto tiranizada en la juventud por sus pensamientos propios; siempre atrincherado en su independencia, negándose á entregar el gobierno de su espíritu á almas contra las cuales se rebelaba la suya, orgulloso aun en medio de una desesperación que sabía encontrar una vida en sí misma y respirar fuera de la humanidad...

»Como el caldeo, tenía los ojos fijos en las estrellas hasta poblarlas de seres tan brillantes como sus propios rayos, y olvidar por completo la tierra y sus bajas discordias y las fragilidades humanas. Si hubiese podido mantener su alma en ese vuelo, hubiese sido feliz; pero nuestra arcilla ahoga la divina chispa que envía al hombre la luz hacia la cual asciende, como para romper la cadena que nos sujeta lejos del cielo cuyas playas se nos abren allá arriba.

»Pero en las moradas del hombre era un alma agitada, sombría y displicente, que se consumía como un halcón á quien han cortado los vuelos, y cuya única patria sería el aire sin límites. Entonces volvía su acceso, y, para dominarle, así como el ave prisionera se golpea el pecho y el pico contra los hierros de su jaula, hasta que la sangre tiñe su plumaje, así el calor de su alma cautiva iba devorando la sangre de su corazón.»

He ahí los sentimientos con que recorría la naturaleza y la historia, no para comprenderlas, olvidándose de sí en presencia suya, sino para buscar ó imprimir en ellas la imagen de sus propias pasiones. No deja hablar á los objetos; los obliga á responderle. En medio de la paz de las cosas, él no se ocupa más que de su agitación íntima. Las eleva al tono de su alma, y las obliga á repetir sus propios gritos. Todo se halla en tensión aquí, como en él; la vasta estrofa marcha arrastrando en su colmado lecho el raudal de las ideas vehementes; la declamación campea pomposa y á veces artificial (es su primera obra), pero potente y con tanta frecuencia sublime, que las antiguallas que conserva aún de la retórica desaparecen bajo el aflujo de las magnificencias con que la adorna. Wordsworth, Walter Scott, al lado de esa prodigalidad de esplendores, parecían pobres y pálidos; no se había visto desde Esquilo una pompa tan trágica, y se seguía con una especie de sobrecogimiento el cortejo de las figuras gigantescas que del fondo del pasado traía hasta nuestros ojos en filas lúgubres.

«Yo estaba en Venecia, en el puente de los Suspiros con un palacio y una prisión á cada lado. Del seno de las ondas veía surgir sus monumentos, como al contacto de una varilla mágica. Diez siglos extienden en derredor de mí sus brumosas alas, y una aureola mo-

ribunda irradia hasta esos lejanos tiempos en que más de un país sometido tenía fijos los ojos en los edificios de mármol del león alado, cuando Venecia alzaba ostentosa su trono sobre sus cien islas.

«Parece una Cibeles de los mares salida del Océano, alzándose con su tiara de altivas torres en la vaga lontananza con majestuoso movimiento, soberana de las aguas y de sus potencias. Lo era en otro tiempo; sus hijas tenían su dote en los despojos de las naciones, y el Oriente inagotable derramaba sobre su regazo las pedrerías en lluvias deslumbradoras. De púrpura vestía, y los monarcas invitados á sus fiestas creían acrecentada su dignidad...

»La batalla gigante (1) se yergue en la montaña; el sol enciende el rojo sangriento de sus trenzas; en sus manos de fuego llamean las balas, y sus ojos abrasan cuanto toca su fulgor. Gira sin reposo, inmóvil un instante, para lanzar después sus llamas á lo lejos. Ante sus pies de hierro se ha acurrucado la Destrucción para contar las obras de muerte. Porque esta mañana se encuentran tres poderosas naciones para verter ante su altar la sangre que ella reputa dulcísima.

»¡Por los cielos! ¡Para el que no tiene allí amigo ni hermano es un espectáculo magnífico contemplar sns bandas rivales de vistosos bordados, sus varias armas que resplandecen en los aires! Los valientes alanos de la guerra se lanzan fuera de su guarida, rechinan los dientes y aullan por la presa. Todos se juntan en la caza, pero pocos tendrán parte en el triunfo; la tumba se llevará lo más precioso del botín, y la matanza, embargada de gozo, apenas puede contar sus filas...

»¿Qué fruto sacaremos de nuestro flaco y pobre ser?

(1) Talavera.

Nuestros sentidos estrechos, nuestra razón frágil, la vida corta; la verdad, una perla que ama el abismo; todas las cosas, pesadas en la falsa balanza de la costumbre; la opinión, soberana omnipotente, que arroja sobre la tierra el manto de sus oscuridades, hasta que lo justo y lo injusto parecen accidentes, y los hombres palidecen por temor de que sus propios juicios brillen á las claras, y de que sus libres pensamientos sean crímenes, y de que la tierra tenga demasiada luz.

»He ahí cómo se afanan en su inerte miseria, pudriéndose de padres á hijos, y de edad en edad, orgullosos de su naturaleza pisoteada. He ahí cómo mueren, legando su rabia hereditaria á una nueva raza de esclavos de nacimiento, que volverán á la lucha por sus cadenas, y, antes que ser libres, se desangrarán como gladiadores, y seguirán atacándose en esa misma arena donde ven á sus compañeros caídos antes, como hojas del mismo árbol.»

¿Hubo jamás estilo que expresase mejor el alma? Se la ve aquí agitarse y desbordarse. Larga y tempestuosamente han hervido las ideas como los trozos de metal amontonados en el horno. Allí se han fundido merced al calor intenso; allí se han mezclado sus lavas con estremecimientos y explosiones, y he aquí que al fin se abre la puerta: un río de fuego baja por el canal preparado de antemano, abrasando y agitando el aire, y sus fulgurantes tintas queman los ojos que se obstinan en mirarle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

No le bastaban la descripción y el monólogo; para expresar su personaje ideal, necesitaba acontecimientos y acciones. Los acontecimientos son los que ponen á prueba la fuerza y el temple del alma; las acciones son las que manifiestan y miden esa fuerza y ese temple. Entre los acontecimientos buscó los más poderosos; entre las acciones las más enérgicas, y se vió aparecer sucesivamente: *La Novia de Abydos*, *El Giaour*, *El Corsario*, *Lara*, *Parisina*, *El Sitio de Corinto*, *Mazeppa* y *El Prisionero de Chillon*.

Esos brillantes poemas, ya lo sé, se han deslucido en cuarenta años. En ese collar de pedrerías orientales se han descubierto las cuentas de vidrio, y Byron, á quien no le agradaban mucho, juzgó mejor que sus jueces. Y todavía juzgó mal: las composiciones que prefería son las más falsas. Afean su *Corsario* elegancias clásicas; la canción de los piratas que pone al principio no es más verdadera que un coro de la Opera italiana; sus foragidos aderezan allí antítesis filosóficas tan equilibradas como las de Pope. La ambición, la gloria, la envidia, la desesperación y otros personajes abstractos, como los que se ponían en los relojes del tiempo del Imperio, salen cien veces á escena en medio de las pasiones vivas. Los más nobles pasajes son desfigurados por apóstrofes de colegio, y la pretendida dicción poética saca allí á relucir sus trapos usados y sus adornos convencionales. Más aún: mira al efecto y sigue la moda. Las cuerdas melodramáticas tiran oportunamente del personaje para obtener

el ademán que hará estremecer al público: «¡Escuchad! ¿Quién es el que viene sobre negro corcel? Acércate, bajo esclavo, y responde. ¿No son las Termópilas?» Tristes recursos, enfáticos y vulgares, imitación de Lucano y de nuestros Lucanos modernos, pero que hacen su efecto durante el calor de la primera lectura y en el populacho de los oyentes. Hay un medio seguro de atraerse la muchedumbre, y es gritar fuerte; con naufragios, sitios, muertes y combates, se la interesará siempre; mostradla, foragidos, aventureros desesperados: esas figuras contraídas ó furibundas la sacarán de su vida regular y monótona; irá á verlas como va á los teatros de los arrabales y por el mismo instinto que la lleva á leer las novelas de á cuatro sueldos. Unase á esto, por vía de contraste, mujeres angélicas, tiernas y sumisas, sobre todo hermosas como ángeles. Byron no olvida tal recurso, y añade á todas esas seducciones la fantasmagoría de la escena, la decoración oriental ó pintoresca, los viejos castillos de los Alpes, las olas del Mediterráneo, las puestas del sol en Grecia, todo en alto relieve, con sombras acentuadas y colores vistosos. Todos somos pueblo en punto á emociones, y la gran dama, como la doncella, tributa desde luego sus lágrimas sin disputar con el autor sobre los medios.

Y, á pesar de todo, flota la verdad. No: ese hombre no es un artífice de efectos y de frases. Ha vivido entre los espectáculos que describe; ha experimentado las emociones que cuenta. Ha ido á la tienda de Alí Pachá, ha gustado el áspero sabor de las aventuras marítimas y de las costumbres selváticas. Se ha visto muchas veces cerca de la muerte: en Morea, durante las angustias de la soledad y de la fiebre; en Suli, durante un naufragio; en Malta, en Inglaterra y en Ita-

lia, en amenazas de duelo, en proyectos de insurrección, en comienzos de golpes de mano, en el mar, armado ó á caballo, habiendo visto á su puerta, y más de una vez, el asesinato, las heridas, la agonía. «Vivo aquí (escribe) expuesto todos los días á ser asesinado (1), porque me he atraído la enemistad de un hombre poderoso que no tiene conciencia. Eso no me hace dormir peor, ni me impide ir á caballo á los sitios solitarios, porque la precaución es inútil. Se piensa en eso como en una enfermedad que puede ó no atacarle á uno.» Decía bien: nadie se ha mantenido más derecho y firme ante el peligro. Un día, cerca del golfo de San Fiorenzo (2), su yath fué arrojado á la costa; el mar estaba horrible, y los escollos á la vista; los pasajeros besaban su rosario ó se desvanecían de horror, y los dos capitanes, consultados, declararon el naufragio infalible. «Bien (dijo lord Byron): todos hemos nacido para morir. Yo me iré con sentimiento, pero seguramente sin temor.» Y se quitó la ropa, incitando á los demás á hacer otro tanto, no porque fuese posible salvarse entre tales olas; «pero (decía), como los niños que caen en plácido sueño después de rendirse á fuerza de gritar, nosotros moriremos más tranquilamente cuando nademos hasta agotarnos». Tras esto se sentó muy tranquilo, cruzando los brazos, y aun gastó bromas con el capitán que se metía sus dollars en los bolsillos del chaleco. Entre tanto, «las ingentes olas se estrellaban contra las peñas con el estruendo de un encinar destrozado por un torbellino», la embarcación llegaba al escollo, y durante ese tiempo no se vió la menor alteración en el rostro de Byron.—Un hombre

(1) Moore's, *Life of lord Byron*, III, 438.—1820.
(2) Galt's, *Life of lord Byron*, 113.

de ese temple, y probado de ese modo, podía pintar los trances y los sentimientos extremos. Después de todo, no cabe pintarlos nunca más que como él, por experiencia. Los más inventivos, Dante y Shakespeare, aunque tan diferentes, no proceden de otra manera. Por mucho que se remonte su genio, siempre tiene hundidos los pies en la observación, y sus más locas como sus más magníficas pinturas nunca llegan más que á ofrecer al mundo la imagen de su siglo ó de su propio corazón. A lo sumo *deducen;* es decir: que, habiendo adivinado, por dos ó tres particularidades, el fondo del hombre que alienta en ellos y de los hombres que los rodean, sacan de él, por un razonamiento súbito de que no tienen conciencia, la madeja matizada de las acciones y de los sentimientos. Por muy artistas que sean, son observadores. Por más que inventen, describen; su gloria no consiste en la exhibición de una fantasmagoría, sino en el descubrimiento de una verdad. Entran por primera vez en alguna provincia inexplorada de la naturaleza humana, que se hace su dominio, y que de allí en adelante, como un patrimonio, consolida su nombre. Byron ha encontrado la suya, que es la de los sentimientos tiernos y tristes; es un páramo lleno de ruinas, pero allí está él como en su patria, y está solo.

¡Qué morada! Y en esa desolación se engolfa. La medita. Ved pasar los hermanos de Childe-Harold, los personajes que la pueblan. Este se halla en un calabozo, encadenado con los dos hermanos que le quedan. Otros tres y el padre han perecido combatiendo ó han sido quemados por su fe. Uno tras otro, los dos últimos languidecen y desfallecen á los ojos del mayor: agonía lenta y silenciosa en la húmeda oscuridad adonde penetra al través de una rendija un rayo de

luz pálida. Muere el primero, y los supervivientes piden que se le entierre al menos en el sitio adonde llega esa pobre claridad. Los carceleros se ríen y cavan la fosa en el punto donde ha muerto, «en la tierra lisa y sin césped», dejando colgar encima «la cadena vacía». Día tras día, después, va marchitándose el más joven «como una flor en su tallo», sin quejarse, sino, al contrario, animando á su hermano, que calla, desesperado y sombrío. Están demasiado lejos uno de otro; no puede acercarse al joven moribundo; presta atención, y oye sus suspiros que van amortiguándose; pide auxilio y nadie acude. De un salto rompe su cadena; todo ha concluido. Coge aquella mano fría, y allí, ante el cuerpo inerte, se cierran sus sentidos, se detiene su pensamiento; es como un hombre que se ahoga, que, después de pasar por la angustia, se deja hundir como una piedra, y que ya no siente su ser más que por una tensión general de horror.—He aquí otro, atado desnudo á un potro cerril que se lanza al través de la estepa. Se retuerce, y sus hinchados miembros, cortados por las cuerdas, manan sangre. Corre durante un día entero, y tras él aullan los lobos. Toda la noche oye el galope monótono, y al fin flaquean sus fuerzas: «la tierra se hundía, y el cielo daba vueltas; me pareció caer al suelo. Me engañaba: ¡estaba bien atado! Tenía dolorido el cerebro, enfermo el corazón; palpitó un momento y no volvió á latir. El cielo giraba como una rueda enorme. Vi vacilar los árboles como hombres ebrios. Un débil relámpago cruzó por mis ojos, que no vieron ya después. El que muere no puede morir más que yo en aquel momento. Sentía ir y venir las tinieblas, y pugnaba por despertarme; pero no podía lograr que mis sentidos volviesen de lo profundo. Me sentía como un náufrago en el mar sobre una tabla, cuando todas las olas que caen sobre él, le levantan y le sepultan al mismo tiempo».—¿Los citaré todos? Hugo, Parisina, los Foscari, el Giaour, el Corsario. Siempre su protagonista es el hombre colocado en el trance más angustioso, enfrente del naufragio, de la tortura, de la muerte, de su propia muerte dolorosa y prolongada, de la muerte amarga de los seres más caros, con el remordimiento por compañía, entre las lúgubres perspectivas de la eternidad amenazadora, sin otro sostén que la nativa energía y el orgullo endurecido. Han deseado demasiado, demasiado impetuosamente, con una vehemencia insensata, como un caballo sin freno, y en adelante su destino interior los empuja al abismo que ven y no quieren ya evitar. ¡Qué noche la de Alp delante de Corinto! Es renegado y va con musulmanes á sitiar cristianos, antiguos amigos, á Minotti, padre de la joven á quien ama. Mañana va á dar el asalto, y piensa en su propia muerte que presiente, en la carnicería de los suyos que prepara. Ningún apoyo interior, sino el resentimiento arraigado y la fijeza de la voluntad inflexible. Los musulmanes le desprecian, los cristianos le execran, y su vanagloria no hace más que publicar su traición. Oprimido y febril, atraviesa el dormido campamento, y va á errar por la ribera. «Es media noche; sobre los oscuros montes luce, ya baja, la fría luna, el cielo azul se extiende como un océano suspendido en las alturas, sembrado de islas de luz. En ambas orillas reposaban las olas, tranquilas, transparentes, tan azuladas como el aire. Apenas movía su espuma las guijas de la orilla, y era su murmullo tan suave como el de un arroyo.»—«Los vientos dormitaban sobre las ondas, los pliegues de las banderas caían á lo largo de los ástiles, y nada interrumpía aquel profun-

do silencio, salvo el grito del centinela, salvo el vibrante y agudo relincho de un caballo, salvo el vasto rumor de aquella muchedumbre salvaje que á veces se propagaba de una á otra orilla, como el susurro de las hojas.» ¡Qué enfermo se siente el corazón delante de semejantes espectáculos! ¡Qué contraste entre su agonía y la paz de la inmortal naturaleza! ¡Cómo se extienden entonces los brazos hacia la belleza ideal, y qué impotentes vuelven á caer al contacto de nuestro fango! Alp se adelanta por la playa hasta el pie del bastión, al alcance del fuego de los centinelas: apenas piensa en él. «Miraba los flacos perros que al pie del muro se cebaban en los cadáveres, atracándose y gruñendo sobre las osamentas y los miembros. Estaban demasiado ocupados para ladrarle. Habían arrancado la carne del cráneo de un tártaro, como se monda un higo fresco, y los blancos colmillos rechinaban sobre el cráneo más blanco aún cuando este resbalaba al través de las embotadas mandíbulas. Perezosamente iban mascullando los huesos de los muertos, sin poder arrastrarse apenas fuera del sitio en que se habían atiborrado: tan bien habían roto su largo ayuno á expensas de los que habían caído para su pitanza de aquella noche. Alp reconoció, por los turbantes que en la arena había, á los primeros entre los más valerosos de su hueste; rojas y verdes eran las telas que ceñían sus cabezas, y cada cráneo tenía un largo mechón de pelo; todo lo demás estaba rasurado y desnudo. Los cráneos estaban en las fauces de los salvajes perros, y el pelo enroscado alrededor de las mandíbulas. Muy cerca, á orillas del golfo, se había posado un buitre, y batía las alas para ahuyentar á un lobo, que había bajado furtivamente de los montes, pero, espantado por los perros, se mantenía distante

de la presa humana; sin embargo, atrapó su parte de un caballo, picoteado por las aves, que yacía en las arenas de la playa.» He ahí el término del hombre; á eso conduce el ardiente frenesí de la vida; sepultado ó no, poco importa: buitres ó chacales, allá se van unos con otros sus sepultureros. La tempestad de sus cóleras y de sus esfuerzos no ha servido más que para arrojársele como pasto, y no llega á sus picos ó á sus mandíbulas, sino con el sentimiento de sus esperanzas frustradas y de sus deseos no satisfechos. ¿Hay quien haya podido olvidar la muerte de Lara después de leerla? ¿Hay quien haya visto en otra parte, á no ser en Shakespeare, una pintura más lúgubre del destino del hombre encabritado en balde contra su freno? Aunque generoso como Macbeth, se ha atrevido á todo como Macbeth, contra la ley y contra la conciencia, aun contra la piedad y el más vulgar honor; los crímenes cometidos le han impelido á otros crímenes, y la sangre derramada le ha hecho caer en un mar de sangre. Corsario, ha matado; matón, ha asesinado; y las muertes antiguas que pueblan sus ensueños vienen á golpear las puertas de su cerebro con sus alas de murciélagos.

No se expulsa á esas negras visitas; aunque la boca permanezca muda, la palidez de la frente y una sonrisa extraña, dan testimonio de su venida. Y con todo, es un noble espectáculo ver al hombre erguido, con la faz serena, aun al sentir aquel contacto. Llega el último día, y seis pulgadas de hierro dan cuenta de toda aquella fuerza y de toda aquella furia. Está tendido debajo de un tilo, y su herida mana. A cada convulsión, brota el chorro más negro; después se detiene; la sangre no cae ya más que gota á gota, la frente está húmeda, turbios los ojos. Llegan los vencedores; él no

se digna responderlos. El sacerdote acerca la cruz bendita; él la aparta con desdén. Lo que le queda de vida es para aquel pobre paje, único ser que le ha querido, que le ha seguido hasta el fin, que ahora trata de restañar la sangre de su herida. «Lara apenas puede hablar; pero hace señas de que es inútil»;—le coge la mano, le da las gracias con una sonrisa, y, hablándole su lengua, una lengua desconocida, le señala con el dedo la parte del cielo por donde en aquel instante sale el sol y la patria perdida adonde quiere enviarle. De los presentes, ni el menor aprecio; sobre sí, ninguna reacción; su semblante permanece «inmóvil y sombrío, sin arrepentimiento», como durante su vida. «En tanto, su respiración anhelante levanta penosamente su pecho, y se condensa la nube de sus turbios ojos; sus miembros se extienden temblorosos, y vuelve á caer su cabeza.» Todo ha concluido, y de aquel altivo espíritu no queda ya más que una pobre arcilla. Después de todo, para tales corazones, esa es la suerte apetecible; han tomado mal la vida, y no descansan bien más que en la tumba.

Poesía extraña, enteramente septentrional, que tiene sus raíces en el *Edda* y su flor en Shakespeare, nacida en otro tiempo de un cielo inclemente, á orillas de un mar proceloso, obra de una raza demasiado voluntariosa, demasiado fuerte y demasiado sombría, y que, después de haber prodigado las imágenes de la desolación y del heroísmo, acaba por extender, como un velo negro sobre toda la naturaleza viva, el ensueño de la universal destrucción. Ese ensueño es aquí casi tan grandioso como en el *Edda*. «Yo tuve un sueño que no era sueño del todo. El brillante sol estaba apagado, y las estrellas, sin rayos, vagaban por el espacio eterno, sin ver ya su camino, y la tierra fría se balanceaba ciega en el aire sin luna. La mañana venía, se iba y volvía á venir, pero no traía luz... Los hombres prendieron fuego á los bosques para alumbrarse; pero los bosques iban cayendo y consumiéndose por horas; los troncos chisporroteantes se apagaban con un estallido, y después todo quedaba negro. Los hombres vivían junto á esos fuegos nocturnos, y los tronos, los palacios de los reyes coronados, las cabañas, las habitaciones de todos los seres que se albergan bajo un techo, ardieron á guisa de antorchas. Las ciudades fueron incendiadas, y los hombres se mantenían reunidos en torno de sus casas llameantes para mirarse una vez más las caras unos á otros. Sus frentes, á aquella luz desesperada, tenían un aspecto infernal cuando las llamaradas se proyectaban sobre ellas. Algunos yacían en el suelo, y ocultaban sus ojos y lloraban. Otros, sonrientes, apoyaban la barba en las crispadas manos. Otros corrían de acá para allá, y alimentaban con leña sus hogueras funerarias y levantaban los ojos con una ansiedad loca hacia el cielo sombrío, sudario de un mundo muerto; después, profiriendo maldiciones, volvían á arrojarse al polvo, rechinando los dientes y lanzando alaridos. Las aves salvajes chillaban, y, víctimas de su espanto, caían al suelo y azotaban el aire con sus alas inútiles. Los brutos más feroces se acercaban mansa y tímidamente, y las víboras se arrastraban por entre la multitud, silbando, pero sin picar. Mataron á los animales para alimentarse de ellos. La guerra, que por un momento se había aplacado, se cebó de nuevo: compraron una comida con sangre, y cada cual se sentó aparte taciturno, atracándose en las tinieblas. No más amor; la tierra no tenía ya más que un pensamiento: el de la muerte, la muerte inmediata y sin gloria; y el

diente del hambre mordía todas las entrañas. Morían los hombres, y sus huesos quedaban sin tumba como su carne. Los flacos devoraban á los flacos. Hasta los perros acometían á sus amos, todos, excepto uno; y este fué fiel al cadáver, ahuyentando con sus aullidos á los animales y á los hombres hambrientos, hasta que desfallecieron de hambre ó hasta que los atrajo el cebo de los muertos que caían. El no fué en busca de alimento, sino que, gimiendo lastimeramente, lanzando gritos de desconsuelo, murió lamiendo la mano que no le contestaba con una caricia. La multitud pereció poco á poco de hambre; pero en una enorme ciudad sobrevivieron dos hombres, y eran enemigos. Se encontraron junto al rescoldo moribundo de un altar, donde se había amontonado una porción de cosas santas para un uso profano. Las recogieron, y con sus frías manos de esqueletos escarbaron tiritando las cenizas, y su débil hálito trató de encender allí un poco de vida, y produjo una llama que era una irrisión. Entonces, cuando hubo alguna claridad, alzaron los ojos y se miraron á la cara; se vieron, gritaron y murieron. Murieron horrorizados de su propia estampa.»

IV

Entre esos poemas desenfrenados y fúnebres, que vuelven sin cesar y obstinadamente sobre el mismo asunto, hay uno más imponente y más elevado, *Manfredo*, hermano gemelo del poema más grande del siglo, del *Fausto* de Gœthe. «Lord Byron ha tomado mi *Fausto* (decía Gœthe), y le ha hecho suyo. Ha empleado los resortes motores de él á su manera, para su fin

propio, de suerte que ninguno de ellos es ya el mismo; y por esta razón, principalmente, me produce su genio la mayor admiración.» En efecto; la obra era original. «Yo no he leído nunca el *Fausto* de Gœthe (escribía Byron), porque no sé alemán; pero Matthew Monk Lewis, en 1816, me tradujo en Coligny la mayor parte de viva voz, y, naturalmente, me impresionó mucho. Con todo, el Steinbach, el Jungfrau y alguna otra cosa me han hecho escribir *Manfredo*, mucho más que *Fausto*.»—«La obra ha sido tan completamente renovada (añadía Gœthe), que sería una tarea interesante para un crítico mostrar, no sólo las alteraciones, sino sus grados». Hablemos, pues, de ella detenidamente: se trata aquí de la idea dominante del siglo, expresada en términos que revelan el contraste de dos maestros y de dos naciones.

Lo que constituye la gloria de Gœthe es que en el siglo XIX ha podido hacer un poema épico; quiero decir: un poema en que obran y hablan verdaderos dioses. Eso parecía imposible en el siglo XIX, puesto que la obra propia de nuestra edad es la consideración depurada de las ideas creadoras y la supresión de las personas poéticas en que no dejaron nunca de figurarlas las otras edades. De las dos familias divinas, la griega y la cristiana, ninguna parecía capaz de volver á entrar en el mundo épico. La literatura clásica había arrastrado en su caída á los maniquíes mitológicos, y los antiguos dioses dormían en su viejo olímpico, adonde sólo podían ir á despertarlos la historia y la arqueología. Los ángeles y los santos de la Edad Media, igualmente extraños y poco menos lejanos, yacían en la vitela de sus misales y en los nichos de sus catedrales; y si algún poeta, como Chateaubriand, intentaba introducirlos en el mundo moderno, no conse-

diente del hambre mordía todas las entrañas. Morían los hombres, y sus huesos quedaban sin tumba como su carne. Los flacos devoraban á los flacos. Hasta los perros acometían á sus amos, todos, excepto uno; y este fué fiel al cadáver, ahuyentando con sus aullidos á los animales y á los hombres hambrientos, hasta que desfallecieron de hambre ó hasta que los atrajo el cebo de los muertos que caían. El no fué en busca de alimento, sino que, gimiendo lastimeramente, lanzando gritos de desconsuelo, murió lamiendo la mano que no le contestaba con una caricia. La multitud pereció poco á poco de hambre; pero en una enorme ciudad sobrevivieron dos hombres, y eran enemigos. Se encontraron junto al rescoldo moribundo de un altar, donde se había amontonado una porción de cosas santas para un uso profano. Las recogieron, y con sus frías manos de esqueletos escarbaron tiritando las cenizas, y su débil hálito trató de encender allí un poco de vida, y produjo una llama que era una irrisión. Entonces, cuando hubo alguna claridad, alzaron los ojos y se miraron á la cara; se vieron, gritaron y murieron. Murieron horrorizados de su propia estampa.»

IV

Entre esos poemas desenfrenados y fúnebres, que vuelven sin cesar y obstinadamente sobre el mismo asunto, hay uno más imponente y más elevado, *Manfredo*, hermano gemelo del poema más grande del siglo, del *Fausto* de Gœthe. «Lord Byron ha tomado mi *Fausto* (decía Gœthe), y le ha hecho suyo. Ha empleado los resortes motores de él á su manera, para su fin

propio, de suerte que ninguno de ellos es ya el mismo; y por esta razón, principalmente, me produce su genio la mayor admiración.» En efecto; la obra era original. «Yo no he leído nunca el *Fausto* de Gœthe (escribía Byron), porque no sé alemán; pero Matthew Monk Lewis, en 1816, me tradujo en Coligny la mayor parte de viva voz, y, naturalmente, me impresionó mucho. Con todo, el Steinbach, el Jungfrau y alguna otra cosa me han hecho escribir *Manfredo*, mucho más que *Fausto*.»—«La obra ha sido tan completamente renovada (añadía Gœthe), que sería una tarea interesante para un crítico mostrar, no sólo las alteraciones, sino sus grados». Hablemos, pues, de ella detenidamente: se trata aquí de la idea dominante del siglo, expresada en términos que revelan el contraste de dos maestros y de dos naciones.

Lo que constituye la gloria de Gœthe es que en el siglo XIX ha podido hacer un poema épico; quiero decir: un poema en que obran y hablan verdaderos dioses. Eso parecía imposible en el siglo XIX, puesto que la obra propia de nuestra edad es la consideración depurada de las ideas creadoras y la supresión de las personas poéticas en que no dejaron nunca de figurarlas las otras edades. De las dos familias divinas, la griega y la cristiana, ninguna parecía capaz de volver á entrar en el mundo épico. La literatura clásica había arrastrado en su caída á los maniquíes mitológicos, y los antiguos dioses dormían en su viejo olímpico, adonde sólo podían ir á despertarlos la historia y la arqueología. Los ángeles y los santos de la Edad Media, igualmente extraños y poco menos lejanos, yacían en la vitela de sus misales y en los nichos de sus catedrales; y si algún poeta, como Chateaubriand, intentaba introducirlos en el mundo moderno, no conse-

guía más que rebajarlos al oficio de decoraciones de sacristía y de tramoyas de ópera. La credulidad mítica había desaparecido por el acrecentamiento de la experiencia; la credulidad mística había desaparecido por el acrecentamiento del bienestar. El paganismo, en contacto con la ciencia, se había reducido al reconocimiento de las fuerzas naturales; el cristianismo, en contacto con la moral, se reducía á la adoración del ideal. Para divinizar de nuevo las potencias físicas, hubiese sido preciso que el hombre volviese á ser un niño sano como en tiempo de Homero. Para divinizar de nuevo las potencias espirituales, hubiese sido preciso que el hombre volviese á ser un niño enfermo como en tiempo de Dante. Pero era adulto y no podía tornar hacia las civilizaciones y las epopeyas, de donde la corriente de su pensamiento y de su vida le había alejado para siempre. ¿Cómo mostrarle sus dioses, los dioses modernos? ¿Cómo revestírselos de una forma personal y sensible cuando él precisamente ha tendido y ha llegado á despojarlos de toda forma personal y sensible? En vez de dejar á un lado la leyenda, á ella vuelve Gœthe. Elige por tema una historia de la Edad Media. Atenta, piadosamente, sigue las añejas costumbres y la añeja creencia. Un laboratorio de alquimista, un libro mágico, jolgorios de aldeanos, de estudiantes ó de borrachos, el sábado en el Brocken, la misa en la iglesia: cree uno ver un grabado concienzudo y minucioso del tiempo de Lutero; nada se omite. Los personajes celestes aparecen en las actitudes consagradas, según el texto de la Escritura, á la manera de los antiguos misterios. Allí está el Señor con los ángeles, luego con el diablo que va á pedirle permiso para tentar á Fausto, como en otro tiempo tentó á Job. Allí está el cielo como se le figuraba San

Francisco y le pintaba Van Eyck, con los anacoretas, las mujeres santas y los doctores, los unos en un paisaje de peñas azuladas, los otros por encima en el aire sublime, alrededor de la Virgen gloriosa, ordenados por regiones y flotando en coros. Gœthe extrema la afectación de ortodoxia hasta el punto de inscribir debajo de cada uno su nombre latino y su nicho en la Vulgata (1). Y precisamente esa fidelidad le proclama escéptico. Se ve que si resucita el vetusto mundo, es como historiador, no como creyente. No es cristiano más que por recuerdo y poesía. En él, el espíritu moderno se desborda con cálculo del vaso estrecho, en que por cálculo parece encerrarse. Tras el narrador asoma el pensador. A cada instante una expresión deliberada que parece involuntaria, abre, tras los velos de la tradición, las perspectivas de la filosofía. ¿Qué son esos personajes sobrenaturales, ese Dios, ese Mefistófeles y esos ángeles? Su sustancia va disolviéndose y reformándose de continuo para mostrar y ocultar alternativamente la idea que la llena. ¿Son abstracciones ó personas? Ese Mefistófeles revolucionario y filosófico que ha leído *Cándido* y se burla cínicamente de las potencias, ¿es otra cosa á veces que «el espíritu que niega»? Esos ángeles «que se recrean en la rica belleza viva, á quienes la trama incesante del ser viene á envolver en los suaves lazos del amor, que fijan en pensamientos estables el vapor onduloso de las cambiantes apariciones, ¿son otra cosa, por un instante al menos, que la inteligencia ideal, capaz, por la simpatía, de amarlo todo, y por las ideas, de comprenderlo todo? ¿Qué diremos de ese Dios, al pronto

(1) *Magna peccatrix*, S. Lucae, VII 36.—*Mulier Samaritana*, S. Johannis, IV.—*Maria Ægyptiaca*. (Acta Sanctorum), etc.

bíblico y personal, que poco á poco se deforma, se desvanece, y retrocediendo á las profundidades, abismándose detrás de las magnificencias de la naturaleza viva y de los esplendores del arrobamiento místico, se confunde con el inaccesible absoluto? Así se desarrolla el poema entero, acción y personajes, hombres y dioses, antigüedad y Edad Media, conjunto y pormenores, siempre en el límite de dos mundos: el uno sensible y figurado, el otro inteligible y sin formas; uno que comprende las exterioridades móviles de la historia ó de la vida, y toda esa floración coloreada y perfumada que la Naturaleza prodiga en la superficie del ser; otro que contiene las profundas potencias generadoras y las invisibles leyes fijas por cuya virtud llegan á la luz del día todos esos vivientes. En fin, ahí están nuestros dioses; nosotros no los disfrazamos ya, como hacían nuestros antepasados, de ídolos ó de personas; los percibimos tales como son, y no necesitamos para eso renunciar á la poesía ni romper con el pasado. Permanecemos de rodillas ante los santuarios donde durante tres mil años ha orado la humanidad; no arrancamos una sola rosa de las guirnaldas con que coronó á sus divinas madonas; no apagamos una sola de las lámparas que amontonaba en las gradas de su altar; contemplamos con placer de artistas las preciosas urnas donde, entre los labrados candelabros, los soles de diamantes y los ornamentos resplandecientes, ha difundido los más puros tesoros de su genio y de su corazón. Pero nuestro pensamiento va más allá que nuestros ojos. Para nosotros, en ciertos instantes, esos ropajes, esos mármoles, todo ese esplendor vacila; no son ya más que bellos fantasmas; se disipan como humo, y al través y detrás de ellos descubrimos el impalpable ideal que erigió esos pilares, iluminó

esas bóvedas y se cernió durante siglos sobre la muchedumbre arrodillada.

Comprender la leyenda y comprender también la vida: he ahí el objeto de esa obra y de toda la obra de Gœthe. Cada cosa, bruta ó pensante, vil ó sublime, fantástica ó tangible, es *un grupo de potencias,* cuyos elementos y coordinación puede reproducir en sí mismo el espíritu por el estudio y la simpatía. Reproduzcámosle y démosle en nuestro pensamiento un nuevo ser. ¿Por ventura una comadre como Marta, necia y bachillera, ó un borracho como Frosch, vocinglero y sucio, y los demás figurones holandeses, son indignos de entrar en un cuadro? Aun aquellos monos que hacen hervir la marmita de la bruja con sus gritos roncos y su imaginación destornillada, valen la pena de que el arte los reanime. Dondequiera que está la vida, aun bestial ó maníaca, está la belleza. Cuanto más se mira la naturaleza, más divina parece, divina hasta en sus peñas y sus plantas. Ved esos bosques: parecen inertes; pero las hojas respiran y la savia sube insensiblemente, al través de los macizos troncos y las ramas, hasta las ramillas extendidas á lo último como dedos abiertos; circula por henchidos canales, rezuma en formas vivas, difunde profusamente en el aire que fermentan los vapores y los perfumes; ese aire luminoso, esa bóveda de verdor, esa larga columnata de troncos, ese suelo silencioso trabajan y se transforman, cumplen una obra; y el corazón del poeta no tiene más que escucharlos para descubrir una voz en sus instintos oscuros. Hablan en ese corazón; más aún: cantan, y los demás seres hacen lo mismo; cada uno con su melodía distinta, corta ó larga, extraña ó sencilla, única apropiada á su naturaleza, capaz de manifestarla por en-

tero, bien así como un sonido, por su timbre, su altura y su fuerza, manifiesta la estructura interior del cuerpo que le produce. El poeta respeta esa melodía; evita alterarla con la mezcla de sus ideas ó de su acento; todo su empeño es conservarla intacta y pura. Así se forma su obra, eco de la universal naturaleza, gigantesco coro en que los dioses, los hombres, el pasado, el presente, todos los momentos de la historia, todas las condiciones de la vida, todos los órdenes del ser vienen á concertarse sin confundirse, y en que el genio flexible del músico, que alternativamente se ha metamorfoseado en cada uno de ellos para interpretarlos y comprenderlos, no atestigua su pensamiento propio más que haciendo entrever, por encima de esa inmensa armonía, el grupo de leyes ideales de donde deriva y la razón interior que la sustenta.

Al lado de esa concepción tan alta, ¿qué es lo sobrenatural de Manfredo? Sin duda Byron se impresiona por las grandes cosas de la naturaleza: vuelve de los Alpes; ha visto esos glaciares que son «como un huracán congelado», esas cataratas formidables que ondulan por encima de los precipicios «como la cola del caballo pálido de la Apocalipsis»; pero no ha sacado de allí más que imágenes. Su bruja, sus espíritus, su Ahrimán, no son más que dioses de teatro. No cree en ellos más que nosotros. Cosa muy distinta se necesita para hacer verdaderos dioses: hay que creer en ellos; hay que haber asistido atentamente á su nacimiento, á ejemplo de Gœthe, como filósofo y como sabio; se necesita haber visto otra cosa que su exterior. El que, sin dejar de ser poeta, se ha hecho naturalistay geólogo; el que ha seguido por las fisuras de las rocas las tortuosas aguas lentamente destiladas é

impelidas al fin por su propio peso hacia la luz, puede preguntarse, como antiguamente los griegos, al verlas serpentear y refulgir con sus tintas de esmeralda, qué es lo que pueden pensar, si piensan. ¡Qué extraña vida la suya, tan pronto violenta como reposada! ¡Qué distante de la nuestra! ¡Con qué esfuerzo necesitamos arrancarnos á nuestras pasiones complicadas y envejecidas para comprender la juventud y la sencillez divina de un ser emancipado de la reflexión y de la forma! ¡Cuán difícil es tal empresa para un hombre moderno! ¡Qué imposible para un inglés! Shelley y Keats se han acercado á ella, gracias á la delicadeza nerviosa de su imaginación enferma ó exuberante; pero ¡qué lejana es todavía esa aproximación! ¡Y cómo se comprende, al leerlos, que hubiesen necesitado, como Gœthe, el auxilio de la cultura pública y la aptitud del genio nacional! Lo que la civilización entera ha desarrollado únicamente en el inglés es la voluntad enérgica y las facultades prácticas. Aquí el hombre, endurecido en el esfuerzo, concentrado en la resistencia, ligado á la acción, es poco á propósito para la especulación pura, la simpatía flexible y el arte desinteresado. En él la libertad metafísica ha perecido bajo el peso de las preocupaciones utilitarias y la idealidad panteísta bajo el peso de las preocupaciones morales. ¿Cómo haría para plegar su imaginación á los contornos múltiples y fugitivos de los seres, sobre todo de los seres vagos? ¿Cómo haría para salir de su religión hasta el punto de reproducir con indiferencia los poderes de la indiferente naturaleza? ¿Y quién más lejos de la flexibilidad y de la indiferencia que éste? El agua corriente, que en Gœthe va amoldándose á todas las formas del terreno, y que se vislumbra en la lontananza sinuosa y luminosa al través

de la dorada niebla que exhala, se ha congelado de pronto en Byron, y no forma ya más que una masa rígida de cristal. Aquí, como en otras obras, no hay más que un personaje, el mismo que en otras obras. Hombres, dioses, naturaleza, todo el múltiple y variado mundo de Gœthe se ha desvanecido. Sólo subsiste el poeta, expresado en su personaje. Encerrado invenciblemente en sí mismo, no ha podido ver otra cosa que á sí mismo; si hace que concurran otros seres, es para que le hagan coro, y, al través de esa pretendida epopeya, ha persistido en su monólogo eterno.

Mas, por otro lado, todas esas potencias reunidas en un solo ser, ¡qué grande le hacen! ¡A qué medianía y vulgaridad se reduce á su lado el Fausto de Gœthe! ¿Qué se hace de Fausto en cuanto se deja de ver en él la humanidad? ¿Es un héroe? ¡Triste héroe que, por toda obra, habla, tiene miedo, estudia los matices de sus sensaciones y se pasea! Su acción más saliente es seducir á una pobre muchacha é ir á bailar por la noche en mala compañía: dos hazañas que todos los estudiantes han consumado. Sus voluntades son veleidades; sus ideas, aspiraciones y ensueños. Un alma de poeta en una cabeza de doctor, una y otra ineptas para la acción y mal avenidas; discordia por dentro; debilidad por fuera; en resumen: falta el carácter: es un carácter de alemán. Al lado de él, ¡qué hombre Manfredo! Es un hombre; no hay palabra más bella ni que le pinte mejor. No será él quien, á la vista de un espíritu, «tiemble como un tímido gusano que se enrosca en el suelo». No será él quien lamente «no tener oro, ni bienes, ni honores, ni títulos en el mundo». No será él quien se deje burlar como un escolar por el diablo, ó quien vaya á recrearse como un badulaque en las fantasmagorías del Brocken. Ha vivido como jefe feudal, no como sabio graduado; ha combatido, ha dominado á los demás; sabe dominarse á sí propio.

Si se ha engolfado en las artes mágicas, no es por curiosidad de alquimista, sino por audacia de rebelde. «Desde mi juventud no ha marchado mi alma con las almas de los hombres, ni ha mirado la tierra con ojos de hombre. La sed de su ambición no era la mía. El objeto de su vida no era el mío. Mis alegrías, mis penas, mis pasiones me hacían extraño á ellos; yo tenía su forma, pero no simpatía con la carne viva... Yo no podía domeñar y doblegar mi naturaleza; porque el que quiere mandar, debe servir; debe acariciar, suplicar, acechar constantemente, insinuarse en todas partes, ser una mentira viviente, si quiere llegar á ser poderoso entre los viles, y tal es la gran masa; yo desdeñaba mezclarme en un rebaño de lobos, ni aun para guiarle... lo que á mí me agradaba era la soledad agreste para respirar el aire difícil de la cima helada de las montañas, donde no se atreven á construir las aves, donde no aletea el insecto sobre el granito sin hierba; para sumergirme en el torrente y girar en el rápido remolino de las encontradas ondas; para seguir de noche la móvil luna y la marcha de las estrellas; para mirar los relámpagos deslumbradores hasta que se ofuscasen mis ojos, ó contemplar, con atento oído, las hojas dispersas, cuando los vientos de otoño entonaban su canción de la tarde. Esos eran mis pasatiempos, y sobre todo estar solo; porque si me cruzaba en mi camino con los seres á que tengo el disgusto de pertenecer, me sentía degradado y rebajado hasta ellos, y no era ya más que arcilla.» Vive solo, y no puede vivir solo. El profundo

manantial del amor, privado de sus salidas naturales, se desborda entonces, asolando el corazón que no ha querido explayarse. Ha amado, amado demasiado, á persona demasiado cercana á él, quizá hermana suya; ella ha muerto á causa de ese amor, y el remordimiento impotente ha venido á llenar ese alma que ninguna ocupación humana había podido satisfacer. «Mi soledad no es ya soledad; se ha poblado de furias. He rechinado los dientes en las tinieblas hasta la vuelta del alba; luego me he maldecido hasta la puesta de sol. He pedido la locura como un beneficio; se me ha negado. He afrontado la muerte; pero, en la guerra de los elementos, las aguas se han apartado de mí, y las cosas mortales han pasado cerca de mí sin dañarme. La mano fría de un despiadado demonio me ha retenido por un solo cabello, que no ha querido romperse. En la fantasía, en la imaginación, en todas las opulencias de mi alma me he engolfado profundamente; pero, como una ola de reflujo, me han rechazado al abismo sin fondo de mi pensamiento. Habito en mi desesperación, y en ella vivo, y vivo por siempre.» Volver á verle otra vez: he ahí el único y omnipotente deseo hacia el cual afluyen todas las potencias de su alma. La evoca en medio de los demonios; ella aparece, pero no responde. ¡Con qué gritos, con qué dolorosos gritos de profunda angustia la suplica! ¡Cómo la ama! ¡Con qué vehemencia hierven y se desbordan todos sus oprimidos afectos á la vista de aquellos idolatrados ojos que vuelve á contemplar por última vez! ¡Con qué transporte extiende sus brazos convulsos hacia aquella forma delicada que sale temblando de la tumba, hacia aquellas mejillas en que la sangre enciende un rubor enfermizo «como el que enciende el otoño en las moribundas hojas»!—«¡Escúchame! ¡Escúchame! ¡Astarte, amada mía, háblame! ¡He padecido tanto! ¡Tengo tanto que padecer aún! Mírame; esa tumba no te ha cambiado más de lo que he cambiado yo por ti. Tú me amabas demasiado, tanto como yo te amba. No estábamos hechos para torturarnos uno á otro, aunque hubiese sido el pecado más mortal amarnos como nos hemos amado. Di que no sientes horror de mí; que yo sufro este castigo por los dos, que tú serás uno de los espíritus bienaventurados, y que yo moriré; porque hasta aquí todas las cosas odiosas conspiran por atarme á la vida, á una vida que me hace retroceder temblando ante la inmortalidad, ante un porvenir semejante al pasado. No sé ya lo que es reposo, no sé lo que pido ni lo que busco. Sólo sé lo que eres tú y lo que soy yo. Y, sin embargo, quisiera volver á oir la música de tu voz antes de perecer. Háblame, porque yo te he llamado en la noche silenciosa, yo he espantado á las aves dormidas en las mudas ramas, yo he despertado á los lobos de los montes y hecho familiar tu nombre á los ecos de las cavernas, que me respondían; muchas cosas me han respondido, espíritus y hombres, pero tú has permanecido siempre muda. Háblame; yo he corrido por la tierra, y jamás he encontrado tu semejante... Háblame, aun cuando sea con indignación. ¡Di una palabra, cualquiera que sea; pero que yo te oiga otra vez, una vez más!» Ella habla. ¡Qué triste y dudosa respuesta! Y cuando desaparece, los miembros de Manfredo se agitan convulsos; pero un instante después los espíritus ven que «se domina, y hace á su tortura esclava de su voluntad.»—«Si él hubiese sido uno de nosotros, hubiera sido un espíritu temible.» La voluntad: he ahí la base inconmovible de aquel alma. No se ha doblegado ante el soberano de los espíritus;

ha permanecido erguido y sereno enfrente del trono infernal, entre los demonios desencadenados que querían desgarrarle; ahora que, al morir, le atacan, lucha y triunfa aún; «agonizando como está, con los labios blancos», permanece firme, los desafía y los aleja. «Tú no tienes poder sobre mí. Tú no me poseerás nunca. Lo que yo he hecho, hecho está; llevo dentro de mí una tortura á que la tuya no podría añadir nada. El alma, que es inmortal, se da á sí misma la recompensa ó el castigo de sus buenos ó malos pensamientos. Es por sí misma el principio y el fin de su mal. Es por sí misma su lugar y su tiempo. Su ser íntimo, cuando es despojado de esta mortalidad, no toma color de las cosas fugitivas de fuera, sino que permanece sumido en un sufrimiento ó en una alegría que nace de la conciencia de sus propios merecimientos. Tú no me has tentado; no eres tú el que hubiera podido tentarme. No he sido juguete tuyo, no soy tu presa. Yo he sido mi propio destructor, y lo seré aún en la vida que se acerca. ¡Atrás, demonios burlados! La mano de la muerte está sobre mí, pero no la vuestra...» El yo, el invencible yo, que se basta á sí mismo, sobre quien nada tiene acción, ni demonios, ni hombres, único autor de su bien y de su mal, especie de dios doliente y caído, pero siempre dios, á pesar de sus harapos de carne y á pesar del lodo y de las injurias de todos sus destinos: he ahí el héroe y la obra de ese espíritu y de los hombres de su raza. Si Gœthe ha sido el poeta del *universo*, Byron ha sido el poeta de la *persona*, y, si el genio alemán ha encontrado su intérprete en el uno, el genio inglés ha encontrado el suyo en el otro.

V

Ya se adivina que los ingleses ponían el grito en el cielo, y renegaban del monstruo. Southey, poeta laureado, decía de él, en el estilo bíblico, que tenía algo de Moloch y de Belial, pero, sobre todo, de Satán, y, con una generosidad de colega, llamaba contra él la atención del gobierno. No habría papel bastante para transcribir las injurias estampadas «contra esos hombres (entiéndase: este hombre) de corazón viciado, de imaginación pervertida, que, forjándose un sistema de opiniones ajustadas á su triste conducta, se han rebelado contra las más santas disposiciones de la sociedad humana, y que, odiando esa religión revelada, cuya creencia no pueden desarraigar enteramente de sí mismos, á pesar de todas sus jactancias y de todos sus esfuerzos, se afanan por decir á los demás tan miserables como ellos, inoculándoles un veneno moral que los corroerá hasta el corazón». Enfasis de oficio y pedantería de fámulo: en ese país la prensa ejerce funciones de esbirro, y jamás las ha ejercido más violentamente que entonces. La opinión ayudaba á la prensa. En Italia se vió á más de un *gentlemen* salir de un salón con su mujer, cuando anunciaban á lord Byron. A título de gran señor y de hombre célebre, el escándalo que daba era más ruidoso que ningún otro: era *a public sinner*. Un día un eclesiástico oscuro le envió una oración que había encontrado entre los papeles de su mujer, una mujer piadosa y encantadora, muerta recientemente, y que había pedido á Dios en secreto la conversión del gran pecador. La Inglaterra conservadora y protestante, después de un cuarto de siglo de

ha permanecido erguido y sereno enfrente del trono infernal, entre los demonios desencadenados que querían desgarrarle; ahora que, al morir, le atacan, lucha y triunfa aún; «agonizando como está, con los labios blancos», permanece firme, los desafía y los aleja. «Tú no tienes poder sobre mí. Tú no me poseerás nunca. Lo que yo he hecho, hecho está; llevo dentro de mí una tortura á que la tuya no podría añadir nada. El alma, que es inmortal, se da á sí misma la recompensa ó el castigo de sus buenos ó malos pensamientos. Es por sí misma el principio y el fin de su mal. Es por sí misma su lugar y su tiempo. Su ser íntimo, cuando es despojado de esta mortalidad, no toma color de las cosas fugitivas de fuera, sino que permanece sumido en un sufrimiento ó en una alegría que nace de la conciencia de sus propios merecimientos. Tú no me has tentado; no eres tú el que hubiera podido tentarme. No he sido juguete tuyo, no soy tu presa. Yo he sido mi propio destructor, y lo seré aún en la vida que se acerca. ¡Atrás, demonios burlados! La mano de la muerte está sobre mí, pero no la vuestra...» El yo, el invencible yo, que se basta á sí mismo, sobre quien nada tiene acción, ni demonios, ni hombres, único autor de su bien y de su mal, especie de dios doliente y caído, pero siempre dios, á pesar de sus harapos de carne y á pesar del lodo y de las injurias de todos sus destinos: he ahí el héroe y la obra de ese espíritu y de los hombres de su raza. Si Gœthe ha sido el poeta del *universo*, Byron ha sido el poeta de la *persona*, y, si el genio alemán ha encontrado su intérprete en el uno, el genio inglés ha encontrado el suyo en el otro.

V

Ya se adivina que los ingleses ponían el grito en el cielo, y renegaban del monstruo. Southey, poeta laureado, decía de él, en el estilo bíblico, que tenía algo de Moloch y de Belial, pero, sobre todo, de Satán, y, con una generosidad de colega, llamaba contra él la atención del gobierno. No habría papel bastante para transcribir las injurias estampadas «contra esos hombres (entiéndase: este hombre) de corazón viciado, de imaginación pervertida, que, forjándose un sistema de opiniones ajustadas á su triste conducta, se han rebelado contra las más santas disposiciones de la sociedad humana, y que, odiando esa religión revelada, cuya creencia no pueden desarraigar enteramente de sí mismos, á pesar de todas sus jactancias y de todos sus esfuerzos, se afanan por decir á los demás tan miserables como ellos, inoculándoles un veneno moral que los corroerá hasta el corazón». Enfasis de oficio y pedantería de fámulo: en ese país la prensa ejerce funciones de esbirro, y jamás las ha ejercido más violentamente que entonces. La opinión ayudaba á la prensa. En Italia se vió á más de un *gentlemen* salir de un salón con su mujer, cuando anunciaban á lord Byron. A título de gran señor y de hombre célebre, el escándalo que daba era más ruidoso que ningún otro: era *a public sinner*. Un día un eclesiástico oscuro le envió una oración que había encontrado entre los papeles de su mujer, una mujer piadosa y encantadora, muerta recientemente, y que había pedido á Dios en secreto la conversión del gran pecador. La Inglaterra conservadora y protestante, después de un cuarto de siglo de

guerras morales y dos siglos de educación moral, había extremado hasta lo último su severidad y su rigorismo; y la intolerancia puritana, como en otro tiempo en España la intolerancia católica, ponía á los disidentes fuera de la ley. La proscripción de la vida voluptuosa ó libre, la observancia estrecha de la regla y del decoro, el respeto de todas las policías divinas ó humanas, las reverencias obligadas al solo nombre de Pitt, del rey, de la Iglesia y del dios bíblico, la actitud oficial é inflexible del *gentlemen* de corbata blanca: he ahí las costumbres que se encontraba entonces allende la Mancha, cien veces más tiránicas que hoy; entonces era, según Stendhal, cuando un par, sentado á la chimenea, solo, no se atrevía á cruzar las piernas, por temor de ser *improper*. Inglaterra se mantenía rígida, desagradablemente oprimida por su corsé de conveniencias sociales. De ahí dos miserias: se sufre, y, cuando se está seguro del secreto, dan tentaciones de echar á rodar el instrumento de tortura. Por un lado, la opresión; por el otro, la hipocresía: he ahí los dos vicios de la civilización inglesa, y contra ellos se volvió Byron con su lucidez de poeta y sus instintos de combatiente.

Los había visto desde el primer momento; los verdaderos artistas son perspicaces; en eso es en lo que nos superan: nosotros juzgamos de oídas y por dichos, como vulgo; ellos juzgan en vista de los hechos y de las cosas, como espíritus originales. A los veintidós años había visto á toda la *high life* consumida de tedio, en fuerza de violentarse. «Ved en pie á la noble señora, sin flaquear aun después de tres mil cortesías. Los duques reales y las damas suben la atestada escalera, y á cada paso adelantan una pulgada (1).»—«Hay

(1) *Don Juan.*

que ir á ver al campo (escribía) lo que los periódicos llaman una reunión selecta de huéspedes de distinción, especialmente los *gentlemen* después de comer, los días de caza, y la velada que sigue, y las mujeres que tienen trazas de haber cazado, ó más bien, de haber sido cazadas... Recuerda una comida en casa de lord C..., á que asistían pocas personas, pero escogidas entre las más joviales. Apenas llegaron los postres, de doce comensales conté cinco adormilados.» Por lo tocante á las costumbres, al menos en la clase alta, añadía: «He pasado la noche en Coven Garden... Veía á mi alrededor lo más distinguido de las jóvenes y de las viejas corridas... Era como si la sala hubiese estado dividida entre las cortesanas públicas y las otras; pero las de trastienda excedían con mucho en número á las mercenarias... ¿Qué diferencia había allí entre Paulina y su mamá, entre lady *** y su hija, si no es que las dos últimas pueden ir á palacio y á todas partes, y las dos primeras tienen que concretarse á la Opera y á las casas públicas? ¡Con qué placer observo la vida tal y como es realmente!...» Decoro y relajación; tartufos de costumbres, «que se ponen sus virtudes al ponerse sus guantes blancos (1)»; una oligarquía que, para conservar sus dignidades y sus momios, desgarra á Europa, devora á Irlanda y amotina al pueblo con las palabras altisonantes de virtud, de cristianismo y de libertad: había verdades tras esas invectivas (2). Sólo desde hace treinta años han disminuido los privilegios y la corrupción de los grandes, gracias al ascendiente de la clase media; pero en aquel momento se les podían lanzar al rostro palabras du-

(1) Alfredo de Musset.

(2) Véase su terrible poema burlesco *The Vision of judgment* contra Southey, Jorge IV y el fausto oficial.

ras. «El pudor (decía Byron, usando las expresiones de Voltaire) ha huido de los corazones y se ha refugiado en los labios... Cuanto más depravadas son las costumbres más comedidas son las expresiones; se cree ganar en el lenguaje lo que se ha perdido en virtud... He ahí la verdad, la verdad sobre la masa hipócrita y degradada que infesta la generación inglesa presente; es la única respuesta que merecen... El *cant* es el pecado irritante de este siglo doble y falaz de egoístas depredadores.» Y tras esto escribió su obra maestra, *Don Juan*.

Todo era nuevo aquí, forma y fondo; es que el autor había entrado en un nuevo mundo; el inglés, hombre del Norte transplantado al seno de las costumbres del Mediodía y de la vida italiana, se había impregnado de una nueva savia que le hacía dar nuevos frutos. Había leído (1) las sátiras de Buratti y aun los sonetos más que voluptuosos de Baffe. Vivía en la feliz sociedad de Venecia, exenta aun de cóleras políticas, donde parecía una tontería la preocupación, donde se trataba la vida como un carnaval, donde el placer recorría las calles, no tímido é hipócrita, sino desnudo y alabado. Se había divertido allí fogosamente desde un principio, casi hasta destruirse; y después de devaneos vulgares, habiendo sentido un amor verdadero, se había hecho caballero sirviente á la usanza del país, con el consentimiento de la familia, llevando el chal con alguna desmaña al principio y con asombro, pero, en resumen, más feliz que nunca y acariciado como por un aura tibia de voluptuosidad y de abandono. Había visto allí la inversión de toda la moral inglesa, la infidelidad conyugal erigida en regla, y la fidelidad amorosa erigida en deber. «Imposible (escribía) convencer á una mujer aquí de que falta en lo más mínimo al deber y á las conveniencias tomando un *amoroso*... El amor (el sentimiento del amor), no sólo disculpa el hecho, sino que le convierte en una *virtud positiva* (1), siempre que sea desinteresado, y no un capricho, y se limite á una sola persona.» Un poco más adelante traducía el *Morgante Maggiore* de Pulci, para mostrar «lo que era lícito á los eclesiásticos tocante á religión en un país católico y en una edad de santurronería», y para imponer silencio «á los arlequines de Inglaterra que le acusaban de atacar la liturgia». Gozaba con esa libertad, y se proponía no volver á caer nunca bajo la inquisición pedantesca que le había condenado en su país sin remisión. Escribía su *Beppo* como improvisador, con un abandono delicioso, con una ligereza caprichosa, oponiendo el desenfado y la alegría de Italia á las preocupaciones y á la fealdad de Inglaterra. «Me gusta ver ponerse el sol, seguro de que saldrá mañana, no débil y turbio en medio de la niebla como el ojo mortecino de un borracho compungido, sino con todo el cielo para sí solo, sin que el día se vea obligado á pedir su luz á esas míseras candelitas que temblequean cuando hierve el caldero humeante del fumoso Londres.»—«Amo su lengua, ese dulce latín bastardo, que se derrite como besos de boca de mujer, que se desliza suavemente, como si hubiese que escribirle sobre raso, con sílabas que respiran la dulzura del Mediodía, con líquidas fundidas tan blandamente, que no hay un solo acento que parezca rudo, como nuestras ásperas guturales del Norte, asperas y gruñentes que todos tenemos que escupir con hipos y sil-

(1) Stendhal, *Mémoires sur lord Byron*.

(1) Moore's *Life of lord Byron*, III, 113.

bidos.»—«Me gustan también las mujeres (perdonad mi locura), desde la lozana mejilla de la campesina de un rojo bronceado y sus grandes ojos negros con su fulminación de rayos que os dicen mil cosas de una vez, hasta la frente de la noble dama más melancólica, más tranquila, con una mirada límpida y avasalladora, con el corazón en los labios, con el alma en los ojos, dulce como su clima, radiante como su cielo.» Con otras costumbres, había allí otra moral; hay una para cada siglo, cada raza y cada cielo; quiero decir, que el modelo ideal varía con las circunstancias que le forjan. En Inglaterra, la dureza del clima, la energía militante de la raza y la libertad de las instituciones prescriben la vida activa, las costumbres severas, la religión puritana, el matrimonio correcto, el sentimiento del deber y el imperio sobre sí. En Italia, la hermosura del clima, el sentido innato de la belleza y el despotismo del gobierno sugerían la vida ociosa, las costumbres relajadas, la religión imaginativa, el culto de las artes y del placer. Cada uno de los dos modelos tiene su belleza y sus lunares, lo mismo el artista epicúreo que el político moralista (1); cada uno de los dos patentiza con sus grandezas las pequeñeces del otro; y para poner de relieve los flacos del segundo, lord Byron no tenía más que poner de relieve las seducciones del primero.

A este fin, se pone en busca de un héroe, y no le encuentra, cosa «bien extraña» en este siglo poblado de héroes. A falta de cosa mejor, elige «nuestro antiguo amigo D. Juan», elección escandalosa: ¡qué gritos van á lanzar los moralistas de Inglaterra! Pero el

(1) Véase Stendhal, *Vie de Giacomo Rossini*, y Stanley, *Vida de Tomás Arnold*. El contraste es completo. Véase también en *Corinne* esa oposición muy bien acusada.

colmo del horror es que ese D. Juan no es malo, egoísta, odioso, como sus cofrades. No seduce; no es un corruptor; llegada la ocasión, la aprovecha; tiene corazón y sentidos, y el corazón y los sentidos, en países de hermoso cielo, son impresionables. Eso, á los diez y seis años, no hay quien lo remedie, ni á los veinte tampoco, ni quizá á los treinta. Entendeos con la naturaleza humana, queridos moralistas; no soy yo quien la ha hecho así; si queréis reñir, dirigíos más arriba; nosotros somos pintores, no fabricantes de títeres humanos, y no respondemos de la estructura de nuestros muñecos. He aquí, pues, á nuestro D. Juan paseándose; se pasea por muchos sitios, y en todos esos sitios es joven; no por eso fulminaremos rayos contra él; ha pasado la moda: los diablos verdes y sus cabriolas no son ya admisibles más que el quinto acto de Mozart. Y, por otro lado, ¡D. Juan es tan amable! Después de todo, ¿qué ha hecho él que no hagan los demás? Si ha sido amante de Catalina II, es á imitación del cuerpo diplomático y de todo el ejército ruso. Dejadle sembrar su avena loca; ya vendrá á su vez la buena semilla. Una vez en Inglaterra, será circunspecto. Confieso que, si le provocan, podrá ser que aún vaya de merodeo por los jardines conyugales de la aristocracia; pero al fin se hará juicioso, irá al Parlamento á pronunciar discursos morales, será miembro de la asociación para la represión del vicio. Si os empeñáis á toda costa en que se les castigue, le haremos contraer un matrimonio desgraciado: el infierno del autor español «no es probablemente más que una alegría de ese». De todos modos, casado ó condenado, la gente honrada tendrá al fin de la obra el gusto de saber que se achicharra vivo (1).

(1) Diario, Febrero de 1821.

¡Singular apología, y que no hace más que agravar la falta! ¿verdad? Aguardad: no conocéis aún todo el veneno del libro. Al lado de D. Juan, tenemos á doña Julia, á Haydea, á Gulbeyaz, á Dodu, etc. Aquí es donde el diabólico poeta clava su más afilada garra, y procura clavarla en nuestros puntos flacos. ¿Qué van á decir los *clergymen* y los *reviewers* de corbata blanca? Porque, en fin, no hay medio de resistirse; hay que leer. Dos ó tres veces seguidas se ve aquí la *felicidad*, y, cuando digo la felicidad, se entiende la felicidad profunda y completa, no la simple voluptuosidad, no el goce licencioso; estamos ahora á cien leguas de las libres amenidades de Dorat y de los apetitos desenfrenados de Rochester. Ha aparecido la belleza, la belleza meridional, brillante y armoniosa, difundida en todo, en el luminoso cielo, en los paisajes apacibles, en la desnudez de los cuerpos, en la ingenuidad de los corazones. ¿Hay cosa que ella no divinice? Todos los sentimientos se exaltan en sus manos. Lo que era grosero se hace noble; aun en esa aventura nocturna del serrallo que parece digna de Faublás, la poesía embellece la licencia. Las jóvenes reposan en el amplio aposento silencioso, como preciosas flores, procedentes de todos los climas, encerradas en una estufa. «La una posa su mejilla purpurina sobre el blanco brazo, y sus negros rizos se congregan sobre la frente en oscuro tropel. Y así, dulce y lánguidamente sueña. Otra, con sus castañas trenzas ligeramente recogidas, deja caer suavemente la cabeza, como fruto que en su tallo vacila, y dormita, con leve respiración, entreabriendo los labios y enseñando una hilera de perlas. Una tercera, de aspecto marmóreo, inmóvil como una estatua, muda, sin aliento, yace en un sueño de piedra, blanca, fría y pura, y parece

figura esculpida en un monumento.» Las lámparas mortecinas no despiden ya más que una claridad azulada. La inocente Dodu se ha acostado, y, si ha dirigido una mirada á su espejo, «es como la corza que ha visto pasar fugitivamente por el lago su sombra azorada. Al pronto se sobresalta y se desvía; luego dirige una segunda ojeada, admirando esa nueva hija del abismo». ¿Qué va á ser aquí de la gazmoñería puritana? ¿Es que las conveniencias pueden impedir que la belleza sea bella? ¿Es que condenaréis un Ticiano, porque aparezca desnudo? ¿Qué es lo que da un precio á la vida humana y una nobleza á la naturaleza humana sino el poder de alcanzar las emociones deliciosas y sublimes? Acabáis de tener una, y digna de un pintor; ¿no vale por ventura lo que la de un *alderman*? ¿Os negaréis á reconocer lo divino, porque aparece en el arte y en el goce, y no sólo en la conciencia y la acción? Hay un mundo al lado del vuestro, como hay una civilización al lado de la vuestra; vuestras reglas son estrechas y vuestra pedantería tiránica; la planta humana puede desarrollarse de otro modo que en vuestros compartimientos y debajo de vuestras nieves, y los frutos que entonces dé no serán menos preciosos. Bien lo veis vosotros mismos, puesto que lo saboreáis cuando se os ofrecen. ¿Quién ha leído los amores de Haydea, y tenido otro pensamiento que el de envidiarla y compadecerla? Es una niña rústica que ha recogido á Juan, otro niño arrojado á la playa por las olas. Le ha salvado, le ha cuidado como una madre, y ahora le ama: ¿quién puede censurarla por amarle? En presencia de la magnífica naturaleza que los sonríe y los acoge, ¿quién puede imaginar en ellos otra cosa que la sensación omnipotente que los une? «Era una costa de-

sierta y azotada por el oleaje, con acantilados por encima y una ancha playa de arena, defendida por bancos y peñascales como por un ejército. Siempre retumbaba allí la ronca voz de las olas arrogantes, salvo en los largos días calmosos del estío, que hacían brillar como un lago el dilatado Océano. Todo era silencio, salvo el grito de la gaviota, y el salto del delfín, y el rumor de leve ola que, chocando en alguna roca ó algún banco, se irritaba contra la barrera que apenas humedecía. Los dos vagaban de la mano sobre las guijas relucientes y las conchas. Se deslizaban por la tersa y endurecida arena. Y en las antiguas y agrestes cavernas, abiertas por las tempestades, pero abiertas como con arreglo á un plan, con altas y profundas salas, techumbres pizarreñas y grutas, detuviéronse á descansar, y, echándose el brazo el uno al otro, se abandonaron á la dulzura profunda del purpúreo crepúsculo. Miraban sobre ellos el cielo, cuya luz flotante se extendía como un sonrosado, brillante y dilatado Océano. Miraban á sus pies el mar reluciente de donde surgía la ancha luna. Oían el murmullo de las olas y el susurro tan leve del viento. Vieron las llamaradas que los negros ojos de cada uno despedían hacia el otro, y, al verlas, sus labios se acercaron y se juntaron en un beso... Estaban solos, pero no solos como los que, encerrados en una estancia, toman eso por la soledad. El Océano silencioso, la bóveda estrellada, el resplandor crepuscular que por momentos disminuía, las mudas arenas, las grutas donde se oía caer el agua gota á gota, cuanto los rodeaba los hacía estrecharse uno con otro, como si no hubiese bajo el cielo más vida que la suya, y como si esa vida no pudiese morir nunca.» ¡Excelente momento, ¿no es verdad?, para sacar á colación

vuestros formularios y vuestros catecismos! Haydea «no habla de escrúpulos, no pide promesas». No sabe nada; no teme nada. «Vuela hacia su joven compañero como un pajarillo.» La naturaleza, toda la naturaleza, instinto y corazón, despliégase en ese instante repentinamente, porque está madura, como un capullo que se trueca en flor. «¡Ay! ¡Tan jóvenes, tan hermosos y amantes, hallábanse tan solos, tan entregados á sí mismos! ¡Y era la hora en que el corazón, henchido siempre, y sin poder ya sobre sí, sugiere acciones que no puede anular la eternidad!» Admirables moralistas, estáis delante de esas dos flores, como jardineros titulares, teniendo en la mano el modelo de floración aprobado por vuestra sociedad de horticultura, probando que no se ha seguido el modelo, y fallando que las dos malas hierbas deben ser arrojadas al fuego que vosotros alimentáis para quemar los brotes irregulares. Está muy bien, y sabéis vuestro arte.

Por encima del *cant* británico existe la hipocresía universal; por encima de la pedantería inglesa, Byron hace la guerra á la bellaquería humana. Tal es el verdadero sentido del poema, y á lo que conducen ese carácter y ese genio. Se han desvanecido los grandes ensueños lúgubres de la imaginación juvenil; ha llegado la experiencia; ahora el autor conoce al hombre. ¿Y qué es el hombre, una vez conocido? ¿Abunda en él lo sublime? ¿Creéis que los grandes sentimientos, los de Harold, v. gr., constituyen la trama ordinaria de su vida (1)? La verdad es que emplea lo mejor de su tiempo en dormir, en comer, en bostezar, en traba-

(1) «Hay diez veces más verdad en *Don Juan* que en *Childe Harold* (decía Byron). Por eso, á las mujeres no las gusta el *Don Juan*.»

jar como un caballo, y en divertirse como un mono. Según Byron, es un animal; salvo en algunos minutos singulares, le gobiernan sus nervios, su sangre, sus instintos. Sobre eso viene la rutina; la necesidad fustiga, y la bestia anda. Como la bestia es orgullosa, y además imaginativa, pretende que anda por su propio albedrío, que no hay látigo, que en todo caso ese látigo rara vez toca sus costillas, que, por lo menos, su espinazo estoico puede hacer como si no le sintiese. Se enjaeza en imaginación con caparazones magníficos, y se pavonea así á pasos mesurados, creyendo transportar reliquias y hollar alfombras y flores, cuando, en resumen, se zabulle en el lodo y lleva consigo las manchas y el olor de todas las inmundicias. ¡Qué entretenimiento palpar su lomo pelado, poner ante sus ojos los costales de harina que la cargan y el aguijón que la hace andar! ¡Divertida comedia! Es la comedia eterna, y no hay un sentimiento que no la suministre un acto, empezando por el amor. Ciertamente, doña Julia es muy amable, y Byron la aprecia; pero sale de sus manos tan ajada como cualquier otra. Posee virtud, no hay que decirlo; más aún: quiere poseerla. Se hace razonamientos excelentes con respecto á D. Juan: ¡linda cosa los razonamientos, y qué pintiparados para enfrenar la pasión! Nada más sólido que un firme propósito acorazado de lógica, apoyado en el temor del mundo, en el pensamiento de Dios, en el recuerdo del deber; nada prevaldrá contra él, excepto una entrevista á solas en Junio, á las seis y media de la tarde. Por fin, la cosa está hecha, y la pobre mujer tímida es sorprendida ¡en qué situación! por el marido ultrajado. Hay que leer el libro. Seguramente va á callarse, avergonzada y llorosa, y el lector moralista no deja de contar con sus remordimientos. Que-

rido lector, no habéis contado con el instinto y los nervios. Mañana será púdica; ahora se trata de aturdir al marido, de atontarle, de confundirle, de salvar á Juan, de salvarse, de hacer la guerra. Empezada la guerra, se hace con toda clase de armas; en primera línea, con el descaro y la injuria. La idea única, la necesidad presente eclipsa todo lo demás: en eso es en lo que es mujer una mujer. Esta grita, y fuerte. Aquello es una verdadera lluvia: maldiciones y recriminaciones, burlas y desafíos, desmayos y lágrimas. En un cuarto de hora ha adquirido veinte años de experiencia. No sabíais, ni ella tampoco, qué cómica puede salir de repente, de improviso, de una mujer honrada. ¿Sabéis lo que puede salir de vosotros? Os creéis razonables, humanos; convengo en ello por hoy: habéis comido, y os encontráis cómodamente en buen aposento. Vuestra máquina funciona sin entorpecimiento; es que los rodajes están engrasados y en equilibrio; pero que la pongan en un naufragio ó en una batalla, que la falta ó el aflujo de sangre desconcierte un momento las principales piezas, y veremos rugir ó tambalearse un loco ó un idiota. La civilización, la educación, la reflexión, la salud, nos cubren con sus envolturas pulimentadas y barnizadas; arranquémoslas una á una, ó todas juntas, y nos reiremos de ver al bruto que alienta en el fondo. He aquí á nuestro amigo Juan que lee la última carta de Julia, y jura con transportes no olvidar nunca los hermosos ojos á que ha hecho llorar tanto. ¿Hubo nunca sentimiento más tierno y más sincero? Pero, desgraciadamente, Juan está embarcado, y empieza el mareo. «Sí (dice), antes se confundirá el cielo con la tierra que... (Aquí se sintió peor). ¡Oh Julia! ¿qué son todas las demás angustias?... (¡Por amor de Dios, traedme un vaso de rom!

Pedro, Bautista, ayudadme á bajar.) ¡Julia, amor mío! (¡Más deprisa, Pedro, tunante!) ¡Idolatrada Julia, oye mi ruego!... (Aquí su voz es ya articulada, á causa de las náuseas).—El amor es muy valeroso contra todas las enfermedades nobles; pero tiene horror á los paños calientes, y el mareo es su muerte.» Otras muchas cosas son su muerte; entre ellas, el tiempo, y también el matrimonio; en eso acaba «como el vino en el vinagre.» Sabed que, si Penélope es tan conocida, es porque es única. «Lo natural era que Ulises encontrase, al volver, una hermosa urna erigida á su memoria, con dos ó tres señoritas engendradas por algún amigo detentador de su mujer y de sus bienes, y que su perro Argos se abalanzase á morderle... por detrás.»

Esto es de un escéptico, y aun de un cínico. En escéptico y cínico acaba él. Escéptico por misantropía, cínico por jactancia, siempre le desencadena el temperamento triste y militante; la voluptuosidad meridional no le ha conquistado; no es epicúreo más que por contradicción y por momentos. «Dadnos vino, mujeres, alegría, carcajadas, y al otro día sermones y agua de Seltz. El hombre, como ser racional, debe emborracharse. Lo mejor de nuestra vida no es más que embriaguez. Yo quisiese ser arcilla en vez de sangre, medula, pasión y sensación, porque entonces lo pasado sería pasado. Pero ayer me emborraché, y me parece que ando por el techo.» Se ve que es siempre el mismo, extremado y desgraciado, que siempre está haciendo por destruirse. Su *Don Juan* es también un desenfreno; Byron se solaza allí desaforadamente á expensas de todas las cosas respetadas, como un toro en un almacén de espejos. Siempre aparece violento, y muchas veces feroz; la imaginación sombría mezcla con las escenas amorosas los horrores lentamente saboreados, la desesperación y el hambre de los náufragos, y la extenuación de aquellos furiosos esqueletos que se devoran los unos á los otros. El se ríe horriblemente, como Swift, y se chancea como Voltaire. «Quisieron comerse al segundo como más gordo, pero el hombre se resistía mucho á un fin de esa especie, y además vino á salvarle un regalito que se le había hecho en Cádiz por suscrición general de las señoras.» Provisto de documentos (1), sigue con una exactitud de cirujano todos los pasos de la muerte, la saciedad, la rabia, el delirio, los alaridos, el agotamiento, el estupor; quiere tocar y mostrar la verdad extrema y probada, el último fondo grotesco y horrible del hombre. Véase también el asalto de Ismail, la metralla y la bayoneta, las matanzas en las calles, los cadáveres utilizados como faginas y los treinta y ocho mil turcos degollados. Hay sangre bastante para hartar á un tigre, y esa sangre corre entre juegos de vocablos: es para hacer befa de la guerra y de las carnicerías decoradas con el nombre de hazañas. En ese despiadado y universal aniquilamiento de todas las vanidades humanas, ¿qué es lo que subsiste? ¿Qué viene á decírsenos sino «que la vida es una nada y que un hombre no vale lo que un perro (2)» ¿Qué descubre el autor en la ciencia sino sus lagunas, y qué en la religión sino sus mojigangas? (3) ¿Deja incólume al menos la poesía? Del ropaje divino, última vestidura que un poeta respeta, hace un pingajo que pisotea, retuerce y agujerea deliberadamente. En el momento más interesante de los amores de Haydea sale con una payasada. Termina una oda con caricaturas. Es Fausto en el primer

(1) Tenía á la vista una docena de descripciones auténticas.
(2) Canto VII, 6 y 7.
(3) Véase *Vision of Judgment*.

verso, y Mefistófeles en el segundo. En medio de las ternuras ó de las muertes intercala chistes de periodiquillo, trivialidades, murmuraciones é injurias de libelista, y batiborrillos de Arlequín. Pone al desnudo los artificios poéticos, se pregunta por dónde anda, cuenta las estrofas ya hechas, habla en tono zumbón de la Musa, de Pegaso y de toda la caballeriza épica, como si todo eso le importase un comino. Repitámoslo: ¿qué queda? El, y sólo él, sobre todas esas ruinas. El es quien habla aquí; sus personajes no son más que pantallas, y aun la mitad de las veces las aparta para ocupar la escena. Lo que nos expone son sus opiniones, sus recuerdos, sus indignaciones, sus gustos; su poema es una conversación, una confidencia, con los altos y bajos, las brusquedades y el abandono de una conversación y de una confidencia, casi semejante á las memorias en que se explayaba en su mesa por la noche. Jamás se vió en espejo tan claro el nacimiento de un pensamiento vivo, el tumulto de un gran genio, la intimidad de un verdadero poeta, siempre apasionado, inagotablemente fecundo y creador, en quien brotan súbitamente, unas tras otras, acabadas y adornadas, todas las emociones y todas las ideas humanas, las tristes, las alegres, las altas, las bajas, agolpándose y estrujándose como enjambres de insectos que van á zumbar y á pastar en el fango y en las flores. Puede decir cuanto se le antoja; de buena ó de mala gana, se le escucha; aunque salte de lo sublime á lo burlesco, se salta con él. Tiene tanto ingenio, ingenio tan nuevo, tan imprevisto, tan penetrante, una prodigalidad tan asombrosa de ciencia, de ideas, de imágenes acopiadas en los cuatro puntos del horizonte, que nos arrolla, nos arrastra saltando por todo, y no podemos pensar en resistirnos. Demasiado fuerte, y,

por lo mismo, desenfrenado: tal es la expresión que se repite uno siempre á propósito de él: demasiado fuerte contra los demás y contra sí mismo, y tan desenfrenado que, después de emplear su vida en desafiar al mundo y su poesía en pintar la rebelión, no encuentra la plenitud de su talento y la satisfacción de su corazón sino en un poema armado contra todas las convenciones humanas y contra todas las convenciones poéticas. Viviendo así, se es grande, pero se enferma. Hay una enfermedad del corazón y de la mente en el estilo de *Don Juan*, como en el de Swift. Cuando un hombre se chancea entre lágrimas, es que tiene la imaginación envenenada. Esa especie de risa es un espasmo, y se ve venir, en el uno el endurecimiento ó la locura, en el otro la excitación ó el hastío. Byron se agotaba; por lo menos, se agotaba en él el poeta. Los últimos cantos del *Don Juan* languidecían; la alegría era forzada; las expansiones degeneraban en divagaciones; el lector sentía acercarse el aburrimiento. Un nuevo género en que había ensayado sus fuerzas, desmereció en sus manos; no alcanzó en el drama más que la declamación robusta; sus personajes no vivían; cuando él abandonó la poesía, la poesía le abandonaba á él; fué á buscar la acción en Grecia, y no encontró allí más que la muerte.

VI

Así vivió y acabó ese gran hombre desgraciado; la enfermedad del siglo no ha tenido presa más ilustre. En torno suyo, como una hecatombe, yacen los demás, heridos también por la grandeza de sus faculta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

verso, y Mefistófeles en el segundo. En medio de las ternuras ó de las muertes intercala chistes de periodiquillo, trivialidades, murmuraciones é injurias de libelista, y batiborrillos de Arlequín. Pone al desnudo los artificios poéticos, se pregunta por dónde anda, cuenta las estrofas ya hechas, habla en tono zumbón de la Musa, de Pegaso y de toda la caballeriza épica, como si todo eso le importase un comino. Repitámoslo: ¿qué queda? El, y sólo él, sobre todas esas ruinas. El es quien habla aquí; sus personajes no son más que pantallas, y aun la mitad de las veces las aparta para ocupar la escena. Lo que nos expone son sus opiniones, sus recuerdos, sus indignaciones, sus gustos; su poema es una conversación, una confidencia, con los altos y bajos, las brusquedades y el abandono de una conversación y de una confidencia, casi semejante á las memorias en que se explayaba en su mesa por la noche. Jamás se vió en espejo tan claro el nacimiento de un pensamiento vivo, el tumulto de un gran genio, la intimidad de un verdadero poeta, siempre apasionado, inagotablemente fecundo y creador, en quien brotan súbitamente, unas tras otras, acabadas y adornadas, todas las emociones y todas las ideas humanas, las tristes, las alegres, las altas, las bajas, agolpándose y estrujándose como enjambres de insectos que van á zumbar y á pastar en el fango y en las flores. Puede decir cuanto se le antoja; de buena ó de mala gana, se le escucha; aunque salte de lo sublime á lo burlesco, se salta con él. Tiene tanto ingenio, ingenio tan nuevo, tan imprevisto, tan penetrante, una prodigalidad tan asombrosa de ciencia, de ideas, de imágenes acopiadas en los cuatro puntos del horizonte, que nos arrolla, nos arrastra saltando por todo, y no podemos pensar en resistirnos. Demasiado fuerte, y,

por lo mismo, desenfrenado: tal es la expresión que se repite uno siempre á propósito de él: demasiado fuerte contra los demás y contra sí mismo, y tan desenfrenado que, después de emplear su vida en desafiar al mundo y su poesía en pintar la rebelión, no encuentra la plenitud de su talento y la satisfacción de su corazón sino en un poema armado contra todas las convenciones humanas y contra todas las convenciones poéticas. Viviendo así, se es grande, pero se enferma. Hay una enfermedad del corazón y de la mente en el estilo de *Don Juan*, como en el de Swift. Cuando un hombre se chancea entre lágrimas, es que tiene la imaginación envenenada. Esa especie de risa es un espasmo, y se ve venir, en el uno el endurecimiento ó la locura, en el otro la excitación ó el hastío. Byron se agotaba; por lo menos, se agotaba en él el poeta. Los últimos cantos del *Don Juan* languidecían; la alegría era forzada; las expansiones degeneraban en divagaciones; el lector sentía acercarse el aburrimiento. Un nuevo género en que había ensayado sus fuerzas, desmereció en sus manos; no alcanzó en el drama más que la declamación robusta; sus personajes no vivían; cuando él abandonó la poesía, la poesía le abandonaba á él; fué á buscar la acción en Grecia, y no encontró allí más que la muerte.

VI

Así vivió y acabó ese gran hombre desgraciado; la enfermedad del siglo no ha tenido presa más ilustre. En torno suyo, como una hecatombe, yacen los demás, heridos también por la grandeza de sus faculta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

des y la intemperancia de sus anhelos, unos consumidos en el estupor ó la embriaguez, otros gastados por el placer ó el trabajo, éstos precipitados en la locura ó el suicidio, aquéllos reducidos á la impotencia ó abatidos por la enfermedad, todos sacudidos por sus nervios exasperados ó doloridos, los más fuertes llegando á la vejez con su herida manando sangre, los más afortunados, habiendo sufrido tanto como los otros, y conservando sus cicatrices, aunque curadas. El concierto de sus lamentaciones ha llenado todo el siglo, y nosotros hemos permanecido en torno de ellos, oyendo á nuestro corazón repetir sus gritos por lo bajo. Estábamos tristes como ellos, é inclinados como ellos á la rebelión. La democracia instituida excitaba nuestras ambiciones sin satisfacerlas; la filosofía proclamada encendía nuestra curiosidad sin acallarla. En esa ancha carrera abierta, atormentaba al plebeyo su medianía y al escéptico su duda; el plebeyo, como el escéptico, aquejado de una melancolía precoz y marchitado por una experiencia prematura, otorgaba sus simpatías y su dirección á los poetas, que declaraban la felicidad imposible, la verdad inaccesible, la sociedad mal constituida, y el hombre malogrado ó pervertido. De ese concierto surge una idea, centro de la literatura, de las artes y de la religión del siglo, y es: que hay alguna desproporción monstruosa entre las piezas de nuestra estructura, y que ese desacuerdo vicia todo el destino humano.

¿Qué consejo nos han dado para poner remedio? ¿Han sido grandes? ¿Han sido sabios? «Haz llover en ti las sensaciones vehementes y profundas. ¡Tanto peor si después estalla tu máquina!»—«Cultiva tu huerto, enciérrate en un pequeño círculo, entra en el rebaño, hazte bestia de carga.»—«Vuelve á ser creyente, toma

agua bendita, somete tu inteligencia á los dogmas y tu conducta á los manuales.»—«Haz tu camino, aspira al poder, á los honores, á la riqueza.» Tales son las diversas respuestas de los artistas y de los burgueses, de los cristianos y de los mundanos. ¿Son respuestas? ¿Y qué proponen sino saciarse, embrutecerse, apartarse y olvidar? Hay otra más profunda que dió por vez primera Gœthe, que nosotros empezamos á sospechar, á la cual conducen todo el trabajo y toda la experiencia del siglo, y que será quizá la materia de la literatura próxima: «Trata de comprenderte y de comprender las cosas.» Respuesta extraña que no parece muy nueva, y cuyo alcance no se conocerá hasta más tarde. Mucho tiempo aún sentirán los hombres estremecerse sus simpatías al rumor de los sollozos de sus grandes poetas. Mucho tiempo aún se indignarán contra un destino que abre á sus aspiraciones la carrera del espacio sin límites para estrellarlas á dos pasos de la entrada contra una miserable linde que no veían. Mucho tiempo sufrirán como trabas las necesidades que deberían adoptar como leyes. Nuestra generación, como las anteriores, ha sido atacada por la enfermedad del siglo, y no se repondrá nunca más que á medias. Llegaremos á la verdad, no á la calma. Todo lo que podemos curar en este momento es nuestra inteligencia; no tenemos acción sobre nuestros sentimientos. Pero tenemos el derecho de concebir para otros las esperanzas que no abrigamos ya para nosotros mismos, y de preparar á nuestros descendientes una ventura que jamás disfrutaremos nosotros.

Criados en un aire más sano, tendrán quizá un alma más sana. La reforma de las ideas acaba por traer la reforma de todo lo restante, y la luz de la inteligencia

produce la serenidad del corazón. Hasta aquí, en nuestros juicios sobre el hombre, hemos tomado por maestros á los reveladores y á los poetas, y, como ellos, hemos diputado por verdades ciertas los nobles sueños de nuestra imaginación y las sugestiones imperiosas de nuestro corazón. Nos hemos confiado á la parcialidad de las adivinaciones religiosas y á la inexactitud de las adivinaciones literarias, y hemos ajustado nuestras doctrinas á nuestros instintos y á nuestras penas. La ciencia se acerca al fin, y se acerca al hombre; ha rebasado el mundo visible y palpable de los astros, de las piedras y de las plantas, en donde desdeñosamente se la recluía; ahora se convierte al alma, provista de instrumentos cuya precisión han demostrado y cuyo alcance han medido trescientos años de experiencia. El pensamiento y su desarrollo, su puesto, su estructura y sus conexiones, sus profundas raíces corporales, su vegetación infinita en el curso de la historia, su alta floración en la cumbre de las cosas: he aquí ahora su objeto, el objeto que hace sesenta años entrevé en Alemania, y que sondeado lenta, seguramente, por los mismos métodos que el mundo físico, se transformará á nuestros ojos como se ha transformado el mundo físico. Se transforma ya, y hemos dejado detrás de nosotros el punto de vista de Byron y de nuestros poetas. No: el hombre no es un aborto ni un monstruo; no: el fin de la poesía no es sublevarle ó difamarle. Ocupa su puesto, y acaba una serie. Mirémosle nacer y crecer, y cesaremos de ridiculizarle ó de maldecirle. Es un producto como toda cosa, y en tal concepto tiene razón de ser como es. Su imperfección innata está en el orden natural, como el aborto constante de un estambre en una planta, como la irregularidad profunda de cuatro facetas en un cristal. Lo que tomábamos por una deformidad es una forma; los que nos parecía la inversión de una ley es el cumplimiento de una ley. La razón y la virtud humanas tienen por materiales los instintos y las imágenes animales, como las formas vivas tienen por instrumentos las leyes físicas, como las materias orgánicas tienen por elementos las sustancias minerales.

¿Qué mucho si la virtud ó la razón humana, como la forma viva ó como la materia orgánica flaquea ó se trastorna á veces, puesto que, como ellas y como todo ser superior y complejo, tiene por sostenes fuerzas inferiores y simples que, según las circunstancias, ya la sustentan mediante su armonía, ya la destruyen por su desacuerdo? ¿Qué mucho si los elementos del ser, como los elementos de la cantidad, reciben de su naturaleza misma leyes indestructibles que los constriñen y los reducen á cierto género y á cierto orden de formaciones? ¿Quién es el que se indignará contra la geometría? Y sobre todo, ¿quién es el que se indignará contra una geometría viva? ¿Quién, al contrario, no se sentirá sobrecogido de admiración ante el espectáculo de esos poderes grandiosos que, situados en el corazón de las cosas, impulsan incesantemente la sangre hacia los miembros del viejo mundo, esparcen la onda por la red infinita de las arterias y vienen á desplegar en toda la superficie la flor eterna de la juventud y de la belleza? ¿Quién, en fin, no se juzgará ennoblecido al descubrir que ese haz de leyes conduce á un orden de formas que la materia tiene por término el pensamiento, que la naturaleza se corona con la razón, y que ese ideal á que tienden, al través de tantos errores, todas las aspiraciones humanas, es también el fin á que concurren, al

través de tantos obstáculos, todas las fuerzas del universo? En ese empleo de la ciencia y en esa concepción de las cosas hay un arte, una moral, una política, una religión nuevas, y nuestro interés de hoy es buscarlas.

CONCLUSION

El pasado y el presente.

I. El pasado.—La invasión sajona.—Cómo estableció la raza y fundó el carácter.—La conquista normanda.—Cómo modificó el carácter y estableció la constitución.—El Renacimiento.—Cómo manifestó el espíritu nacional.—La Reforma.—Cómo fijó el modelo ideal.—La Restauración.—Cómo importó la cultura clásica y desvió el espíritu nacional.—La Revolución.—Cómo ha desenvuelto la cultura clásica y rehecho el espíritu nacional.—La Edad Moderna.—Cómo las ideas europeas ensanchan el molde nacional.

II. El presente.—Concordancias de la observación y de la historia.—El cielo.—El suelo.—Los productos.—El hombre.—El comercio.—La industria.—La agricultura.—La sociedad.—La familia.—Las artes.—La filosofía.—La religión.—Qué fuerzas han producido la civilización presente y elaboran la civilización futura.

§ 1.

I

Llegados al término de esta larga revista, podemos ahora abarcar de una ojeada el conjunto de la civilización inglesa; todo se enlaza en él: algunas potencias y algunas circunstancias primitivas han producido todo lo restante, y no hay más que seguir su acción continua para comprender la nación y su historia, su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

través de tantos obstáculos, todas las fuerzas del universo? En ese empleo de la ciencia y en esa concepción de las cosas hay un arte, una moral, una política, una religión nuevas, y nuestro interés de hoy es buscarlas.

CONCLUSION

El pasado y el presente.

I. El pasado.—La invasión sajona.—Cómo estableció la raza y fundó el carácter.—La conquista normanda.—Cómo modificó el carácter y estableció la constitución.—El Renacimiento.—Cómo manifestó el espíritu nacional.—La Reforma.—Cómo fijó el modelo ideal.—La Restauración.—Cómo importó la cultura clásica y desvió el espíritu nacional.—La Revolución.—Cómo ha desenvuelto la cultura clásica y rehecho el espíritu nacional.—La Edad Moderna.—Cómo las ideas europeas ensanchan el molde nacional.

II. El presente.—Concordancias de la observación y de la historia.—El cielo.—El suelo.—Los productos.—El hombre.—El comercio.—La industria.—La agricultura.—La sociedad.—La familia.—Las artes.—La filosofía.—La religión.—Qué fuerzas han producido la civilización presente y elaboran la civilización futura.

§ 1.

I

Llegados al término de esta larga revista, podemos ahora abarcar de una ojeada el conjunto de la civilización inglesa; todo se enlaza en él: algunas potencias y algunas circunstancias primitivas han producido todo lo restante, y no hay más que seguir su acción continua para comprender la nación y su historia, su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasado y su presente. En el origen, y en lo más profundo de la región de las causas, aparece la raza. Una nación entera, anglos y sajones, ha destruido, expulsado ó sojuzgado á los antiguos habitantes, ha borrado la cultura romana, ha permanecido sola y pura, y no ha encontrado entre los últimos asoladores daneses más que una recluta nueva y de la misma sangre. Ese es el tronco primitivo; de su sustancia y de sus propiedades innatas nacerá casi toda la vegetación futura. A la sazón, tales y como los vemos, solos en su isla, alcanzan un mediano desarrollo, tosco, brutal, pero sólido. Comen y beben, edifican y desbrozan, sobre todo pululan: las bandas esparcidas que han pasado el mar en embarcaciones de cuero se hacen una nación compacta de trescientas mil familias, una nación rica, provista de ganado, de próspera vida material, de cierta regularidad social, con un rey, con asambleas respetadas y frecuentes, con buenas costumbres judiciales. En esa nación, entre las fogosidades y las violencias del temperamento bárbaro, la antigua fidelidad germánica mantiene á los hombres en sociedad, al propio tiempo que la antigua independencia germánica mantiene al hombre firme y erguido. En todo lo demás apenas adelantan. Algunos cantos truncados, una epopeya donde retumba aún la exaltación guerrera de la antigua barbarie, himnos lúgubres, una poesía violenta y furiosa, á veces sublime y siempre ruda: he ahí todo lo que subsiste de ellos. En seis siglos apenas han dado un paso fuera de las costumbres y de los sentimientos de su inculta Germania; el cristianismo, que ha ejercido ascendiente sobre ellos por la grandeza de sus tragedias bíblicas y la tristeza ansiosa de sus aspiraciones, no les trae la civilización latina; ésta queda á la puerta, acogida á

duras penas por algunos grandes hombres, deformada, si penetra, por la desproporción existente entre el genio romano y el genio sajón, siempre alterada y reducida, hasta el punto de que, para los hombres del continente, los hombres de la isla no son más que zafios ignorantes, borrachos y glotones, en todo caso cerriles y torpes por temperamento y naturaleza, rebeldes á la cultura y tardíos en su desarrollo.

El imperio en ese mundo pertenece á la fuerza. Son conquistados para siempre y definitivamente, conquistados por normandos; es decir, por franceses más hábiles, educados y organizados más deprisa que ellos. Ese es el gran acontecimiento que va á completar su carácter, á decidir de su historia y á imprimir en su carácter y en su historia el espíritu político y práctico que los separa de los demás pueblos germánicos. Oprimidos, aprisionados en la rígida red de la organización normanda, por más que hayan sido conquistados, no han sido destruidos; están en su suelo, cada cual con sus amigos y en su comunidad local; forman cuerpo; son aún veinte veces más numerosos que sus vencedores. Su situación y sus necesidades crearán sus hábitos y sus aptitudes. Van á sufrir, á reclamar, á luchar, á resistir juntos y acordes, á esforzarse hoy, mañana, todos los días, para no ser matados ó robados, para recuperar sus antiguas leyes, para obtener ó arrancar garantías, y gradualmente van á adquirir la paciencia, el juicio, todas las facultades y todas las inclinaciones por cuya virtud se mantienen las libertades y se fundan los Estados. Por una suerte singular, los señores normandos los ayudan; porque el rey se ha reservado una parte tan grande, y se ha hecho tan temible que, para reprimir al gran saqueador, los pequeños saqueadores tienen que contemporizar con

sus súbditos sajones, aliarse con ellos, comprenderlos en sus cartas, hacerse sus representantes, admitirlos en el Parlamento, dejarlos trabajar, enriquecerse, adquirir orgullo, fuerza, autoridad, intervenir con ellos en los asuntos públicos. He aquí, pues, que poco á poco la nación inglesa, hundida bajo tierra por la conquista como por un mazazo, se desembaraza y se levanta; más de quinientos años se invierten en esa reconstitución. Pero durante todo ese tiempo ha faltado espacio para la alta y refinada cultura; ha habido que vivir y defenderse, cavar la tierra, tejer la lana, ejercitarse en el arco, ir á las asambleas, al jurado, pagar y discutir en pro de los intereses comunes; el hombre importante y estimado es el que sabe batirse bien y sacar buenas ganancias. Lo que se ha desarrollado son las costumbres enérgicas y militares; lo que ha reinado es el espíritu activo y positivo; han dejado las letras y las elegancias á los nobles afrancesados de la corte. Cuando el valiente burgués sajón soltaba su arco ó su arado, era para ir al festín opíparo ó para cantar la balada de Robin Hood. Ha vivido y obrado; no ha reflexionado ni ha escrito; su literatura nacional se reduce á fragmentos y rudimentos, á canciones de arpistas, á epopeyas de taberna, á un poema religioso, á algunos libros de reforma. Al propio tiempo se ha secado la literatura normanda; separada del tronco, y en extraño suelo, ha languidecido, circunscrita á imitaciones; sólo ha aparecido un gran poeta, casi francés en espíritu, enteramente francés en estilo, y, después como antes de él, no hay más que incurable vaciedad. Por segunda vez una civilización de cinco siglos ha resultado estéril en grandes ideas y en grandes obras, ésta aún más que sus vecinas, y bajo un doble concepto, porque á la impotencia universal de

la Edad Media se junta aquí el empobrecimiento de la conquista, y porque, de las dos literaturas que la componen, la una, transplantada, aborta, y la otra, mutilada, cesa de desarrollarse.

II

Pero, entre tantos esbozos y pruebas, se ha formado un carácter, y de él saldrá lo demás. La edad bárbara ha establecido en el suelo una raza de germanos, flemática y seria, capaz de emociones espiritualistas y de disciplina moral. La edad feudal ha impuesto á esa raza los hábitos de resistencia y asociación, las preocupaciones políticas y utilitarias. Figuraos un alemán de Hamburgo ó de Brema, embutido durante quinientos años en el corselete de hierro de Guillermo el Conquistador: esas dos naturalezas, una innata, otra adquirida, componen todos los resortes de su conducta. Lo mismo acontece con las demás naciones. Como corredores alineados á la entrada de la liza, vemos lanzarse, en el momento del Renacimiento, á los cinco grandes pueblos de Europa, sin que por el pronto pueda preverse nada de su carrera. A primera vista, parece que sólo los accidentes ó las circunstancias determinarán su velocidad, su caída ó su éxito. Nada de eso; de ellos solos dependerá su historia: cada uno será el artífice de su fortuna; el azar no tiene acción sobre acontecimientos tan vastos; las inclinaciones y las facultades nacionales son las que, derribando ó suscitando obstáculos, los conducirán fatalmente á todos á su término, á los unos hasta el fondo de la decadencia, á los otros hasta la cumbre de la prosperi-

dad. Después de todo, el hombre es siempre dueño y esclavo de sí. Al principio de cada edad *es* de cierta manera; su cuerpo, su corazón y su mente tienen una estructura y una disposición determinadas; y de esa combinación durable, que todos los siglos precedentes han contribuido á consolidar ó á construir, emanan aspiraciones ó aptitudes permanentes, según las cuales quiere y obra. Así se forma en él el modelo ideal que, obscuro ó preciso, acabado ó bosquejado, va á flotar en lo sucesivo delante de sus ojos, á agrupar en torno suyo todos sus anhelos y todos sus esfuerzos, y á ocuparle en un solo fin durante siglos, hasta que á la postre, renovado por la impotencia ó el triunfo, concibe un nuevo objetivo y emprende nueva carrera. El español, católico y exaltado, se representa la vida á la manera de los cruzados, de los enamorados y de los caballeros, y, abandonando el trabajo, la libertad y la ciencia, se lanza, en pos de su inquisición y de su rey, á la guerra fanática, á la vida aventurera, á la obediencia supersticiosa y apasionada, á la ignorancia voluntaria é irremediable (1). El alemán, teólogo y feudal, se acantona dócil, fielmente, bajo sus principillos, por paciencia natural y por lealtad hereditaria, y se pasa la vida ocupado de su mujer y de su familia, satisfecho de haber conquistado la libertad religiosa, y reducido, por la pesadez de su temperamento, á la vida corporal ordinaria y al respeto inerte hacia el orden establecido. El italiano, el de más ricas dotes y el

(1) Véase el viaje de Mme. d'Aulnay á España, á fines del siglo XVII. Nada más asombroso que esa revolución, si se compara con los tiempos que preceden á Fernando el Católico, es decir: con el reinado de Enrique IV, la omnipotencia de los nobles y la independencia de las ciudades. Véase sobre toda esa historia, Buckle, *History of civilisation*, t. II.

más precoz de todos, pero el más incapaz de disciplina voluntaria y de austeridad moral, se vuelve hacia las bellas artes y la existencia voluptuosa, decae, se relaja bajo la dominación extranjera, se abandona á la corriente de la vida, olvidado de pensar y contento con gozar. El francés, sociable é igualitario, se agrupa en torno de su rey, que le da la paz pública, la gloria exterior y la pompa magnífica de una corte suntuosa, de una administración ordenada, de una disciplina uniforme, de una preponderancia europea y de una literatura universal. De análogo modo, si se mira al inglés de la época, se descubre en él las inclinaciones y las facultades que, durante tres siglos, van á gobernar su cultura y á forjar su constitución. En esa expansión europea de la vida natural y de la literatura pagana, al punto se descubren en Shakespeare, Johnson y los trágicos, en Spenser, Sidney y los líricos, las características nacionales, todas con incomparable brillo y profundidad, y tales como la raza y la historia las han impreso hace mil años. No en balde ha implantado aquí la invasión una raza seria y reflexiva. No en balde la conquista ha dirigido esa raza hacia la vida militante y las preocupaciones prácticas. Desde el primer arranque de la invención original, su obra manifiesta la energía trágica, la pasión intensa é informe, el desdén de la regularidad, el conocimiento de la realidad, el sentimiento de las cosas interiores, la melancolía natural, la adivinación ansiosa del oscuro allende, todos los instintos que, replegando al hombre sobre sí y concentrándole en sí propio, le predisponen alprotestantismo y al combate. ¿Qué protestantismo es ese que se elabora? ¿Qué modelo ideal presenta y qué concepción original va á ofrecer á ese pueblo su poema permanente y dominador? La más severa y la más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

práctica de todas, la de los puritanos, que, abandonando la especulación, se circunscribe á la acción, encierra la vida humana en una rígida disciplina, impone al alma humana el esfuerzo continuo, prescribe á la sociedad humana la austeridad monacal, prohibe el placer, ordena la acción, exige el sacrificio y forma el moralista, el trabajador y el ciudadano. Hela ya implantada la gran idea inglesa, el convencimiento de que el hombre es ante todo una persona moral y libre, y de que, habiendo concebido por sí solo, en su conciencia, y ante Dios, la regla de su conducta, debe consagrarse por entero á aplicarla, en sí y fuera de sí, firme, inflexiblemente, oponiendo una resistencia pertua á los demás y ejerciendo un dominio perpetuo sobre sí mismo. No importa que se desacredite al pronto por sus arrebatos y su tiranía; atenuada por la experiencia, se amoldará gradualmente á la naturaleza humana, y, transportada del fanatismo puritano á la moral laica, conquistará todas las simpatías públicas, porque corresponde á todos los instintos nacionales. No importa que desaparezca de la alta sociedad, perseguida por el desprecia de la Restauración y la importación de la cultura francesa; subsiste bajo tierra. Porque la cultura francesa no prospera aquí; en ese suelo tan diferente no produce más que frutos enfermizos, groseros ó incompletos.

La fina elegancia se ha trocado en disipación innoble; la duda delicada, en ateísmo brutal; la tragedia aborta, y no es más que una declamación; la comedia es descocada y una pura escuela de vicios; de esa literatura no subsisten más que estudios de razonamiento lógico y de buen estilo; es expulsada la escena pública, casi al mismo tiempo que los Estuardos, á principios del siglo XVIII, y las máximas liberales y

morales recobran el ascendiente que no volverán á perder. Porque, al par que las ideas, han seguido su curso los acontecimientos; las inclinaciones nacionales han hecho su obra en la sociedad como en las letras, y los instintos ingleses han transformado la constitución y la política á la vez que los talentos y los espíritus. Esas ricas comunidades locales, esos valientes *yeomen*, esos rudos burgueses bien armados, bien sustentados, protegidos por sus jurados, acostumbrados á contar consigo mismos, porfiados, batalladores, sensatos, tales como la edad media inglesa los ha legado á la Inglaterra moderna, han podido dejar al rey extender por encima de ellos su tiranía temporal, y hacer pesar sobre la nobleza los rigores de una arbitrariedad que autorizaban los recuerdos de la guerra civil y el peligro de las altas traiciones; pero Enrique VIII y la misma Isabel tienen que seguir, en lo que atañe á los grandes intereses, la corriente de la opinión pública; si son tan fuertes, es porque son populares; el pueblo no sostiene sus empresas y autoriza sus violencias, sino porque encuentra en ellos los defensores de su religión y los protectores de su trabajo (1). El, por su parte, se engolfa en esa religión, y, por debajo de la institución oficial, alcanza las creencias personales. Se enriquece por el trabajo, y, bajo el primer Estuardo, ocupa ya el mayor puesto en la nación. A la sazón todo está decidido; sean los que quieran los sucesos futuros, un día habrá de ser el amo. Las situaciones sociales crean las situaciones políticas; las constituciones legales se ajustan siempre á las cosas reales, y la preponderancia adquirida conduce infaliblemente á los derechos escritos. Hom-

(1) Buckle, *History of civilisation*, t. I, 590, 592.

bres tan numerosos, tan activos, tan resueltos, tan capaces de bastarse á sí mismos, tan dispuestos á sacar sus opiniones de su reflexión propia y su subsistencia de sus solos esfuerzos, acabarán, suceda lo que quiera, por arrancar las garantías que han menester. Al primer impulso y en el fervor de la fe primitiva, derrocan el trono, y tan fuerte es la corriente que los arrastra que, á pesar de sus excesos y de su derrota, la revolución se cumple de suyo con la abolición de los privilegios feudales y la institución del *Habeas corpus* bajo Carlos I, con la extensión del espíritu liberal y protestante bajo Jacobo II, con el establecimiento constitucional, el acta de tolerancia y la emancipación de la prensa bajo Guillermo III. Desde ese instante, Inglaterra ha encontrado su asiento; sus dos fuerzas interiores y hereditarias—el instinto moral y religioso, la aptitud práctica y política,—han hecho su obra, y en adelante van á edificar, sin impedimento ni demolición, sobre los cimientos que han sentado.

III

Así nació la literatura del siglo XVIII, completamente conservadora, útil, moral y limitada. Dos poderes la dirigen, el uno europeo, el otro inglés: por un lado, ese talento de análisis oratorio y esos hábitos de dignidad literaria, propios de la edad clásica; por otro lado, esa tendencia á la aplicación y esa energía de la observación precisa, propias del espíritu nacional. De ahí la excelencia y la originalidad de la sátira política, del discurso parlamentario, del ensayo sólido, de

la novela moral y de todos los géneros que exigen un buen sentido atento, un estilo correcto y el talento de aconsejar, de convencer ó de herir á los demás. De ahí la flaqueza ó impotencia del pensamiento especulativo, de la verdadera poesía, del teatro original y de todos los géneros que reclaman la gran curiosidad libre ó la gran imaginación desinteresada. Los escritores no alcanzan la elegancia completa ni la filosofía superior; embastecen las delicadezas francesas que imitan, y se asustan de los atrevimientos franceses que sugieren; siguen siendo semiburgueses y semibárbaros; no inventan más que ideas insulares y mejoras inglesas, y se confirman en el respeto hacia su constitución y su tradición. Pero á la vez se educan y reforman; su riqueza y su bienestar aumentan enormemente; la literatura y la opinión llegan á ser entre ellos severas hasta la intolerancia, y su larga guerra contra la Revolución francesa extrema hasta el exceso el rigorismo de su moral, á la vez que la invención de las máquinas centuplica su prosperidad y su holgura. Un código saludable y despótico de máximas aprobadas, de conveniencias establecidas y de creencias inatacables, que fortifica, endurece, encorva y emplea al hombre útil y penosamente, sin permitirle nunca desviarse ni flaquear; una complicación minuciosa y una provisión admirable de invenciones cómodas, asociaciones, instituciones, máquinas, utensilios y métodos, que trabajan incesantemente por suministrar al cuerpo y al espíritu todo lo que necesitan: he ahí en lo sucesivo las dos particularidades salientes de este pueblo. Refrenarse y pertrecharse, adquirir el imperio sobre sí y sobre la naturaleza, considerar la vida como moralista y economista, como un vestido estrecho con que hay que ir decorosamente, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

como un buen vestido que hay que tener de lo mejor posible, ser á la vez persona *respetable* y *rodeada de bienestar,* esas dos expresiones encierran todos los resortes de la acción inglesa. Contra ese buen sentido limitado y contra esa austeridad pedante estalla una rebelión. Con la renovación universal del pensamiento y de la imaginación humana, el profundo manantial poético que había corrido en el siglo XVI fluye de nuevo en el siglo XIX, y sale á luz una nueva literatura; la filosofía y la historia infiltran sus doctrinas en el viejo edificio; el poeta más grande del tiempo le ataca continuamente con sus maldiciones y sus sarcasmos; por todas partes, en las letras y en las ciencias, en la práctica y en la teoría, en la vida privada y en la vida pública, los espíritus más poderosos procuran hoy aún abrir una entrada á la ola de las ideas continentales. Pero son tan patriotas como innovadores, tan conservadores como revolucionarios; si tocan á la religión y á la constitución, á las costumbres y á las doctrinas, es para ensancharlas, no para destruirlas. Inglaterra está hecha; ella lo sabe, y lo saben ellos; tal como la vemos, cimentada sobre toda la historia nacional y sobre todos los instintos nacionales, es más capaz que ningún pueblo de Europa de transformarse sin refundirse, y de amoldarse á su porvenir sin renunciar á su pasado.

§ 2.

I

Empezaba yo á formularme estas ideas, cuando desembarqué en Inglaterra por primera vez, y me asombraron singularmente las confirmaciones mutuas que se prestaban la observación y la historia; me pareció que el presente completaba el pasado, y que el pasado explicaba el presente.

Por el pronto, el mar inquieta y asombra; no en balde es un pueblo insular y marino, sobre todo con ese mar y en esas costas. Sus pintores, á pesar de lo mal dotados, sienten su aspecto alarmante ó lúgubre; hasta en el siglo XVIII, entre las elegancias de la cultura francesa y bajo el influjo optimista de la tradición flamenca, encontraréis en Gainsborough la impresión imborrable de ese gran sentimiento. En los momentos apacibles, en los serenos días de verano, la húmeda bruma extiende sobre el horizonte su velo gris de perla; el mar tiene el color de una pizarra pálida, y los barcos, desplegando su velamen, marchan pacientemente en medio del vapor. Pero miremos en torno de nosotros, y veremos en seguida las señales del peligro cotidiano. La costa aparece labrada, las olas han ganado terreno sobre ella, los árboles han desaparecido, la tierra se halla empapada con los continuos chubascos, el Océano es siempre allí intratable y feroz. Ruge y brama eternamente el ronco monstruo, y la legión clamorosa de las olas avanza como un ejército infinito ante el cual debe ceder toda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como un buen vestido que hay que tener de lo mejor posible, ser á la vez persona *respetable* y *rodeada de bienestar,* esas dos expresiones encierran todos los resortes de la acción inglesa. Contra ese buen sentido limitado y contra esa austeridad pedante estalla una rebelión. Con la renovación universal del pensamiento y de la imaginación humana, el profundo manantial poético que había corrido en el siglo XVI fluye de nuevo en el siglo XIX, y sale á luz una nueva literatura; la filosofía y la historia infiltran sus doctrinas en el viejo edificio; el poeta más grande del tiempo le ataca continuamente con sus maldiciones y sus sarcasmos; por todas partes, en las letras y en las ciencias, en la práctica y en la teoría, en la vida privada y en la vida pública, los espíritus más poderosos procuran hoy aún abrir una entrada á la ola de las ideas continentales. Pero son tan patriotas como innovadores, tan conservadores como revolucionarios; si tocan á la religión y á la constitución, á las costumbres y á las doctrinas, es para ensancharlas, no para destruirlas. Inglaterra está hecha; ella lo sabe, y lo saben ellos; tal como la vemos, cimentada sobre toda la historia nacional y sobre todos los instintos nacionales, es más capaz que ningún pueblo de Europa de transformarse sin refundirse, y de amoldarse á su porvenir sin renunciar á su pasado.

§ 2.

I

Empezaba yo á formularme estas ideas, cuando desembarqué en Inglaterra por primera vez, y me asombraron singularmente las confirmaciones mutuas que se prestaban la observación y la historia; me pareció que el presente completaba el pasado, y que el pasado explicaba el presente.

Por el pronto, el mar inquieta y asombra; no en balde es un pueblo insular y marino, sobre todo con ese mar y en esas costas. Sus pintores, á pesar de lo mal dotados, sienten su aspecto alarmante ó lúgubre; hasta en el siglo XVIII, entre las elegancias de la cultura francesa y bajo el influjo optimista de la tradición flamenca, encontraréis en Gainsborough la impresión imborrable de ese gran sentimiento. En los momentos apacibles, en los serenos días de verano, la húmeda bruma extiende sobre el horizonte su velo gris de perla; el mar tiene el color de una pizarra pálida, y los barcos, desplegando su velamen, marchan pacientemente en medio del vapor. Pero miremos en torno de nosotros, y veremos en seguida las señales del peligro cotidiano. La costa aparece labrada, las olas han ganado terreno sobre ella, los árboles han desaparecido, la tierra se halla empapada con los continuos chubascos, el Océano es siempre allí intratable y feroz. Ruge y brama eternamente el ronco monstruo, y la legión clamorosa de las olas avanza como un ejército infinito ante el cual debe ceder toda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuerza humana. ¡Piénsese en los meses de invierno, en las tempestades, en las largas horas del marinero, traqueteado, arrollado ciegamente por los ventarrones! Ahora, y en este buen tiempo, por todo el círculo del horizonte ascienden nubes pálidas, que no tardan en parecer una densa humareda, algunas de una blancura deslumbradora y frágil, tan hinchadas que se las ve próximas á deshacerse. Sus pesadas masas caminan, se entumecen, y á trechos, en la llanura sin límite, un chubasco enturbia un trozo de cielo. Al cabo de un instante el mar toma un tinte cadavérico, sus olas saltan con extraños giros y adquieren tintas oleosas y lívidas. La enorme cúpula gris cierra todo el horizonte, y se desploma una lluvia densa, despiadada. No se tiene idea de ella hasta haberla visto. Cuando las gentes del Sur, los romanos, llegaron allí por primera vez, debieron creerse en el infierno. El dilatado espacio que se extiende entre el suelo y el cielo, y con el cual cuentan nuestros ojos como con su dominio, falta de repente; no hay ya aire, no se ve ya más que niebla líquida. Adiós, colores y formas. En esa humareda amarillenta los objetos semejan fantasmas borrosos; la naturaleza parece un mal esbozo al carbón por donde un niño ha pasado torpemente la manga. Henos en New-Haven, y luego en Londres. El cielo descarga la lluvia; la tierra le envía la niebla; la niebla se arrastra por entre lluvia; todo está anegado; si miramos en torno nuestro, nada nos dice que esto deba acabar nunca. Estamos verdaderamente en la comarca cimmeria de Homero; los pies chapotean; no hay ya nada que hacer con los ojos; todos los órganos parecen obstruidos, enmohecidos por la humedad; se cree uno fuera del mundo respirable, reducido á la condición de los seres palustres, habitante de las aguas

cenagosas; vivir aquí no es vivir. Se pregunta uno si esta enorme ciudad no es un cementerio por [donde van zabulléndose fantasmas afanosos] y desgraciados. En medio del diluvio de hollín húmedo, el río cenagoso con sus infatigables barcos de hierro, negros insectos, que desembarcan y embarcan sombras, hace pensar en la Estigia. Los días se [acabaron; hay que fabricarlos. Durante cinco ha habido que tener encendido el gas en el mejor hotel del sitio más espacioso. La melancolía invade los espíritus. ¿Qué pueden hacer los hombres en aquel sepulcro? Quedarse en casa sin trabajar es consumirse interiormente y caminar al suicidio. Salir es hacer un esfuerzo, no preocuparse ya de la humedad ni del frío, desafiar el malestar y las sensaciones desagradables. Semejante clima prescribe la acción, veda la ociosidad, desarrolla la energía, enseña la paciencia. Hace poco miraba yo en el buque á los marineros, con sus impermeables, sus recias botas chorreando y sus calzones de cuero, todos tan atentos á su quehacer, tan puntuales en sus movimientos, tan graves, tan dueños de sí mismos. He visto después á los obreros en sus talleres, tranquilos, serios, silenciosos, economizando su esfuerzo, y perseverando todo el día, todo el año, toda la vida, en la misma contención regular y monótona de cuerpo y de espíritu; su alma se ha amoldado á su clima. Y no hay más remedio que amoldarse á él para vivir; al cabo de ocho días se comprende que hay que renunciar aquí al goce delicado y saboreado, al deleite de dejar correr la vida, á la ociosidad negligente, al recreo de los ojos, á la expansión fácil y armoniosa de la naturaleza artística y animal; se comprende que hay que casarse, criar un rebaño de hijos, adquirir las preocupaciones y la importancia del jefe de familiaen, ri-

quecerse, pertrecharse contra el mal tiempo, rodearse de bienestar, hacerse protestante, industrial, político, capaz, en resumen, de actividad y de resistencia, y sufrir y luchar en todas las vías abiertas al hombre.

Hay, sin embargo, aquí bellezas encantadoras y conmovedoras: las del país húmedo. Cuando en un día medio sereno se sale al campo y se llega á una altura, los ojos experimentan una sensación única y un placer que no conocían. Por todos los ámbitos del horizonte, en las llanuras y en las colinas, dilátase el verdor eterno, plantas forrajeras y hortenses, alfalfa, lúpulo, praderas admirables de alta y tupida hierba; acá y allá arboledas frondosas, pastos cercados por setos, donde rumian tranquilamente vacas perezosas. La niebla sube insensiblemente por entre los árboles, y las lejanías nadan en un vapor luminoso. No hay en el mundo nada más dulce y delicado que esas tintas; horas enteras se detendría uno á mirar aquellas nubes satinadas, aquel fino plumón aéreo, aquella blanda gasa transparente que aprisiona los rayos del sol, los embota, y no los permite llegar á la tierra más que sonrientes y acariciadores. Por ambos lados del coche pasan continuamente praderas más bellas cada vez, donde se aglomeran con tonos fundidos los botones de oro, las ulmarias y las margaritas; una suavidad casi triste, un encanto extraño, emanan de esa vegetación inagotable y pasajera. Es demasiado fresca: no puede durar; nada es estable y firme aquí, como en los países del Mediodía; todo es móvil, todo está naciendo y muriendo, suspendido entre las lágrimas y la alegría. Las gotas de agua relucen en las hojas como perlas; el follaje de los árboles murmura á impulsos de leve brisa, y nunca cesa el rumor de las

lágrimas depositas por la última lluvia. ¡Qué opulentamente vive esa vegetación, siempre rejuvenecida y abrevada por el aire húmedo! ¡Cómo sube la savia en aquellas plantas refrescadas y guarecidas del cielo! ¡Y qué hechos parecen el cielo y el país para preservar sus tejidos y avivar sus colores! Al menor asomo de sol sonríen con una gracia deliciosa, como vírgenes tímidas y delicadas bajo un velo que se va á alzar. Que rasgue el sol las nubes un momento, y las veréis resplandecer como en un atavío de baile. Cae la luz en haces deslumbradores; los pétalos lustrosos, dorados, brillan con un colorido demasiado intenso; los más magníficos bordados, el terciopelo salpicado de diamantes, la seda cuajada de perlas no se acercan á ese tinte profundo; la alegría se desborda como de una copa demasiado llena. Ante la extrañeza, ante la rareza de ese espectáculo, se comprende por primera vez la vida del país húmedo. El agua multiplica y ablanda los tejidos vivos; las plantas pululan y no tienen jugo; la alimentación abunda y no tiene sabor; la humedad produce, pero el sol no elabora. Mucha hierba, mucho ganado, mucha carne: así se sostiene el temperamento absorbente y flemático; el producto humano, como toda la producción vegetal y animal, es potente, pero tosco; la máquina es sólida, pero gira lentamente sobre sus goznes, y las más de las veces los goznes rechinan y están herrumbrosos. Cuando se mira de cerca á las personas, parece que sus diversas piezas son independientes, ó, por lo menos, que necesitan tiempo para transmitirse los choques. Sus ideas no se revelan desde luego en pasiones, en gestos, en acciones. Como en el flamenco y el alemán, se detienen desde luego en el cerebro; el hombre no experimenta ninguna sacudida; no le cuesta trabajo perma-

necer inmóvil; no se siente arrastrado; puede obrar juiciosa y uniformemente: porque su motor interior es una idea ó una consigna, no una emoción ó un incentivo. Sabe aburrirse, ó, más bien, no se aburre; lo ordinario en él son las sensaciones insulsas, y la insípida monotonía de la vida maquinal no tiene nada que deba repelerle. Está hecho á ella, y con ella concuerda su naturaleza. El que ha comido nabos toda su vida no echa de menos las naranjas. El inglés se resignará fácilmente á escuchar quince discursos seguidos sobre el mismo asunto, á pedir veinte años seguidos la misma reforma, á compulsar estadísticas, á estudiar tratados morales, á dar clases los domingos, á educar una docena de niños. Lo atractivo, lo agradable, no son una necesidad para él. La debilidad de sus impulsos sensibles contribuye á la fuerza de sus impulsos morales. Su temperamento le hace juicioso; puede pasarse sin gendarmería; los choques del hombre contra el hombre no conducen aquí á explosiones. Puede discutir en la plaza pública, y en voz alta, sobre religión y política; puede celebrar *meetings*, formar asociaciones, atacar rudamente al poder, decir que se viola la Constitución y predecir la ruina del Estado, sin el menor inconveniente; tiene los nervios tranquilos; razonará sin matarse; no hará revoluciones, y quizá hará una reforma.

Considerad en la calle á los transeuntes; en tres horas veréis todos los rasgos sensibles de ese temperamento: el pelo rubio, y, en los niños, casi blanco; los ojos claros, á menudo azules, como una porcelana; las patillas rubias, elevada estatura, movimientos de autómata, y, juntamente con eso, otros caracteres de más relieve: los que han añadido á tal temperamento la fuerte alimentación y la vida militante. Aquí el

enorme soldado de las guardias, de sonrosada tez, majestuoso, pavoneándose con un bastoncillo en la mano, luciendo su busto y enseñando la raya clara que parte su pelo lustroso; allí el gordinflón rechoncho, coloradote, semejante á un animal de carnicería, con cara alarmante de estupor, y, sin embargo, inerte; más allá el noble campesino, de seis pies de estatura, corpachón de germano acabado de salir de la selva, con hocico y nariz de dogo, patillas desproporcionadas é incultas, ojos móviles, cara apoplética: son los excesos de la savia y de la alimentación brutales; añádase á todo, aun en las mujeres, la blanca armadura de dientes carnívoros y los pies respetables de zancudos, sólidamente calzados, excelentes para andar por el lodo. En desquite, ved á los jóvenes en una partida de *cricket* ó de campo; ciertamente, no brilla la viveza en sus ojos, pero abunda la vida; todo su ser respira energía y decisión, salud y actividad, predisposición al movimiento, iniciativa emprendedora. Varios semejan hermosos y esbeltos lebreles, tomando el viento y embebidos en la caza. La vida gimnástica y arriesgada goza aquí de gran predicamento. Las gentes del país necesitan moverse, nadar, lanzar la pelota, correr por la pradera húmeda, remar, respirar en lancha el vapor salado del mar, sentir en su frente las gotas de lluvia que caen de los árboles, saltar á caballo zanjas y barreras; los instintos animales permanecen intactos. Gustan, además, de los placeres naturales; no los ha viciado la precocidad. Nada más sencillo que las jóvenes; entre las cosas bellas, pocas hay tan bellas en el mundo: esbeltas, fuertes, seguras de sí mismas, ¡tan profundamente honradas y leales, tan exentas de coquetería! No puede imaginarse, sin haberla visto, aquel

frescura, aquella inocencia; muchas son flores, flores lozanas; sólo puede dar idea de ellas una rosa matinal con su colorido fugitivo y delicioso, con sus pétalos impregnados de rocío; deja eso á mucha distancia la belleza del Mediodía y sus contornos precisos, estables, acabados, de un dibujo definitivo; se siente aquí la fragilidad, la delizadeza y la continua germinación de la vida; los ojos cándidos, azules como pervincas, miran sin pensar que se los mira; al menor movimiento del alma, la sangre afluye á las mejillas, al cuello, hasta á los hombros, en oleadas de púrpura; veis pasar las emociones por aquellos cutis transparentes como cambiar los colores en sus praderas; y ese pudor virginal es tan sincero, que sentís impulsos de bajar respetuosamente los ojos. No se crea, sin embargo, que son lánguidas y soñadoras; aman y soportan el ejercicio como sus hermanos; con el pelo suelto, á los seis años, corren á caballo y hacen grandes caminatas. La vida activa fortalece en ese país el temperamento flemático, y, al par que el corazón se conserva más sencillo, se hace más sano el cuerpo. Una observación más: porque, sobre todas esas figuras, descuella un tipo, el más verdaderamente inglés, el más saliente para un extranjero. Apostaos de mañana, durante una hora, en el andén de una estación y contemplad los hombres de más de treinta años que van á Londres á sus ocupaciones: caras pálidas; ojos fijos, preocupados; boca abierta y como contraída; el hombre aparece fatigado, gastado y entumecido por el exceso de trabajo; corre sin mirar alrededor de sí. Todo su ser tiende hacia un solo objeto; tiene que hacer un esfuerzo continuo, el mismo siempre, un esfuerzo provechoso; se ha convertido en máquina. Eso es visible, sobre todo en los obreros; en sus largas

caras huesosas se pintan la perseverancia, la tenacidad, la resignación. Es más visible aún en las mujeres del pueblo; muchas están flacas, extenuadas; tienen los ojos hundidos, la nariz afilada, la piel veteada de rojo; han padecido demasiado, han tenido demasiados hijos, llevan impresa en su apagado semblante la opresión, la sumisión ó la impasibilidad estoica; se adivina que han soportado mucho, y que pueden soportar más aún. En la misma clase media ó superior son frecuentes esa paciencia y ese endurecimiento triste; piensa uno, al verlos, en esas pobres bestias de carga deformadas por los arneses, que aguantan inmóviles la lluvia, sin pensar en resguardarse de ella. Ciertamente la batalla de la vida es más dura y empeñada aquí que en otras partes; el que ceja cae. Con el rigor del clima y de la competencia, con las paralizaciones de la industria, los débiles, los imprevisores sucumben ó se envilecen; entonces viene el ginebra á hacer su oficio; de ahí esas largas filas de mujeres miserables que se ofrecen por la noche en el Strand para pagar su alquiler; de ahí esos barrios vergonzosos de Londres, de Liverpool y de todas las grandes ciudades, esos espectros andrajosos, lúgubres ó borrachos, que atestan los despachos de aguardiente, que llenan las calles con sus tristes pingos colgados en cuerdas, que se acuestan en un montón de hollín, entre rebaños de niños pálidos: horrible profundidad á que descienden todos los que, heridos, perezosos ó débiles de brazos, no han podido sostenerse en la superficie de la gran corriente. Aquí son trágicos los azares de la vida, y atroz el castigo de la imprevisión. Pronto se comprende por qué, con esa necesidad de luchar y de sufrir, desaparecen las sensaciones delicadas, por qué se embota el gusto, cómo se

hace el hombre desmañado y rígido, cómo las disonancias y las exageraciones vienen á estropear el traje y los modales, por qué los movimientos y las formas acaban por ser enérgicos y discordantes á la manera de las sacudidas de una máquina. Si el hombre es germano de raza, de temperamento y de espíritu, á la larga ha debido fortificar, alterar, inclinar hacia un lado su prístina naturaleza; la fuerte alimentación, el ejercicio corporal, la religión austera, la moral pública, la lucha política, la perpetuidad del esfuerzo, han transformado su cuerpo y su espíritu; se ha hecho, entre todos los hombres, el más capaz de obrar útil y poderosamente en todas las vías, el trabajador más productivo y eficaz, como su vaca se ha hecho el mejor animal de carne, su carnero el mejor animal de lana y su caballo el mejor corredor.

II

En efecto: no hay espectáculo más grande que su obra; en ningún siglo, creo, ni en ninguna nación del mundo, se ha manejado y utilizado así la materia. Entrad en Londres por el río y veréis una acumulación de trabajo y de obras que no tiene igual en el planeta. París, en comparación, no es más que una elegante ciudad de recreo; el Sena, con sus muelles, un juguetito cómodo. Aquí todo es enorme. Yo había visto Marsella, Burdeos, Amsterdam; no tenía idea de semejante hacinamiento. De Greenwich á Londres las dos orillas son un muelle continuo; por todas partes mercancías que se apilan, sacos que se suben, barcos que se amarran; por todas partes almacenes para el co-

bre, la cerveza, los aparejos, la brea, las materias químicas. Los depósitos, los astilleros, las dársenas de calafateo y de construcción se multiplican y agolpan. A la izquierda se ve la armadura de hierro de una iglesia que se está acabando para llevarla á la India. El río tiene una milla de anchura, y no es ya más que una calle poblada de embarcaciones, un tortuoso taller de trabajo. Los buques de vapor y de vela suben, bajan, se detienen en grupos de dos, tres, diez, luego en largas masas, después en apiñadas filas; cinco ó seis mil hay anclados. Por la derecha avocan los docks como otras tantas calles marítimas. Si subís á una altura veis á lo lejos centenares y millares de buques, que parecen plantados en plena tierra; sus alineados mástiles, sus delgados cordajes forman una tela de araña que ciñe todo el horizonte. Entre tanto, sobre el río mismo, hacia el Poniente, se ve surgir inextricable bosque de arboladuras, de vergas y de cables; son los buques que se descargan, enzarzados, confundidos entre las chimeneas de las casas, entre las poleas de los almacenes, entre las grúas, los cabrestantes y todo el arsenal de labor continua y gigantesca. Una humareda brumosa, penetrada de sol, los envuelve con su velo rojizo; desde el suelo y el hombre hasta la luz y el aire, todo aparece transformado por el trabajo. Si entráis en uno de esos docks, la impresión será aún más abrumadora; cada uno de ellos parece una ciudad; naves y más naves alineadas, enseñando la cabeza, los anchos costados, el pecho de cobre, como peces monstruosos acorazados de escamas. Cuando se desciende, se ve que esa coraza tiene cincuenta pies de altura; muchos de ellos llevan tres mil y cuatro mil toneladas; los clippers, de trescientos pies de longitud, van á partir para Australia, para Ceilán, para

América. Se levanta un puente por medio de una máquina; pesa cien toneladas, y no se necesita más que un hombre para moverle. Aquí se ve el cuartel del vino: hay treinta mil pipas de Porto en las bodegas; allí el cuartel de las pieles; allá el de los sebos, el del hielo. El depósito de géneros ultramarinos se prolonga sin fin, receptáculo colosal, sombrío como un cuadro de Rembrandt, poblado de un hormiguero de hombres que se agita en la sombra vacilante. El universo aboca á ese centro; como un corazón adonde afluye y de donde sale la sangre, aquí llegan el dinero y las mercancías de todos los puntos del planeta, y desde aquí circulan hacia todos los ámbitos del globo. Y esa circulación parece natural, en fuerza de bien dirigida. Las grúas giran sin ruido, los toneles parecen moverse de suyo, los fardos descienden por su propio peso sobre los planos inclinados que los conducen á su sitio. Los dependientes, sin atolondrarse, vocean los números; los hombres empujan ó tiran sin confusión, con calma, mientras el jefe, flemático, manda gravemente con raros ademanes y sin pronunciar una palabra.

Ahora tomad un tren, é id á Glasgow, á Birmingham, á Liverpool, á Manchester, á ver la industria. A medida que avanzáis por el país hullero, el aire se oscurece con el humo; las chimeneas, como obeliscos de altas, se amontonan á centenares y cubren la llanura en cuanto alcanza la vista; las filas múltiples, entrecruzadas, de edificios monótonos de ladrillos rojos, pasan ante los ojos como hileras de colmenas afanosas. Los altos hornos llamean en medio de la bruma. Yo he contado diez y seis en un solo grupo; las escorias de mineral se hacinan como montañas; las locomotoras corren, semejantes á hormigas negras,

con un movimiento automático y violento; y de repente se encuentra uno abismado en la ciudad monstruosa. Tal fundición tiene cinco mil obreros; tal manufactura contiene trescientos mil husos. Los almacenes de tejidos son edificios babilónicos, de ciento veinte pasos de longitud y anchura, con seis pisos. En Liverpool hay cinco mil barcos alineados á orillas del Mersey; otros esperan para entrar; los docks tienen seis millas de extensión, y el rojo muro de los depósitos de algodón que los guarnecen es tan enorme que se pierde de vista. Todas las cosas parecen aquí edificadas en proporciones desmedidas y como por brazos de colosos. Entrad en una fundición: no veis más que postes de hierro como troncos de árboles, cilindros de la anchura de un hombre, árboles de locomotora que parecen encinas, máquinas de escoplear que hacen saltar virutas de hierro, laminadores que pliegan las planchas como una pasta, volantes que desaparecen en el vuelo de su velocidad; ocho operarios, mandados por una especie de coloso apacible, empujaban y sacaban de la fragua un árbol de hierro enrojecido del grueso de mi cuerpo. Todo eso lo ha hecho brotar la hulla: Inglaterra produce dos veces tanta como el resto de Europa. Añádase el ladrillo, los grandes esquistos que afloran, y los estuarios de los ríos donde el mar penetra formando un puerto natural. Liverpool, Manchester y una decena de ciudades de cuarenta á cien mil almas germinan como una vegetación en la cuenca del Lancashire; dirigid los ojos al mapa, y ved los distritos teñidos de negro, Glasgow, Newcastle, Birmingham, el país de Gales: tal ó cual condado no es más que una mole de carbón. Los antiguos bosques antidiluvianos, acumulando aquí los alimentos del fuego, almacenaron el poder que trabaja la

materia, y el mar depara el verdadero camino por donde la materia puede transportarse. El hombre mismo parece hecho, en cuerpo y alma, para sacar partido de esas ventajas. Sus músculos son resistentes y su espíritu puede soportar el aburrimiento. Está menos sujeto que los demás al cansancio y al hastío. Lo mismo trabaja la décima hora que la primera. Nadie maneja mejor las máquinas; participa de su regularidad y precisión; en una manufactura de algodón dos obreros hacen el trabajo de tres y á veces de cuatro obreros franceses. Buscad ahora en las estadísticas cuántas leguas de tejidos fabrican cada año, cuantos millones de toneladas exportan é importan, cuantos miles de millones producen y consumen; añadid á eso los imperios industriales ó comerciales que han fundado ó fundan en América, en China, en la India, en Australia, y quizá entonces, contando los hombres y los valores, calculando que su capital es dos veces mayor que el de Francia, que su población se ha duplicado desde hace cincuenta años, que sus colonias, allí donde es sano el clima, se convierten en nuevas Inglaterras, os formaréis alguna idea muy seca, muy imperfecta, de una obra cuya magnitud sólo pueden medir los ojos.

Queda aún, sin embargo, por explorar una de sus porciones: el cultivo. Desde el vagón se ve ya lo bastante para comprenderla. Una pradera con un seto, después otra pradera con otro seto, y así sucesivamente; á veces inmensos cuadros de hortaliza; todo eso alineado, terco, pulcro; nada de bosques; sólo á trechos alguna que otra arboleda; el campo es un dilatado huerto, una fábrica de hierba y de carne; nada se deja á la naturaleza y al azar; todo está calculado, dispuesto para la producción y el beneficio. Si miráis

á los campesinos, no encontraréis tampoco verdaderos campesinos; nada que se parezca á nuestros aldeanos, especies de fellahs, parientes de la tierra, desconfiados é incultos, separados de la gente urbana por un abismo. Aquí el hombre del campo parece un obrero; y efectivamente: un campo es una manufactura con un colono por contramaestre. Propietarios y colonos prodigan los capitales á la manera de los grandes empresarios; en lo tocante al cultivo, han introducido las máquinas de vapor; en lo tocante á ganadería, perfeccionan los establos perfeccionados. En todo esto cifran su gloria los más grandes señores; una porción de *gentlemen* de campo no tienen otra ocupación; el príncipe Alberto posee una granja modelo cerca de Windsor, y esa granja da dinero; hace algunos años los periódicos anunciaban que la reina había descubierto un remedio para la enfermedad de los pavipollos. Merced á este esfuerzo universal (1), la producción agrícola ha doblado en cincuenta años; la hectárea inglesa ha recibido ocho ó diez veces más abono que la hectárea francesa; aunque de calidad inferior, se la ha hecho producir el doble; treinta personas han bastado para esa obra, cuando en Francia se necesitaban cuarenta personas para obtener la mitad de esa obra. Si entráis en una hacienda, aun de poca importancia, veis personas decentes, dignas, bien vestidas, que se explican clara y juiciosamente; un gran edificio sano, cómodo; á menudo un peristilo con plantas trepadoras, un jardín bien cuidado, árboles de adorno, las paredes interiores blanqueadas todos los años, los suelos fregados cada ocho días, una limpieza casi holandesa; amén de eso, un número regular de libros: viajes, tratados de

(1) Léonce de Lavergne, *Economie rurale en Angleterre, passim.*

agricultura, algunos volúmenes de religión ó de historia, en primer término la gran Biblia de familia. Aun en las cabañas más pobres se encuentran algunos objetos de comodidad y recreo: una gran estufa reluciente, una alfombra, una ó dos novelitas morales, y siempre la Biblia. El *cottage* es pulcro; hay allí bábitos de orden; los platos de dibujos azules, simétricamente colocados, ofrecen un golpe de vista agradable; las baldosas rojas han sido barridas; no hay cristales rotos ni sucios; no hay puertas desvencijadas, ni postigos colgando, ni aguas encharcadas, ni basura esparcida, como en las casas de nuestros lugareños; el jardinillo está limpio de malas hierbas; la puerta suele tener su marco de madreselvas y rosales; y los domingos se ve al padre y á la madre sentados delante de una mesa muy limpia, con te y manteca, gozando de su *home* y del orden que reina en él. Entre nosotros el aldeano sale el domingo de su casucha para ir á ver *su tierra;* lo que él ambiciona es la posesión; lo que anhela el otro es lo confortable. No hay país más exigente en este punto. «Nuestro vicio (me decía uno de sus hijos) es la pasión exagerada por todo lo bueno y cómodo; tenemos demasiadas necesidades; gastamos demasiado; nuestros campesinos, en cuanto tienen un poco de dinero, en vez de adquirir un pedazo de tierra, compran el mejor Jerez y la mejor ropa (1)». A

(1) «La economía (decía De Foe en 1704) no es una virtud inglesa. Mientras que un inglés, con veinte chelines por semana, no puede vivir, un holandés se hace rico y deja á sus hijos en muy buena posición. Mientras que un jornalero inglés, con sus nueve chelines por semana, vive pobre y miserablemente, un holandés vive regularmente con el mismo salario... No hay nada más frecuente en un inglés que trabajar hasta tener repleta la bolsa, y luego marcharse á holgazanear, á menudo á emborracharse, hasta acabar con todo el dinero, y á veces contraer deudas.»

medida que se sube hacia las altas clases, se hace más fuerte esa pasión. En las medias, el hombre se mata á trabajar por dar á su mujer vestidos vistosos y por llenar su casa de las mil baratijas del semi-lujo. Hacia la cima, las invenciones del bienestar son tan múltiples que embarazan; hay demasiados periódicos y revistas en vuestra mesa de noche, demasiadas especies de alfombras, de aljofainas, de cerillas, de toallas en vuestro gabinete de vestir; su refinamiento es infinito; al meter los pies en las zapatillas, pensaréis que se han necesitado veinte generaciones de inventores para llevar la suela y el forro hasta aquel grado de perfección.

No se podrían imaginar clubs mejor provistos de lo necesario y de lo superfluo, casas tan bien abastecidas y tan bien gobernadas, la abundancia y la comodidad tan sabiamente entendidas, un servicio tan puntual, tan respetuoso, tan rápido. En el último censo los criados formaban «la clase más numerosa entre los súbditos de Su Majestad»; ellos tienen cinco allí donde nosotros tenemos dos. Cuando se ve en Hyde-Park á sus jóvenes ricas, á sus *gentlemen* á caballo ó en coche; cuando se piensa en sus casas de campo, en su ropa, en sus parques y en sus cuadras, se dice uno que ese pueblo está hecho realmente á medida del deseo de los economistas, que es el mayor productor y el mayor consumidor de la tierra, que ninguno es más á propósito para exprimir y también para absorber el jugo de las cosas, que ha desarrollado sus necesidades á la vez que sus recursos, y pensáis en esos insectos que, después de su metamorfosis, se encuentran de pronto provistos de dientes, de antenas, de patas infatigables, de instrumentos admirables y terribles, á propósito para cavar, para segar, para edificar, para

hacerlo todo, pero dotados á la vez de un hambre continua y de cuatro estómagos.

III

¿Cómo se gobierna el hormiguero? A medida que avanza el vagón, veis, entre las haciendas y los cultivos, el largo muro de un parque, la fachada de un palacio, más á menudo alguna vasta casa adornada, especie de hotel campestre, de mediana arquitectura, con pretensiones góticas ó italianas, pero rodeado de hermosos macizos de césped, de árboles conservados con esmero. Allí viven los burgueses ricos; me engaño: la palabra es falsa; hay que decir *gentlemen; burgués* es una palabra francesa, y designa esos enriquecidos ociosos que se entregan al descanso y no toman parte en la vida pública. Aquí pasa todo lo contrario: las ciento ó ciento veinte mil familias que gastan mil libras esterlinas anuales ó más, gobiernan efectivamente el país. Y no es ese un gobierno importado, implantado artificialmente y de fuera; es un gobierno espontáneo y natural. En cuanto hay hombres que quieran obrar juntos, les hacen falta jefes; toda asociación voluntaria ó involuntaria tiene uno; sea ella la que quiera, Estado, ejército, nave ó comunidad local, no puede pasarse sin un guía que encuentre el camino, entre en él, llame á los demás y amoneste á los rezagados. Por más que presumamos de independientes, en cuanto marchamos en cuerpo, necesitamos un jefe de fila, y miramos á derecha é izquierda, esperando que se presente. La gran cuestión es descubrirle, tener el mejor, no seguir á otro en su lugar; es una gran

suerte que haya uno, y que se le reconozca. Los ingleses, sin elección popular, ni designación de arriba, le encuentran hecho y reconocido en el propietario importante, antiguo habitante del país, poderoso por sus amigos, sus protegidos y sus colonos, interesado más que nadie, por sus grandes bienes, en los asuntos del municipio, experto en intereses que su familia maneja desde hace tres generaciones, el más capaz, por su educación, de dar un buen consejo, y el más abonado, por sus influencias, para llevar á feliz remate una empresa común. En efecto; así pasan las cosas; todos los días salen de Londres centenares de personajes ricos para pasar un día en el campo; es que están convocados para asuntos de su municipalidad ó de su iglesia; son *justices overseers,* presidentes de tada clase de sociedades, y gratuitamente. Tal ha construido un puente á sus expensas; cuál una capilla, un local de escuela; varios fundan bibliotecas que prestan libros, con piezas caldeadas é iluminadas, donde los aldeanos encuentran por la noche periódicos, juegos; te barato, honestas distracciones, en fin, que los apartan de la taberna. Muchos de ellos dan *lecturas;* sus hermanas ó sus hijas regentan escuelas dominicales; en resumen: dan á sus expensas á los pobres y á los ignorantes la justicia, la administración, la civilización. Yo he visto uno, poseedor de treinta millones, que el domingo enseñaba en su escuela á cantar á las niñas; lord Palmerston ofrece su parque para los *archery meetings;* el duque de Marlborough abre el suyo al público diariamente «rogando (es la palabra que usa) á los visitantes que no estropeen el césped». Un firme y alto sentimiento del deber, un verdadero espíritu público, una gran idea de lo que un *gentlemen* se debe á sí mismo, les da la superioridad moral que autoriza el mando;

probablemente, desde las ántiguas ciudades griegas, no se ha visto educación ni condición en que la nobleza nativa del hombre haya recibido un desarrollo más sano y más completo. En suma: son magistrados y patronos de nacimiento, jefes de las grandes empresas en que hay que arriesgar capitales, promovedores de todas las larguezas, de todas las mejoras, de todas las reformas, y, con los honores del mando, aceptan sus cargas. Porque nótese que, á la inversa de las demás aristocracias, son instruídos, liberales, y marchan á la cabeza, no á la cola de la civilización pública. No son figurines de salón, como nuestros marqueses del siglo XVIII. Un lord visita sus pesquerías, estudia el sistema de los abonos líquidos, habla competentemente del queso, y su hijo es á menudo mejor remero, andarín y pugilista que sus colonos. No son descontentos, atrasados como los nuestros, sin más ocupación que jugar al *whist* y suspirar por la Edad Media. Han viajado por toda Europa, y con frecuencia más lejos; saben lenguas y literaturas; sus hijas leen corrientemente á Schiller, Manzoni y Lamartine. Por las revistas, los periódicos, los innumerables volúmenes de geografía, de estadística y de viajes, tienen el mundo en la punta de los dedos. Sostienen y presiden las sociedades científicas; si los libres investigadores de Oxford, en medio del rigorismo oficial, han podido explicar la Biblia, es porque se sabía que estaban sostenidos por los laicos ilustrados y del más alto rango social. No hay peligro tampoco de que esa clase selecta degenere en *coterie;* se renueva; un gran médico, un profundo jurisconsulto, un general ilustre, reciben la nobleza y fundan familias. Cuando un industrial ó un comerciante ha ganado algunos millones, su primer pensamiento es adquirir una tierra; al cabo de dos ó

tres generaciones, su familia ha echado raíces y toma parte en el gobierno del país; de esa manera las mejores plantas del gran bosque popular vienen á reforzar el plantel aristocrático. Nótese, en fin, que la institución no es aislada. En todo hay jefes reconocidos, respetados, á quienes se sigue con confianza y deferencia, que se sienten responsables, y llevan el peso, á la vez que disfrutan las ventajas de su dignidad. Le hay en el matrimonio, donde el hombre reina incondicionalmente, seguido por su mujer hasta el fin del mundo, fielmente esperado por la noche, libre en sus asuntos, de que no da parte. Le hay en la familia, donde el padre (1) puede desheredar á sus hijos y guarda con ellos, hasta en las menores circunstancias de la vida doméstica, un grado de autoridad y de dignidad que no conocemos nosotros: tal hijo enfermo, después de una larga ausencia, no se atreve á ir á ver á su padre al campo sin pedirle primero permiso; una criada, á quien yo entregaba mi tarjeta, se negaba á presentarla: «¡Oh, ahora no me atrevería! El señor está comiendo.» El respeto existe en todas partes, en los talleres como en los campos, en el ejército como en la familia. Dondequiera hay inferiores y superiores, que se reconocen tales; si el mecanismo del poder establecido se trastornase, al momento se le vería rehacerse de suyo; por debajo de la constitución legal se extiende la constitución social, y la acción humana entra indefectiblemente en un molde sólido que está completamente preparado.

Por ser fuerte esa red aristocrática, puede ser libre la acción del hombre; porque, como el gobierno local y natural se afianza por todas partes, al modo de la

(1) En el lenguaje familiar los hijos dicen: «*My governor*». En Francia dirían: «*Le banquier*».

hiedra, mediante infinidad de menudos asideros siempre renacientes, los movimientos bruscos, por violentos que sean, no son capaces de arrancarle por entero. Ya pueden las gentes hablar, gritar, celebrar *meetigns,* formar procesiones y ligas; no demolerán el Estado; no tienen que habérselas con un compartimiento de funcionarios superpuesto exteriormente al país, y fácil de reemplazar con otro; siempre los treinta ó cuarenta *gentlemen* de un distrito, personajes ricos, influyentes, acreditados, útiles, serán los directores del distrito. «Como se ve un infierno en los periódicos (decía Montesquieu), se cree que el pueblo va á sublevarse mañana.» Nada de eso: es su manera de hablar; lo que hay es que hablan alto y en tono rudo. Al otro día de llegar á Londres vi unos hombres que llevaban sobre el vientre y sobre la espalda este cartel en letras grandes: «Usurpación enorme, atentado de los lores, en la votación del presupuesto, contra los derechos del pueblo.» Verdad es que el cartel añadía: «¡Compatriotas, una petición!» Las cosas no pasan de ahí; se razona en términos francos, y el razonamiento, si es bueno, se propaga. Otra vez, en Hyde-Park, se declamaba al aire libre contra los *bribones* de los lores. El auditorio aplaudía ó silbaba, según le parecía. «En resumen (me decía un inglés): de esa manera hacemos nuestras cosas. Aquí, cuando un hombre tiene una idea, la escribe; una docena de personas la juzgan buena, y acto continuo aprontan dinero para publicarla; se forma de esta suerte una pequeña asociación, que crece, imprime tratados baratos, da *lectures,* hace peticiones, atrae la opinión, y al fin lleva un proyecto al Parlamento; el Parlamento rechaza ó aplaza el asunto; pero el proyecto adquiere importancia, la mayoría de la nación apremia, fuerza

las puertas, y ya tenemos hecha una ley.» Todo el mundo es dueño de obrar así; los obreros pueden ligarse contra sus patronos; y, en efecto, sus asociaciones envuelven á toda Inglaterra; en Preston, creo, hubo una vez una huelga que duró más de seis meses. Armarán motines á veces, pero no fraguarán insurrecciones; saben ya la economía política, y comprenden que violentar los capitales es suprimir el trabajo. Sobre todo son flemáticos; aquí, como en todos lados, el temperamento es siempre la gran fuerza. A ellos no se les sube en seguida la sangre á la cabeza como á las naciones meridionales; siempre media un gran intervalo entre la idea y la acción, y los razonamientos juiciosos, el cálculo repetido vienen á llenar ese intervalo. Entrad en un *meeting,* contemplad aquellas personas de todas las condiciones sociales, aquellas damas que van á oír por trigésima vez la misma disertación adornada de cifras, sobre la educación, sobre el algodón, sobre los salarios. No tienen trazas de aburrirse; saben oponer argumento á argumento, aguardar con paciencia, reclamar gravemente, insistir en su reclamación; son las mismas personas que esperan el tren á orillas de la vía férrea sin atropellarse, y que juegan al *cricket* durante dos horas sin alzar la voz ni disputar un minuto. Dos cocheros que se atascan, salen del paso sin echar pestes ni injuriarse. Así dura su asociación política; pueden ser libres, porque tienen directores naturales y nervios pacientes. Después de todo, el Estado es una máquina como las demás; tratad de tener buenos rodajes, y cuidad de no romperlos; los ingleses tienen la ventaja de poseerlos muy buenos y de manejarlos con sangre fría.

IV

He aquí á nuestro inglés abastecido y administrado. Ahora que ha provisto al bienestar particular y á la seguridad pública, ¿qué va á hacer, y cómo se gobernará en ese dominio más alto, más noble, á que el hombre sube para contemplar la belleza y la verdad? En todo caso, no son las artes las que á él le conducen. Ese enorme Londres es monumental, pero como el palacio de un enriquecido; allí todo es esmerado y costoso, nada más. Esas casas altas de piedras macizas recargadas de peristilos, de columnas, de adornos griegos, suelen ser lúgubres; las pobres columnas de los monumentos parecen dadas de tinta. El domingo, con tiempo brumoso, se creería uno en un cementerio; las planchas de cobre con las direcciones legibles, perfectas, parecen inscripciones funerarias. Ninguna belleza; á lo sumo, las casas burguesas, con sus muros relucientes, con su cuadro de verdor, son agradables; se adivina que son cómodas, excelentes para un hombre de negocios que quiere desentumecerse, explayarse después de un día laborioso. Pero nada tiene allí que saborear un sentimiento más alto y delicado. En cuanto á las estatuas, es difícil no reirse. Hay que ver á lord Wellington con su sombrero de plumas de hierro, ó á Nelson provisto de un cable que forma una especie de cola, plantado sobre su columna y atravesado por un parrarayos como una rata espetada en la punta de un palo. Ya los ingleses de carne y hueso, parecen hechos de hierro; ¿qué serán las estatuas inglesas?—Se precian de pintores; por lo menos, estudian la pintura con una minuciosidad asombrosa, al

estilo chino; son capaces de pintar una hacina de heno tan exactamente, que un botánico reconocerá la especie de cada tallo; quién se instala bajo una tienda durante tres meses en un matorral á fin de conocer á fondo el matorral; muchos son observadores excelentes, sobre todo de la expresión moral, y sabrán muy bien retratar el alma en la cara; se instruye uno contemplando sus obras; sigue con ellos un curso de psicología; pueden ilustrar una novela; nos impresionará la intención poética y soñadora de varios de sus paisajes. Pero en la verdadera pintura, en la pintura pintoresca, sublevan. Yo no creo que se hayan puesto jamás en el lienzo colores tan crudos, cuerpos tan rígidos, telas tan semejantes á hojalata, tonos tan chillones. Figuraos una ópera donde no se oyen más que notas desafinadas. Veréis paisajes que parecen pintados con sangre de toro, céspedes que parecen un tarro de verdeloro derramado en el suelo, Cristos que parecen cocidos y conservados en aceite, ciervos expresivos, perros sentimentales, mujeres desnudas á que se desea en seguida ofrecer ropa. En punto á música, importan la ópera italiana; es un naranjo conservado con grandes gastos entre remolachas. Las artes han menester espíritus ociosos, delicados, nada estoicos, menos puritanos, sensibles á la menor disonancia, inclinados al placer, y que emplean sus largos ocios, sus libres ensueños en coordinar armoniosamente, sin otro objeto que el goce, las formas, los colores y los sonidos. Yo no tengo necesidad de decir que aquí la pendiente de los espíritus es enteramente contraria; y de sobra se ve por qué, entre esos políticos militantes, esos industriales laboriosos, esos hombres de acción enérgicos, el arte no puede dar más que frutos exóticos ó deformados.

Otra cosa ocurre con la ciencia; pero es que en la ciencia hay dos partes. Se la puede tratar como un negocio, acopiar y aquilatar observaciones, combinar experiencias, alinear cifras, pesar probabilidades, descubrir hechos, formular leyes parciales, poseer laboratorios, bibliotecas, sociedades encargadas de almacenar y acrecentar los conocimientos positivos; en todo eso brillan los ingleses; hasta tienen sus Lyell, sus Darwin, sus Owen, capaces de abarcar y de renovar una ciencia; en la construcción del vasto edificio no faltan los albañiles industriosos y los maestros de segundo orden; lo que les falta son los grandes arquitectos, los pensadores, los espíritus verdaderamente especulativos: la filosofía, sobre todo la metafísica, es tan poco indígena aquí como la música y la pintura; la importan, y para eso se dejan la parte mejor en el camino; Carlyle se ve obligado á transformarla en poesía mística, en fantasías de humorista y de profeta; Hamilton la desflora, pero para declararla quimérica; Stuart Mill y Buckle no toman de ella sino la especie más palpable, un residuo pesado, el positivismo. No será hacia ese lado, sino hacia otros á donde se dirigirán la gran curiosidad, los instintos sublimes del espíritu, la necesidad de lo universal y de lo infinito, el deseo de las cosas ideales y perfectas. Miremos el día en que el silencio de los negocios deja libre campo á las aspiracioaes desinteresadas. Ningún espectáculo más asombroso para el extranjero que el del domingo en Londres. Las calles están vacías y las iglesias llenas. Una proclama de la reina veda jugar á nada en ese día, ni en público ni en particular; prohibe á las tabernas recibir gente durante el culto. Todo el mundo está en los oficios; los bancos se hallan atestados, y no son criadas, como entre nosotros, viejas, algunos ren-

tistas y una bandada de damas elegantes, lo que allí se ve; son personas bien vestidas, ó por lo menos, decentemente vestidas, y hay tantos caballeros como señoras. La religión no queda por fuera y por debajo de la cultura pública; cuenta entre sus fieles los jóvenes, los hombres instruídos, la flor de la nación, toda la alta clase y la clase media. El ministro, incluso el de aldea, no es hijo de un campesino, mal desbastado, impregnado aún del ambiente del seminario, encerrado en una educación monacal, separado de la sociedad por el celibato, medio sumido en la Edad Media (1). Es un hombre del siglo, frecuentemente un hombre de mundo, de buena familia muchas veces; un hombre que tiene los intereses, los hábitos, las libertades de los demás, á veces un coche, servidores, costumbres elegantes; una persona ordinariamente instruída, que ha leído y lee aún.

Por todos estos títulos puede ser en su cantón el guía de las ideas, como su vecino el *squire* es el guía de los negocios. Si no marcha en la misma fila que los pensadores libres, no queda más que uno ó dos pasos detrás; vosotros, hombres modernos, parisienses, podéis hablar con él de todos los grandes asuntos; no encontráis un abismo entre su espíritu y el vuestro. Hablando propiamente, es un laico como vosotros; la única diferencia es que es superintendente de la moral. Hasta en el exterior se os parece; á primera vista le tomaríais por un profesor, un magistrade ó un notario, y los discursos que pronuncia están de acuerdo con su persona. No fulmina anatemas contra el mundo; en eso su doctrina es moderna; sigue la gran vía que abrieron á la religión el Renacimiento y la Reforma.

(1) M. Bournisien, de *Madame Bovary*, es un personaje muy raro en Inglaterra.

Cuando apareció el Cristianismo hace diez y ocho siglos, era en Oriente, en el país de los esenios y de los terapeutas, en medio de la opresión y de la desesperación universales, cuando la única redención parecía la renuncia al mundo, el abandono de la vida civil, la destrucción de los instintos naturales y la espera diaria del reino de Dios. Cuando reapareció hace tres siglos, fué en Occidente, entre pueblos laboriosos y semilibres, en medio de la reanimación y de la invención universal, cuando el hombre, mejorando su condición, adquiría confianza en su destino terrestre y desplegaba ampliamente sus facultades. Nada tiene de asombroso que el protestantismo nuevo difiera del cristianismo antiguo, que recomienda la acción en vez de predicar el ascetismo, que autorice el bienestar en vez de prescribir la mortificación, que honre el matrimonio, el trabajo, el patriotismo, el examen, la ciencia, todos los sentimientos y todas las facultades naturales, en vez de ensalzar el celibato, el retiro, el desprecio del siglo, el éxtasis, la cautividad del espíritu y la mutilación del corazón. Merced á esa infusión del espíritu moderno ha recibido una nueva sangre, y hoy el protestantismo en unión con la ciencia, forman los dos órganos motores y como el doble corazón de la vida europea. Porque, al aceptar la rehabilitación del mundo, no ha renunciado á la depuración del hombre; al contrario, en ese sentido ha dirigido todos sus esfuerzos. Ha descartado de la religión todas las porciones que no son esa depuración misma, y la ha fortificado reduciéndola. Una institución, como una máquina y como un hombre, es tanto más poderosa cuanto más especial; nunca se hace mejor una obra que cuando sólo se hace una, y todo se refiere á ella. Con la supresión de las leyendas y de

las prácticas, el pensamiento entero del hombre se ha concentrado en un solo objeto: la mejora moral.

De eso es de lo que se le habla en las iglesias, en estilo grave y frío, con una serie de razonamientos sensatos y sólidos: cómo un hombre debe reflexionar sobre sus deberes, anotarlos uno á uno en su espíritu, trazarse principios, tener una especie de código interior libremente aceptado, á que referir todas sus acciones sin vacilaciones ni subterfugios; cómo esos principios pueden arraigarse á favor de la práctica; cómo el examen incesante, el esfuerzo personal, la corrección continua de uno mismo por sí propio deben afirmar nuestra voluntad lentamente en la rectitud: tales son las cuestiones que, con una multitud de ejemplos, de pruebas, de apelaciones á la experiencia diaria (1), se reproducen en todos los púlpitos para fomentar el hombre la reforma voluntaria, la vigilancia y el imperio de sí mismo, el hábito de dominarse y una especie de estoicismo moderno casi tan noble como el antiguo. Por todas partes ayudan á esta obra los laicos, y la enseñanza moral, procedente de la literatura á la vez que de la teología, establece un estrecho consorcio entre el mundo y el clero. Casi nunca pinta aquí un libro al hombre de una manera desinteresada; críticos, filósofos, historiadores, novelistas, hasta los mismos poetas dan una lección, sostienen una tesis, delatan ó castigan un vicio, pintan una tentación vencida, cuentan la historia de un carácter que se reforma. Su exacta y minuciosa descripción de los sentimientos conduce siempre á una aprobación ó á una censura; no son artistas, sino moralistas; sólo en país protestante encontraréis una novela consagrada por entero

(1) Yo ruego al lector que lea, entre otros cien, los sermones del doctor Arnold ante sus discípulos de Rugby.

á describir los progresos del sentimiento moral en un niño de doce años (1). Todo, hasta la parte mística, trabaja en la religión en este sentido. Se han dejado á un lado las distinciones y las sutilezas bizantinas; no se han introducido las curiosidades y las especulaciones germánicas; sólo reina el dios de la conciencia, se ha descartado la dulcedumbre femenina; no se encuentra allí el esposo de las almas, el consolador amable, que persigue la *Imitación* en sus tiernos sueños; se respira un ambiente viril; se ve que el Antiguo Testamento, que los severos salmos hebraicos han dejado allí su impresión. No se trata ya de un amigo del corazón á quien confía uno sus menores deseos, sus pequeñas penas, de una especie de director afectuoso y enteramente humano; no se trata ya de un rey cuyos parientes ó cortesanos procura uno ganar y cuyos favores espera; no se ve en él más que el guardián del deber, y no se le habla de otra cosa. Lo que se le pide es la fuerza necesaria para la virtud, la renovación interior que permite obrar siempre bien; y una súplica semejante es por sí misma una palanca suficiente para apartar al hombre de sus flaquezas. Lo que se sabe de él es que es perfectamente justo, y tal confianza basta para representar todos los acontecimientos de la vida como pasos que conducen hacia el reinado de la justicia. Hablando propiamente, no hay otra cosa que ella; el mundo es una figura que la oculta; pero el corazón y la conciencia la sienten, y lo único importante y *verdadero* del hombre es su adhesión á ella. Así hablan las antiguas y graves oraciones, los severos cantos que resuenan en el templo, acompañados por el órgano. Aunque francés y educado en una religión

(1) *The wide, wide World*, by Elizabeth Whetherell. Véase las novelas de miss Yonge y sobre todo las de miss Evans.

diferente, yo los escuchaba con una admiración y una emoción sinceras. Poemas serios y grandiosos que, abriendo una salida hacia el infinito, dejan penetrar un rayo de luz en la oscuridad sin límites, y satisfacen los profundos instintos poéticos, los vagos anhelos de sublimidad y de melancolía que esa raza ha manifestado desde su origen y ha conservado hasta lo último,

V

En el fondo del presente, como en el fondo del pasado, reaparece siempre una causa interior y persistente, el *carácter* de la raza; la herencia y el clima le han mantenido; una perturbación violenta, la conquista normanda, le ha modificado; al fin, después de diversas oscilaciones, se manifiesta en la concepción de un modelo ideal propio, que poco á poco modela ó produce la religión, la literatura y las instituciones. Así fijado y expresado, es en adelante el motor de todo lo demás; él es el que explica el presente; de él es del que depende el porvenir; su fuerza y su dirección producen la civilización presente, su fuerza y su dirección producirán la civilización futura. Hoy que las grandes violencias históricas, hoy que la destrucción y la servidumbre de los pueblos se han hecho casi impracticables, cada nación puede desenvolver su vida según su concepción de la vida; los azares de una guerra ó de una invención no ejercen influjo más que en los pormenores; ahora sólo las inclinaciones y las aptitudes nacionales dibujan las grandes líneas de la historia nacional; cuando veinticinco millones de hombres conciben de cierta manera el bien y la utilidad,

esa especie de bien y de utilidad es la que buscan y acaban por conseguir. El inglés tiene ya su sacerdote, su gentlemen, su manufactura, su bienestar y su novela. Si se quiere inquirir en qué sentido cambiará esa obra, hay que inquirir en qué sentido cambia la concepción central. Desde hace tres siglos se efectúa en la inteligencia humana una vasta revolución, semejante á esos levantamientos regulares y enormes que, alterando la superficie de las tierras, alteran todos los puntos de vista. Sabemos que los descubrimientos positivos crecen de día en día, y que de día en día irán creciendo más; que de uno en otro objeto, llegan á los más elevados; que empiezan á renovar la ciencia del hombre; que sus aplicaciones útiles y sus consecuencias filosóficas se multiplican de continuo; en resumen: que su invasión universal acabará por extenderse á todo el espíritu humano. De ese cuerpo de verdades invasoras sale también una concepción original de lo bueno y de lo útil, y, por consiguiente, una nueva idea del Estado y de la Iglesia, del arte y de la industria, de la filosofía y de la religión. Esta tiene su fuerza como la antigua tiene la suya; es científica, si la otra es nacional; se apoya en los hechos probados, si la otra se apoya en las cosas establecidas. Ya se manifiesta su oposición; ya principian sus transacciones, y podemos afirmar anticipadamente que el estado próximo de la civilización inglesa dependerá de su divergencia y de su acuerdo.

FIN

INDICE

CAPITULO V

Swift.

Págs.

I. Los comienzos de Swift.—Su carácter.—Su orgullo.—Su sensibilidad.—Su vida en casa de sir W. Temple.—En casa de lord Berkeley.—Su papel político.—Su importancia.—Su adversa suerte.—Su vida privada.—Sus amores.—Su desesperación y su locura.

II. Su inteligencia.—Su poder y sus límites.—El espíritu prosaico y positivista.—Cómo está situado entre la vulgaridad y el genio.—Por qué es destructor.

III. El polemista.—Cómo en este momento la literatura penetra en la política.—Diferencia de los partidos en Francia y en Inglaterra.—Diferencia de las disertaciones y controversias en ambos países.—Condiciones del razonamiento literario.—Condiciones del razonamiento eficaz.—El *Examiner*.—Las *Cartas del pañero*.—El *Retrato de lord Wharton*.—*Argumento contra la abolición del Cristianismo*.—La invectiva política.—La difamación personal.—El buen sentido incisivo.—La ironía grave.

IV. El poeta.—Comparación de Swift y Voltaire.—Seriedad y dureza de sus burlas.—*Bickerstaff*.—Rudeza de su galantería.—*Cadenus y Vanessa*.—Su poesía prosaica y realista.—*La Gran cuestión debatida*.—Energía y tristeza de sus pequeños poemas.—Versos *sobre su propia muerte*.—A qué excesos llega.

V. El narrador y el filósofo.—El *Cuento del Tonel*.—Su juicio sobre la religión, la ciencia, la filosofía y la razón.—Cómo difama á la inteligencia humana.—*Los Viajes*

esa especie de bien y de utilidad es la que buscan y acaban por conseguir. El inglés tiene ya su sacerdote, su gentlemen, su manufactura, su bienestar y su novela. Si se quiere inquirir en qué sentido cambiará esa obra, hay que inquirir en qué sentido cambia la concepción central. Desde hace tres siglos se efectúa en la inteligencia humana una vasta revolución, semejante á esos levantamientos regulares y enormes que, alterando la superficie de las tierras, alteran todos los puntos de vista. Sabemos que los descubrimientos positivos crecen de día en día, y que de día en día irán creciendo más; que de uno en otro objeto, llegan á los más elevados; que empiezan á renovar la ciencia del hombre; que sus aplicaciones útiles y sus consecuencias filosóficas se multiplican de continuo; en resumen: que su invasión universal acabará por extenderse á todo el espíritu humano. De ese cuerpo de verdades invasoras sale también una concepción original de lo bueno y de lo útil, y, por consiguiente, una nueva idea del Estado y de la Iglesia, del arte y de la industria, de la filosofía y de la religión. Esta tiene su fuerza como la antigua tiene la suya; es científica, si la otra es nacional; se apoya en los hechos probados, si la otra se apoya en las cosas establecidas. Ya se manifiesta su oposición; ya principian sus transacciones, y podemos afirmar anticipadamente que el estado próximo de la civilización inglesa dependerá de su divergencia y de su acuerdo.

FIN

INDICE

CAPITULO V

Swift.

Págs.

I. Los comienzos de Swift.—Su carácter.—Su orgullo.—Su sensibilidad.—Su vida en casa de sir W. Temple.—En casa de lord Berkeley.—Su papel político.—Su importancia.—Su adversa suerte.—Su vida privada.—Sus amores.—Su desesperación y su locura.

II. Su inteligencia.—Su poder y sus límites.—El espíritu prosaico y positivista.—Cómo está situado entre la vulgaridad y el genio.—Por qué es destructor.

III. El polemista.—Cómo en este momento la literatura penetra en la política.—Diferencia de los partidos en Francia y en Inglaterra.—Diferencia de las disertaciones y controversias en ambos países.—Condiciones del razonamiento literario.—Condiciones del razonamiento eficaz.—El *Examiner*.—Las *Cartas del pañero*.—El *Retrato de lord Wharton*.—*Argumento contra la abolición del Cristianismo*.—La invectiva política.—La difamación personal.—El buen sentido incisivo.—La ironía grave.

IV. El poeta.—Comparación de Swift y Voltaire.—Seriedad y dureza de sus burlas.—*Bickerstaff*.—Rudeza de su galantería.—*Cadenus y Vanessa*.—Su poesía prosaica y realista.—*La Gran cuestión debatida*.—Energía y tristeza de sus pequeños poemas.—Versos *sobre su propia muerte*.—A qué excesos llega.

V. El narrador y el filósofo.—El *Cuento del Tonel*.—Su juicio sobre la religión, la ciencia, la filosofía y la razón.—Cómo difama á la inteligencia humana.—*Los Viajes*

Págs.

de Gulliver.—Su juicio sobre la sociedad, el gobierno, las condiciones y las profesiones. Cómo difama á la naturaleza humana.—Construcción de su carácter y de su genio..... 1

CAPITULO VI

Los novelistas

I. Caracteres propios de la novela inglesa.—En qué difiere de las demás.

II y III. De Foe.—Su vida.—Su energía.—Su papel político.—Su espíritu.—Diferencia entre los realistas antiguos y los modernos.—Sus obras.—Sus procedimientos.—Su objeto.—*Robinson Crusoe*.—Cómo es inglés este carácter.—Su ardor interior.—Su voluntad obstinada.—Su paciencia en el trabajo.—Su juicio metódico.—Sus agitaciones religiosas.—Su piedad final.

IV. Circunstancias que dan nacimiento á la novela del siglo XVIII.—Todas esas novelas son ficciones morales y estudios de caracteres.—Conexión entre la novela y el ensayo.—Dos ideas principales en moral.—Cómo suscitan dos clases de novelas.

V. Richardson.—Su condición y su carácter.—Relación entre su perspicacia y su rigorismo.—Su talento, su minuciosidad, sus combinaciones.—*Pamela*.—Su temperamento.—Sus principios.—La esposa inglesa.—*Clarisa-Harlowe*.—La familia Harlowe.—El carácter despótico é insociable en Inglaterra.—Lovelace.—El carácter orgulloso y militante en Inglaterra.—Clarisa.—Su energía, su sangre fría, su lógica.—Su pedantería, sus escrúpulos.—*Sir Carlos Grandisson*.—Inconvenientes de los protagonistas autómatas y edificantes.—Richardson sermonero.—Sus pesadeces, su ñoñería, su énfasis.

VI. Fielding.—Su temperamento, su carácter y su vida.—*Joseph Andrews*.—Su concepción de la naturaleza.—*Tom Jones*.—Carácter del *squire*.—Los héroes de Fielding.—*Amelia*.—Lagunas de su concepción.

VII. Smollet.—*Roderick Random*.—*Peregrine Pickle*.—Comparación de Smollet con Lesage.—Su concepción de la vida.—Dureza de sus héroes.—Crudeza de sus pinturas.—Relieve de sus caracteres.—*Humpherey Clinker*.

VII (continuación). Sterne.—Estudio excesivo de las particularidades humanas.—Carácter de Sterne.—Su excentricidad.—Su sensibilidad.—Sus licencias.—Por qué pinta las enfermedades y las degeneraciones de la naturaleza humana.

VIII. Goldsmith.—Depuración de la novela.—Pintura de la vida burguesa, de la felicidad honrada y de la virtud protestante. *El Vicario de Wakefield*.—El eclesiástico inglés.

IX y X. Samuel Johnson.—Su autoridad.—Su persona.—Sus maneras.—Su vida.—Sus doctrinas.—Su juicio sobre Voltaire y Rousseau.—Su estilo.—Sus obras.—Hogarth.—Su pintura moral y realista.—Contraste entre el temperamento inglés y la moral inglesa.—Cómo la moral ha disciplinado el temperamento..... 61

CAPITULO VII

Los poetas.

I. Dominación y dominio del espíritu clásico.—Sus caracteres, sus obras, su alcance y sus límites.—Cómo tiene su centro en Pope.

II. Pope.—Su educación.—Su precocidad.—Sus comienzos.—*Las Pastorales*.—El *Ensayo sobre la crítica*.—Su persona.—Su género de vida.—Su carácter.—Pobreza de sus pasiones y de sus ideas.—Magnitud de su vanidad y de su arte.—Su fortuna independiente y su trabajo asiduo.

III. La *Epístola de Eloisa á Abelardo*.—*El Robo del rizo*.—La sociedad y el lenguaje de sociedad en Francia y en Inglaterra.—Cómo es violenta y desagradable en Pope la nota festiva.—*La Estulticiada*.—Suciedades y trivialidades.—Cómo son inconciliables la imaginación inglesa y el talento de salón.

IV. Su talento descriptivo.—Su talento oratorio.—Sus poemas didácticos.—Por qué esos poemas son la obra final del espíritu clásico.—El *Ensayo sobre el hombre*.—Su deísmo y su optimismo.—Valor de sus concepciones.—

Págs.

Cómo se relacionan con el estilo reinante.—Cómo se deforman en manos de Pope.—Procedimientos y perfección de su estilo.—Excelencia de sus retratos.—Por qué son superiores.—Su traducción de la *Iliada*.—Cómo ha cambiado el gusto desde hace un siglo.

V. Desproporción entre el espíritu inglés y los convencionalismos clásicos.—Prior.—Gay.—La pastoral antigua es imposible en los climas del Norte.—El sentimiento del campo es natural en Inglaterra.—Thompson.

VI. Descrédito de la vida de salón.—Aparición del hombre sensible.—Cómo la vuelta á la naturaleza es más precoz en Inglaterra que en Francia.—Sterne.—Richardson.—Mackensie.—Macpherson.—Gray, Akenside, Beattie, Collins, Young, Shenstone.—Persisten de la forma clásica.—Imperio del período.—Johnson.—La escuela histórica.—Robertson, Gibbon, Hume.—Su talento y sus límites.—Comienzos de la edad moderna..... 131

LIBRO IV

La Edad Moderna.

CAPITULO PRIMERO

Las ideas y las obras.

I. Cambios en la sociedad.—Advenimiento de la democracia.—La Revolución francesa.—El deseo de encumbrarse.—Cambios en el espíritu humano.—Nueva idea de las causas.—La filosofía alemana.—El deseo del *más allá*.

II. Roberto Burns.—Su país.—Su familia.—Su juventud.—Sus miserias.—Sus aspiraciones y sus esfuerzos.—Sus inventivas contra la sociedad y la Iglesia.—*The Jolly Beggars*.—Sus ataques contra el *cant* oficial.—Su idea de la vida natural.—Su idea de la vida moral.—Su talento.—Cómo es espontáneo.—Su estilo.—Cómo es innovador.—Su éxito.—Sus afectaciones.—Sus cartas estudiadas y sus versos académicos.—Su vida de colono.—Su

Págs.

empleo de aduanero.—Sus disgustos.—Sus excesos.—Su muerte.

III. Dominación de los conservadores en Inglaterra.—La revolución no se consuma al pronto más que en el estilo.—Cowper.—Su delicadeza enfermiza.—Sus desesperaciones.—Su locura.—Su retiro.—*The Task*.—Idea moderna de la poesía.—Idea moderna del estilo.

IV. La escuela romántica.—Sus pretensiones.—Sus tanteos.—Las dos ideas de la literatura moderna.—La historia entra en la literatura.—Lamb, Coleridge, Southey.—Moore.—Defectos de este género.—Por qué triunfa menos en Inglaterra que en otras partes.—Sir Walter Scott.—Su educación.—Sus estudios de anticuario.—Sus gustos nobiliarios.—Su vida.—Sus poemas.—Sus novelas.—Insuficiencia de sus imitaciones históricas.—Excelencia de sus pinturas nacionales.—Sus cuadros domésticos.—Su burla amable.—Sus intenciones morales.—Su puesto en la civilización moderna.—Desarrollo de la novela en Inglaterra.—Realismo y honradez.—Cómo este género es burgués é inglés.

V. La filosofía entra en la literatura.—Inconvenientes del género.—Wordsworth.—Su carácter.—Su condición.—Su vida.—Pintura de la vida moral en la vida vulgar.—Introducción del estilo llano y de los compartimentos psicológicos.—Defectos del género.—Nobleza de los sonetos.—*La Excursión*.—Belleza austera de esta poesía protestante.—Shelley.—Sus imprudencias.—Sus teorías.—Su fantasía.—Su panteísmo.—Sus personajes ideales.—Sus paisajes vivos.—Tendencia general de la literatura nueva.—Introducción gradual de las ideas continentales..... 179

I. El hombre.—Su familia.—Su carácter apasionado.—Sus amores precoces.—Su vida de excesos.—Su carácter militante.—Su rebeldía contra la opinión.—*English Bards and Scottish Reviewers*.—Sus jactancias y sus imprudencias.—Su matrimonio.—Desencadenamiento de la opinión contra él.—Su partida.—Su vida política en Italia.—Sus tristezas y sus violencias.

II. El poeta.—Sus razones para escribir.—Su manera de escribir.—Cómo su poesía es personal.—Su gusto clásico.—Cómo le sirvió ese gusto.—*Childe-Harold*.—El héroe.—Los paisajes.—El estilo.

III. Sus pequeños poemas.—Sus procedimientos oratorios.

Págs.

--Sus efectos melodramáticos.—Verdad de los paisajes.—Sin coridad de los sentimientos.—Pinturas de las emociones tristes y extremas.—Idea reinante de la muerte y de la desesperación.—*Mazeppa, El Prisionero de Chillon, El Sitio de Corinto, El Corsario, Lara.* —Analogía de esta concepción con las del Edda y de Shakespeare.—*Las Tinieblas.*

IV. *Manfredo.*—Comparación entre el Manfredo de Byron y el Fausto de Gœthe.—Concepción de la leyenda y de la vida en Gœthe.—Carácter simbólico y filosófico de su epopeya.—En qué le es inferior Byron.—En qué le es superior.—Concepción del carácter y de la acción en Byron.—Carácter dramático de su poema.—Oposición entre el poeta del universo y el poeta de la persona.

V. Escándalo en Inglaterra.—La cohibición y la hipocresía de las costumbres.—Cómo y según qué ley varían las concepciones morales.—La vida y la al.d me miirnoro —*Beppo.*—*Don Juan.*—Transformación del talento y del estilo de Byron.—Pintura de la belleza y de la felicidad sensible.—*Haydea.*—Cómo combate el *cant* británico.—Cómo combate la hipocresía humana.—Idea del hombre.—Idea de la mujer.—*Doña Julia.*—*El Naufragio.*—*La Toma de Ismael.*—Naturalidad y variedad de su estilo.—Exceso y fatiga de su estro.—Su teatro.—Su marcha á Grecia y su muerte.

VI. Puesto de Byron en su siglo.—La enfermedad del siglo.—Las diversas concepciones de la felicidad y de la vida.—La respuesta de las letras.—La respuesta de las ciencias.—Equilibrio futuro de la razón.—Concepción moderna de la naturaleza..... 252

Conclusión

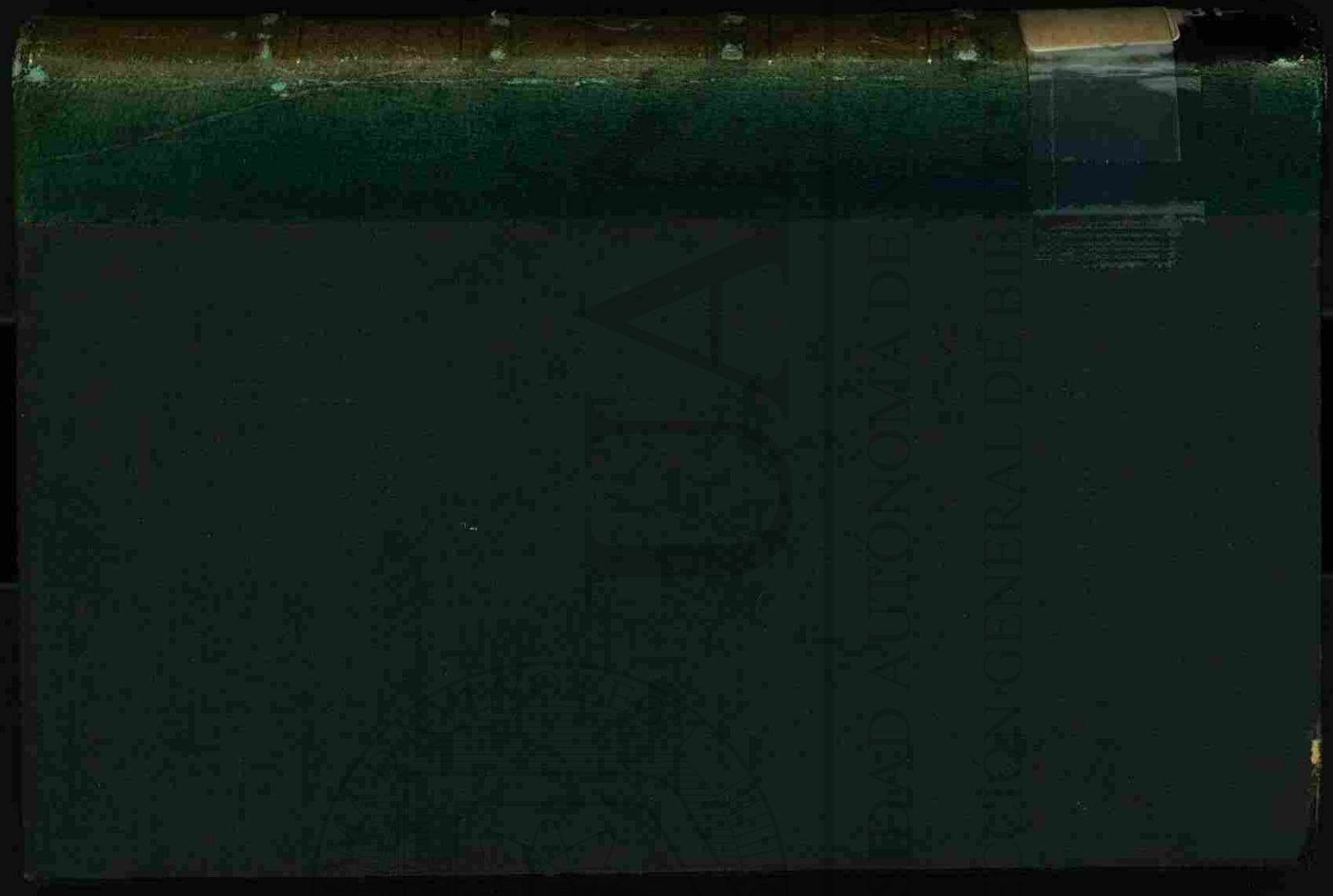
I. El pasado.—La invasión sajona.—Cómo estableció la raza y fundó el carácter.—La conquista normanda.—Cómo modificó el carácter y estableció la constitución. —El Renacimiento.—Cómo manifestó el espíritu nacional.—La Reforma.—Cómo fijó el modelo ideal.—La Restauración.—Cómo importó la cultura clásica y desvió el espíritu nacional.—La Revolución.—Cómo ha desenvuelto la cultura clásica y rehecho el espíritu nacional.—La Edad Moderna.—Cómo las ideas europeas ensanchan el molde nacional.

II. El presente.—Concordancias de la observación y de la historia.—El cielo.—El suelo.—Los productos.—El hombre.—El comercio.—La industria.—La agricultura. —La sociedad.—La familia.—Las artes.—La filosofía.— La religión.—Qué fuerzas han producido la civilización presente y elaboran la civilización futura..... 325

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

28556

820.9
T134h

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS